Isaiah Berlin

La mentalidad soviética

La cultura rusa bajo el comunismo

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Isaiah Berlin

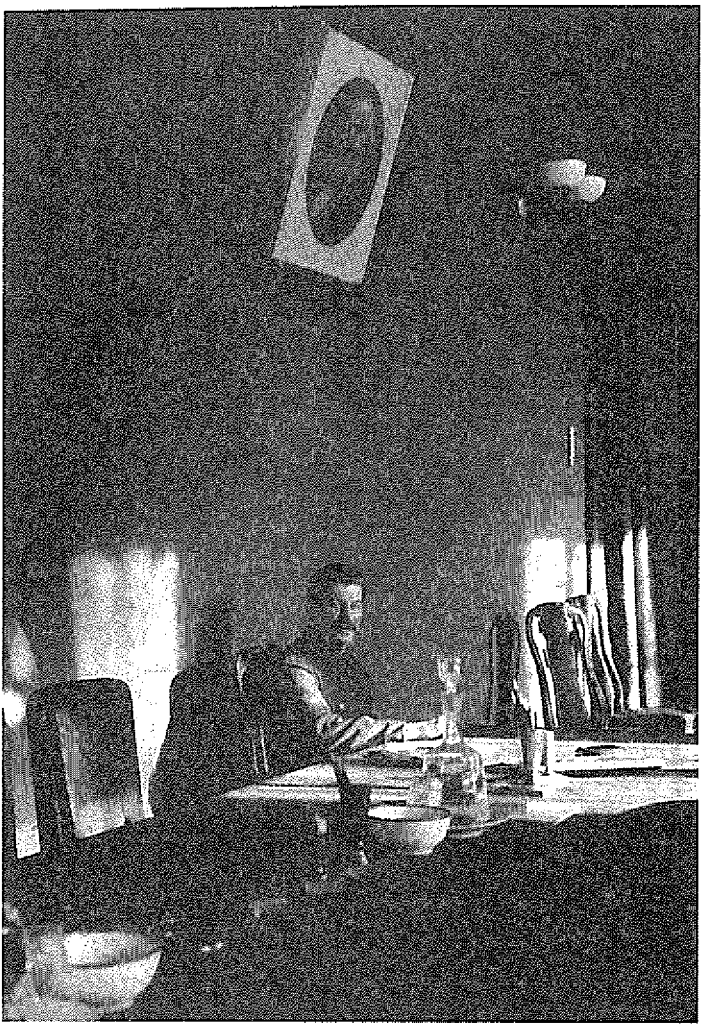
La mentalidad soviética

La cultura rusa bajo el comunismo

Edición de Henry Hardy
Prólogo de Strobe Talbott
Glosario de Helen Rappaport
Traducción de Gemma Deza

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Para Pat Utechin



El reportero gráfico estadounidense James Abbe se anotó un éxito editorial en 1932 tras unas fructíferas negociaciones con el Kremlin que le permitieron realizar una sesión fotográfica con Stalin en privado. Entre los resultados figuraba esta insólita imagen del dirigente soviético, tomada en una época en la que su vida tendía cada vez más a la reclusión.

La labor del educador comunista consiste [...] ante todo en ser un ingeniero de Stalin, es decir: en modelar al individuo de modo que tan sólo se plantee preguntas para las que ya existen respuestas predeterminadas y crezca de tal modo que encaje de manera natural en la sociedad con las mínimas fricciones. [...] La curiosidad gratuita, el afán de investigación individual e independiente, el deseo de crear o contemplar algo bello por mero placer, la búsqueda de la verdad por simple iniciativa, y la persecución de objetivos por ser lo que son y satisfacer alguna inquietud personal están [...] castigados, porque pueden hacer aflorar diferencias entre las personas y entorpecer la evolución armoniosa de una sociedad monolítica.

ISAIAH BERLIN
«Democracia, comunismo e individuo»,
conferencia impartida
en el Mount Holyoke College, 1949

Índice

Prólogo, de Strobe Talbott 13
Prefacio, de Henry Hardy 23

LA MENTALIDAD SOVIÉTICA

Las letras y el arte en la Rusia de Stalin 55
Visita a Leningrado 89
Un gran escritor ruso 105
Conversaciones con Ajmátova y Pasternak 119
Borís Pasternak 159
El porqué del aislamiento voluntario
de la Unión Soviética 165
La dialéctica artificial:
El generalísimo Stalin y el arte del gobierno 175
Cuatro semanas en la Unión Soviética 203
La cultura de la Rusia soviética 217
La supervivencia de la *inteliguéntsia* rusa 263

Glosario, por Helen Rappaport 269
Bibliografía recomendada 345
Índice onomástico y de conceptos 351

Prólogo

Isaiah Berlin concedía una gran importancia a las ideas, no sólo por ser productos del intelecto, sino también por su capacidad de generar sistemas, definir pautas y políticas gubernamentales, y servir como inspiraciones culturales y motores históricos. Ello lo convierte en una figura icónica para la Brookings Institution[1] y otras instituciones de índole similar con sede en Washington. Al margen de sus distintas metas, todas estas organizaciones difunden la relevancia que las ideas poseen para la vida pública. Abordan los problemas más arduos que afrontan nuestra sociedad, nuestro país y el mundo en general, y les buscan soluciones. Por ello se las conoce como gabinetes estratégicos, los famosos *think tanks**.

Probablemente a Berlin se le ocurriría algún sarcasmo acerca de estos equipos (y de su apelativo), cuando menos porque contemplaba con escepticismo la típica presunción yanqui de que existe una respuesta para cada pregunta y una solución para cada problema. Pese a ello, Berlin habría disfrutado realizando alguna visita esporádica a nuestra sede en el n.° 1775 de Massachusetts Avenue. Se habría sentido en casa; no en vano, entre 1942 y 1946 él

1. La Brookings Institution es una organización privada sin ánimo de lucro dedicada a la investigación, la educación y la difusión de aspectos importantes de la política interior y exterior. Su objetivo primordial es aportar datos sobre problemas políticos actuales o latentes. (Salvo indicación contraria, todas las notas son del editor.)

* *Think tanks*, literalmente «tanques de pensar». *(N. de la T.)*

mismo trabajó unos portales más al norte de esta misma calle, en el n.º 3100, en la embajada británica. Siendo como era un conversador prodigioso y exuberante, es probable que la cafetería de la primera planta le hubiera parecido un espacio particularmente acogedor. Cada día, entre las doce y las dos del mediodía, el lugar se abarrota de eruditos de la Brookings y otras personas de las distintas escalas de los gabinetes estratégicos, quienes se reúnen para comprobar sobre el terreno sus últimas ideas a la hora del almuerzo. Habría sido divertido contar con sir Isaiah entre nosotros, entre otras cosas porque para él la diversión era un ingrediente más de la vida (y también de la vida del pensamiento), y lo dispensaba y apreciaba en los demás. Su yerno, Peter Halban, recuerda cómo Berlin lo instruyó en la versión rusa del juego de las pulgas. Le encantaban los juegos de palabras, contar historias y cotillear. Sus opiniones acerca de la condición humana acostumbraban a ser audaces y pícaras.

Berlin también habría pasado tiempo en la biblioteca de la tercera planta. Creía que las ideas, como las civilizaciones, los estados y los individuos, deben mucho a sus antepasados. Esas ideas perviven en los libros. Solía describirse no como filósofo, sino como historiador de las ideas. Se concebía a sí mismo no tanto como promulgador de ideas nuevas cuanto como estudioso, crítico, condensador y relator de viejas ideas. Otorgaba suma importancia a la erudición, al análisis de las pruebas empíricas, a la reflexión sobre la obra realizada previamente por otras personas y a la evaluación de las repercusiones que ésta había tenido en su propio tiempo y en el nuestro.

Una cualidad que todo aquel que conoció a Berlin, ya fuera en persona o a través de sus escritos, le atribuye es su imparcialidad. No sólo respetaba la opinión de los demás, sino que también percibía la complejidad de la realidad... y de la moralidad. «Pluralismo» era uno de los raros términos con ese sufijo que en su vocabulario tenía connotaciones positivas. Por lo general emplazaba los *is-*

mos en algún punto intermedio entre la sospecha y el anatema. Defendía la apertura de espíritu y la tolerancia, atributos que en una comunidad, ya se trate de un salón de actos universitario, una reunión de ciudadanos o una nación, alientan la pluralidad y divergencia de ideas en cuanto a lo que debe considerarse bueno, verdadero y correcto.

La última vez que vi a Berlin fue en 1994, aproximadamente dos años antes de su muerte. Por aquel entonces yo trabajaba como funcionario del Departamento de Estado y había acudido a impartir una conferencia en Oxford sobre la difusión de la democracia como objetivo de la política exterior estadounidense. Me desconcertaba verlo desde el atril allí sentado, en primera fila, con su toga, la mirada fija en mí y las cejas enarcadas. Cuando hube concluido, se me acercó y, tras dedicarme varios halagos, me ofreció su consejo preferido, pronunciado por alguien que, sospecho, no era su estadista favorito: Talleyrand. «*Surtout pas trop de zèle*»*, me recomendó. No tuve la sensación de que me estuviera recriminando nada, más bien me hacía partícipe de lo que él consideraba una verdad desagradable sobre las acciones de Estados Unidos en su práctica totalidad, y en especial en el ámbito de la política exterior.

Lo que Berlin denominaba «la inevitabilidad de los fines conflictivos» era la «*única* verdad que he descubierto por mí mismo»[1]. «Algunos de los Grandes Bienes no pueden vivir juntos. [...] Estamos predestinados a escoger, y cada elección puede entrañar una pérdida irreparable[2].» Es el tipo de conclusión propia de su visión del pluralismo y del liberalismo.

* «Sobre todo, no excederse en el celo.» *(N. de la T.)*

1. Carta a Jean Floud, 5 de julio de 1968, citada en Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin: una vida*, Madrid, Taurus, 1999.

2. «La persecución del ideal», en Isaiah Berlin, *El fuste torcido de la humanidad*, Barcelona, Península, 2002.

Así pues, desde la perspectiva de Berlin, todo tema interesante es un dilema. Lo único peor que cometer un error es pensar que no puede cometerse. Berlin opinaba que debíamos afrontar la inevitabilidad de las consecuencias indeseables y potencialmente peligrosas de nuestros actos, aunque estuviéramos convencidos de que eran los correctos.

De haberse detenido ahí en su hipótesis, Berlin nos habría dejado a todos, incluidos a aquellos de nosotros que formábamos parte de los gabinetes estratégicos, en una especie de *cul-de-sac*, un estado de parálisis ética e intelectual, por no decir de indecisión crónica.

Pero no lo hizo. Postuló que la *dificultad* de la elección no nos exime de la *necesidad* de elegir. Y con ello reconoció que el dilema no puede esgrimirse como excusa para el error, la indecisión o la inacción. Hay que sopesar los pros y los contras y, sobre ello, tomar una decisión. Si nosotros no lo hacemos, otros lo harán, y quienes lo hagan podrían actuar perfectamente amparándose en un *ismo* pernicioso u otro. A fin de cuentas, la adopción de decisiones, sobre todo de las más arduas, es, en opinión de Berlin, una parte esencial de «lo que significa ser humano».

Quizá la cita más célebre relacionada con la visión que Berlin tenía del mundo y de la humanidad sea el título de su ensayo *El erizo y la zorra*. Está extraído de un fragmento de un poema del griego Arquíloco: «La zorra sabe muchas cosas, en cambio el erizo sólo una e importante». Berlin aplicaba este dicho a los grandes protagonistas de la historia, pero al hacerlo no alababa un animal y condenaba al otro. Todo el mundo posee una combinación de ambos, si bien en distintas proporciones e interacciones. En este sentido, el proverbio no funcionaría como un eslogan de la vida, lo cual es sumamente apropiado, puesto que Berlin no era amigo de eslóganes y panaceas.

Ahora bien, sí tenía una gran idea propia, su propio erizo, y, como es lógico, era una idea paradójica: «Des-

confía de las grandes ideas, sobre todo cuando recaen en manos de líderes políticos».

El antónimo del pluralismo es el monismo, que sostiene que existe una respuesta predominante a quiénes somos, cómo deberíamos comportarnos y cómo deberíamos gobernar y ser gobernados. Lo aplican los mandamases cuando afirman estar en posesión del monopolio del bien, de la verdad y de la capacidad de erradicar todos los males. El monismo es el denominador común de otros *ismos* que han ocasionado una destrucción colosal a lo largo de la historia, incluidos los dos totalitarismos del siglo XX. Uno de ellos se asocia con el nombre de Hitler; el otro con el de Stalin, a quien en la fotografía de la página 8 vemos sentado bajo un retrato de ese otro difusor de la «Gran Idea», Karl Marx. Stalin ocupa el trasfondo, y en ocasiones también el primer plano, de todos los ensayos de Berlin sobre la política y la cultura soviéticas, incluidos los escritos tras la muerte del tirano en 1953.

Tras leer con detenimiento el manuscrito de este libro, George Kennan comentó:

> Siempre he tenido a Isaiah, con quien mantuve una relación bastante estrecha durante mis varios períodos de residencia en Oxford, no sólo como la más sobresaliente y destacada inteligencia crítica de su tiempo, sino como un santo patrón entre los comentaristas de la realidad rusa, en particular de la escena política y literaria.

En términos étnicos, Berlin no era ruso, sino judío (una distinción de enorme relevancia en la sociedad rusa); tampoco había nacido propiamente en Rusia, sino en Riga, en los márgenes del Imperio; tenía sólo once años cuando su familia emigró de Petrogrado a Inglaterra, donde residió el resto de su larga vida, y regresó a Rusia tan sólo en tres ocasiones. Pese a ello, en muchos sentidos fue un observador extraordinariamente perspicaz de ese país. De niño se había sumergido en las ediciones encuadernadas en cuero

de Tolstói, Turguéniev y Pushkin que albergaba la biblioteca de su padre y había escuchado a Chaliapin interpretar el papel de Borís Godunov en el Teatro Mariinski. Y, por supuesto, conservaba su lengua materna, que le daba acceso a todas esas mentes soviéticas, presoviéticas, postsoviéticas, insoviéticas y antisoviéticas que modelaron su pensamiento y el texto que el lector está a punto de leer.

A lo largo de toda su vida, mientras con la mente surcaba los siglos y el mundo al completo, Berlin continuó pensando, leyendo, escuchando, hablando y escribiendo sobre Rusia, tanto en cuanto cuna de una magnífica cultura como laboratorio de un experimento de monismo atroz.

En sus cavilaciones sobre las repercusiones de tal experimento, Berlin rehusaba la idea de la inevitabilidad histórica, ante todo porque ésta era ya monista en sí misma. En su lugar, creía en lo que podría denominarse el pluralismo de las posibilidades. Una posibilidad era que Rusia, andado el tiempo, acabara por zafarse de los grilletes de su propia historia. Expuso esa creencia en 1945, inmediatamente después de su primer encuentro con la poeta Anna Ajmátova, narrada en «Visita a Leningrado» y «Conversaciones con Ajmátova y Pasternak». A su regreso desde Leningrado a la embajada británica en Moscú, donde a la sazón trabajaba, escribió un visionario comunicado para la Oficina de Asuntos Exteriores de Londres. En él expresaba su esperanza en que la vitalidad y la magnificencia de la cultura rusa soportaran, y con el tiempo incluso superaran, lo que él denominaba los «errores garrafales, los absurdos, delitos y desastres» perpetrados por «el despotismo más detestable»; en otras palabras, que lo mejor del dualismo en Rusia acabaría por vencer a lo peor.

En su «Poema sin héroe», Ajmátova describió a Berlin como «el invitado del futuro». Pero en la vida real entre los poderes de Berlin no figuraba el de la profecía. No esperaba sobrevivir a la Unión Soviética. En 1952, en un ensayo incluido en este volumen, avanzaba ya el concepto de

«la dialéctica artificial», la ingeniosa flexibilidad táctica del Partido Comunista en bloque que, según él creía, jamás permitiría que el sistema deviniera «demasiado renqueante o ineficaz», pero tampoco que se sobrecargara y volviera autodestructivo. Era la «original invención del generalísimo Stalin, su mayor contribución al arte del gobierno» y parte del manual de supervivencia de la tiranía. Y Berlin temía que funcionara:

> Por ello, mientras los dirigentes de la Unión Soviética sigan dominando la maquinaria del Gobierno y continúen estando pertinentemente informados por la policía secreta, parece poco probable que se produzca una implosión o siquiera una atrofia de la voluntad y el intelecto de dichos gobernantes como consecuencia de los efectos desmoralizantes del despotismo y la manipulación sin escrúpulos de otros seres humanos. [...] Por muy acuciada por las dificultades y los peligros que esta maquinaria se encuentre, su éxito y capacidad de supervivencia no deben subestimarse. Su futuro puede ser incierto, incluso precario; puede cometer errores garrafales y naufragar o cambiar de rumbo de manera gradual y catastrófica, pero hasta que no cuaje una mejor naturaleza entre los hombres, no está necesariamente condenada al fracaso.

Seguramente habrá quien en este juicio halle indicios de que Berlin no supo interpretar las señales que había escritas en el muro, o al menos no con tanta anticipación como Kennan, quien en 1947 había percibido ya en la URSS «tendencias que finalmente resultarían en la desintegración o suavización paulatina del poder soviético»[1].

1. «The Sources of Soviet Conduct», *Foreign Affairs* 25, n.° 4 (julio de 1947), pp. 566-582, en la p. 582. El artículo se publicó bajo el seudónimo «X», en lo que el editor describió a Berlin como «nuestra serie habitual de artículos anónimos firmados con una simple inicial» (véanse pp. 46-47).

Pero posiblemente haya una interpretación más correcta. Y es que el aspecto de ese muro era mucho más sólido que nada de lo que durante el último año de mandato de Stalin se inscribiera en él. Además, «no está necesariamente condenada» tal vez no fuera un diagnóstico de enfermedad terminal, pero tampoco era en ningún caso un certificado de buena salud. Y por último, y tal vez lo más pertinente, Berlin no creía en la certeza y mucho menos, parafraseando a Yogi Berra, en la certeza sobre el futuro.

Entrevisté a Berlin en el verano de 1968, justo después de que los tanques soviéticos entraran en Checoslovaquia y aplastaran la Primavera de Praga. Me explicó a una velocidad de vértigo, de un modo barroco y erudito, pero con enorme claridad, que esa invasión demostraba la debilidad de un régimen que dependía sobremanera de la fuerza bruta y que ello revelaba la «decrepitud» del sistema soviético y de su ideología.

No obstante, Berlin, como yo mismo y prácticamente todos mis conocidos, preveía que el sistema se mantendría largo tiempo. A mediados de la década de 1980, Margaret Thatcher tachó a Berlin de pesimista cuando éste insinuó que haría falta una guerra para impulsar lo que hoy se denominaría «un cambio de régimen» en Moscú.

Incluso en el «año de los milagros», 1989, cuando el Muro cayó (literalmente y en sentido figurado), mientras otros anticiparon un nuevo orden mundial, Berlin se abstuvo de anunciar el final de nada. En «La supervivencia de la *inteliguéntsia* rusa» aclama a los rusos por su papel en la revolución pacífica que a la sazón se extendía por todo el bloque soviético. Son, según sus palabras, «un gran pueblo, con una capacidad creativa inmensa, y una vez sean libres, nadie sabe qué aportarán al mundo».

Ahora bien, incluso en medio de lo que él describe como su «asombro, euforia y felicidad» por los acontecimientos registrados en Europa central, recuerda el comentario de madame Bonaparte cuando se congratulaba por ser madre de un emperador, tres reyes y una reina: «*Oui,*

pourvu que ça dure»*. Berlin se hace eco de esa precaución al final de su ensayo, que concluye como sigue: «Siempre es posible una nueva barbarie, pero en el presente no parece que se perfile ninguna en el horizonte. Al fin y al cabo, que los males pueden superarse y que el fin de la esclavitud está en camino son cosas de las que el ser humano puede sentirse razonablemente orgulloso».

Berlin creía que la historia, incluida la historia de las ideas, se encuentra «en progreso» constante. En los momentos en que parece encauzado en una buena dirección, el progreso puede reconocerse e incluso celebrarse, pero sin desplegar un celo o una certeza excesivos.

Este libro, como prácticamente todo lo que lleva el sello Brookings, es fruto de una colaboración. Junto con Bob Faherty, director de Brookings Press, deseo manifestar mi gratitud a Henry Hardy, del Wolfson College de Oxford, por corregir los ensayos, las conferencias y otros escritos de Isaiah Berlin publicados en estas páginas. Henry acometió esta labor con un *savoir faire* y un esmero idénticos a los consagrados a las catorce recopilaciones anteriores de la obra de Berlin, incluidos cinco posteriores a su deceso en 1997.

Me sumo a Henry para manifestar nuestra gratitud a Aline Berlin por el apoyo brindado a lo largo de este proyecto y por contribuir, junto con Peter Halban, a debatir el manuscrito en una mesa redonda celebrada el 7 de julio de 2003 bajo los auspicios del St. Antony's College, un acontecimiento que fue posible gracias a la amabilidad del rector, sir Marrack Goulding, y de Polly Friedhoff, la relaciones públicas y encargada de desarrollo de la institución. Dicha sesión aplegó a eruditos, colegas y amistades de Berlin que compartieron con nosotros sus recuerdos personales y el conocimiento de su obra. Los otros partici-

* «Sí, ojalá dure.» *(N. de la T.)*

pantes fueron: sir Rodric Braithwaite, el catedrático Archie Brown, el catedrático Cao Yiqiang, Larissa Haskell, Camilla Hornby, el catedrático Peter Oppenheimer, el doctor Alex Pravda, Helen Rappaport, el catedrático Robert Service, Brooke Shearer, el doctor Harry Shukman y Pat Utechin.

STROBE TALBOTT

Prefacio

> Poseía una mirada inteligente, pero también cruel, y todo su semblante reflejaba la expresión de un fanático que firmaba sentencias de muerte sin pestañear. Su lema en la vida era «El fin justifica los MEDIOS». Nada lo detenía de llevar a cabo sus planes.
>
> ISAIAH BERLIN,
> «El fin justifica los medios» (1921)[1]

Hace tiempo que sé que este libro debía ver la luz. Los escritos diseminados de Isaiah Berlin sobre la política y la cultura rusas bajo la era soviética tienen enjundia tanto en calidad como en cantidad, y además son únicos en su especie.

En 1991, tras la exitosa publicación de *El fuste torcido de la humanidad* y en respuesta al desmoronamiento del comunismo en Rusia y la Europa del Este, le insinué a Berlin que era el momento idóneo para publicar una recopilación de sus ensayos sobre la Unión Soviética, pero él objetó a mi sugerencia que la mayoría de los aspectos que abordaba en ellos eran aislados y superficiales y en cierto sentido estaban obsoletos. Volví al ataque, esgrimiendo mis argumentos a favor de mi propuesta. Y él me contestó en los siguientes términos:

1. En su libro *Dos conceptos de libertad y otros escritos: el fin justifica los medios, mi trayectoria intelectual*, Madrid, Alianza, 2008.

> No conviene. Entiendo que todo lo que dices es perfectamente sensato, pero no es el momento oportuno, incluso aunque estos textos deban publicarse. [...] Creo que en el presente, ahora que la Unión Soviética se ha desintegrado, añadir obras que bailan sobre su tumba sería inapropiado (de hecho, ya se está haciendo, y con exceso). No se requieren más medios para demostrar la inadecuación del marxismo, el comunismo, la organización soviética, las causas del último golpe de Estado, la revolución, etc. Y opino que, si tienen algún valor, cosa que, como bien sabes, dudo sinceramente, será mucho más pertinente publicar estos ensayos en el plazo de diez o quince años, quizá tras mi muerte, a modo de reflexiones interesantes, en el mejor de los casos, de cómo percibíamos la coyuntura observadores como yo mismo en las décadas de 1950, 1960, 1970, etc. Créeme, tengo razón.

Transcurrida más de una década, y unos seis años después de la muerte de Berlin, parece oportuno dejar al margen estas dudas, sobre todo si tenemos en cuenta que la evolución de la antigua Unión Soviética no ha seguido la senda rápida hacia la democracia liberal occidental que tantos (con la salvedad de Berlin) se precipitaron a augurar. Es bien sabido que buena parte de la mentalidad soviética ha sobrevivido al régimen que la engendró. En cuanto a las dudas de Berlin acerca del valor de su obra, y en particular de su valor permanente, estoy acostumbrado a descartarlas sin el menor cargo de conciencia. Y opino que su modesta frase «observadores como yo mismo» resta importancia a la unicidad de su visión personal.

La causa de que el proyecto salga a la luz en la presente coyuntura cabe buscarla en la acertada sugerencia de mi amigo Strobe Talbott de que los artículos recopilados podían ser objeto de un seminario sobre la contribución de Berlin a los estudios soviéticos y publicarse bajo el sello de la Brookings Institution Press. El prólogo de Strobe ubica perfectamente el contenido del libro en el contexto de la obra global de Berlin.

Todas las notas al pie de los ensayos se han añadido en la fase editorial, salvo aquellas en las que se anexan las siglas «N. del A.» que pertenecen a Isaiah Berlin. A continuación se incluyen algunos comentarios complementarios acerca de las circunstancias que rodearon la escritura de los ensayos recogidos en este volumen.

Las letras y el arte en la Rusia de Stalin

En otoño de 1945, Berlin, a la sazón funcionario del Ministerio de Exteriores británico, visitó la Unión Soviética por primera vez desde que emigrara en 1920, a la edad de once años. Fue durante esa visita cuando tuvo lugar su célebre encuentro con Anna Ajmátova y Borís Pasternak. Sin embargo, no glosó sus recuerdos de aquellas reuniones hasta treinta y cinco años después[1].

Con todo, en aquella época redactó dos informes oficiales. Concluida su misión escribió un memorándum particularmente extenso sobre la situación general de la cultura rusa, al cual otorgó, como era su costumbre, un título sin pretensiones: «Nota sobre la literatura y las artes en la República Socialista Soviética Federada de Rusia en los últimos meses de 1945».

También subestimó el alcance de su informe. Adjuntó una copia del mismo a una carta fechada el 23 de marzo de 1946 y remitida a Averell Harriman, el embajador estadounidense en la URSS, en la que lo felicitaba por su nombramiento como embajador en Gran Bretaña. En aquella carta, redactada desde la embajada británica en Washington, Berlin comentaba a Harriman:

> Incluyo un informe extenso y pobremente escrito sobre la literatura rusa, etc., que Frank Roberts[2] me ha indicado que

1. Este volumen incluye una versión abreviada de esos informes.
2. Ministro británico en Moscú.

> le remita. Dudo que contenga nada nuevo o interesante; aquí sólo lo ha leído Jock Balfour[1], y sospecho que en el Ministerio de Exteriores nadie lo hará. Es confidencial únicamente por las archiconocidas repercusiones para las posibles fuentes de información que contiene, en caso de que alguna vez «éstas» tuvieran conocimiento de su existencia. Le agradecería enormemente que me lo devolviera a través de la saca de correo del Ministerio de Exteriores dirigida al New College de Oxford, en cuyos sombríos recovecos recordaré con nostalgia, pero sin arrepentimiento, un mundo que tal vez debería olvidar para siempre.

El modesto informe que Berlin envió en este despacho es, lógicamente, harto engañoso. Tal como Michael Ignatieff escribe en su biografía de Berlin:

> El humilde título del informe traicionaba sus ambiciones: era ni más ni menos que una historia de la cultura rusa durante la primera mitad del siglo XX, una crónica de la aciaga generación de Ajmátova. Probablemente fuera el primer informe occidental de la guerra de Stalin contra la cultura rusa. Cada página recogía pistas de lo que la poeta, además de Chukovski y Pasternak, le había narrado acerca de sus experiencias durante los años de persecución[2].

Visita a Leningrado

El otro artículo escrito simultáneamente a los acontecimientos de 1945 es un relato más personal de la histórica visita que realizó a Leningrado entre el 13 y el 20 de noviembre, menos de dos años después del levantamiento del sitio alemán. Berlin resta importancia e incluso falsea de manera deliberada el encuentro que mantuvo con Ajmáto-

1. Ministro británico en Washington.
2. Michael Ignatieff, *op. cit.* (p. 15, n. 1, y p. 255).

va (probablemente) la noche del 15 al 16 de noviembre. En cambio, en una carta dirigida a Frank Roberts, el Chargé d'Affaires británico en Moscú, en la cual le agradece su hospitalidad, afirma que, en la segunda visita que efectuó a Ajmátova al final de su estancia, cuando se disponía ya a abandonar la Unión Soviética, ella le «dedicó un poema nuevo sobre nuestras conversaciones a medianoche, que es lo más emocionante que me ha ocurrido nunca»[1].

Un gran escritor ruso

El 28 de enero de 1998, la embajada británica en Washington dedicó a Isaiah Berlin una conferencia titulada «Un recuerdo americano». Entre quienes lo homenajearon figuraba Robert Silvers[2], coeditor del *The New York Review of Books* y amigo personal de Berlin desde hacía más de treinta años. En su discurso habló de las circunstancias bajo las cuales se escribió el siguiente ensayo, así como de su propia reacción a las palabras de Berlin:

> Ésta es la prosa de un narrador nato, aspecto que considero esencial para entender la inmensa variedad de la obra de Isaiah. Así lo pensé especialmente [en otoño de 1965], durante una estancia de éste en Nueva York que coincidió con la publicación de la obra del poeta ruso Ósip Mandelshtam. Isaiah accedió a escribir una crítica sobre ella. Los días pasaban y me comunicó su partida inminente. Acordamos que acudiría a las oficinas del *Review* una no-

1. Carta del 20 de febrero de 1946. El poema es el segundo del ciclo *Cinque*.

2. El homenaje aparece publicado bajo el título «Writing on Berlin» en *The Isaiah Berlin Virtual Library* (en lo sucesivo IBVL), la página web oficial de The Isaiah Berlin Literary Trust, *http://berlin.wolf.ox.ac.uk/*

> che después de cenar y que me dictaría el borrador de la reseña que acababa de finalizar. Mientras me dedicaba a mecanografiarlo caí en la cuenta de que Berlin era un apasionado de la poesía rusa de este siglo, la cual conocía al detalle. [...] Cuando concluyó y emergimos a la calle Cincuenta y siete, por donde transitaban unos enormes camiones de basura negros que causaban un gran estruendo, echó un vistazo a su reloj y exclamó: «¡Son las tres de la madrugada! ¡Mandelshtam! ¡Quién sabe dónde andará ahora!».

Conversaciones con Ajmátova y Pasternak

El célebre ensayo de Berlin «Reuniones con escritores rusos en 1945 y 1956» se publicó en su versión íntegra en el año 1980 en su *Impresiones personales*. La clarividencia de su narración es tal y del tal calado para el tema que nos ocupa que he hecho una excepción a mi práctica habitual de no publicar el mismo ensayo en más de una recopilación y me he decidido a incluir su versión abreviada, aparecida en *The Proper Study of Mankind*. Además, el presente volumen difiere de mis anteriores antologías de la obra de Berlin por tratarse de un compendio de sus mejores ensayos, extraídos de todos los demás libros, y éste es el único ensayo que contiene que aún no se había publicado (en esta forma) en ninguna otra colección.

Desde su visita a Leningrado en 1945, Berlin tenía intención de narrar las experiencias allí vividas. En 1980, mientras su *Impresiones personales* se hallaba en fase de preparación, se volcó al fin en esta largamente pospuesta obra de amor, en respuesta a una invitación del Wadham College, Oxford, para impartir la (última) conferencia Bowra. El texto que escribió era demasiado extenso para una charla de una hora de duración, de manera que lo abrevió. El resultado es la versión aquí incluida, con la adición de algún fragmento de material recuperado de

la versión íntegra aparecida en *The New York Review of Books*.

Borís Pasternak

Es probable que esta crítica se redactara en 1958. En septiembre de ese mismo año se publicó en Inglaterra *Doctor Zhivago* y en octubre Pasternak ganó el Nobel de Literatura. Berlin se había opuesto férreamente a la candidatura de Pasternak, alegando que, si se le concedía tal galardón, sus problemas con las autoridades soviéticas serían aún mayores de los que su novela le había ya reportado. En efecto, Pasternak rechazó formalmente el premio, bajo una coacción considerable. Anciano y enfermo, no tenía la fortaleza ni la voluntad de enfrentarse a las autoridades soviéticas y le preocupaban los riesgos que aceptarlo entrañaría para su medio de vida (y el de su amante, Olga Ivinskaya); además, de haber abandonado la Unión Soviética para acudir a recoger el galardón, jamás se le habría permitido regresar a ella.

El hecho de que este ensayo se escribiera es en sí bastante sorprendente. Berlin había prometido con anterioridad al *Manchester Guardian* un artículo relacionado con la publicación de *Doctor Zhivago*, pero luego «con todo el revuelo causado por el premio Nobel les dije que prefería esperar»[1]. Es probable que también le solicitaran que escribiera algo con fines promocionales tras el anuncio del fallo de la Academia sueca. En cualquier caso, el texto estaba ya esbozado, pero si existió una versión impresa, yo no he sido capaz de localizarla; tal vez se utilizara como borrador en lugar de imprimirse palabra por palabra. Cuando encontré por casualidad el texto mecanografiado, le enseñé una versión revisada a Berlin, quien la leyó con detenimiento y rellenó unas cuantas omisiones.

1. Carta enviada a David Astor el 27 de octubre de 1958.

Ni siquiera él recordaba las circunstancias en las que lo redactó.

Lo que se publicó a finales de 1958 fue la crítica que Berlin realizó de *Doctor Zhivago* en su selección de «Libros del año» para el *Sunday Times:*

> *Doctor Zhivago*, por Borís Pasternak, es a mi parecer una obra genial y su publicación constituye un acontecimiento literario y moral sin parangón en nuestros días. Las circunstancias extraordinarias en las que este libro se publicó en Italia y, en particular, su mala utilización, burda y denigrante, con fines propagandísticos a ambos lados del Telón de Acero podría desviar la atención del hecho trascendental de que se trata de una obra maestra poética magnífica, inscrita en la tradición central de la literatura rusa, quizá la última en su género, a un tiempo creación de un mundo natural y una sociedad de individuos anclados en la historia y la moralidad de su época, y confesión personal de una claridad, nobleza y profundidad sobrecogedoras.
>
> Algunos críticos han tendido a atribuir el éxito excepcional de esta novela a la curiosidad o al escándalo que rodearon su publicación. No veo motivo para secundar esta opinión. Su temática principal es universal y cercana a las vidas de la mayoría de las personas: la vida, la decadencia y la muerte de un hombre que, como los protagonistas de Turguéniev, Tolstói y Chéjov, vive en los márgenes de la sociedad, se ve arrastrado por la evolución y el destino de ésta pese a no identificarse con ella, y aun así conserva su humanidad, su vida interior y su idea de la verdad bajo el manto de los acontecimientos violentos que pulverizan la sociedad que lo rodea y embrutecen o destruyen en grandes números las vidas de otros seres humanos.
>
> Como en su poesía, Pasternak demuele las barreras que separan al hombre de la naturaleza, la vida animada de la inanimada; sus imágenes suelen ser metafísicas y religiosas; sin embargo, cualquier conato de clasificar sus ideas, o las de los personajes de la novela, sobre todo las sociales o psi-

cológicas, y adaptarlas para respaldar una filosofía o teología concretas, sería absurdo frente a la globalidad acaparadora de su visión de la vida.

El autor narra esta concepción global desplegando su don para la escritura evocadora, a un tiempo lírica e irónica, descaradamente profética y rebosante de nostalgia del pasado ruso, un don que yo considero único y de una fuerza descriptiva sin rival en la actualidad.

Es un libro irregular: su principio es confuso, el simbolismo resulta en ocasiones oscuro y el final es desconcertante. Los maravillosos poemas con los que concluye transmiten muy poco en inglés. Pero, en su conjunto, nos hallamos ante una de las mejores obras de nuestro tiempo[1].

Berlin retomó *Doctor Zhivago* en 1995, cuando el mismo diario le solicitó que escogiera un libro para su columna titulada «On the Shelf»*. Puesto que esta segunda crítica amplía de manera significativa la publicada en «Conversaciones con Ajmátova y Pasternak», he tenido a bien reproducirla a renglón seguido:

Un libro que me causó una profunda impresión y cuya memoria sigue conmoviéndome es *Doctor Zhivago*, de Borís Pasternak. En 1956 me encontraba en Moscú con mi esposa, instalados en la embajada británica. (Había conocido a Pasternak durante mi servicio en dicha embajada en 1945, había entablado amistad con él y desde entonces nos veíamos con cierta asiduidad.) Acudí a visitarlo a la población de escritores de Peredélkino, y entre las primeras cosas que me explicó fue que había acabado su novela (de la cual yo había leído un capítulo en 1945) y que ésta conformaría su testamento, mucho más que ninguno de sus escritos anteriores (algunos de los cuales eran obras de una genialidad incuestionable por mucho que él aludiera a ellos con des-

1. *Sunday Times*, 21 de diciembre de 1958, p. 6.

* «En la estantería.» *(N. de la T.)*

dén). Me comunicó que había enviado el manuscrito original de la novela el día antes al editor italiano Feltrinelli, puesto que le había quedado claro que no podría publicarla en la Unión Soviética. Me entregó una copia de dicho manuscrito. Pasé toda la noche en la cama leyéndolo y lo acabé a última hora de la mañana. Me conmovió sobremanera, creo que más de lo que jamás, ni antes ni después, lo ha hecho ningún libro, salvo tal vez *Guerra y paz* (cuya lectura me llevó más de una noche).

Ya entonces fui consciente de que, en tanto que novela, *Doctor Zhivago* era imperfecta: la historia no está debidamente estructurada y contiene detalles vívidos y agudos, pero también otros artificiales e irrelevantes, en ocasiones redactados burdamente a la carrera. En cambio, la descripción de cómo el pueblo acogió la Revolución de Febrero es soberbia; yo me encontraba entonces en Petrogrado, tenía siete años de edad y recuerdo las reacciones de mis tías y primos, de las amistades de mis padres y de muchas otras personas, y Pasternak supo reflejarlas con una genialidad descriptiva incomparable. Los patéticos esfuerzos de los moderados y liberales están relatados con compasión e ironía. La fuerza elemental y apabullante, tal como él la veía, de la toma del poder bolchevique está narrada con un realismo que supera todo lo que yo haya leído.

Sin embargo, lo que mayor impresión me causó, y nunca ha dejado de hacerlo, es la descripción del héroe y la heroína, rodeados por los lobos aulladores en su casita siberiana sepultada bajo la nieve, una descripción prácticamente sin parangón.

El amor es el tema de infinidad de novelas. Pero la mayoría de los grandes novelistas franceses acostumbran a tratar el encaprichamiento, un juego pasajero y a menudo contradictorio entre un hombre y una mujer. En la literatura rusa, en Pushkin y Lérmontov, el amor es un estallido romántico; en Dostoyevski, el amor es tormento y está entretejido con sentimientos religiosos y de índole psicológica. En Turguéniev, es una descripción melancólica del amor pa-

sado que desemboca tristemente en fracaso y dolor. En la literatura inglesa, en Austen, Dickens, George Eliot, Thackeray, Henry James, Hardy, D. H. Lawrence e incluso Emily Brontë, hay una búsqueda, un anhelo, un deseo satisfecho o frustrado, la tristeza de un amor infeliz, los celos posesivos, el amor hacia Dios, la naturaleza, las posesiones, la familia, la compañía afectuosa, la devoción y el hechizo de vivir felices y comer perdices. Pero el amor correspondido, apasionado, sobrecogedor, absorbente y transformador, el olvido del mundo, el desvanecimiento, ese amor casi se da en *Anna Karenina* de Tolstói (pero no en *Guerra y paz* y sus otras obras maestras) y luego, al menos según mi experiencia, únicamente en *Doctor Zhivago*. Esta novela capta la auténtica experiencia del amor, la vivencia de quienes han estado verdaderamente enamorados, una vivencia que desde Shakespeare nadie había expresado de una manera tan completa, vívida, escrupulosa y directa.

Me conmovió profundamente y, cuando al día siguiente acudí a visitar al poeta, su esposa me rogó que lo disuadiera de publicar la novela en el extranjero por temor a las represalias contra ella y sus hijos. Pasternak montó en cólera y replicó que no me había pedido opinión sobre qué hacer o no hacer, que había consultado a sus hijos y estaban preparados para lo peor. Me disculpé. Y ahí acabó todo. La trayectoria posterior de la novela es conocida; incluso la película hollywoodiense transmitía parte de ella. Esta lectura me acompañará hasta el final de mis días. La novela es una descripción de una experiencia total, no de fragmentos o aspectos: ¿de qué otra obra de ficción escrita en el siglo XX puede afirmarse lo mismo[1]?

1. *Sunday Times*, 7 de noviembre de 1995, sección 7 («Libros»), p. 9. Existen otras publicaciones más breves de críticas de Berlin a Pasternak, entre ellas: «The Energy of Pasternak», una revisión de *Selected Writings* de Pasternak aparecida en *Partisan Review* 17 (1950), pp. 748-751, y reeditada en Victor Erlich (ed.),

El porqué del aislamiento voluntario de la Unión Soviética

Transcurrido un mes de su regreso a Estados Unidos a principios de abril de 1946 y cumplida su misión en época de guerra, Berlin fue invitado a impartir una conferencia sobre el «aislamiento soviético» en el Royal Institute of International Affairs en la Chatham House de Londres. Quiso asegurarse muy bien de la composición de su público y de la confidencialidad de los procedimientos y pronunció la charla el 27 de junio, bajo el título que encabeza este apartado. Este fragmento recoge su ponencia tal como se refleja en las actas de la reunión, si bien corregido para su inclusión en este volumen. He omitido los comentarios introductorios del presidente, sir Harry Haig, y el turno de preguntas, que pueden consultarse en la página web oficial de Isaiah Berlin, bajo el epígrafe «Unpublished Work» («Obras inéditas»). Las actas originales se redactaron en tercera persona y en discurso indirecto. Para su inclusión en este volumen las he convertido a discurso directo en aras de hacerlo más legible, si bien el resultado no debería interpretarse como una transcripción literal de las opiniones de Berlin.

La dialéctica artificial

Lo mejor para narrar la historia de los artículos del *Foreign Affairs* publicados en estas páginas es recurrir a citas tomadas de las entretenidas cartas que el propio Berlin envió al editor de dicho diario, Hamilton Fish Armstrong, a

---

Pasternak: A Collection of Critical Essays (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1978); además existe una carta de Pasternak escrita en respuesta a un artículo de Gabriel Josipovici en el *Times Literary Supplement*, 16-22 de febrero de 1990, p. 171.

quien los lectores de Berlin hemos de estar sumamente agradecidos por la perseverancia que durante más de dos décadas desplegó para extraer textos a este autor reticente. Lo consiguió en cuatro ocasiones, dos de las cuales se incluyen a continuación.

La estela que conduce hasta «La dialéctica artificial» arranca el 29 de junio de 1951, cuando Armstrong presiona a Berlin para que le redacte un nuevo artículo, a raíz de la enorme aclamación con que la crítica recibió un año antes «Ideas políticas en el siglo XX». Berlin le responde que, de hecho, tiene ya escrito un «texto» que podría servir para tal fin y explica la génesis del mismo en una carta fechada el 16 de agosto de 1951:

> Las circunstancias son las siguientes: hace meses, meses y más meses, [Max] Ascoli me escribió, no una sino repetidas veces, reprochándome que escribiera para usted, para el *N. Y. Times* y para el *Atlantic Monthly*, pero nunca para él. Debo confesar que no tengo en alta consideración su *Reporter*, pero siento un gran aprecio personal hacia él. Comoquiera que fuera, presionado de este modo, me senté, redacté un artículo y se lo envié, explicándole que tal vez fuera demasiado extenso para él, pero que, en tal caso, preferiría que lo rechazara y no se publicara nunca a que se recortara o editara (había criticado el texto que publiqué en *Foreign Affairs* por ser excesivamente largo y estar repleto de tópicos que podían haberse suprimido, etc.). Su respuesta fue laudatoria. Me envió un pavo por Navidad, luego cayó enfermo y después se produjo un largo silencio. (Aunque me avergüence decirlo) aproveché dicho silencio para escribirle (sin ser del todo sincero) solicitándole que me devolviera el artículo, pues deseaba alargarlo un poco más, cosa que, sin duda, lo haría aún menos adecuado para su publicación. Le agregué una o dos frases a bolígrafo (véase el manuscrito adjunto). Me solicitó que le reintegrara el artículo en octubre. Pero entonces resolví que de ninguna manera lo haría. No me apetece publicar en el *Reporter;* mi

obligación hacia Ascoli ha quedado saldada y prefiero que sea usted o el *N.Y.T.* quien publique mi texto o, en su defecto, que quede inédito. Después de haber tenido el artículo en su mesa durante tres o cuatro meses (pese a asegurarme que su publicación estaba prevista para agosto), Ascoli no está en posición de reclamarme nada.

El segundo punto es algo más peliagudo: puesto que tengo (espero que todavía) parientes en la URSS y he visitado a *littérateurs* inocentes allí, siempre he seguido la política de no publicar nada sobre la Unión Sov. con mi nombre real, ya que ello podría acarrear temibles represalias a mis contactos. No considero necesario extenderme en este punto. Si he de publicar algo sobre el Tío Joe [Stalin], debe ser (a) de manera anónima o bajo un seudónimo y (b) la identidad del autor debe quedar de verdad en el más estricto de los secretos, y no como ocurrió en el caso de George Kennan, que lo fue sólo nominalmente. Inventé el nombre de John O. Utis para «La dialéctica artificial». *OUTIS* significa «nadie» en griego; sin duda recordará algún que otro ingenioso juego de palabras con este término en la *Odisea*, donde Ulises engaña al cíclope sirviéndose de él. Además, también suena vagamente al nombre que podría tener un refugiado lituano o incluso checo o esloveno, de modo que sería factible para un artículo de esta índole. Es posible que Ascoli y algún mecanógrafo anónimo conozcan este secreto. Pero nadie más; y estoy convencido de que él lo guardará con celo en su corazón, sean cuales sean sus sentimientos sobre dónde y cómo vea la luz al fin este artículo. ¿Se publican en su diario artículos anónimos? De no ser así, lo entendería perfectamente; sin embargo, puesto que hay vidas que dependen de ello, preferiría olvidarme de él antes de comprometerlas. No me queda alternativa. Sólo existe otra persona más a quien le he mostrado el texto: Nicholas Nabokov, quien me suplicó que se lo facilitara para sus Preuves, una institución parisina antisoviética. En caso de que a usted le interesara publicarlo, le agradecería que me concediera el permiso para, tras su publicación en Estados Unidos, traducirlo

al alemán *(The Monat)*, el francés, etc. Como es lógico, nunca lo leeré en voz alta a nadie: mi autoría debe permanecer en el más absoluto secreto, pero permitiría a Nabokov guardar una copia, puesto que él ha dado su palabra de no publicarlo en ningún sitio (hasta que usted nos dé una respuesta) y usarlo simplemente en un debate informal a modo de carta de una fuente desconocida en la que se esbozan algunas ideas vagas. Mis disculpas de antemano por todo este embrollo (por lo enredado de la situación), por todo el recital sobre el pasado, etc. Espero que le guste, pero, como bien sabe, yo carezco de opinión sobre nada de lo que escribo, y si prefiere prescindir del texto, le ruego que olvide esta carta.

Armstrong responde el 30 de agosto. En su opinión, los lectores «verán a través del disfraz», pero accede a publicar el artículo de manera anónima. Poco después, un colega lee el artículo y opina que su estilo es complicado y sus conclusiones insatisfactorias. Armstrong, con sumo tacto, así se lo comunica a Berlin el 10 de septiembre y Berlin (que se encuentra en Maine) contesta dos días más tarde:

Ha sido demasiado considerado al desestimar mi artículo. Soy perfectamente consciente de que, al igual que mi ininteligible discurso, mi prosa, si es que así puede llamársela, es una masa opaca de palabras con una puntuación espantosa, torpe, repetitiva y barroca que sepulta al lector como si de una avalancha se tratara. Por consiguiente, como es lógico y tal como ocurrió la última vez, aceptaré de buen grado las enmiendas que me propone, pues sé que deben de haberle resultado muy trabajosas. Es usted el mejor editor del mundo, además del más escrupuloso, generoso y considerado y, en caso de presentarse la ocasión, estaré siempre dispuesto a someterme a los procedimientos civilizadores (o criterio editorial, como tan amablemente lo denomina usted) que me proponga. [...]

Pese a que sin duda está en lo cierto acerca de la imposi-

bilidad de la ocultación real, considero que, desde el punto de vista de las repercusiones que puede entrañar para mis conocidos y parientes en la URSS, existe una diferencia entre una autoría sospechada y una paternidad ostensible. En este caso estimo oportuno utilizar un seudónimo. Si O. Utis (sin «John») le parece demasiado necio (aunque debo confesar que a mí me gusta), no tengo inconveniente en utilizar cualquier otro, siempre que tanto usted como el personal de su publicación se comprometan a guardar el secreto como algo sagrado. Estoy abierto a sugerencias. [...]

No sé si «La dialéctica artificial» es un buen título, o si tal vez sería mejor «La dialéctica sintética»: si se le ocurre algo más sencillo y directo, le agradecería que me lo comunicara. [...]

Acabo de recibir una nota de Ascoli en la que me solicita volver a revisar el artículo una vez más, pero no lo hará. Yo me encargo de solucionarlo, no se preocupe.

Armstrong (17 de septiembre) le agradece a Berlin sus «cumplidos inmerecidos» y poco después le envía el texto corregido, explicándole con más detalle el tema de la revisión de la conclusión. Tras una serie de telegramas desesperados por parte de Armstrong, Berlin escribe (30 de octubre):

Le ruego que me disculpe por la larga demora, pero el señor Utis no se encontraba bien y ha estado trabajando en exceso. Estará en Nueva York el próximo sábado, pero será una visita demasiado breve, apenas cuatro o cinco horas, para ser de utilidad a nadie. Sin embargo, bajo mi coacción, concluirá su labor, calculo, en el plazo de los próximos quince días y le enviará el resultado a la mayor brevedad posible. Últimamente demuestra una aversión curiosa hacia la vida social, pero es de esperar que la finalización a cualquier precio de sus labores le devuelva el gusto por el placer, a lo sumo a mediados de diciembre. Lo mantendré al corriente de los movimientos de esta figura altamente insatisfactoria.

Todo esto se redactó antes de su telegrama, técnica de comunicación firme y familiar que, según percibo, ha establecido usted en tanto que editor paciente y sufridor, pero también comprensivo con un autor excepcionalmente irritante y poco profesional que, no obstante, al final acaba respondiendo, disculpándose y redactando, si bien lo hace tras retrasos exasperantes e innecesarios, que sólo el editor con el corazón más grande perdonaría. Sin embargo, en este caso en particular, me gustaría plantearle las siguientes consideraciones:

(a) Al señor Utis le gustaría contar con un poco de tiempo para incorporar algunas ideas que ha conocido a través de conversaciones informales mantenidas con personas inteligentes; por ejemplo, que el ritmo de las teorías científicas soviéticas está dictado por consideraciones extracientíficas, un punto que podría resultar de utilidad para los científicos locales con un pensamiento antiantisoviético. Además, siente la necesidad de pronunciarse, aunque sea con suavidad, con vistas a desinflar el optimismo que seguramente procede más del corazón que de la cabeza de aquellos que, como el Sr. X[1], aducen que algunas situaciones son demasiado malas para perdurar y que el grado justo de deshonra puede destruir incluso a los ladrones más bellacos; el señor Utis no cree en la corrosión interna y estima necesario manifestarlo, por pesimista que suene; está dispuesto a retirar la anécdota sobre el camarero, pues quizá sea de dudoso gusto, a menos que pudiera aparecer a modo de epígrafe al conjunto, en cuya forma volvería a entregarlo, pero no opondría la menor objeción si se eliminara en esta versión abreviada y más mitológica[2];

(b) Seguramente lo más aconsejable sería que el artículo se publicara una vez el señor Utis haya abandonado el país, para evitar que quede expuesto a un bochorno o una preva-

1. Véase p. 19, nota 1.

2. El episodio se ha añadido en la p. 175 a modo de epígrafe, tal como sugiere Berlin.

ricación innecesarios. Tiene previsto regresar por mar a su monasterio hacia finales de marzo o comienzos de abril;

(c) La suma de A más B presentaría la ventaja añadida de posibilitar la incorporación de cualquier prueba adicional que pueda recopilarse en el futuro inmediato. Ahora bien, el señor Utis suscribe su resolución inicial; el manuscrito debe estar en posesión del editor en el plazo de dos o tres semanas en su forma definitiva para imprimirse sin más dilación. Cualquier añadido o modificación, que en esta fase no son ni probables ni improbables, debería realizarse previo consentimiento mutuo en el caso extraordinario de que acontezca algo realmente tentador. El nombre del señor Utis es O. Utis.

Espero no estar exigiéndole demasiado; le ruego que no me abandone por considerar que rebaso las fronteras de la razonabilidad y la sensatez. Creo que el acuerdo propuesto sería el idóneo para todas las partes.

Un Armstrong aliviado y satisfecho acepta el texto revisado el 16 de noviembre, si bien vuelve a preguntarse si el seudónimo conseguirá engañar a alguien; el 20 de noviembre, Berlin le envía las reflexiones que siguen:

Veo que el señor A. J. P. Taylor expuso un análisis algo distinto del T[ío] J[oe] en el *New York Times* del pasado domingo[1], pero el señor Utis suscribe su opinión anterior. Creo que lo mejor es que la firma se mantenga según lo acordado. Con el tiempo todo acaba filtrándose y ahora hay ya como mínimo una docena de personas en el mundo que conocen la verdad. Pese a todo, la diferencia desde el punto de vista de las posibles víctimas en el país que se analiza me parece real y, siempre que el nombre verdadero no se revele y exista margen para una duda razonable, sus vi-

1. A. J. P. Taylor, «Stalin as Statesman: A Look at the Record», *New York Times Magazine* (*New York Times*, sección 6), pp. 9 y 53-60.

das (o al menos eso quiero pensar) no correrán (o correrán menos) peligro. Seguir cavilando sobre este aspecto me impulsaría a descartar la colaboración en su conjunto, pues no deseo poner en el menor riesgo a ninguna persona que se encuentre en una situación peliaguda. (Nunca tantas personas han sufrido tanto durante tanto tiempo a causa de unos cuantos. Puede sentirse usted afortunado de que esta frase no forme parte del manuscrito del señor Utis.) De modo que aparto el pensamiento y recurro al señor Utis como delgada pantalla de la realidad tras la cual puedo ocultar, aunque no sea de manera muy convincente, mis rasgos más reconocibles.

Sólo una cosa se le ha ocurrido al señor Utis desde la última carta que le envió, y es si podría añadir unas palabras a los fragmentos garabateados en el manuscrito con respecto a las posibilidades de supervivencia de la dialéctica artificial. Quizá podría explicarse algo de la movilización permanente (como en la vida militar) que vive el ciudadano medio soviético y, habida cuenta del padecimiento que en el ejército experimentan los seres humanos, sobre todo los rusos y los alemanes, cabría añadir que, mientras la realidad continúe militarizada en tal grado y no se permita ni un atisbo de vida civil para aliviar tensiones, no debe sorprendernos que la situación se prolongue durante tanto tiempo, ni tampoco existen indicios para augurar que la perversidad intrínseca del sistema lo derrumbe desde dentro (como, me parece, nuestro amigo el señor X se obstina en creer). Me impresionó sobremanera un comentario que me hicieron el otro día acerca de una conversación con uno de los dos aviadores soviéticos, el que no regresó. Le preguntaron por qué su colega sí había decidido volver (no recuerdo sus nombres; me parece que uno se llamaba Pigorov, pero no sé si se trata del que se quedó o del que regresó). Respondió que, después de que los llevaran de excursión por Virginia, los instalaron en un apartamento en Nueva York y les proporcionaron una suma nada desdeñable de dinero, pero no les indicaron nada específico que hacer. El aviador que de-

cidió regresar consideró que aquello era aún más intolerable que un campo de trabajos forzados en la Unión Soviética. Tal vez sea un tanto exagerado, pero es evidente que encierra una gran verdad. Según parece, las personas de aquí que trataban con algunos «desertores» se encontraban con el mismo problema: cómo organizarlos de un modo lo bastante mecánico y rígido y que consuma el suficiente tiempo para evitar que surja la traba del ocio.

Si se piensa bien en la analogía de la vida militar, me permito solicitarle, a usted que conoce al señor Utis y su gramática[1] y estilo atroces de manera tan íntima, que redacte un par de frases y las incluya en el punto relevante del texto con el fin de indicar que la cuestión acerca de cuánto pueden soportar los funcionarios gubernamentales y las masas a quienes controlan un sistema tan tenso y cimentado en virajes impredecibles está mal planteada; una vez impuestas las condiciones de vida y disciplina militar, los seres humanos parecen resistirlas durante un tiempo que a los países más acomodados les parece asombrosamente largo; siempre que no se las asesine o hiera, las poblaciones campesinas demuestran escasa tendencia a sublevarse contra cualquier regimentación o disposición arbitraria de sus vidas; las décadas de servicio en el ejército que los campesinos rusos de los siglos XVIII y XIX tuvieron que soportar no desembocaron en rebeliones graves y la emancipación de los siervos hace menos de un siglo tuvo una repercusión psicológica inferior a lo que suele creerse o a lo que las personas civilizadas habrían deseado. La posibilidad de resquebrajarse bajo la presión es menor en un sistema donde todo obedece a una rutina inerte, por ineficaz y costosa en vidas y propiedades que sea, que en un sistema cuya responsabilidad última recae en dedos nerviosos o titubeantes; de ahí

1. Berlin anota: «¿Sabía usted que "gramática" es la misma palabra que "glamour"? Procede de "grimoire". Si precisa usted mayores explicaciones, no tendré inconveniente en proporcionárselas cuando nos veamos».

> que la perspectiva de agitación social y revuelta o algo por el estilo cuando M. Stalin (espero que conserve usted la «M.»)[1] sea sucedido al timón del país es mayor que durante sus años de poder, al margen de lo opresivos, arbitrarios y brutales que hayan sido. Pero es posible que ya haya manifestado esta opinión a lo largo del artículo. De ser así, le ruego que me disculpe por repetirme de este modo.

Con tácita resignación, Armstrong accede el 28 de noviembre a alargar el texto, pese a que le había solicitado a Berlin que lo acortara; se abrevia otro artículo para poder encajarlo en la maqueta. Y así, por fin, amaina la tormenta y el artículo se imprime.

Cuatro semanas en la Unión Soviética

Este artículo se basa en un borrador inacabado de un informe que Berlin redactó sobre la visita a la URSS que realizó en 1956 con su esposa, Aline, con quien había contraído matrimonio cinco meses antes. Acudieron en calidad de invitados del embajador británico, sir William Hayter, y se hospedaron en la embajada británica en Moscú. Se desconoce si Berlin previó publicar este artículo, pero, en caso de ser así, debió desdecirse posteriormente, tras incorporar parte de su contenido, algo modificado, en la última sección del siguiente ensayo; en el proceso se omitió gran parte del texto, y no precisamente el material menos interesante, de modo que he creído conveniente conservar su narración, más personal, íntegra.

1. Así lo hizo, pero yo no. Transcurrido tanto tiempo desde la muerte de Stalin, el apelativo (utilizado a lo largo del artículo) pierde el sentido que entonces tenía. Incluso Armstrong albergó sus dudas (28 de noviembre): «No le ponía reparos a la cortesía irónica; de hecho, debo decir que me complacía, pero no me gusta usar un término francés al hablar de otra nacionalidad. Sin embargo, insertar un "Mr." habría sido ridículo, de manera que mantuve "M."».

En especial hacia el final, el texto, que una secretaria transcribió a partir de una grabación dictada, contiene omisiones (algunas importantes) e incertidumbres; las he suprimido para propiciar una lectura fluida, sin que ello, confío, modifique el significado que Berlin pretendía. Al final del texto mecanografiado había una frase que estaba claro que no pertenecía al mismo, sino que se trataba de una reflexión posterior cuya incorporación debió de prever: no parece encajar bien en ningún sitio, de modo que aparece en el más indicado que he sabido encontrarle, a modo de nota al pie en la página 213.

La cultura de la Rusia soviética

Este texto se publicó en un principio a modo de dos artículos separados, uno de ellos bajo seudónimo, en *Foreign Affairs*, pero en este libro se ha restaurado su forma unitaria original. Para relatar su historia retomamos de nuevo la correspondencia entre Berlin y Armstrong, iniciada a raíz de una carta enviada por el primero el 6 de febrero de 1957 en respuesta a una invitación por parte del segundo a aplicar las tesis de «La dialéctica artificial» a los acontecimientos recientes:

> Mi amigo, el señor Utis, es, como usted bien sabe, un mal corresponsal proclive a distraerse con infinidad de preocupaciones nimias y, en su mayor parte, superfluas. Sus elogios han actuado sobre él como un vino embriagador, pero su humor es cambiante y, aunque siendo como soy su único amigo de confianza me esfuerzo por servirle de columna vertebral moral, un órgano del que a todas luces carece, me resulta difícil formularle ninguna promesa en su nombre, y me veo en la obligación de anticiparle que la perspectiva de una decisión por su parte sobre el asunto del que le escribe, sobre todo para la primera semana de agosto, es cuando menos incierta. Por ello sería *muchísimo* más seguro no an-

ticipar su llegada con *excesiva* confianza. Presionaré tanto como pueda a mi pobre amigo, pero huelga explicarle a usted, que tanto ha tratado ya con él en el pasado, que su temperamento y su comportamiento son inestables y una fuente de exasperación y decepción para las contadas personas que depositan en él su fe. Naturalmente, le mantendré al tanto de cualquier avance que acontezca, si bien, por desgracia, no se albergan esperanzas de ninguna mejora permanente en su personalidad. Utis vive convencido de la inquietante ilusión de que su indisciplina es en sí encantadora, incluso un atributo afable. Nada más lejos de la realidad, pero es demasiado viejo para cambiar y, si no fuera por los muchos años de relación con él que he tenido que padecer, hace ya tiempo que habría abandonado a este tedioso personaje. No podría, ni yo ni nadie, culparle si resolviera usted hacerlo, pues en el mundo serio no tiene cabida tal comportamiento, sin algo más de lo que ufanarse de lo que el pobre Utis ha conseguido hasta la fecha. Es usted demasiado considerado con él; y él, de manera impenitente, da demasiadas cosas por sentadas.

Armstrong pasa los siguientes meses un tanto fastidiado, pero al final recibe como recompensa un texto, el cual no está del todo desconectado con el tema que había sugerido... seis meses antes. El título original era «La situación actual de los intelectuales rusos», pero se modifica, con el típico comedimiento de Berlin, por «Notas sobre la cultura soviética». En su acuse de recibo, con fecha del 28 de agosto, Armstrong escribe: «Acepto su sugerencia [en una carta con fecha del 16 de agosto de 1957] y publicaré los seis primeros fragmentos bajo su nombre y el séptimo a modo de artículo breve aparte, firmado por O. Utis, bajo el título [no sugerido por Berlin] "El hombre-niño soviético". Esto parece aportarnos lo mejor de dos mundos».

La siguiente carta de Armstrong (con fecha 4 de septiembre) evidencia que Berlin le envió un telegrama manifestándole su desacuerdo con respecto al título del artícu-

lo de Utis y –por si acaso alguien pudiera sospechar que él era el autor– también con relación a volver a utilizar Utis como seudónimo, tal como le había solicitado Berlin. Armstrong le responde ese mismo día alegando que es demasiado tarde para efectuar cambios, pues ese pliego de la publicación ya se ha impreso. Berlin debió de suplicarle o insistirle (o ambas cosas), puesto que el 9 de septiembre Armstrong le comunica por escrito que ha «efectuado los cambios solicitados» y adoptado «L» como seudónimo, lo cual «enmarca el artículo en nuestra serie habitual de artículos anónimos firmados con una simple inicial». Para poder introducir las modificaciones de Berlin tuvo que detener las imprentas y retuvo los honorarios de «La intelectualidad soviética» a modo de compensación por los costes derivados.

El único indicio de que Armstrong tuvo que apretar los dientes es un comentario que realiza en una carta fechada el 20 de septiembre, donde afirma que «sencillamente no veía por qué, si no lo iba a firmar Utis, importaba cómo titulara el Sr. L su artículo, aunque seguramente usted también tendrá una buena razón para protegerlo».

Este episodio es prácticamente insuperable como ejemplo de tolerancia y paciencia por parte de un editor. Concluyo mi relato del mismo con un espléndido texto que Berlin envía a Armstrong (17 de diciembre) con comentarios que ha recibido acerca de los artículos:

> He recibido dos cartas deliciosas de dos corresponsales de EE.UU. a quienes no conozco. Una la envía una dama que adjunta una carta que escribió a John Foster Dulles y en la cual hacía comentarios a los artículos de éste sobre la misma materia, llamándole la atención sobre las verdades más profundas de mi texto... Hasta ahí, nada que objetar. Sin embargo, la lectora añade que el artículo del desconocido «L», en su opinión, ofrece una fotografía de algunos de estos aspectos más real incluso que mi propio texto, que, por otra parte, le parece impecable... y atrae mi atención sobre

un artículo del que yo debiera aprender, adelantando que no pretende zaherir mis sentimientos, pero sostiene que considera óptimo mantenerse al día y que mi artículo está un tanto desfasado, mientras que el otro es más contemporáneo y, en términos generales, mucho mejor. Dudo entre expresar mi humilde admiración por la genialidad de «L» o tacharlo, movido por los celos, de vulgar impresionista que trafica con la ignorancia de la gente y aporta datos que no pueden contrastarse, cosa que, si se examina bien, no es mejor que una fantasía de mal gusto que, por desgracia, ha convencido a personas inocentes como ella, y quizás incluso al señor John Foster Dulles. La otra es una carta redactada por un estudiante hindú de Harvard que elogia mi artículo y descalifica el de «L», tachándolo del típico texto periodístico estadounidense que no merece aparecer junto a la pura y noble belleza de mi prosa imperecedera. He pensado que estas reflexiones podrían resultarle de su agrado.

La supervivencia de la *inteliguéntsia* rusa

Esta crítica acerca de la situación en la Rusia postsoviética constituye un colofón interesante al ensayo previo, en el que Berlin glosa su deleite y sorpresa por el hecho de que la intelectualidad rusa haya emergido tan indemne de los estragos de la era soviética, contradiciendo sus nada halagüeñas expectativas. En los años posteriores, su confianza en la muerte de aquella era fue aumentando de manera permanente, paulatina y verdadera, a pesar de los inmensos problemas que dejaba su estela, algunos de los cuales recordaban demasiado a los engendrados por el comunismo.

Glosario de nombres

En lugar de salpicar el texto con notas al pie en las que se identifique a las numerosas personas citadas por Berlin en

sus textos, dado que ello podría distraer la atención del lector, invité a Helen Rappaport, una experta en la materia, autora de *Joseph Stalin: A Biographical Companion*[1], a recopilar un glosario, concentrándose en las figuras rusas, para aquellos lectores que no estuvieran familiarizados con las personas a las que se hacía referencia. Yo habría sido incapaz de confeccionarlo por mí mismo, y quienes consideran dicho glosario de un valor incalculable, como es mi caso, le estaremos por siempre agradecidos. La búsqueda de información sobre tres personas resultó especialmente peliaguda: el librero judío Guennadi Moiseéyevich Rahklin, que aparece en «Visita a Leningrado»; el judío erudito en literatura soviética Naúm Yákovlevich Berkovski, mencionado en «Un gran escritor ruso», y el catedrático e historiador Kon, citado en «La dialéctica artificial». (Los datos suministrados por Vadim Zelenkov y otras personas desde que el libro se imprimió han ayudado a resolver estas incógnitas y han permitido realizar las correcciones pertinentes. [Véase *http://berlin.wolf.ox.ac.uk/publishedworks/sm/corrections.html.*])

Procedencia de los textos

Las fuentes y los detalles de publicación originales de los artículos aquí incluidos son los siguientes:

«Las letras y el arte en la Rusia de Stalin» se basa en un texto conservado en la forma en que se imprimió para su circulación interna en el archivo de la Oficina de Registros Públicos británica FO 371/56725. (En el Archivo de Berlin existe una copia del texto mecanografiado original, fechada el 27 de diciembre de 1945, MS Berlin 571, fo-

1. Oxford, 1999; y *Josef Stalin: A Biographical Companion*, Santa Bárbara, California, 1999.

lios 328-343.) La versión aquí publicada incorpora dos conjuntos de revisiones realizadas por el autor, una probablemente no muchos años después (que incluye unas cuantas referencias a los acontecimientos posteriores a 1945), según parece en preparación para una conferencia, y la otra en 1992, en respuesta a una solicitud para la publicación del memorándum en ruso. Bajo el título de «Literatura i iskusstvo v RSFSR» («Literatura y Arte en la RSFSR»), *Nezavisimaya gazeta*, 16 de diciembre de 1997, en el suplemento *Kulisa NG*, número 2, diciembre de 1997, pp. 4-5, se publicó una traducción parcial al ruso; dicha traducción volvió a imprimirse en su versión íntegra y con una introducción de Nina V. Koroleva en *Zvezda*, número 7 (julio de 2003), pp. 126-142. En *The New York Review of Books* se publicó una versión recortada del texto inglés con el título actual, el 19 de octubre de 2000; el material suprimido se publicó en la página web de la publicación. El texto íntegro en inglés aparece aquí impreso por vez primera. El título y las notas (que incorporan información provista por Helen Rappaport, con quien en este caso me siento particularmente en deuda) son míos.

«Visita a Leningrado» puede encontrarse en el archivo de la Oficina de Registros Públicos británica FO 371/56724; esta versión ligeramente editada se publicó en *The Times Literary Supplement* el 23 de marzo de 2001, pp. 15-16.

«Un gran escritor ruso» es una crítica de *The Great Prose of Osip Mandelshtam*, libro traducido al inglés por Clarence Brown y publicado en *The New York Review of Books* el 23 de diciembre de 1965, pp. 3-4.

«Conversaciones con Ajmátova y Pasternak», una versión abreviada de «Reuniones con escritores rusos en 1945 y 1956», que se publicó en la obra de Berlin *Impresiones personales* (Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1992), apareció en *The New York Review of Books*

el 20 de noviembre de 1980, pp. 23-35, y en la recopilación del autor *The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays* (Londres, 1997; Nueva York, 1998).

«Borís Pasternak» y «El porqué del aislamiento de la Unión Soviética» eran textos inéditos hasta la fecha.

«La dialéctica artificial: el generalísimo Stalin y el arte del gobierno» se publicaron bajo el seudónimo O. Utis (del griego *outis*, «nadie») en *Foreign Affairs* 30 (1952). El subtítulo actual sirvió de título en aquella ocasión, mientras que el título principal es el que Berlin le otorgó.

«Cuatro semanas en la Unión Soviética» se publica en este volumen por primera vez.

«La supervivencia de la *inteliguéntsia* rusa» fue una colaboración sin título que Berlin realizó para «La situación en Europa: Nochebuena de 1989», texto aparecido en *New Europe!*, título del número 30 de *Granta* (invierno de 1990).

Como es natural, existen ciertos solapamientos entre los artículos, pese a que se redactaron de manera independiente y a lo largo de un dilatado lapso de tiempo. Se ha optado deliberadamente por no modificarlos para no perjudicar la estructura interna de cada texto por separado.

Agradecimientos

En primer lugar, deseo manifestar mi gratitud a Strobe Talbott, cuya inspirada iniciativa al sugerir convocar una mesa redonda para debatir esta recopilación de artículos ofreció la oportunidad ideal para sacarla de las estante-

rías, desempolvarla y conferirle una forma publicable. De otro modo, puede que hubiera tardado muchísimo más en ver la luz. El espléndido prólogo de Talbott es su otra contribución, de un valor incalculable. También deseo expresar mi agradecimiento a Aline Berlin, por aceptar la sugerencia de Talbott y sus implicaciones editoriales.

Andreas Xenachis, el ayudante de Strobe, y Serena Moore, mi propia ayudante, han sido piezas clave en todas las fases del proceso editorial. Betty Colquhoun se encargó de mecanografiar los textos. Helen Rappaport no sólo recopiló el proverbial glosario incluido al final de este volumen, sino que también respondió a numerosas preguntas acerca de algunos temas abordados en el texto y proveyó notas cuando se lo requerimos, mostrando siempre un espléndido humor ante mi presión incesante para que me explicara hasta el último detalle. Otros participantes en la mesa redonda, en particular Rodric Braithwaite, Archie Brown, Larissa Haskell y Harry Shukman, han realizado asimismo sugerencias y corregido errores en una versión preliminar del libro. Michael Hughes, archivista de los Berlin Papers en la Biblioteca Bodleian de Oxford, tuvo la deferencia de permitirme extraer parte de la información del fondo que utilizo en este prefacio. David King, de la David King Collection, me proporcionó amablemente las fotografías de Ósip Mandelshtam que aparecen en las páginas 110 y 111. A todas estas personas, y a todas aquellas cuyo nombre haya podido omitir, mi más sincero agradecimiento.

Finalmente me gustaría hacer una aclaración acerca de la dedicatoria. Pat Utechin fue la secretaria de Isaiah Berlin desde antes de que yo lo conociera (en 1972) hasta su muerte en 1997. Durante todos esos años me resultó de una ayuda inestimable y brindó un apoyo incondicional a mi obra, que sin ella probablemente no habría visto la luz. Hace muchísimo tiempo que quería dedicarle una recopilación de ensayos de Berlin: ésta es la candidata perfecta, dado su matrimonio con un ruso cuya experiencia en esta

materia se refleja en los propios conocimientos e intereses de Utechin. Vaya ahí mi homenaje.

En el listado de bibliografía recomendada de las páginas 345 a 349 debería haber incluido «Russian Thought and the Slavophile Controversy», el ensayo de Berlin sobre Andrzej Walicki en *A History of Russian Thought (From the Enlightenment to Marxism)* y *The Slavophile Controversy, Slavonic and East European Review* 59 (1981), pp. 572-586. Además, las cartas que Berlin envió a Walicki acaban de publicarse en Walicki, Andrzej (ed.), *Russia, Poland and Marxism: Isaiah Berlin to Andrzej Walicki 1962-1996* [*Dialogue and Universalism* 15, n.^{os} 9-10/2005], pp. 53-173.

HENRY HARDY
Tisvilde Lunde, Nordsjælland,
Dinamarca, agosto de 2003

La mentalidad soviética

Las letras y el arte en la Rusia de Stalin

(Diciembre de 1945)

La escena literaria soviética es muy peculiar y pocas analogías occidentales ayudan a comprenderla. Por diversos motivos, a lo largo de la historia Rusia ha vivido en cierta medida aislada del resto del mundo y nunca ha formado parte integral de la tradición occidental; de hecho, su literatura siempre ha desplegado una particular actitud de ambivalencia con respecto a la incómoda relación que mantiene con Occidente y que ora adopta la forma de una nostalgia violenta e insatisfecha de confluir y devenir parte del cauce normal de la vida europea, ora exhibe un desdén rencoroso («escítico») hacia los valores occidentales, en modo alguno confinados a los manifiestamente eslavófilos; si bien, en la mayoría de los casos, plantea una combinación irresuelta y cohibida de estos sentimientos enfrentados. Esta mezcla de amor y odio permea la obra de prácticamente todos los escritores rusos de renombre y en ocasiones alcanza una vehemencia sin paliativos en la protesta contra cualquier influencia foránea que, de una forma u otra, tiñe las obras maestras de Griboyédov, Pushkin, Gógol, Nekrásov, Dostoyevski, Herzen, Tolstói, Chéjov y Blok.

La Revolución de Octubre aisló aún más a Rusia y, por ende, su evolución se volvió cada vez más egocéntrica, acartonada y desligada de la de sus vecinos. No es mi intención hacer ahora un repaso histórico, pero el presente resulta ininteligible sin conocer al menos someramente los acontecimientos previos y quizá sería conveniente, y no engañoso en exceso, dividir el desarrollo reciente de Rusia en tres grandes épocas: de 1900 a 1928, de 1928 a 1937 y

de 1937 a la actualidad, por muy artificial y simplista que esto pueda parecer.

De 1900 a 1928

El primer cuarto del siglo XX fue una época tormentosa y atribulada durante la cual la literatura rusa, en concreto la poesía (así como el teatro y el ballet), en gran medida (pese a que uno no esté autorizado a afirmarlo hoy en día) bajo influencia francesa y, hasta cierto punto, también alemana, alcanzó su máximo esplendor desde la edad clásica de Pushkin, Lérmontov y Gógol. La Revolución Bolchevique tuvo enormes repercusiones sobre ella, pero no logró contener la marea crecida. La indagación absorta e inagotable en cuestiones sociales y morales tal vez constituya la característica más fascinante de las artes y el pensamiento rusos en su conjunto; y esto fue lo que en gran medida dio forma a esa gran revolución y, tras el triunfo de ésta, desembocó en una larga y fiera batalla entre, en un bando, los rebeldes, primordialmente artistas, que contemplaban la revolución como un medio para desplegar sus actitudes (y su pose) «antiburguesas» más radicales y, en el contrario, hombres de acción básicamente políticos que deseaban doblegar toda actividad intelectual y artística a las metas sociales y económicas de la revolución.

La rígida censura que acalló a multitud de autores e ideas, salvo a los escogidos, y la prohibición o el desaliento de numerosas formas de literatura no política (en especial géneros triviales como las historias románticas, de misterio y de detectives, así como toda suerte de novela rosa y bazofia en general) desviaron la atención del público lector hacia las obras nuevas y experimentales repletas, como era tradición en la historia literaria rusa, de ideales sociales muy sentidos, pintorescos y extravagantes. Quizá por el hecho de que los conflictos en los terrenos pantanosos de la política y la economía podrían haberse conside-

rado fácilmente demasiado alarmistas, las guerras artísticas y literarias se convirtieron (como ocurrió en los países germánicos un siglo antes bajo la supervisión de Metternich) en el único campo de batalla verdadero para las ideas; incluso la lectura de las publicaciones literarias, insulsas hasta lo indecible, logra hoy ser más distraída que la prensa diaria puramente política, de un conformismo monótono.

El principal combate entre principios y mediados de la década de 1920 se libró entre los literatos experimentales, libres y de tendencia anarquista, y los bolcheviques zelotes, con sus intentos frustrados de tregua encarnados por figuras como Lunacharski y Búbnov[1]. La batalla culminó en torno a 1927 o 1928, primero con la victoria y luego, cuando a las autoridades les pareció demasiado revolucionario e incluso trotskista, con el colapso y la purga (durante la década de 1930) de la célebre RAPP (Asociación Rusa de Escritores Proletarios), dirigida por el más intransigente fanático de una cultura proletaria estrictamente colectivista: el crítico Averbaj. Tiempo después, durante la época de «pacificación» y estabilización orquestada por Stalin y sus colaboradores de pensamiento pragmático se implantó una nueva ortodoxia, dirigida principalmente contra el surgimiento de cualquier idea que pudiera perturbar y, por consiguiente, desviar la atención de las tareas económicas en perspectiva. Esto derivó en una uniformidad absoluta y universal a la que el único autor clásico de la época dorada que sobrevivió, Maksim Gorki, finalmente y, de acuerdo con alguno de sus amigos, otorgó su bendición con renuente desesperación.

1. Los dos primeros titulares del puesto de Comisario del Pueblo para [Cultura] y Educación (la traducción del término ruso «*prosveshchenie*», cuyo significado engloba cultura y educación, es problemática): para información más detallada sobre estas dos figuras véase el Glosario.

De 1928 a 1937

La nueva ortodoxia que se estableció tras la caída de Trotski en 1928 finiquitó definitivamente una época de incubación durante la cual los mejores poetas, novelistas y dramaturgos soviéticos, y también los mejores compositores y productores cinematográficos, engendraron sus obras más originales y memorables. Marcó el fin de la turbulenta segunda mitad de la década de 1920, cuando los turistas occidentales se asombraban e incluso se indignaban al ver las obras de Vajtángov; cuando Eisenstein, que aún no era cineasta, dirigió sus divertidos experimentos futuristas en escenarios descubiertos en palacios abandonados de mercaderes moscovitas, y cuando el gran productor Meyerhold, cuya vida artística es una especie de microcosmos de la vida artística de su país y cuya genialidad aún continúa reconociéndose en secreto, llevó a término sus experimentos teatrales más audaces e inolvidables. Antes de 1928 se había producido una gran agitación en el pensamiento soviético, que durante aquellos primeros años estuvo auténticamente animado por el espíritu de sublevación y desafío al arte de Occidente, concebido como la última batalla desesperada del capitalismo, que, como en todos los demás ámbitos, debía ser derrocado en el frente artístico por la cultura sólida, joven, materialista, prosaica y proletaria, orgullosa de su simplicidad brutal y de su cruda y violenta nueva concepción del mundo que la Unión Soviética, agonizante pero triunfante, estaba engendrando.

El heraldo y la principal fuerza inspiradora de este nuevo jacobinismo fue el poeta Mayakovski, quien, junto con sus discípulos, fundó la famosa asociación LEF[1]. Pese a que durante esta época había proliferado lo pretencioso,

1. Acrónimo de «Levyi front isskuvstva» (Frente Izquierdista del Arte).

falso, ordinario, infantil y simple y llanamente necio, también sucedían muchas cosas desbordantes de vida. El arte no era, como regla, didáctico y comunista, sino más bien antiliberal, y en ese respecto tenía puntos de semejanza con el futurismo italiano previo a 1914. Durante esta época crearon su mejor obra poetas tales como el popular «tribuno de la plebe» Mayakovski, quien, a pesar de no ser un gran bardo, sí fue un innovador literario radical y un emancipador con una energía, un ímpetu y, sobre todo, una influencia prodigiosos; fue también el momento de Pasternak, Ajmátova (hasta su silencio en 1923), Selvinski, Aséyev, Bagritski y Mandelshtam; de novelistas como Alekséi Tolstói (quien regresó de París en la década de 1920), Prishvin, Katáyev, Zóshchenko, Pilniak, Bábel, Ilf y Petrov; del dramaturgo Bulgákov, y de teóricos y críticos literarios consagrados como Tiniánov, Eichenbaum, Tomashevski, Shklovski, Lerner, Chukovski, Zhirmunski y Leonid Grossman. Las voces de escritores exiliados como Bunin, Tsvietáieva, Jodasévich y Nabokov apenas se oían. La emigración y el retorno de Gorki son otra historia.

El control estatal fue absoluto durante todo este tiempo. El único momento de libertad en la historia de la Rusia moderna durante el cual no existió censura fue entre febrero y octubre de 1917. En 1934, el régimen bolchevique recrudeció la aplicación de antiguos métodos e impuso varios estadios de supervisión: primero por parte del Sindicato de Escritores, luego por el comisario pertinente designado por el Estado y, por último, por el Comité Central del Partido Comunista. El Partido estableció una «línea» literaria a cuya cabeza colocó al célebre Proletkult, que exigía la creación de obras colectivas sobre temas soviéticos a escuadrones de escritores proletarios, y sólo tras él figuraban los adorados héroes soviéticos y presoviéticos. Pese a ello, los artistas deslumbrantes y originales no fueron aplastados de forma definitiva por la suela del omnipresente Estado hasta 1937; en ocasiones, si estaban dispuestos a asumir riesgos, conseguían incluso convencer a

las autoridades del valor de plantear un enfoque no ortodoxo (como hizo el dramaturgo Bulgákov); y otras, siempre que no se dirigiera de manera inequívoca contra la fe soviética, se concedía a esa falta de ortodoxia un atisbo de libertad de expresión, que servía para aderezar con unas gotas de sarcasmo la monotonía de la vida soviética cotidiana (así ocurrió por ejemplo con las sátiras tempranas, divertidas y maliciosas de Tiniánov, Katáyev y, sobre todo, Zóshchenko). Como es lógico, esto se permitía dentro de unos límites y en contadas excepciones, pero la posibilidad de hacerlo existía y el ingenio de los escritores en cierta medida estaba estimulado por la inventiva a que debían recurrir para expresar ideas no convencionales sin transgredir el marco de la ortodoxia o incurrir en una condena y un castigo categóricos.

La situación se prolongó un cierto tiempo tras el ascenso de Stalin al poder y la imposición de la nueva ortodoxia. Gorki falleció en 1935, pero en vida, gracias a la inmensa autoridad y prestigio con los que contaba, sirvió de escudo frente a una persecución y regimentación desmedidas de numerosas plumas ilustres; desempeñó deliberadamente el papel de «consciencia del pueblo ruso» y dio continuidad a la tradición de Lunacharski (e incluso de Trotski) de proteger a los artistas de la mano muerta de la burocracia oficial. En el campo del marxismo oficial, la tendencia dominante fue un «materialismo dialéctico» intolerante y estrecho de miras, si bien se trataba de una doctrina que permitía disputas internas entre, por ejemplo, los seguidores de Bujarin y los de Riazánov o Deborin, más pedantes; entre las varias ramas de materialismo filosófico, o entre los «mencheviques» que consideraban a Lenin un discípulo directo de Plejánov y quienes recalcaban las diferencias entre ambos.

Hubo una caza de brujas; derecha e izquierda se volcaron en «desenmascarar» a los herejes convictos con consecuencias espeluznantes. La ferocidad sin paliativos de tales disputas ideológicas y la incertidumbre con respecto a qué

bando debía ser condenado a la desaparición cubrieron con un manto de tristeza el ambiente intelectual, cosa que, por otro lado, hizo que tanto las obras creativas como críticas de este período, pese a ser parciales y exageradas, rara vez resultaran aburridas y en cambio reflejaran que el pensamiento y las letras seguían siendo campos fecundos. El observador compasivo de la escena soviética podría comparar favorablemente esta escena, sin temor a incurrir en error, con el lento declive de la generación más anciana de autores rusos exiliados en Francia, como Viacheslav Ivánov, Balmont, Merezhkovski, Zinaída Guippius, Kuprín y otros, si bien su técnica literaria, según se admitía incluso en Moscú, fue en ocasiones superior a la de un buen puñado de los pioneros soviéticos.

De 1937 a la actualidad

Entonces acaeció la gran debacle que para todo artista y escritor soviético constituye una suerte de Matanza de San Bartolomé: una noche tenebrosa que pocos de ellos parecen haber conseguido olvidar y de la que aún hoy se habla a hurtadillas, entre murmullos nerviosos. El Gobierno, sintiendo amenazados sus cimientos o temiendo una gran guerra en o posiblemente contra Occidente, dejó caer su garra sobre todos los elementos supuestamente «sospechosos», aparte de sobre incontables personas inocentes e indefensas, con una violencia y una meticulosidad que dejó en mantillas a la Inquisición española y la Contrarreforma.

Las grandes purgas y los juicios de los años 1937 y 1938 alteraron las escenas literaria y artística hasta volverlas irreconocibles. La cifra de escritores y artistas que se exiliaron o fueron exterminados durante este período, en particular durante el terror de Yezhov, fue tal que las artes y el pensamiento rusos emergieron en 1939 como una zona devastada por la guerra, con contados edificios

espléndidos aún relativamente intactos irguiéndose en solitario en medio de vastas extensiones de ruinas y un paisaje desolado. Hombres influyentes como el productor Meyerhold y el poeta Mandelshtam, o de talento como Bábel, Pilniak, Yashvili, Tabidze, el príncipe D. S. Mirski (recién regresado de su exilio en Londres) o el crítico Averbaj, por citar sólo los nombres más conocidos, fueron «reprimidos», es decir: asesinados o eliminados de uno u otro modo. Nadie parece conocer cuál fue su destino. Desaparecieron sin dejar rastro en el mundo exterior. Corren rumores de que algunos de ellos siguen con vida, como Dora Kaplan, que disparó e hirió a Lenin en 1918, o Meyerhold, de quien se cuenta que produce obras teatrales en la capital de Kazajstán, Alma Ata, pero al parecer es el Gobierno soviético quien los hace circular y es más que probable que sean falsos[1]. Un corresponsal británico que no ocultaba sus simpatías intentó convencerme de que Mirski seguía con vida y escribiendo de incógnito en Moscú. Era más que evidente que ni él creía en sus palabras. Yo tampoco. La poeta Marina Tsvietáieva, que regresó de París en 1939 y cayó en desgracia oficial, se suicidó, probablemente a principios de 1942[2]. El joven y prometedor compositor Shostakóvich fue criticado en 1937 con tal crudeza desde las altas instancias por «su formalismo» y «decadencia burguesa» que durante dos años cayó en el más completo ostracismo y, posteriormente, con lento y doloroso arrepentimiento, adoptó un nuevo estilo más acorde con las exigencias soviéticas oficiales del momento. Después de esa fecha lo llamaron al orden en dos ocasiones y hubo de disculparse; lo mismo le ocurrió a Prokófiev. Un puñado de jóvenes escritores desconocidos en Oc-

1. Dora (su nombre de pila era Fania) Kaplan de hecho fue asesinada de un tiro cuatro días después de su arresto, el 4 de septiembre de 1918, y Meyerhold murió de la misma forma el 2 de febrero de 1940.

2. La fecha exacta es el 31 de agosto de 1941.

cidente y de quienes se dice que apuntaban maneras desaparecieron del mapa y nadie más ha vuelto a oír hablar de ellos; es poco probable que hayan sobrevivido, aunque no puede asegurarse con certeza. Antes de esto, los poetas Yesenin y Mayakovski se habían suicidado. Su desencanto con el régimen sigue negándose oficialmente. Y la lista continúa.

La muerte de Gorki supuso la desaparición del único protector poderoso de los intelectuales y del último vínculo con la anterior tradición de relativa libertad del arte revolucionario. Los supervivientes más eminentes de estas fechas permanecen hoy sentados nerviosos y en silencio por temor a cometer algún pecado mortal contra la línea del Partido, que, por lo demás, ni estuvo del todo clara durante los años críticos previos a la guerra ni tampoco después. Quienes peor parados salieron fueron los escritores que mantenían un contacto más directo con la Europa occidental, es decir, con Francia e Inglaterra, puesto que el alejamiento de la política exterior soviética de las directrices de seguridad colectiva impuestas por Litvínov y su aproximación al aislamiento simbolizado por el pacto germano-soviético implicaron que a estos individuos se los considerara vínculos con los países occidentales en medio del descrédito general de la política prooccidental.

El doblegamiento ante las autoridades superó todo límite concebido hasta entonces. A veces se llegó demasiado tarde para salvar a los herejes condenados al exterminio; en cualquier caso, dejó una estela de recuerdos dolorosos y humillantes de los que probablemente los supervivientes de este terror jamás se recuperen del todo. Hacia 1938, las proscripciones de Yezhov, que enviaron a decenas de miles de intelectuales a la muerte, habían excedido sobremanera incluso los preceptos de la seguridad interna. El fin de la barbarie llegó con un discurso de Stalin en el que declaró que el proceso de purificación se había descontrolado. Se vivió entonces un momento de respiro. La vieja guardia nacional recobró su respetabilidad; los clásicos volvieron

a tratarse con dignidad y algunos nombres de calles antiguos sustituyeron la nomenclatura revolucionaria. La formulación de fe definitiva que se inició con la Constitución de 1936 se completó con la *Breve historia del Partido Comunista* de 1938. Los años comprendidos entre 1938 y 1940, en los que el Partido Comunista dio grandes pasos por reforzar y centralizar su poder y autoridad, ya de por sí bastante férreos, fueron estériles en lo relativo a las letras creativas y críticas, que se recuperaban con lentitud de las heridas de 1938.

La guerra patriótica

Pero entonces estalló la guerra y el panorama volvió a cambiar. Todo se movilizó para la batalla. Las plumas ilustres que habían sobrevivido a la Gran Purga y se las habían apañado para conservar su libertad sin doblegarse en exceso al Estado parecieron reaccionar a la gran oleada de auténtico sentimiento patriótico incluso con mayor fervor que los escritores soviéticos ortodoxos, si bien, como era previsible, habían atravesado demasiadas penurias para ser capaces de convertir su escritura en el vehículo de expresión directa del sentir nacional. Los mejores poemas sobre la guerra de Pasternak y Ajmátova surgieron del más hondo sentimiento, pero eran demasiado puros en términos artísticos para ser considerados idóneos por su valor propagandístico y, por consiguiente, suscitaron el recelo de los mandarines literarios del Partido Comunista, quienes marcan las pautas al Sindicato de Escritores oficial.

Tal desaprobación, con matices de duda acerca de su lealtad fundamental, caló tan hondo en Pasternak que incluso él, el más incorruptible de los literatos, produjo un puñado de artículos rayanos en la propaganda belicista directa que seguramente le sacaron bajo presión, sonaban pobres y poco convincentes, y fueron tachados de débiles

e inadecuados por los revisores del Partido. En cambio, *pièces d'occasion* como el *Púlkovski meridián* de Vera Ínber y su diario de guerra sobre el bloqueo de Leningrado o la obra más loable de Olga Berggolts fueron mejor recibidos.

Para enorme sorpresa tanto de las autoridades como de los escritores, entre los soldados que luchaban en el frente se registró un auge extraordinario de la popularidad del verso menos político y más puramente personal de Pasternak (cuya genialidad poética nadie se ha atrevido a negar hasta la fecha), así como de poetas maravillosos como Ajmátova entre los vivos, y Blok, Beli e incluso Briúsov, Sologub, Tsvietáieva y Mayakovski entre los muertos (posrevolucionarios). Los soldados en el frente hacían circular entre sus amigos los manuscritos de las obras inéditas de los mejores poetas vivos y los copiaban a mano con el mismo celo y la misma intensidad de sentimiento que los elocuentes artículos de portada que Ehrenburg publicaba en la prensa diaria soviética o las novelas patrióticas conformistas entonces en boga. Escritores distinguidos pero hasta entonces sospechosos y solitarios, en especial Pasternak y Ajmátova, comenzaron a recibir un diluvio de cartas procedentes del frente en las que se citaban sus obras publicadas e inéditas y les solicitaban autógrafos y confirmación de la autenticidad de los textos, algunos de los cuales existían sólo en forma de manuscrito, al tiempo que se les preguntaba su opinión en relación con tal o cual asunto.

Como era previsible, la situación no podía pasar desapercibida a los responsables del Partido, merced a lo cual la actitud oficial hacia estos autores se relajó ligeramente. Pareciera como si los burócratas de la literatura comenzaran a percatarse de la valía de estas plumas en tanto que instituciones de las que el Estado podría enorgullecerse algún día y, en consecuencia, su situación social y su seguridad personal mejoraron. Ahora bien, no es probable que esto dure: Ajmátova y Pasternak no cuentan con la estima

del Partido y sus comisarios literarios. Para sobrevivir sin ser propagandista hay que pasar desapercibido: Ajmátova y Pasternak son demasiado populares para escapar a la sospecha.

La actualidad

La actitud más benevolente, aunque no por ello menos vigilante, de los censores oficiales del Estado ha permitido a los escritores establecidos amoldarse a lo que esperan que constituya una serie de nichos relativamente seguros; algunos han reconocido sin tapujos, si bien con distinto grado de convicción, haberse puesto al servicio del Estado y declaran que acatan sus directrices con la fidelidad con que lo hacen no porque deban, sino porque creen verdaderamente en ellas (como hizo Alekséi Tolstói con su revisión radical de su célebre novela temprana *Camino al Gólgota*, que en un origen contenía un protagonista inglés, y en su obra teatral sobre Iván el Terrible, que, en efecto, es una justificación de las purgas). Otros se aplican a calcular cuánto pueden ceder a las demandas de propaganda del Estado sin que ello vulnere su reputación y les afecte, prestando sumo cuidado en no ofender y dándose por satisfechos con poder vivir y trabajar sin recompensa ni reconocimiento.

La línea oficial ha experimentado algunos cambios relevantes desde su concepción. El Comité Central del Partido Comunista, responsable último de su formulación, comunica sus últimas exigencias a los escritores y artistas por medio de diversos canales. En la actualidad la directiva final la promueve oficialmente un miembro del Politburó, Mijaíl Súslov, quien sustituyó en el cargo a Gueorgui Aleksándrov. Aleksándrov fue apartado del puesto, según se rumorea, por escribir un libro en el que Karl Marx aparecía representado solamente como el mayor de los filósofos, en lugar de como un ser único y de una natu-

raleza superior a cualquier filósofo, un insulto, supongo, comparable a describir a Galileo como el mayor de los astrólogos. Súslov es el responsable de la propaganda y publicidad del Partido; los miembros del Sindicato de Escritores encargados de adaptar estos fines a las necesidades de sus colegas son el presidente y, en particular, el secretario, a quien designa directamente el Comité Ejecutivo Central del Partido, y quien, por lo general, no suele ser escritor (de ahí que el desaparecido Scherbakov, una figura puramente política y miembro poderoso del Politburó en la fecha de su muerte en 1945, fuera en su día secretario del Sindicato de Escritores).

Cuando, como ocurre esporádicamente, los revisores de los libros, obras teatrales u otros «fenómenos culturales» cometen algún error, es decir, se apartan en algún particular del camino marcado por el Partido, la situación se endereza no solamente castigando como corresponda al individuo, sino publicando una especie de contrainforme del informe original en el que se recalcan dichos errores y se establece la «línea autoritaria» acerca de la obra original revisada. En algunos casos, las acciones emprendidas son más severas. El último presidente fue Nikolái Tíjonov, un poeta anticuado y con escasa iniciativa, a quien destituyeron por permitir la publicación de la denominada «literatura pura». Fadéyev, cuyo compromiso político era absoluto, lo sucedió en el cargo.

Por norma general, se considera a los escritores personas a las que hay que vigilar muy de cerca, puesto que manejan el peligroso bien de las ideas y, por lo tanto, hay que velar por que no establezcan contacto privado e individual con extranjeros con mucha más cautela de lo que ocurre en el caso de otros intelectuales, como actores, bailarines y músicos, a quienes se tiene por seres menos susceptibles al poder de las ideas y, en ese sentido, más aislados de las influencias perturbadoras del extranjero. Esta distinción establecida por las autoridades que velan por la seguridad parece correcta en sus fundamentos, ya que

sólo hablando con los escritores y sus amigos el visitante extranjero (sin ir más lejos, el mismísimo autor de este informe) consigue hacerse una imagen coherente, y no fugaz e irregular, del funcionamiento del sistema soviético en las esferas de la vida artística y privada, mientras que otros artistas han sucumbido al condicionamiento de eludir de manera automática el interés, por no mencionar ya el debate, en torno a temas peligrosos de esta índole. El contacto conocido con extranjeros no desencadena en todos los casos el castigo o la persecución (si bien sí suele seguirle un duro interrogatorio por parte del NKVD[1]), pero los escritores más timoratos, en especial aquellos que no han afianzado su posición y se han convertido en portavoces de la línea del Partido, evitan mantener encuentros cara a cara con extranjeros que puedan ser descubiertos, incluso con comunistas y colegas viajeros de lealtad contrastada venidos en visita oficial patrocinada por los soviéticos.

Tras protegerse como es debido de la sospecha de adorar dioses ajenos, el escritor soviético, sea imaginativo o crítico, debe asimismo asegurarse de la pertinencia de sus objetivos literarios en cada momento. Sería absurdo acusar al Gobierno soviético de causar incertidumbre al respecto. Los valores «occidentales» que antaño, a menos que fueran declaradamente antisoviéticos o reaccionarios, no se consideraban vergonzosos, se pasaban por alto o se les restaba importancia, vuelven a ser objeto de ataque. Sólo los autores clásicos parecen salvarse de la hoguera política. El apogeo de la crítica marxista anterior, cuando Shakespeare o Dante (además de Pushkin, Gógol y, por supuesto, Dostoyevski) fueron tachados de enemigos de la cultura popular o de la lucha por la libertad, se contempla hoy con desdén como una aberración infantil. Los grandes escritores rusos, incluidos reaccionarios políticos

1. Siglas de «Narodni Komissariat Vnútrennij Del» (Comisariado Popular de Asuntos Interiores).

del calibre de Dostoyevski y Leskov, volvían a alzarse en 1945 sobre sus pedestales y eran de nuevo objeto de estudio y admiración. Esto se aplica a un gran número de clásicos extranjeros, si bien autores como Jack London, Upton Sinclair y J. B. Priestley (así como figuras para mí poco conocidas como James Aldridge y Walter Greenwood) entran en el panteón más por méritos políticos que literarios.

La escritura crítica rusa actual se ha fijado las metas de rehabilitar todo lo ruso, sobre todo en la región del pensamiento abstracto, que quiere representarse como lo más desvinculada posible de Occidente, y de glorificar a los pioneros literarios y científicos rusos (y algunos no rusos) activos en los confines históricos del Imperio ruso. Con todo, últimamente se han registrado señales que alertan de que el enfoque marxista corre el peligro de ser abandonado en pro de un nacionalismo ruso excesivo en tiempos de guerra, el cual, de difundirse, como da muestras de estar haciendo, y convertirse en un nacionalismo regional, se convertiría en una fuerza perjudicial. En consecuencia, historiadores como Tarlé, y otros de las minorías étnicas tártara, bashkiria y kazaka, han sido reprendidos oficialmente por su deriva no marxista hacia el nacionalismo y el regionalismo.

La mayor fuerza de cohesión de la Unión, aparte de la vinculación histórica, continúa siendo la ortodoxia marxista, o más bien «leninista-estalinista», pero sobre todo el Partido Comunista, el sanador de las heridas infligidas por Rusia a sus súbditos no rusos en los días del zarismo. De ahí la necesidad imperiosa de recalcar una vez más la doctrina marxista igualitaria central y combatir cualquier propensión a caer en el nacionalismo fácil. El mayor ataque se lanzó contra todo lo alemán; los orígenes de Marx y Engels resultaban difíciles de negar, pero Hegel, a quien los primeros marxistas, Lenin incluido, contemplaban con la piedad debida a un ancestro directo, es hoy, junto con otros pensadores e historiadores alemanes del Ro-

manticismo, calificado con violencia de fascista embrionario y pangermánico del que no puede aprenderse casi nada y cuya influencia en el pensamiento ruso, que difícilmente puede soterrarse por completo, ha sido superflua o nociva.

En comparación, los pensadores franceses e ingleses salen mejor parados y el escritor soviético cauteloso, tanto historiador como literato, aún puede permitirse brindar un pequeño y cauto homenaje a los empíricos, materialistas y racionalistas anticlericales y «antimísticos» de la tradición científica y filosófica anglofrancesa.

Tras actuar con suma cautela y tomar todas las precauciones para evitar la desaprobación oficial, los más destacados entre los escritores de mayor edad siguen encontrándose en la peculiar situación de ser a un tiempo objetos de adulación por parte de sus lectores y de una tolerancia a medio camino entre la adoración y la sospecha por parte de las autoridades; la generación más joven de autores los respeta, pero no acaba de entenderlos. Han acabado por conformar un reducido Parnaso, diezmado pero aún distinguido y extrañamente aislado, que vive de sus recuerdos de Europa, sobre todo de Francia y Alemania, se enorgullece de la derrota del fascismo por parte de los ejércitos victoriosos de su país y se reconforta con la creciente admiración y atención absorta que suscita entre los jóvenes. A título de ejemplo, el poeta Borís Pasternak me explicó que, cuando ofrece un recital de poesía y se le olvida una palabra, siempre hay al menos una docena de oyentes entre el público que le hacen de apuntador y que, claramente, podrían continuar recitando por él, pues conocen sus textos de memoria.

En efecto, no cabe duda de que, sea por la razón que fuere, por la pureza innata del gusto o por la ausencia de textos baratos o triviales que lo corrompan, no existe hoy en día ningún otro país donde la poesía, antigua y contemporánea, buena y mediocre, se venda en tal cantidad y se lea con tanta avidez como en la Unión Soviética. Como es

natural, esto no puede sino servir de potente estímulo a críticos y poetas por igual. En Rusia, sólo la poesía reporta ingresos literalmente; un poeta de éxito recibe fondos del Estado y vive relativamente mejor, por ejemplo, que un funcionario soviético medio. Con frecuencia los dramaturgos viven rodeados de una prosperidad inmerecida. Si un aumento de la cantidad, tal como nos enseñó Hegel, repercute en una mejora de la calidad, el futuro literario de la Unión Soviética debería ser mucho más brillante que el de ningún otro país; y, siendo honestos, es posible percibir ya indicios de este hecho más sólidos y fundamentados que el razonamiento a priori realizado por el metafísico alemán, desacreditado incluso en la Rusia en cuyo pensamiento influyó durante tanto tiempo y con tan catastróficas consecuencias.

La obra de los escritores de más edad, enraizada en el pasado, está, como no podía ser de otro modo, influenciada por las incertidumbres políticas que los rodean. Algunos rompen el silencio sepulcral muy esporádicamente para escribir una lírica tardía o un artículo crítico, mientras que, por lo demás, subsisten en un tímido mutismo con sus pensiones, en las casas de protección oficial que el Estado, en los casos de eminencia patente, les proporciona en la ciudad o en el campo. Algunos de ellos se han volcado en un medio políticamente inofensivo, como la literatura infantil o los versos sin sentido; las rimas para niños de Chukovski, por ejemplo, son versos disparatados y geniales, comparables a los de Edward Lear. Prishvin continúa escribiendo lo que, a mi modo de ver, son excelentes fábulas sobre animales. Otra válvula de escape es el arte de la traducción, en el que actualmente se canaliza mucha parte del talento ruso, como, por otro lado, ha ocurrido siempre. Existe la curiosa creencia de que en ningún otro país estas artes inocentes y apolíticas se practican con mayor perfección. Últimamente también se ha arremetido contra ellas.

El elevado nivel de las traducciones, como es lógico, no

se debe meramente al atractivo de este medio como vehículo distinguido para evadir las opiniones políticas peligrosas, sino también a la tradición de transferencia artística desde lenguas extranjeras que se desarrolló en el siglo XIX en Rusia, un país que en el pasado dependió intelectualmente de la literatura foránea durante largo tiempo. Como resultado, personas con una sensibilidad y un mérito literario excepcionales han traducido los grandes clásicos de Occidente y prácticamente no existen en Rusia traducciones chapuceras (como sí ocurre en el caso de obras rusas traducidas al inglés). En parte, tal concentración en la traducción responde también al énfasis que en el presente se pone en la vida de las regiones periféricas de la Unión Soviética y a la consecuente prima política que se concede a las traducciones realizadas desde lenguas de moda como el ucraniano, el georgiano, el armenio, el uzbeco y el tayiko, con las cuales han probado suerte los autores rusos de mayor talento, con resultados excepcionales y la consiguiente buena voluntad interregional. Más aún, es probable que esto acabe por suponer la contribución más valiosa de la influencia personal de Stalin a la evolución de las letras rusas.

En cuanto a la ficción, la senda más común es la que toman novelistas formales de segunda fila como Fedin, Katáyev, Gladkov, Leónov, Serguéyev-Tsenski y Fadéyev, y dramaturgos como Pogodin y (el recientemente desaparecido) Treniov, algunos de los cuales se retrotraen a su multicolor pasado revolucionario personal[1]. Todos ellos se someten en la actualidad a las pautas prescritas por sus dirigentes políticos y, en su inmensa mayoría, producen obras de una mediocridad soberbia cortadas por el patrón de los arquetipos decimonónicos postreros, escritas con

1. Estos escritores, hoy en su mayoría olvidados y abandonados en las estanterías, figuraron entre los exponentes de mayor éxito y difusión del realismo socialista (para información más detallada, véase el Glosario).

floritura y profesionalidad, largas, aceptables y políticamente *bien pensantes*, serias y en ocasiones legibles, pero prescindibles por lo general. Las purgas de 1937 y 1938 parecen haber sofocado ese fuego centelleante de la literatura rusa moderna al que la Revolución de 1917 había añadido leña y el cual la guerra reciente no habría logrado apagar con tal celeridad si anteriormente la política no hubiera empezado a hacerlo.

Sobre la escena de la literatura rusa en su globalidad se extiende un inquietante velo de quietud total, sin un soplo de viento que ondee sus aguas. Podría tratarse de la calma que precede al siguiente gran maremoto, pero aún existen pocos indicios visibles de que vaya a engendrarse algo nuevo u original en la Unión Soviética. El paladar aún no se ha saciado de antigüedades y no exige nuevas experiencias que lo estimulen. El público ruso es menos displicente que el del resto de Europa, y los entendidos, si es que queda alguno, se dan por satisfechos si no se avistan nubarrones políticos preocupantes en el horizonte y los dejan en paz. No existe un clima propicio para la aventura intelectual o artística, y las autoridades, que recibirían con entusiasmo los inventos y descubrimientos en el campo tecnológico, no parecen ser conscientes de la indivisibilidad de la libertad de investigación, que no puede darse dentro de unas fronteras impuestas. Por el momento, la invención parece haberse sacrificado en pro de la seguridad y, a menos que esto cambie, es poco probable que Rusia efectúe una contribución de calado en cualquier ámbito de estudio o arte humanos.

¿Y qué ocurre con los escritores más jóvenes? A ningún observador extranjero de la escena literaria rusa se le escapa, no sin cierto desconcierto, que existe un abismo entre los escritores más viejos, figuras leales pero melancólicas que no representan peligro alguno para la estabilidad de este régimen aparentemente estable, y la generación de escritores más jóvenes, inmensamente prolíficos, cuya pluma parece ir a más velocidad que el pensamiento mismo

(quizá porque muchos de ellos carecen de este último) y quienes recurren a los mismos patrones y fórmulas hasta la saciedad y con una sinceridad y un vigor tan notorios que es inconcebible que alguna vez puedan verse asediados por una duda real, ya sea en tanto artistas o seres humanos.

La explicación a este hecho tal vez se encuentre en el pasado inmediato. Las purgas arrasaron el panorama literario, y la guerra se convirtió en la nueva temática e impregnó la atmósfera, lo que engendró una camada de escritores simplistas, ingenuos y prolíficos que oscilan entre la ortodoxia más cruda y rígida y unas habilidades técnicas considerables, en ocasiones capaces incluso de conmover y en otras verdaderamente alegres y afines al reportaje periodístico y vívido. Idéntica situación se da en la prosa y la poesía, en la novela y en el teatro. El máximo exponente es el periodista, dramaturgo y poeta Konstantín Simónov, que ha producido un sinfín de obras de una calidad ínfima pero una ortodoxia sentimental impecable en las que aclama al héroe soviético ideal, valiente, puritano, sencillo, noble, altruista y entregado en cuerpo y alma al servicio de su país. Siguen a Simónov otros autores del mismo género, escritores de novelas que relatan proezas ocurridas en *koljoses**, en fábricas y en el frente; escritores de ripios patrióticos o de obras de teatro que ridiculizan al mundo capitalista o la vieja y desacreditada cultura liberal de la propia Rusia, y ensalzan en cambio a esos jóvenes ingenieros, comisarios políticos («ingenieros de almas humanas») o mandos del ejército llanos y prototípicos, tipos toscos, campechanos, resueltos y devotos, amantes tímidos y varoniles, parcos en palabras y prolijos en hazañas, las deno-

* Explotaciones agrícolas propiedad del Estado. Los *koljoses* fueron creados en el marco de la colectivización obligatoria de la agricultura (1929-1931) con el fin de suprimir la propiedad privada e introducir el pleno control del Partido sobre la economía y la vida social del campo. *(N. de la T.)*

minadas «águilas de Stalin», a quienes acompañan muchachas patriotas hasta la médula, valientes, de una pureza moral intachable y heroicas, pues es de ellos de quienes en última instancia depende el éxito de todos los planes quinquenales.

Los autores de mayor edad no ocultan su opinión con respecto al valor de este tipo de literatura seria pero repleta de tópicos y producida en masa, que comparan con los carteles en relación con el arte serio. Pero no serían tan críticos si esta profusión de obras inspiradas por el Estado y directamente supeditadas a él estuviera acompañada por la publicación de obras más profundas y originales surgidas de plumas jóvenes, pongamos, menores de cuarenta años. Señalan que no existe ninguna razón intrínseca por la que la vida soviética contemporánea no pueda generar un «realismo social» original y serio; al fin y al cabo, la obra de Shólojov *El Don apacible* versaba sobre cosacos y campesinos durante la guerra civil y era reconocida por todos como una obra de ficción original, si bien algo aburrida, recargada y demasiado extensa.

La crítica que plantean estos escritores de mayor edad, «autocrítica» cuya publicación está permitida, es que de la superficialidad y la ortodoxia fácil de los héroes prototípicos no puede nacer ninguna obra literaria original, que los héroes de guerra por sí solos se han ganado el derecho a un análisis más sutil y menos trillado, que la experiencia de la guerra es una vivencia nacional profunda que únicamente puede expresarse de manera adecuada mediante una literatura más intensa, sensible y escrupulosa, y que la mayoría de las novelas bélicas publicadas en la actualidad no son más que burdas parodias y un espantoso insulto a los soldados y civiles cuya atroz realidad pretenden describir. Por último, aunque esto nunca aparece publicado, aducen que el conflicto interno que se adueña de todo artista se ha resuelto con excesiva facilidad mediante las reglas simplistas de un modelo político artificialmente allanado que no permite dudar acerca de

sus verdaderos objetivos ni estar en desacuerdo con sus medios y que, quizás a resultas de las purgas y de sus consecuencias morales y físicas, hasta la fecha no ha conseguido crear sus propios cánones artísticos, estándares a la luz de los cuales podría evolucionar en la Rusia actual una literatura igual de conformista y estricta, pero también tan devota y profunda como el arte religioso de la Edad Media. Mis atisbos de esperanza en los tiempos que corren son nulos. La llamada del poeta Selvinski al romanticismo socialista[1] (si existe un realismo socialista, ¿por qué no un romanticismo socialista?) se suprimió sin contemplaciones.

Entretanto, las recompensas económicas de estos autores jóvenes en boga, sordos a las críticas, les otorgan el derecho a ser equiparados a los escritores superventas de los países occidentales, si bien no existe ninguna equivalencia literal, puesto que en Rusia la ficción y la poesía, buenas y malas, se venden y distribuyen de inmediato tras su publicación: tal es la sed del público y la inadecuación del abastecimiento. Las novelas históricas, habida cuenta que la novela costumbrista es territorio seguro, relatan, aparte de historias de la guerra y la posguerra, las vidas de héroes nacionales pasados, como los zares Iván IV y Pedro I o los soldados y marineros como Suvórov, Kutúzov, Najímov y Makárov, patriotas de órdago y rusos auténticos cuyas vidas a menudo se ven atormentadas y frustradas por las intrigas de cortesanos lisonjeros y nobles desleales. Su naturaleza y hazañas ofrecen la posibilidad de combinar un trasfondo histórico y patriótico y un entretenido relato romántico con sermones sociales o políticos aplicables a las necesidades contemporáneas.

1. El «simbolismo socialista», tal vez un término más preciso, habría permitido a los escritores abordar una mayor pluralidad de temáticas, más allá de los tractores y los altos hornos, sin que ello hubiera puesto en entredicho su lealtad política.

Pese a no ser su iniciador, Alekséi Tolstói (fallecido este mismo año [1945]) dio un fuerte impulso a esta moda, pues condensaba en su persona el potencial y la ambición de erigirse en el Virgilio del nuevo imperio, atributos que espolearon su desbordante imaginación y le permitieron dar rienda suelta a su notable don literario.

Ese mismo abismo que se percibe entre jóvenes y viejos se da también en otras artes, como el teatro, la música o el ballet. Todo lo que ha surgido sin romper de manera tajante con la riqueza del pasado y se apoya en la tradición prerrevolucionaria ha logrado, sustentándose precisamente en estos sólidos pilares, mantener sus estándares en el presente. Así, el Teatro de las Artes de Moscú, pese a haber sufrido un declive reconocido universalmente desde el extraordinario nivel que alcanzó en su época dorada, cuando Chéjov y Gorki escribían para él, ha conseguido mantener un inspirado nivel de interpretación individual y colectiva que continúa haciendo de él la envidia del mundo. Su repertorio desde la era posterior a 1937 se limita o bien a obras de antaño o bien a piezas nuevas, conformistas y tan insulsas que apenas poseen personalidad propia y simplemente sirven como vehículo para que los actores naturalistas mejor dotados puedan exhibir sus magníficas habilidades a la antigua usanza; de ahí que el público recuerde sobre todo las interpretaciones, y no la obra. En la misma línea, el Teatro Mali («pequeño») continúa ofreciendo actuaciones admirables de comedias de Ostrovski, que constituyeron su mayor puntal en el siglo XIX, pero la interpretación de las obras tanto clásicas como modernas presentadas desde la Revolución ha descendido al bajo nivel de las compañías de repertorio dirigidas por Ben Greet y Frank Benson. En uno o dos teatros moscovitas de menos peso se representan obras clásicas con brío e imaginación, como por ejemplo en el Teatro Yermólova y en el Teatro del Transporte, como también ocurre en un par de salas pequeñas en Leningrado. Las mejores interpretaciones ofrecidas incluso en estos teatros son indefectiblemen-

te de obras clásicas, por ejemplo de Goldoni, Sheridan o Scribe; las obras modernas no lucen con el mismo esplendor, si bien ello no se debe tanto al empleo de métodos interpretativos anticuados cuanto a la inevitable insulsez del material en sí.

Por lo que respecta a la ópera y al ballet, en los lugares donde la tradición sirve de guía continúan haciendo honor a su nombre, si bien pierden ímpetu. Cuando se lleva a escena una obra nueva, por ejemplo el nuevo ballet *Gayane* del compositor armenio Jachaturián, en cartel este año en Leningrado, se consigue desplegar una exuberancia y un temperamento que desarman al espectador por el entusiasmo y el deleite con que los bailarines ejercen su arte. Sin embargo, sobre todo en Moscú, el teatro se precipita a un abismo de chabacanería en términos de decoración y de producción (y en ocasiones también de música) que ni siquiera debió de alcanzar el París del Segundo Imperio; la inspiración de los decorados, de una opulencia vulgar y recargada, con los que se prodiga el Bolshói moscovita deriva, como mínimo, tanto de los esplendores charros del primer Hollywood de hace diez o veinte años como de cualquier cosa concebida en tiempos de Offenbach; y tan burda exhibición parece aún más grotesca e inadecuada cuando se contrapone a la genialidad individual de una gran bailarina lírica y dramática como la Ulánova o de nuevas e impecables virtuosas como Dudínskaya, Lepeshínskaya o de nombres más consagrados como Semiónova, Preobrazhenski, Serguéyev y Yermoláyev. En cualquier caso, carece de la fusión de una disciplina firme, precisa e inexorable con una originalidad imaginativa y amplia de miras, y de esa combinación de intensidad, lirismo y elegancia que había elevado el ballet ruso a cotas inalcanzables en el pasado.

Menos indicios de nueva vida se intuyen aún en las dos grandes óperas de Moscú y Leningrado, que se ciñen a un repertorio estereotipado de las obras rusas e italianas más populares, intercaladas con interpretaciones esporádicas

de, por ejemplo, *Carmen*. Los auditorios menos destacados, cuyo cometido es el entretenimiento inocente en términos políticos, ofrecen a su público operetas de Offenbach, Lecocq y Hervé, interpretadas con más entusiasmo que lustre, pero que pese a ello reportan a los rusos una ruptura con la monotonía insulsa de la vida soviética cotidiana. El contraste entre los autores de más edad y la generación más joven se aprecia también en los escenarios teatrales (si bien no tanto como en el ballet, que no existiría sin el reclutamiento perpetuo de nuevas promesas), donde pocos actores y actrices, por no decir ninguno, han brillado con luz propia en el último decenio. El público parece ser perfectamente consciente de ello pues, siempre que así se lo he insinuado a mis vecinos anónimos en los teatros moscovitas, me lo han corroborado con tal prontitud que da la impresión de ser un hecho consabido. Estos vecinos circunstanciales invariablemente han lamentado con pesar la ausencia entre los jóvenes de aptitudes dramáticas, más aún de la sensibilidad que los intérpretes de mayor edad aún en escena (la carrera de algunos de los cuales arrancó a principios de siglo) siguen exhibiendo, y uno o dos incluso se han preguntado si los teatros de Occidente no estarán incubando a mejores actores jóvenes que la Unión Soviética. Quizá «la tradición no sea tan rígida y opresiva allí», especulan. Incluso el Teatro de las Artes parece haberse quedado estancado en términos de técnica y emoción, o bien se ha visto obligado a retrotraerse por otros medios a los días previos a la Primera Guerra Mundial.

Esta combinación de desaliento de toda innovación (el nombre del productor purgado Meyerhold rara vez se pronuncia en voz alta) junto con un estímulo considerable del teatro está abocada, a menos que algo interrumpa este proceso, a agrandar aún más la sima que separa los dos estilos interpretativos existentes, el consumado más irreal por un lado y el contemporáneo, corriente y provincial por el otro. Ahora bien, cabe aclarar también que el entusiasmo

y la avidez infantil de los lectores y el público teatral rusos probablemente no tengan paralelismo en el mundo. La existencia de teatros y óperas con financiación estatal, así como de editoriales regionales en toda la Unión Soviética no es sólo parte de un plan burocrático, sino que responde a una demanda popular auténtica e insuficientemente satisfecha. El aumento del índice de alfabetización espoleado por la primera fase de fermentación del marxismo, así como la inmensa difusión de los clásicos rusos y, hasta cierto punto, también extranjeros, sobre todo la traducción a los diversos idiomas de las «nacionalidades» de la URSS, han incubado un público cuya capacidad de respuesta debería ser la envidia de los escritores y dramaturgos occidentales. Las librerías abarrotadas de gente con sus estanterías mermadas, el ávido interés que despliegan los funcionarios gubernamentales que las regentan y el hecho de que incluso diarios como *Pravda* e *Izvestia* se agoten en cuestión de minutos tras su rara aparición en los quioscos es una muestra más de dicha voracidad.

Por todo ello, si se modificara el control político en las altas esferas y se concediera una mayor libertad de expresión artística no sería de extrañar que, en una sociedad sedienta de actividad productiva y en un país tan ávido de experiencia, tan joven todavía y tan encandilado con todo lo que parece nuevo o sencillamente honesto y, por encima de todo, dotado de una vitalidad prodigiosa capaz de imponerse incluso a absurdeces letales para su débil cultura, surgiera un arte creativo excelso de nuevo en el futuro.

A los observadores occidentales, la reacción del público soviético a las obras clásicas puede parecerles curiosamente ingenua; cuando, por ejemplo, se interpreta una obra de Shakespeare o de Griboyédov, el público acostumbra a reaccionar a lo que ocurre en el escenario como si se tratara de la vida real; las frases recitadas por los autores son recibidas con murmullos de aprobación o desaprobación, y la emoción generada es encandiladoramente directa y espontánea. Tal vez éste no se aleje mucho del

tipo de público popular para el que escribieron Eurípides y Shakespeare, y el hecho de que los soldados del frente hayan comparado con tanta frecuencia a sus líderes con los héroes arquetípicos de las novelas soviéticas patrióticas y de que para ellos la ficción transmita la sensación de formar parte de su modelo habitual de vida cotidiana parece indicar que siguen contemplando el mundo con la imaginación sagaz y la mirada sin adulterar de los niños inteligentes, el público ideal de todo novelista, dramaturgo o poeta. El terreno fértil, aún poco abonado, en el que germinan incluso las semillas más débiles con tal celeridad y de manera tan profusa no puede sino inspirar al artista y es probable que sea precisamente la ausencia de esta respuesta popular lo que ha conllevado que el teatro procedente de Inglaterra y Francia a menudo parezca amanerado, anémico y artificial.

Así, en la actual coyuntura, el contraste entre la extraordinaria frescura y receptividad del apetito soviético, tanto crítico como popular, y la ínfima valía del pábulo suministrado constituye el fenómeno más fascinante de la cultura rusa.

En sus artículos y *feuilletons*, los escritores soviéticos adoran recalcar el magnífico entusiasmo con que el público ha recibido tal o cual libro, película u obra teatral y, efectivamente, sus afirmaciones encierran una gran verdad, si bien, como es previsible, hay dos aspectos que no se mencionan en ningún caso. El primero de ellos es que, pese a toda la propaganda oficial, la discriminación evidente y quizás instintiva entre la literatura elevada y la mediocre –por ejemplo, entre los clásicos decimonónicos y los contados maestros literarios que aún viven por un lado y la literatura patriótica rutinaria por el otro– no ha logrado obliterarse por completo y, por lo menos hasta la fecha, no parece haberse dado una estandarización del gusto a la escala prevista y tan temida incluso hoy por los miembros más destacados de la intelectualidad rusa (que siguen con vida).

El segundo aspecto es la existencia incólume, si bien en condiciones precarias y en número decreciente, de un núcleo real de intelectuales entrados en edad pero capaces de expresar sus ideas sin tacha, profundamente civilizados, sensibles, exigentes y difíciles de engañar, los cuales han mantenido intactos los elevados estándares críticos, en ciertos aspectos los más puros y precisos del mundo, de la intelectualidad de la Rusia prerrevolucionaria. Estas personas, que hoy ocupan puestos políticamente intrascendentes en el Gobierno, las universidades y las editoriales, en ocasiones creados ex profeso para ellas por el Estado, por lo general no padecen hostigamientos; tienden a ser fúnebres y sardónicas porque no vislumbran sucesores para sí mismas entre la generación venidera y explican que ello se debe en gran medida al hecho de que los jóvenes que exhiben algún matiz de independencia u originalidad son desterrados sin piedad y dispersados por las regiones boreales y centrales de Asia, acusados de individuos nocivos para la sociedad.

Se rumorea que buena parte de los jóvenes que dieron muestras de talento en tanto que artistas y críticos independientes fueron barridos entre 1937 y 1938 («como con una escoba», según la expresión empleada por un joven ruso en una estación ferroviaria, donde no se sentía observado). A pesar de ello, aún es posible encontrar a algunos de ellos en las universidades o entre los traductores de lenguas extranjeras y libretistas del ballet (de los que existe una gran demanda), pero es difícil aventurar si por sí solos podrán dar continuidad a la vigorosa vida intelectual que tanta relevancia tenía, por ejemplo, para Trotski y Lunacharski y por la que sus sucesores parecen preocuparse tan poco. Los intelectuales de mayor edad, cuando hablan con franqueza, no se andan con tapujos con respecto al ambiente en el que viven inmersos; la mayoría siguen perteneciendo a la clase que se conoce como «los atemorizados», es decir: a aquellos que no se han recuperado por completo de la pesadilla de las grandes purgas, si bien algunos

dan signos de estar volviendo a emerger a la luz del día. Señalan que el control oficial, por mucho que no acometa cazas de brujas con la fiereza de antaño, es tan absoluto en todas las esferas del arte y la vida, y la precaución ejercida por los tímidos y en gran parte ignorantes burócratas que controlan el arte y la literatura tan extrema, que todo lo nuevo y original engendrado por la juventud tiende naturalmente a encauzarse por canales no artísticos, como las ciencias naturales o las disciplinas tecnológicas, donde soplan los vientos del progreso y el miedo a lo inusitado es menor.

En lo tocante a las demás artes, la pintura rusa nunca ha dado mucho de qué hablar; y la que se expone en la actualidad parece haber caído por debajo de los estándares más bajos del naturalismo y el impresionismo rusos decimonónicos, que al menos poseían el mérito de ilustrar la vida, los conflictos sociales y políticos y los ideales de la época. Por lo que concierne a la modernidad pre y posrevolucionaria que los sucedió y que floreció durante el primer período soviético, no queda de ella ni rastro, al menos que yo haya podido encontrar.

La situación de la música no es muy distinta. Aparte de los complejos casos de Prokófiev y Shostakóvich (la presión política sobre el último no parece haber mejorado el estilo de su obra, aunque podría existir un encendido desacuerdo en este sentido, pues aún es joven), de nuevo o es en gran medida una reproducción académica e insulsa del tradicional modelo «eslavo» o «dulce» de Chaikovski-Rajmáninov, hoy tratado con mucha liviandad (como en el caso del increíblemente fértil Miaskovski y el académico Glier), o ha sucumbido a una explotación animada, superficial, esporádicamente habilidosa y en ocasiones incluso entretenida y brillante de la canción popular de las repúblicas constituyentes de la URSS siguiendo las líneas más simples, tal vez, por usar el rasero más bajo, con la idea en mente de que puedan interpretarlas orquestas de balalaicas. Incluso compositores moderadamente compe-

tentes como Shebalin y Kabalevski han adoptado esta línea de resistencia ínfima y, al igual que sus imitadores, se han convertido en proveedores monótonos, productivos e infatigables de música rutinaria de una mediocridad espeluznante.

Por su parte, la arquitectura se ha empleado en un proceso admirable de restauración de edificios antiguos y ampliaciones ocasionales de éstos mediante un pastiche ejecutado con gran competencia, o bien en la erección de inmensos edificios sombríos y lóbregos, repulsivos incluso a tenor de los peores estándares occidentales. Sólo el cine da muestras de vida original, si bien su época dorada en la Unión Soviética, cuando la inspiración revolucionaria era auténtica y se vivía como un experimento al que dar alas, parece, salvo con contadas y notables excepciones (como Eisenstein y sus discípulos, aún activos), haber cedido terreno a historias más burdas y banales.

En términos generales, los intelectuales parecen hostigados aún por los recuerdos frescos del período de las purgas, al que siguieron los rumores de guerra, y luego la guerra, la hambruna y la devastación; y por mucho que lamenten la esterilidad del panorama, la perspectiva de una nueva «situación revolucionaria», por muy estimulante que fuera para el arte, resultaría muy ardua de digerir para estos seres humanos que han padecido una cuota de sufrimiento físico y moral superior a la del ciudadano ruso medio. En consecuencia, entre los intelectuales existe una especie de aceptación plácida y algo derrotista de la situación actual. Apenas se alzan ya voces disonantes ni entre los más rebeldes e individualistas; la realidad soviética es demasiado recalcitrante, la obligación política demasiado opresiva, los temas morales demasiado inciertos, y las compensaciones por la conformidad, tanto materiales como morales, demasiado irresistibles. Los intelectuales de mérito reconocido viven con seguridad material, disfrutan de la admiración y la fidelidad de un amplio público, ocupan una posición digna en la sociedad y, aunque la mayo-

ría desea con una intensidad indescriptible visitar países occidentales (de cuya vida mental y espiritual a menudo albergan ideas extravagantes y exageradas) y lamentan que «la situación sea tan férrea en este país», algunos, y no los menos distinguidos, tienden a afirmar que el control estatal también posee su lado positivo. Pese a hostigar a los artistas creativos en un grado desconocido incluso en la historia de la propia Rusia, dicho control, según me aseguró un escritor de literatura infantil, imbuye al literato de la sensación de que el Estado y la comunidad en general sienten un vivo interés por su obra en todos los aspectos y lo considera una persona relevante cuyo comportamiento tiene una gran repercusión y cuya evolución por las líneas adecuadas constituye una responsabilidad crucial tanto para sí mismo como para sus tutores ideológicos, y que, pese a todo el terror, la esclavitud y la humillación, esto le supone un estímulo mucho mayor que el olvido relativo al que están relegados sus homólogos en los países burgueses.

Sin duda, tal afirmación encierra algo de razón, pues es cierto que históricamente el arte y la literatura han florecido bajo el despotismo. Si la gloria y la posición que se ocupa en la sociedad son las recompensas por el éxito, sería una falacia moral e irrealista afirmar que ninguna forma de genialidad intelectual o artística puede florecer en el aislamiento. La cultura soviética contemporánea no avanza a su paso de antaño, firme, confiado e incluso esperanzador; existe una sensación de vacío, una ausencia total de vientos y corrientes, y uno de los síntomas de ello es el hecho de que el talento creativo se desvía tan fácilmente hacia medios como la popularización y el estudio (a veces erudito e imaginativo) de las culturas «nacionales» de las repúblicas constituyentes y, en especial, de las situadas en Asia central. Podría tratarse de un valle entre dos cimas, de un lapso temporal de hastío y comportamiento mecánico tras el esfuerzo ingente dedicado a aplastar a los enemigos internos y externos del régimen. Es posible. Pero es in-

negable que la superficie ideológica actual no muestra ni una sola ondulación. Se exhorta a dejar de leer a los alemanes, a cultivar el orgullo soviético nacional (no local ni regional) y, sobre todo, a ocultar los orígenes no rusos de las instituciones rusas o las fuentes foráneas de las que bebe el pensamiento ruso, a regresar al leninismo-estalinismo más ortodoxo y a abstenerse de los caprichos del patriotismo no marxista que proliferaron durante la guerra, pese a que no hay nada que recuerde ni remotamente a las acaloradas controversias ideológicas marxistas, a menudo burdas pero también sentidas de manera honda y apasionada de, pongamos por caso, la época en que vivió Bujarin.

Ahora bien, este informe resultaría engañoso si no destacara el hecho de que, a pesar de la situación difícil, casi desesperada, en la que se ven inmersas las personas de temperamento independiente y cultura en Rusia, lo cierto es que son capaces de sobrellevarla con cierta alegría, intelectual y social, y que siguen sintiendo un interés entusiasta por los asuntos internos y externos, el cual combinan con un sentido del ridículo extravagante y rayano en lo delicado que hace que su existencia no se les antoje simplemente llevadera, sino digna de ser vivida, y redunda en el despliegue de unos modales y una conversación circunspectos y deliciosos a ojos del visitante extranjero.

El panorama de la escena intelectual y artística soviética actual apunta a que el gran impulso inicial se ha desvanecido y a que podría transcurrir un tiempo considerable antes de que surja en la URSS algo novedoso o arrebatador en el campo de las ideas, opuesto a la competencia constante y los logros sólidos firmemente establecidos por las autoridades dentro del marco de la tradición establecida. La vieja Rusia, cuya condición preocupaba y llegó a obsesionar a sus escritores, era, obviamente, una sociedad ateniense en la que una reducida élite dotada de una combinación de aptitudes morales e intelectuales remarcables,

un gusto extravagante y una imaginación desbordante recibía el respaldo de una masa desdibujada de helotes haraganes, irresponsables y semibárbaros acerca de los cuales se hablaba mucho pero, tal como observaron con acierto los marxistas y otros disidentes, apenas se sabía nada, y menos que nadie los hombres de buena voluntad que más hablaban de ellos y que, a su modo de ver, lo hacían en beneficio.

Si existe un hilo conductor por excelencia en la política leninista es el deseo de que esas gentes ocultas en la penumbra devengan seres humanos plenos, capaces de sostenerse en pie por sí mismos y de ser reconocidos como iguales o incluso superiores a sus vecinos occidentales, que aún los contemplan con desdén. Ningún coste es excesivo para tal fin; el progreso material organizado sigue considerándose el cimiento sobre el que reposa todo lo demás; y la libertad intelectual e incluso civil se contempla como un obstáculo para el proceso de transformación del pueblo ruso en una nación mejor equipada para entender y afrontar el nuevo mundo posliberal y tecnológico, motivo por el cual hay que sacrificar estos «lujos» o, como mínimo, aparcarlos un tiempo en las estanterías.

Todo ciudadano de la Unión Soviética ha padecido en su propia piel esta política con distinto grado de intensidad y, si alguno realiza algún acto de rebeldía interior, éste queda invalidado y resulta ineficaz. Pese a todo, cabe la duda de hasta cuándo podrá darse continuidad a este curso despiadado y riguroso una vez fallecida la generación de fanáticos inquebrantables que protagonizó la Revolución.

La principal esperanza de un nuevo florecimiento de la genialidad rusa liberada estriba en la vitalidad (aún no extinta), en la curiosidad omnívora y en el asombroso e insaciable apetito intelectual y moral de este pueblo, el más imaginativo y menos intolerante, que, a (quizá muy) largo plazo y pese a los espantosos estragos que han hecho en él

las cadenas que lo atenazan en el presente, sigue prometiendo veladamente más logros que cualquier otra sociedad contemporánea en el empleo de sus inmensos recursos materiales y, por la misma moneda, *pari passu*, en las artes y en las ciencias.

Visita a Leningrado

(1945)

El tren partió de Moscú y llegó a Leningrado con gran puntualidad. En ninguno de los compartimentos contiguos al nuestro parecía viajar ningún agente del NKVD. En el trayecto hacia Leningrado no se sirvió comida; en cambio, en el viaje de vuelta sí se ofrecieron *belegte Broetchen*[1] de aspecto moderadamente atractivo a los fantásticos precios habituales. El té fluyó copiosamente del samovar del guardia durante ambos periplos. Todo el mundo era educado y hacía alarde de buenos modales, y no nos abordó ningún coronel soviético achispado.

El centro de Leningrado apenas muestra huellas de destrucción, y la restauración y renovación de edificios públicos, que ha concentrado gran atención, parece haberse completado; las nuevas construcciones relucen con orgullo y esplendor en medio del claro aire invernal. Las estatuas y los monumentos públicos vuelven a estar expuestos a la vista, el Hermitage está abierto (salvo las salas de España, Francia e Inglaterra) y corre el rumor de que ultima sus adquisiciones a Alemania (al parecer mayoritariamente dibujos de Dresde y Berlín) para exponerlas en el futuro próximo. El hecho de que Moscú retenga todas estas pinturas de Dresde suscita cierto recelo, pero parece contemplarse como algo inevitable.

La gente en las calles presenta un aspecto más escuálido y desarrapado que los moscovitas, sin duda debido al bloqueo, que puebla todos los recuerdos y tiñe todas las

1. Bocadillos.

conversaciones, pero probablemente también debido a que en Leningrado no se ven tantas personas de origen campesino, sino más bien integrantes de la antigua intelectualidad venidos a menos, o personas que transmiten esa impresión, sobre quienes los harapos aleteando bajo el penetrante viento y la nieve parecen más andrajosos y patéticos que sobre los habitantes más bastos y rollizos de Moscú. Las calles están asimismo mucho más desoladas, salvo la avenida Nevski (la principal vía pública), que en ocasiones llega a estar tan concurrida como Ojtoni Riad en Moscú; los trolebuses van, como en toda la Unión Soviética, llenos a reventar. En cuanto a los tranvías, ofrecen un aspecto grotesco, reptando lentamente como gigantescas avispas inválidas cubiertas de percebes humanos, algunos de los cuales caen al suelo arrastrados por la marea de pasajeros que intenta subir o bajar de ellos, y luego, entre imprecaciones a voz en grito y gruñidos, se ponen de nuevo en pie y se apretujan para volver a aferrarse a sus más que inadecuados puntos de apoyo. Diríase que los tranvías bordean la peligrosa línea de convertirse literalmente en trampas mortales, como yo mismo descubrí en propia piel: incluso a las cuatro de la madrugada y a las siete y media de la mañana encontré todos los asientos ocupados.

Se dice que cada vez son más las personas que llegan a Leningrado procedentes del ámbito rural, y el problema de la vivienda, pese a que tal vez no sea tan agudo como en Moscú, es nefasto. Las habitaciones, al menos las habitadas por los escritores a quienes yo visité, son más espléndidas y también están más desoladas que sus equivalentes moscovitas, lo primero porque Leningrado en general es una ciudad mejor construida que la provinciana Moscú y lo segundo, según me explicaron, porque mucho mobiliario, parte de él antiguo y distinguido, se empleó para alimentar las chimeneas durante el bloqueo, y la probabilidad de que sea reemplazado en breve es poca. La leña sigue escaseando en Leningrado de manera notoria; el hotel Astoria, por no hablar de las galerías y los museos pú-

blicos como el Hermitage, no están debidamente caldeados, y miss Tripp[1] descubrió que en la biblioteca de un instituto científico no había calefacción y que únicamente era posible hallar algo de calor en dos cuartos pequeños, caldeados por unas estufas diminutas e improvisadas que los propios bibliotecarios prendían cada mañana. Miss Tripp dedujo que los ciudadanos únicamente podían obtener leños para sus estufas a cambio de las raciones de pan u otras pertenencias que pudieran vender en el mercado. Los precios eran considerablemente inferiores a los de Moscú (pese a los rumores en sentido contrario), tanto los de las alfombras como los de los elegantes pianos de las tiendas de la Comisión, los libros de las librerías de viejo (que cuestan aproximadamente un tercio de su valor en Moscú) o las zanahorias y las pipas de girasol a la venta en el mercado de la isla Vasilievski.

En lo concerniente al extrarradio, se me informó de que Tsárskoye Seló (al cual las guías Intourist aluden mayoritariamente con el nombre de «Pushkin») y Peterhof seguían en ruinas, y Gatchina, destripada; y desplazarse hasta Pavlovsk, un amasijo de destrucción, parecía harto complicado. Mis sugerencias de visitar aquella zona se desestimaron por irrealizables: «Los trenes funcionan muy mal y está muy lejos», pese a que en realidad se encuentra a escasos kilómetros de Tsárskoye Seló. La poeta Vera Ínber me comentó en un encuentro posterior que los palacios de Pavlovsk estaban siendo rápidamente restaurados y estarían acabados para fin de año. Mi insinuación de visitar Oranienbaum se recibió con mayor desconcierto si cabe, cosa que me hizo claudicar en mis intenciones.

1. Brenda Muriel Howard Tripp (1906-2004), representante del British Council en la Unión Soviética (encargada de gestionar el intercambio de artículos no militares con la Academia de Ciencias), trabajaba formalmente como agregada cultural del Ministerio de Exteriores con estatus de diplomática, ya que en aquel entonces el British Council no estaba oficialmente autorizado a operar en la Unión Soviética.

Pese al franco escepticismo de la dama de Intourist con respecto a la calidad de las interpretaciones, acudí a ver *Iván Susanin* al teatro Mariinski, que vuelve a lucir sus tradicionales colores azul y dorado; tanto la ópera como la actuación fueron más pobres que cualquier función del Bolshói de Moscú. En las partituras de la orquesta todavía figuraba el *Larga vida al zar*, tal como apuntó con sarcasmo mi vecino de asiento, un oficial del Ejército Rojo. En cambio, el ballet de Leningrado sigue siendo excepcional. *La bella durmiente*, que vi acompañado de miss Tripp, y *Gayane*, un ballet armenio del popular compositor Aram Jachaturián, al que asistí junto a miss Tripp y Randolph Churchill, fueron superiores a las actuaciones acostumbradas en Moscú, sobre todo la última, cuyo libreto es una versión bastante corriente de la obra con moraleja sobre un niño explorador en un *koljós* ortodoxo a la cual se insufla vida mediante una serie de bailes tradicionales de los pueblos caucásicos y caspios, interpretados con un espíritu y una habilidad extraordinarios. Ello contrasta con la insulsa pompa y la competencia rutinaria con que incluso los ballets de Chaikovski se interpretan en la actualidad en toda Rusia, lo cual legitima que Leningrado presente hoy su ballet como una de las mayores atracciones de la fructífera actividad artística de la ciudad.

Leningrado, antigua capital de belleza gélida y arrogante, está herida en su *amour propre* y responde con acritud y desdén, aunque no con plena confianza, al lugar de segundona al que la han relegado los *arribistas* de Moscú. Sus habitantes parecen más pobres y menos acicalados que los de la capital; los escritores con quienes me reuní transmitían la impresión de ser menos prósperos y su aspecto y tono general eran más tristes, refinados y cansados que los de sus colegas moscovitas. Por otro lado, la vida, en materia de política, se antoja más fácil. En Leningrado no me sentí perseguido por nadie y el contacto con los ciudadanos soviéticos me resultó menos difícil que en Moscú. Durante las tres largas veladas que me permití pasar entre

escritores, en ocasiones *tête-à-tête*, el más timorato de todos me confesó que procuraba evitar todo contacto con extranjeros en Moscú y que, en general, allí se mostraba más precavido que en cualquier otro lugar, como por ejemplo, en Leningrado. Conocí a estos literatos gracias a la amable mediación del director de la Librería de Escritores sita en la avenida Nevski, un individuo maduro a quien merece la pena dedicar unas palabras[1].

Guennadi Moiseévich Rajlin es un judío enjuto, alegre, sagaz, inmensa y efusivamente afable, con una incipiente calva pelirroja y la nariz aguileña, y probablemente el librero mejor informado, más leído y más emprendedor de toda la Unión Soviética. A pesar de que, a diferencia de otros encargados de librerías estatales, no cobra una comisión oficial por sus ventas y afirma subsistir enteramente gracias a su estipendio oficial, su interés y su pasión por fomentar la venta de libros son al menos tan vivos como los de cualquier librero del mundo occidental. En tanto que encargado de dos de las librerías más importantes de Leningrado, es quien dicta oficialmente los precios de los libros en la ciudad y es evidente que está habilitado para recibir ejemplares de las otras librerías a la más breve notificación, gracias a lo cual logra satisfacer las necesidades de sus clientes con mayor diligencia que ningún otro agente conocido. Movido por sus ambiciones literarias vagamente románticas, ancladas en el recuerdo de los célebres libreros del siglo XIX que ejercían simultáneamente de editores, distribuidores y mecenas de la literatura –de hecho, su propia librería ocupa el antiguo y famoso establecimiento de Smirdin–, ha convertido una de las salas del comercio en una especie de club para escritores y otros clientes distinguidos, y en dicha sala, que miss Tripp y yo tuvimos la suerte de poder frecuentar, se me permitió no sólo comprar libros con una comodidad desconocida en

1. Rajlin seguramente fuera un agente del NKGB (posterior KGB), según me informa Anatoli Naiman.

Moscú, sino conocer a varias personalidades literarias de renombre, como Zóshchenko, Ajmátova, Orlov y Dudin. Siempre que acudí a visitarla encontré al menos a tres o cuatro personas en aquella estancia –artistas, personalidades académicas y escritores–, quienes fingían rebuscar entre los estantes, si bien, a juzgar por las escasas compras que efectuaban, probablemente visitaran aquel lugar impulsadas por el deseo de reunirse con sus amistades en una estancia cálida donde guarecerse del gélido clima invernal. En aquel pequeño cuarto, la conversación fluía fácil y libremente en torno a temas literarios, académicos e incluso políticos, y fue a resultas de una relación que entablé aquí que pude visitar a una eminente figura literaria[1] en su casa, donde conocí a otros miembros de la intelectualidad de Leningrado. El propio Rajlin participaba animadamente en estas conversaciones, aunque era obvio que sus clientes no lo consideraban de su misma altura intelectual, sino una especie de factótum literario sumamente capaz (cosa que es) con quien convenía mantener buenas relaciones, puesto que desempeñaba el papel de un Fígaro general de Leningrado: conseguía entradas para el teatro, organizaba conferencias, celebraba cenas literarias mensuales, transmitía información, difundía rumores y, en general, realizaba innumerables pequeños servicios que convertían la vida en algo más estimulante, grato y casi tolerable.

Rajlin, quien relataba con enorme gratitud y placer su frecuente y fastuosa vida ociosa en Moscú junto a los señores Lawrence y Reavey[2], parecía ansioso por mantener contactos de esta índole con miembros de la embajada británica y hablaba con orgullo de la cantidad de libros que había conseguido vender desde 1942 entre funcionarios y periodistas británicos y estadounidenses. En efecto, exhibía una cierta sensibilidad social con respecto al tema y se

1. Anna Ajmátova.

2. (Posteriormente sir) John Lawrence, agregado de prensa, y George Reavey, traductor del ruso.

lamentaba amargamente de un periodista británico que había aludido a él con desdén en un libro reciente, cosa que se le antojaba innecesaria e injusta. Hablaba de sus planes de abrir una librería en Moscú con al menos cinco salas, una de las cuales se consagraría a la colonia extranjera; a través de ella, los clientes extranjeros podrían acceder a las otras estancias y, quizá, conocer a moscovitas distinguidos con intereses afines. Parecía completamente ajeno al tipo de obstáculos con que probablemente tropezaría un proyecto concebido para facilitar el contacto entre extranjeros y ciudadanos soviéticos, y de hecho esta ingenuidad con respecto a la segregación que se vivía en Moscú apareció en las conversaciones que mantuve con la mayoría de los escritores de Leningrado.

Puesto que el señor Randolph Churchill expresó su deseo de ver el «interior de una casa soviética», cosa que no había logrado hacer en Moscú, le pregunté al señor Rajlin, que casualmente se encontraba postrado en cama con resfriado, si me permitiría visitarlo junto con el señor Churchill para conversar con él acerca de sus interesantísimas experiencias durante el bloqueo. Rajlin acogió mi sugerencia con entusiasmo y Randolph Churchill y yo lo visitamos el 16 de noviembre en torno a las tres de la tarde. Rajlin estaba convaleciente, pero relató con una vivacidad irreprimible sus vivencias en aquella época y respondió a las preguntas del señor Churchill con agilidad y comodidad. Su esposa de aquel entonces nos agasajó espléndidamente con vodka y una suculenta comida a base de pescado y pollo. El apartamento que ocupaban, situado en una calle que confluye en Nevski, constaba de tres habitaciones; era pequeño y lúgubre, mas no estaba decorado con mal gusto y podía haberse encontrado perfectamente en Clerkenwell o Islington, si bien contenía muchos menos muebles, en su mayoría mobiliario alemán recargado de las décadas de 1880 y 1890, típico de Rusia, y no había en él ninguna baratija. Rajlin habló de los días del sitio, durante los cuales la ración máxima autorizada a los ciuda-

danos era de sólo 125 gramos de pan. También explicó que, pese a que en aquel entonces las familias de los difuntos y evacuados le vendieron muchos libros excelentes, sus clientes estaban demasiado debilitados por la falta de alimento para poder transportar libros pesados y, en su lugar, escogían volúmenes delgados o arrancaban capítulos de novelas o relatos y se los llevaban en días distintos a través de las calles nevadas. Aportó detalles espeluznantes de las dificultades que entrañó sepultar a los muertos, así como una descripción muy gráfica del sabor de la cola de carpintero, que él mismo acostumbraba a diluir con un poco de agua fría para bebérsela a modo de sopa.

Aunque han llegado a Moscú rumores que sostienen que fue a Popkov[1] y no a Zhdánov a quienes los ciudadanos contemplaron como el salvador de Leningrado, Rajlin confirmó la impresión general de que Zhdánov se consideraba, más que ningún otro, el responsable de levantar la moral a la ciudad asediada, y aseguró que, de no haber llegado los convoyes de Zhdánov a través del congelado lago Ladoga, él mismo, Rajlin, no habría logrado salvar su vida ni la de su anciana madre, que había sobrevivido milagrosamente. Durante este período fallecieron miles de niños y ancianos, según nos aseguró todo el mundo; sólo la cifra de quienes murieron de hambre se sitúa en torno a entre doscientos mil y trescientos mil[2]. Rajlin se enorgullecía

1. Piotr S. Popkov, en su calidad de primer secretario del Comité Provincial de Leningrado (alcalde de Leningrado), fue el responsable de mantener las líneas de abastecimiento a través del lago Ladoga, organizar el racionamiento y evacuar a los escritores. Stalin, que siempre se había sentido amenazado por el poder del Gobierno en Leningrado y celoso de la consideración de Popkov como héroe local, mandó liquidarlo posteriormente, junto con gran parte del Gobierno que dirigió la ciudad de Leningrado durante la guerra. Popkov fue abatido de un disparo poco después de ser juzgado en el famoso «Asunto de Leningrado» de 1949-1950.

2. Este cálculo fue realizado sensiblemente a la baja: la cifra que se baraja en la actualidad se sitúa en torno al millón.

de haber tenido como clientes a Mólotov, Beria (jefe del NKVD), al patriarca Aleksis[1] y al rabino de Leningrado –confesó que él mismo asistía con asiduidad a los oficios de la Sinagoga Central de Leningrado, que normalmente estaba abarrotada y ese año iba a recibir un «cantor» especialmente bueno procedente de Odessa–, y se preguntaba si algún día podría viajar invitado a Inglaterra para contemplar con sus propios ojos cómo se regentan las librerías «de verdad». Hacia el final de nuestra visita obsequió al señor Churchill con un volumen sobre Leningrado y otro publicado en 1912 que conmemoraba la retirada de Napoleón en 1812 para el señor Winston Churchill, quien, según había señalado su hijo con anterioridad, era un apasionado coleccionista de artículos sobre el emperador francés.

El desgarrador relato del bloqueo que realizó Rajlin fue corroborado por otras personas punto por punto. El crítico Orlov me aseguró que prácticamente todos los niños nacidos en aquella época habían fallecido. Él mismo había logrado mantenerse con vida gracias a las raciones especiales que se entregaban a los intelectuales considerados merecedores de ellas, como él mismo y el propio Rajlin, quien en cuestiones de racionamiento se clasificó como «escritor de segunda fila» (los autores «de primer orden» y «clásicos» eran en general gente pudiente). Las únicas personas que fueron evacuadas con un avión especial primero a través de las líneas alemanas hasta Moscú y desde allí a Taskent fueron el escritor de relatos Zóshchenko y la poeta Ajmátova, por orden directa de Stalin. Ambos se negaron a abandonar la ciudad en un principio pero acabaron por doblegarse a la autoridad. Tanto ellos como Orlov explicaron que la mayoría de sus amigos habían fallecido durante el bloqueo, ya que, al tenérselos por ciudadanos prescindibles, prácticamente se vieron conde-

1. Aleksis Shimanski, metropolitano de Leningrado, elegido patriarca en febrero de 1945.

nados a la muerte por el orden de prioridades de reparto de alimentos y combustible. Uno de ellos señaló que para él Leningrado se había convertido en un cementerio. A miss Tripp le comentaron que muchos de quienes habían padecido el bloqueo seguían sufriendo ataques de pánico y que la salud en general había caído en picado, motivo por el cual se auguraba un ascenso en la tasa de mortalidad en los años venideros, a menos que se adoptaran medidas alimenticias para impedirlo, cosa harto improbable.

Todos los escritores con quienes me reuní me rogaron que les facilitara libros ingleses, asegurando que habían resultado particularmente difíciles de conseguir a través de la VOKS[1], una organización ineficaz y obstruccionista, y me indicaron los métodos para hacerlo. Conversamos largo y tendido acerca de literatura inglesa y estadounidense, y tres de cada cuatro autores con quienes mantuve algo más que charlas informales me hablaron de la reciente visita del señor Priestley y de su discurso en el Club de Escritores, y recalcaron que no lo tenían en muy alta estima en tanto que escritor, aunque era innegable que se trataba de una persona con grandes dotes profesionales. Les costaba creer que en Inglaterra se lo tuviera por uno de los grandes autores, heredero del manto del gran Dickens, por mucho que él mismo les asegurara que así se lo había calificado. Si bien lo consideraban una persona afable en el trato personal, les extrañó que en su artículo para la *Literary Gazette* de Moscú, donde abordaba el estado actual de las letras inglesas, hubiera condenado a todos sus contemporáneos con elogios tibios y hubiera transmitido la impresión de que las últimas obras de éstos representaban invariablemente un declive con respecto a unos inicios que en ocasiones se auguraban prometedores. Uno de ellos al fin preguntó sin tapujos por qué el Gobierno de Su Majestad

1. Acrónimo de «Vsesoiuznoe Obshchestvo Kul'turnoi Sviazi s Zagrantisei» (Sociedad de la Unión Soviética para las Relaciones Culturales con Países Extranjeros).

había escogido como embajador literario de Gran Bretaña al señor Priestley, cuyos logros como dramaturgo no revestían mayor trascendencia ni ideológica ni artísticamente (y cuyas novelas no son conocidas entre el gran público). Intenté explicarles que era el VOKS y no el Gobierno de Su Majestad quien había organizado el viaje del señor Priestley, pero mis aclaraciones se recibieron con escepticismo tanto en Moscú como en Leningrado, donde las críticas del orden social británico efectuadas por el señor Priestley parecieron no calar entre el público y se oían opiniones de corte similar acerca de su persona, sobre todo entre los escritores más consagrados.

Durante una o dos conversaciones francas acerca de la situación de la vida y las letras rusas que mantuve con escritores de Leningrado, éstos sostuvieron que no tenían noticia de ningún autor ruso excepcionalmente dotado menor de cuarenta años, si bien sí existía un gran entusiasmo y energía y una laboriosidad considerables. En el presente, la «línea» a seguir imponía centrar la atención en las zonas más desconocidas de la Unión Soviética, como Siberia o Tayikistán, como vivero de nuevos y brillantes talentos que pudieran aflorar con la difusión de la educación y la conciencia cívica; sin embargo, pese a que se esperaba cosechar fruto a largo plazo, por el momento se había fomentado y promovido primordialmente la proliferación de poesía oficial, poemas líricos, baladas y relatos épicos falaces que estaban dando al traste con la posible originalidad existente entre estos pueblos primitivos o semimedievales. Afirmaban henchidos de orgullo que las publicaciones literarias de Leningrado eran dignas de elogio por haberse zafado de esta pesadilla que semanalmente atormentaba las páginas de la prensa literaria moscovita, si bien hacían una excepción en favor de la literatura georgiana y armenia, que contenían auténticas obras geniales. En lo que a ellos corresponde, no se avergüenzan de la tradición de Pushkin y Blok, Baudelaire y Verhaeren, y no los cambiarían ni por todos los tesoros poéticos de Uz-

bekistán o Azerbaiyán, al margen de cuál sea la moda «en Moscú»; y más sobre lo mismo.

Relataron las dificultades que encontraban para educar a sus hijos de acuerdo con los estándares «europeos» que habían predominado antes de la guerra, si bien aclaraban que era más fácil hacerlo en Leningrado que en Moscú, debido a que la cifra de personas cultivadas fuera de las escuelas estatales continuaba superando a la de cualquier otro lugar y que, por lo tanto, los niños estaban sometidos a una influencia civilizada, cosa que evitaba que se convirtieran en expertos técnicos estandarizados (aunque fuera en literatura), riesgo que de otro modo corrían. Se hablaba mucho acerca de los «valores del humanismo» y de la cultura general en oposición a la «influencia americana» y la «barbarie», que se consideran los principales peligros del momento. De hecho, a tenor de las reuniones que mantuve con un joven miembro del Ejército Rojo, regresado tardíamente de Berlín e hijo de una persona asesinada muchos años antes, estoy en posición de corroborar que era al menos tan civilizado, leído, independiente e incluso exigente, casi hasta el punto de la excentricidad intelectual, como cualquiera de los más admirados intelectuales universitarios de Oxford o Cambridge. No obstante, tengo entendido que se trataba de un caso excepcional, aunque quizá menos en Leningrado que en el resto de la Unión Soviética. Habida cuenta que el joven dio muestras de haber leído tanto a Proust como a Joyce en sus lenguas originales (aunque jamás había abandonado los confines de la Unión Soviética), me inclino a pensar que se trata efectivamente de una salvedad y que no es posible extraer una generalización de un ejemplo tan fascinante.

En mis conversaciones con los escritores a quienes acababa de conocer abordé con precaución el tema del grado de conformidad política que observaban para no meterse en problemas. Sostenían que la diferencia entre los comunistas y los no comunistas seguía estando claramente definida. La principal ventaja de pertenecer al Partido era que se

disfrutaba de mejores condiciones materiales, debido a la elevada proporción de pedidos que las casas editoriales y las publicaciones literarias estatales realizaban a los hombres de confianza del Partido, mientras que la principal desventaja consistía en el deber de producir abundante propaganda gubernamental anodina a intervalos frecuentes y de una longitud atroz (esto se afirma de una manera suave y evasiva, pero el sentido es inequívoco). Cuando les pregunté qué opinión les merecía, por ejemplo, un miembro del Partido tan leal como el poeta Tíjonov, presidente del Sindicato de Escritores, la respuesta fue que era «el jefe» *(nachalstvo)* y por tanto incuestionable. Me llevé la impresión general de que sigue existiendo una cierta ilusión auténtica con respecto a la calidad real de la obra de los escritores soviéticos, y que se conversa abiertamente sobre el tema, pero que rara vez se publica por escrito. Así por ejemplo, todo el mundo parece dar por sentado que Borís Pasternak fue un poeta genial y que Simónov fue poco más que un periodista insustancial.

Las posibilidades de viajar estaban, según colegí, limitadas en cierta medida, de tal manera que ningún escritor podía visitar, por ejemplo, Moscú por voluntad propia sin una invitación formal por parte del presidente del Sindicato de Escritores o de su secretario del Partido Comunista, y, aunque es cierto que en ocasiones podían agenciárselas por medios indirectos, era demasiado humillante, además de difícil, hacerlo con frecuencia. Los escritores inquirían con el mayor entusiasmo acerca de sus homólogos en el extranjero, sobre todo Richard Aldington y John Dos Passos. Hemingway era el más leído de los novelistas serios en inglés y, entre los escritores británicos, ese honor correspondía al doctor Cronin, pese a que los intelectuales lo tenían por un autor comercial, pero superior a los de su índole. El conocimiento de la literatura inglesa depende evidentemente de lo que se acepta para ser traducido y, en menor medida, de lo que el VOKS permite proporcionar a los lectores de lenguas extran-

jeras. Los resultados son en ocasiones excéntricos: así, en Leningrado, por ejemplo, los nombres de Virginia Woolf y E. M. Forster (mencionado en el artículo de Priestley) eran desconocidos, pero todo el mundo había oído hablar de Mason, Greenwood y Aldridge. Los libros extranjeros se encontraban en Moscú, pero resultaban muy difíciles de obtener incluso allí y, si pudiera ingeniarse algún método para suministrar a los moscovitas la literatura imaginativa de los países anglosajones, estarían sumamente agradecidos. Anna Ajmátova se mostró particularmente complacida por un artículo publicado en el *Dublin Review* sobre sus versos, así como por el hecho de que se hubiera aceptado una tesis doctoral sobre su obra en la Universidad de Bolonia. En ambos casos, los autores mantenían correspondencia con ella.

Los escritores más eminentes de Leningrado viven rodeados de lujo en el antiguo Palacio de la Fuente («Fontanny Dom») de los Sheremétev[1], una especie de Holland House junto al Fontanka al que Pushkin realizaba frecuentes visitas (de hecho, el más famoso de sus retratos se pintó en su sala matinal), un edificio de finales del siglo XVIII protegido por una magnífica verja y unas puertas de hierro forjado construidas alrededor de un amplio cuadrángulo arbolado donde nace un tramo de angostas escaleras que ascienden a una serie de estancias bien iluminadas, de techos altos y construcción impecable. El problema de la alimentación y la leña sigue siendo bastante agudo, y sería falaz afirmar que los escritores que habitaban en este edificio lo hacían con comodidad; de hecho, vivían semiobse-

1. Se trata de una confusión. El Sindicato de Escritores Soviéticos ocupaba el otro Palacio de los Sheremétev, situado prácticamente en frente del Bolshói Dom en Liteini, los cuarteles generales del NKGB. Ajmátova vivió en el Fontanny Dom (bautizado en honor del canal de Fontanka) porque era la esposa del historiador de arte y crítico Nikolái Punin (su tercer marido, de quien a la postre se divorció), que ocupaba un apartamento en aquella casa. Esta información ha sido facilitada por Anatoli Naiman.

sionados por cubrir sus necesidades más básicas. Esperaban, pensé no sin compasión, que, cuando Leningrado se convirtiera en un puerto de comunicación con el mundo exterior llegaría a la ciudad más información y un mayor número de turistas, y ello los pondría en contacto con el mundo, el aislamiento del cual parecía pesarles profundamente. Mis propias visitas, pese a estar organizadas de manera bastante abierta a través de uno de mis conocidos en la librería, habían sido las primeras, literalmente las primeras, según me aseguraron, realizadas por un extranjero desde 1917, y tuve la impresión de que la situación no cambiaría si yo no difundía ampliamente este hecho. Los escritores en cuestión afirmaban leer el *Britanski soyûznik* con avidez y confesaban que cualquier referencia a los logros de la literatura rusa, como por ejemplo la inclusión de reseñas de libros y cosas por el estilo, era recibida con la mayor calidez.

No encontré en Leningrado ni el más mínimo resquicio de la xenofobia discernible en el pensamiento de algunos de los intelectuales más inteligentes de Moscú, por no hablar de los funcionarios gubernamentales y otros por el estilo. Leningrado se tiene por el corazón de la vida artística e intelectual proyectada hacia Occidente, y de hecho sigue siéndolo en cierta medida. Los articulistas de la prensa literaria, los actores de los teatros y los dependientes de la media docena de librerías en las que adquirí libros, así como los pasajeros de los tranvías y autobuses, parecen ligeramente mejor alimentados y educados que sus semejantes, más agradables pero más primitivos, de Moscú. Cualquier semilla que se plante en este terreno germinaría más agradecida, si me he llevado la impresión correcta, que en cualquier otra parte de la Unión Soviética. Ahora bien, si ello sería práctico –si, por ejemplo, de establecerse un Consulado británico en Leningrado, el contacto seguiría siendo relativamente tan fácil y casi informal como lo es en la actualidad–, es una cuestión muy distinta. La libertad de circulación en el presente tal vez se deba a la

ausencia de representantes de instituciones y países extranjeros residentes, cosa que facilita la tarea de la vigilancia de quienes pasan por el ineludible (y sorprendentemente cómodo) torniquete del hotel Astoria e inquieta menos a las autoridades.

Un gran escritor ruso

(1965)

Ósip Emílievich Mandelshtam nació en San Petersburgo en 1891 y falleció en un campo de trabajo soviético. Perteneció a una generación de escritores rusos que se rebelaron contra el misticismo desenfrenado, los sueños metafísicos que dramatizaban la propia condición y la «decadencia» consciente de los autores simbolistas rusos. Su maestro fue el sensacional y aún infravalorado poeta Innokenti Ánnenski, el maestro de escuela clásico, maniático y retraído que impartía griego en el famoso Lycée de Tsárskoye Seló. Artesano absorto y paciente, alejado de las pasiones políticas de su época, austero, estético y contemplativo, Ánnenski era un conservador y un recreador de lo que, en ausencia de un término mejor, podría describirse como la tradición clásica de la poesía rusa, que desciende por linaje directo de la figura celestial a la que todos los escritores rusos rinden tributo, de la que emanan todos y contra cuya autoridad ninguna rebelión consiguió salir airosa: Pushkin. En los años precedentes a la Primera Guerra Mundial, estos poetas se autodenominaron acmeístas y, en ocasiones, adamistas. Se trataba de un colectivo de San Petersburgo, y no es descabellado inferir que las líneas formales de esa ciudad de belleza sólida ejercieran una gran influencia en su manera de escribir. Los pupilos más dotados de Ánnenski: Nikolái Gumiliov, Anna Ajmátova y Mandelshtam, fundaron el Taller de Poetas, cuyo título por sí solo comunica que no solamente concebían la poesía como un medio de vida y una fuente de revelación, sino también como una artesanía, el arte de colocar palabras constru-

yendo versos, la creación de objetos públicos independientes de las vidas privadas de sus creadores. Su poesía de imágenes precisas y estructura firme y rigurosamente ejecutada estaba tan alejada de la poesía social de los bardos del ala izquierdista del siglo XIX como de la literatura visionaria, rematadamente personal y en ocasiones violentamente egoísta de los simbolistas, del verso lírico e intoxicado de ego de los poetas «campesinos» y de los gestos frenéticos de los egofuturistas, los cubofuturistas y otros revolucionarios tímidos. Mandelshtam no tardó en ser reconocido como líder y modelo a seguir. Su poesía, pese a tener un alcance deliberadamente confinado, poseía una pureza y una perfección formal jamás superada en Rusia.

Hay poetas que son poetas sólo cuando escriben poesía, cuya prosa podría haberla escrito alguien que nunca hubiera compuesto un verso, y hay poetas (buenos y malos) que se expresan siempre como poetas, en ocasiones en detrimento del conjunto de su obra. Los relatos, historias y cartas de Pushkin son modelos clásicos de prosa bella y lúcida. Cuando no escribe poesía no es más poeta de lo que lo son Milton, Byron, Vigny, Valéry, Eliot o Auden en su prosa; a diferencia, por poner un ejemplo, de Yeats, D'Annunzio y, en su mayor parte, Aleksandr Blok. Todo lo que Mandelshtam escribió es obra de un poeta. Su prosa es la prosa de un poeta, cosa que tiene en común con Pasternak. Pero ahí acaban las similitudes. Pasternak, su amigo, contemporáneo y rival (como escritores no sentían mucha simpatía mutua) era demasiado consciente de la historia de su tiempo y del lugar que ocupaba en ella, así como de su papel en tanto que hombre, genio, portavoz y profeta. Era, o se convirtió en, un ser político al margen de sus *naïvetés* y aberraciones. Su relación con Rusia y la historia rusa le angustiaba: desde el primero al último, Mandelshtam se dirige a sus ciudadanos, deja testimonio de su realidad y, en los últimos años, carga con todo el peso de una terrible responsabilidad pública. Sólo los fanáticos cegados por el realismo socialista o por la línea del Partido,

tanto dentro como fuera de la Unión Soviética, se atreven a negar este hecho y lo acusan de ser «parnasiano» y estético, de estar alejado de la realidad rusa o soviética y de cosas por el estilo.

No merece la pena entrar a discutir esta acusación común. Mandelshtam es exactamente lo contrario. La poesía era toda su vida, todo su mundo. Apenas tuvo una existencia al margen de ella. Se parece a sus contemporáneos occidentales, los imagistas y poetas neoclásicos; su disciplina autoimpuesta deriva en última instancia de los modelos griego, romano, francés e italiano. Sin embargo, no conviene dejarse llevar por la impresión errónea de que se trataba de una persona fría y marmórea. La concentración y la intensidad de la experiencia, la combinación de una vida interior excepcionalmente intensa y nutrida por una inmensa cultura literaria con una visión nítida de la realidad, tan desesperada y realista como la de Leopardi, lo alejaba de sus coetáneos rusos, más subjetivos y concentrados en explicar sus vivencias personales.

Por supuesto, Mandelshtam, como ellos, comenzó su singladura a la sombra del simbolismo francés, pero se emancipó de éste en una fecha muy temprana. Quizá fuera su enfrentamiento frontal a todo lo vago e indeterminado lo que lo impulsó a erradicar con tal fiereza toda floritura y afectación de su verso y a constreñir sus imágenes con una crudeza rayana a veces en lo excesivo en un marco verbal exacto e implacable. La tendencia hacia la objetividad y su relación íntima con los grandes poetas clásicos de Europa lo convirtieron en una figura original y ligeramente occidental en un país educado en la literatura confesional y la insistencia (desmedida) en la responsabilidad social y moral del artista. Eso era lo que se definía como falta de contacto con la realidad y distanciamiento voluntario de la vida nacional y del pueblo, y es por ello por lo que tanto Mandelshtam como los acmeístas han sido condenados desde los primeros años de la Revolución.

Clarence Brown, en la introducción a sus excelentes y

precisas traducciones al inglés de las escasas pero fascinantes obras en prosa de Mandelshtam[1], nos refiere gran parte (aunque no todo) de lo que sabemos de la vida de Mandelshtam. Nació en el seno de una familia judía de clase media, recibió una educación corriente en San Petersburgo, en la célebre escuela de Tenishev, estudió en la Universidad de San Petersburgo y viajó a Alemania, Suiza y Francia. Ya en su juventud temprana se convirtió en un apasionado defensor de la poesía frente a sus atacantes. El informe de Kaverin (citado por Brown) donde explica las súplicas de Mandelshtam para que no se convirtiera en poeta, su apasionada y vehemente insistencia en las atroces exigencias y los enormes, por no decir absolutos, derechos de la poesía lo presentan como un abogado fanático de este arte frente a los presuntuosos y los no dotados para ejercerlo.

Su primera recopilación de poemas apareció en 1913 y de nuevo en 1916 (por alguna razón desconocida no se lo reclutó para el ejército), bajo el título de *La piedra*. Creía en la escultura, en la arquitectura, en lo fijo, en lo estable, en todo aquello creado por las manos humanas siguiendo pautas y formas: este enemigo del flujo y lo indeterminado, en sus convicciones y en su práctica, presentaba claras afinidades con sus contemporáneos Pound, Eliot y Wyndham Lewis.

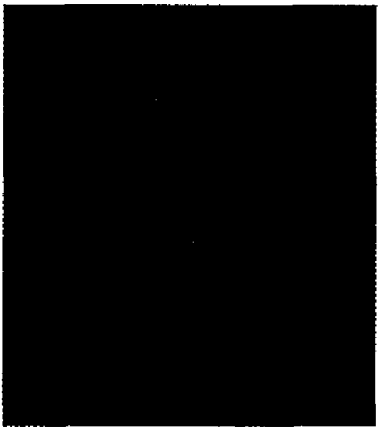
No es de sorprender que la Revolución de Octubre demostrara ser letal para él. Reacio o, aún más, incapaz de amoldarse y adaptar su talento a las nuevas exigencias, jamás dio su brazo a torcer y colaboró con tribunos, organizadores y constructores de una nueva vida. Tímido, frágil, afectuoso, enamoradizo, infinitamente vulnerable, un personajillo ligeramente absurdo pero elegante en comparación con sus amigos, era capaz de los actos más asombrosos; aquel hombre retraído y asustadizo poseía una valentía demencial. Brown, cuya investigación concienzu-

1. *The Prose of Osip Mandelshtam*, Clarence Brown (trad.), Princeton, 1965.

da y escrupulosa merece mi absoluta confianza, corrobora una anécdota memorable. Una noche de principios de la Revolución, Mandelshtam estaba sentado en una cafetería donde también se encontraba el célebre terrorista revolucionario socialista Bliumkin (que posteriormente asesinó al embajador alemán, Mirbach). Bliumkin, a la sazón oficial del Cheká, estaba garabateando borracho los nombres de los hombres y mujeres que debían ser ejecutados en formularios en blanco firmados por el jefe de la policía secreta. De repente, Mandelshtam se abalanzó sobre él, le arrancó aquellas hojas de la mano, las hizo pedazos ante la mirada estupefacta de los demás parroquianos y luego salió corriendo del local y desapareció. En aquella ocasión lo salvó la hermana de Trotski. Pero era poco probable que un hombre así sobreviviera largo tiempo en medio de una situación profundamente irregular. Sabía que estaba condenado al exilio perpetuo. Su siguiente compilación se titula acertadamente *Tristia*. Era un exiliado interior, un Ovidio indefenso frente al dictador omnipotente. En 1934 escribió un epigrama en verso acerca de Stalin[1]. Se trata de un poema magnífico, un poema que hiela la sangre y no requiere ningún comentario adicional; y quizá sea la causa inmediata que desató la rabia del tirano contra el poeta. Lo persiguieron implacablemente hasta que murió, víctima de un horror inenarrable, en un campo de prisioneros cerca de Vladivostok, se estima que en 1938. Las circunstancias que rodearon su muerte fueron tan atroces que ningún

1. Robert Lowell ha realizado una traducción al inglés incomparablemente mejor a la citada por Brown. *(N. del A.)*

[Las traducciones realizadas por Lowell en colaboración con Olga Carlisle de éste y otros ocho poemas de Mandelshtam aparecen en las pp. 5-7 del mismo número de *The New York Review of Books* que contiene el ensayo de Berlin (véase p. 49, arriba), y se han reimpreso en Olga Carlisle (ed.), *Poets on Street Corners*, Nueva York, 1968, pp. 140-163, y en el volumen de Lowell *Collected Poems*, Frank Bidart y David Gewanter (eds.), con la colaboración especial de DeSales Harrison, Nueva York, 2003, pp. 906-923.]



Los originales de las fotografías descritas en el texto, que Nadezhda Mandelshtam entregó a Clarence Brown (si bien es posible que una se lo facilitara Anna Ajmátova) se han extraviado. Estas fotografías sustitutorias narran la misma historia. La primera se tomó en 1922, mientras que las otras dos corresponden a las imágenes de los archivos policiales tomadas en los Lubianka (sede central de la NKGB) de Moscú tras el arresto de Mandelshtam en 1938.

amigo suyo que las conociera de primera mano hablaba de lo ocurrido si podía evitarlo.

En dos páginas sucesivas, Brown proporciona dos fotografías de Mandelshtam. Una se tomó en torno a 1936. La primera muestra el rostro infantil, ingenuo y encantador, con unas patillas a lo dandi ligeramente pretenciosas, de un joven intelectual prometedor de tan sólo diecinueve años; la otra es la de un vagabundo viejo y moribundo, atormentado y roto, pese a que sólo tenía cuarenta y cinco años cuando se tomó. El contraste entre ellas es literalmente insoportable y más explícito que los recuerdos de cualquiera de sus contemporáneos o amigos. Con frecuencia, las vidas de los poetas rusos han conocido un final trágico: Ryléyev murió en la horca; los poetas decembristas fallecieron o vivieron penurias en Siberia; Pushkin y Lérmontov perdieron la vida en duelos; Yesenin, Mayakovski y Tsvietáieva se suicidaron, y Blok y Pasternak perecieron inmersos en la

miseria y caídos en desgracia oficial. Con todo, el sino más terrible fue el que encontró Mandelshtam, quien vivió toda la vida atormentado por la imagen de hombres inocentes e indefensos torturados y aplastados por sus enemigos. Quizá, como Pushkin en *Eugenio Oneguin*, Mandelshtam tuvo alguna premonición de su inevitable fin.

Algunas de las mejores páginas de Brown en su invaluable ensayo introductorio trazan paralelismos entre el héroe del relato cuasi surrealista de Mandelshtam «El sello egipcio» y las otras víctimas de la literatura rusa, como el Eugenio de *El jinete de bronce*, el protagonista absurdo de «La nariz» de Gógol, la víctima de *El doble* de Dostoyevski y, sobre todo, el funcionario anodino de «El abrigo» de Gógol, que Brown es el primero en atribuir como fuente del relato de Mandelshtam. La pesadilla se hizo realidad y Mandelshtam se transformó en la figura del «alpinista» del Kremlin, quien lenta y despiadadamente (y con la ayuda de al menos un escritor de pluma ilustre y una disposición vindicativa) lo acosó hasta la muerte. Sin duda sería mejor leer estos inquietantes relatos sin tener en cuenta el destino del autor (cosa que seguramente el poeta habría deseado), pero no es fácil mantenerse imparcial. Sin embargo, por muy macabras que sean las fantasías que

Mandelshtam escribió en su peculiar prosa, rezuman el sosiego del arte armonioso: el ideal helénico que el poeta heredó de Ánnenski y, en última instancia, de los primeros románticos alemanes. Algunos de sus poemas más irónicos y civilizados los compuso durante las horas más sombrías del exilio y la persecución. Es indudable que los regímenes despóticos crean «emigrados internos», quienes, como sabios estoicos, consiguen desembarazarse del infierno del mundo y en medio de la materialidad de su exilio construyen un mundo propio donde reina la paz. Mandelshtam pagó un precio casi inimaginable por conservar sus atributos humanos. Recibió con los brazos abiertos la Revolución, pero en la década de 1930, por las noticias que se tienen, participó menos que nadie de sus inevitables consecuencias. No se me ocurre ningún otro caso de un poeta que se resistiera al enemigo con mayor fiereza.

Mandelshtam no tenía nada que ocultar ni se dejó llevar por el pánico, salvo en lo tocante a su salud: hacia el final de su vida imaginaba que agentes de Stalin lo estaban envenenando. La *vendetta* comenzó en 1934. El episodio más conocido de ésta es una famosa llamada telefónica a medianoche que Pasternak recibió de Stalin. Circulan varias versiones. Brown, basándose en lo que yo considero una fuente de autoridad dudosa, ofrece una versión desnatada y pacífica de la que Stalin emerge como un déspota irónico pero no malévolo que se comporta de un modo encomiable. Ésta concuerda con el informe aportado por Robert Payne. Sin embargo, el relato que el propio Pasternak narró a un testigo de confianza años después difiere ligeramente del facilitado por Brown[1]. Stalin preguntó a

1. Berlin se refiere a sí mismo (véanse pp. 131-132). Desde aquella fecha se ha publicado material adicional relativo a este episodio. Todas las versiones (discordantes) fueron recogidas por la amante de Pasternak, Olga Ivinskaya en su libro *A Captive of Time: My Years with Pasternak. The Memoirs of Olga Ivinskaya,* Londres, 1978, en concreto «The Telephone Call: 1934», pp. 64-71.

Pasternak si había presenciado la lectura del célebre epigrama. Pasternak eludió la pregunta y le explicó que era de vital importancia que se conocieran porque había muchos problemas que debían discutir. Stalin repitió fríamente la pregunta y añadió: «Si yo hubiera sido amigo de Mandelshtam, habría sabido defenderlo mejor», y colgó el auricular. Pasternak tuvo que vivir con aquel recuerdo (ya fuera preciso o modificado por su propia fantasía) el resto de sus días. Se lo relató con un candor conmovedor y una gran angustia al menos a un visitante.

Mandelshtam fue deportado a Vorónezh, pero se le permitió regresar a Leningrado durante un breve lapso de tiempo. Allí discutió con Alekséi Tolstói, un personaje políticamente influyente (si bien es posible que esto ocurriera antes, pues las fuentes difieren en las fechas). Aquella riña estuvo seguida por la expulsión de las ciudades capitales, un nuevo arresto, el encarcelamiento en Moscú, la transferencia a campos en el Lejano Oriente, salvajes palizas por parte de los carceleros y otros presos (por robarles las raciones de comida presa del terror de que las suyas estuvieran envenenadas), hambre, escualidez, colapso físico y mental, y muerte. El olvido oficial se cernió sobre él. Hasta muy recientemente parecía no haber existido, aunque ahora se rumorea (si bien los expertos difieren en el grado de probabilidad) que Mandelshtam, al igual que el otrora ignorado Yesenin, será reconocido por su valía. Ninguna sociedad socialista tiene (ni debería tener) nada que temer a los poderes sin trabas de la creación; o eso fue al menos lo que nos enseñó Gorki, y su opinión tiene más peso oficial en la Unión Soviética que la de Platón. Ello no es óbice para que actualmente este noble poeta clásico siga leyéndose en versiones manuscritas clandestinas a todo lo ancho y largo del país. Quizá, como otros *maîtres cachés*, algún día también tendrá la oportunidad de emerger a la luz.

Brown ha traducido las tres obras en prosa de Mandelshtam –*El rumor del tiempo*, *Teodosia* y *El sello egip-*

cio– y las ha complementado con introducciones críticas esclarecedoras e informativas y notas breves que explican algunas de las alusiones más esotéricas de los textos. A mi modo de ver se trata de la crítica más iluminadora de Mandelshtam existente en lengua inglesa en el momento actual. Es una obra de una erudición impecable que arroja luz sobre puntos oscuros (y ningún autor la precisa más que los escritores rusos del primer tercio del siglo XX: Beli, Jlébnikov, Mayakovski y, en particular en sus escritos en prosa tempranos, Pasternak, con quien Brown, adecuadamente para este fin, clasifica a Mandelshtam) y el volumen en su conjunto está producido sin tacha. Sin embargo, estas piezas pueden describirse como prosa sólo si consideramos prosa las novelas de Novalis o *Las olas*. *El rumor del tiempo* es un boceto poético de una autobiografía; *Teodosia* es medio recuerdo medio ficción, y *El sello egipcio* es una fábula. Brown tiene un conocimiento formado y sensible de la época y del ambiente que imperaba en ella, y tengo la sensación de que no ha cometido ningún error de percepción. Sus traducciones son siempre precisas, a menudo hábiles e ingeniosas, resultado del máximo esmero y de un oído maravillosamente entrenado para captar los matices de la *Kunstprosa* rusa. Pero ¿es posible traducir este tipo de textos? ¿Cómo puede uno trasladar la asombrosamente intricada trama de referencias locales, históricas, literarias y, sobre todo, personales, las alusiones, los juegos de palabras y los juegos con los nombres? ¿Cómo se enfrentaría un lector ruso contemporáneo a *Los oradores* de Auden? La poesía de Auden podría trasladarse con más acierto que sus escritos en prosa de la década de 1930; y por motivos análogos me parece que sucede lo mismo en el caso de Mandelshtam. En sus traducciones, Robert Lowell me parece haber conseguido lo que Pasternak logró con los poetas de Georgia: transformar la poesía de un lenguaje completamente desconocido y realizar la tarea de expresarse por boca de otra persona con la mayor vehemencia y profundidad posibles. El hecho de que Lowell

compartiera con Mandelshtam el interés por los clásicos tal vez fuera el quid de la cuestión. El resultado es bello y conmovedor.

La prosa de Mandelshtam es prácticamente intraducible. Su poesía, con toda su temible complejidad y las capas superpuestas de significado embutidas en palabras milagrosamente escogidas es, pese a todo, más fácil de reproducir en un medio ajeno que en su «prosa» descontrolada y excéntrica aunque rigurosa y disciplinada. Mandelshtam anhelaba escribir en lo que él mismo denominó «parábolas salvajes», y lo consiguió con bastante frecuencia y en un grado asombroso. «Un manuscrito es siempre una tormenta», escribió. Pero el escritor no pierde la cabeza y domina el temporal. A veces fracasa: es entonces cuando encontramos pasajes de un virtuosismo brillante, los caballos desbocados de una imaginación poética exultante y desordenada. Pese a todo, Mandelshtam es también un jinete excelso, gracias a lo cual los saltos al vacío, incluso cuando parecen desvanecerse en el aire, resultan estimulantes y jamás degeneran en una mera exhibición de su destreza o vitalidad. Normalmente sus páginas obedecen a un patrón estricto; considero que Brown está en lo cierto al oponerse en este aspecto al erudito soviético Berkovski, a quien cita en su libro con una aprobación merecida. Las cascadas de imágenes deslumbrantes o tranquilas de Mandelshtam se precipitan una tras otra, y las alusiones históricas, psicológicas, sintácticas y verbales, los contrastes y las colisiones se arremolinan a una velocidad de vértigo, confunden la imaginación y el intelecto, pero no como una cabalgata surrealista o impresionista de elementos azarosos contrastados de manera violenta, ni como un caos magnífico, sino como una composición, como un todo armonioso y noble. Brown habla de la «selección reglamentada de imágenes incongruentes» de Mandelshtam. Pero a mí no me parecen incongruentes. Son osadas y violentas, pero se funden en una unidad desconcertante, a menudo agónica y también demostrablemente coherente configu-

rando un mundo complejo, retorcido y civilizado en exceso (que requiere a un observador sofisticado y leído) en el que no quedan cabos sueltos. Todas las cintas están entretejidas, a menudo dibujando patrones grotescos, pero todo se hace eco de otra cosa, y los colores, sonidos, sabores y propiedades táctiles están relacionados no mediante correspondencias simbólicas, sino literales (sensitivas y psicológicas). Todo es producto de una mente implacablemente organizadora. Cuando los críticos rusos describieron a Mandelshtam como una persona «arquitectónica» dieron en el clavo.

En el epicentro de la historia siempre hay un protagonista que padece: el mártir perseguido por la mafia, un descendiente no sólo de las víctimas humildes de Gógol y Dostoyevski sino (ya sea de manera consciente o inconsciente) también del Woyzeck de Büchner (y del Wozzeck de Berg). El héroe sufridor de *El sello egipcio* es un judío ruso. Su prosa está poblada de figuras e imágenes de su entorno judío, que no trata ni con condescendencia ni con ironía ni con una identificación personal agresiva; es más, no las trata desde un prisma personal en absoluto. Éste continuó siendo su entorno natural hasta el final de sus días.

Dos motivos impregnan de manera persistente estas inquietantes obras: el primero, el de un judío nostálgico y timorato víctima de los hombres y las circunstancias. Seguramente algún día la historia de la literatura consagre capítulos o incluso volúmenes a esta figura típica de nuestro tiempo y trace su evolución desde sus gentiles antepasados, desde Peter Schlemihl hasta las criaturas aterrorizadas de Hoffmann, desde Dostoyevski hasta Andrea, hasta llegar al Parnok de Mandelshtam, un oscuro ancestro del Herzog de Bellow. Mandelshtam se identifica con el pobre Parnok al tiempo que reza con fervor por zafarse de sus atributos y su destino. Pasternak se adentró por una senda muy distinta y mucho más sólida hacia la salvación en *Doctor Zhivago*.

El segundo motivo es el de la música y los compositores: Bach, Mozart, Beethoven, Schubert y, en otro nivel, Chaikovski y Skriabin, las características de cuyo arte acosaron a Mandelshtam tanto como a Pasternak y lo llevaron a recurrir a ellas constantemente para describir otras cosas. Son símiles de la naturaleza, de vidas y seres humanos: la comparación entre la tempestuosa retórica política de Aleksandr Herzen y una sonata de Beethoven en *El rumor del tiempo* es uno de los ejemplos más prototípicos y brillantes de este aspecto. Los dos temas convergen en la proverbial descripción del contraste entre dos centros vacacionales en el litoral báltico: un balneario alemán en el que se interpreta a Richard Strauss ante un público entre el que no figuraba ningún judío, y un balneario judío donde resuenan Chaikovski y sus violines; y aún confluyen más en su poesía más emotiva, si no la mejor: el poema acerca del lúgubre músico judío Herzevich (donde realiza un juego con las palabras *Herz* y *serdtse*, «corazón» en ruso, y *scherzo*, cuya traducción es peliaguda). Se trata de un texto conmovedor y profundamente inquietante, como la única sonata de Schubert que el músico interpreta una y otra vez. (Vladímir Wendell ha escrito sabias palabras sobre este tema.)

En *El sello egipcio*, el enemigo del protagonista, su álter ego descendiente de Hoffmann y Chemise, un soldado bravucón, apuesto e insolente, un *miles gloriosus* que se divierte robándole las camisas a su rival, persiguiéndolo y arrebatándole aquello que más anhela, goza de la admiración de la sociedad, mientras que el protagonista es objeto de su desprecio. Es el terrible «doble», el *Doppelgänger*, de la imaginación paranoica de los primeros románticos alemanes, el Tambor Mayor de *Wozzeck*, símbolo de la fortaleza y el éxito detestables, el rechazo burlón de toda forma de vida interior.

El rumor del tiempo, eufemístico a su propio modo, vuelve la mirada hacia un mundo burgués judío en declive, el despacho del padre de Mandelshtam, el mercader de

pieles, una sucesión de tutores, judíos y gentiles, la complicidad de la intelectualidad liberal de San Petersburgo con los conspiradores socialistas y el caldo de cultivo del que emanó la Revolución. Recuerda con gran viveza el mundo no tan alejado de la juventud de Pasternak en Moscú, si bien allí el elemento judío es mucho más remoto.

En cuanto a *El sello egipcio*, aunque la fantasía deriva del romanticismo decimonónico, tiene puntos de similitud tanto con la fantasmagoría del *Petersburgo* de Beli como con la lógica de *El castillo* de Kafka. No es ninguna sorpresa que este libro, como gran parte de la literatura rusa imaginativa de su época, no se considerara favorable para las medidas sociopolíticas del Estado soviético de finales de la década de 1920 y principios de la de 1930.

Los dos primeros Planes Quinquenales arrasaron con todo esto. Y también acabaron con el Mandelshtam escritor. Llegará un día, tal vez no muy lejano, en el que una nueva generación de rusos podrá conocer el mundo fértil y maravilloso que existió en medio de la hambruna y la desolación de los primeros años de la República Soviética y descubrirá que no pereció de muerte natural, sino que sigue llorando por su consagración y, por consiguiente, no ha quedado enterrado en un pasado irrevocable.

Conversaciones con Ajmátova y Pasternak

(1980)

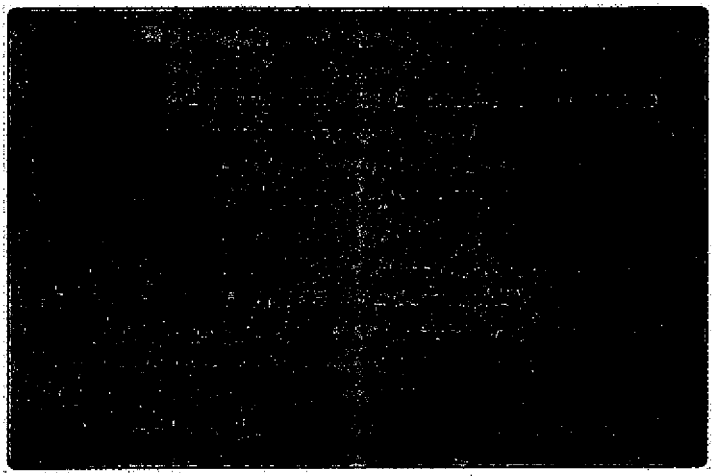
I

En el verano de 1945, la embajada británica en Moscú informó de que no disponía de personal suficiente, sobre todo de funcionarios que conocieran bien el idioma ruso, y se sugirió que yo ocupara un cargo durante cuatro o cinco meses. Acepté la oferta con entusiasmo, sobre todo, debo confesar, movido por mi enorme deseo de conocer en profundidad la situación de la literatura y el arte rusos, de los cuales en aquel entonces apenas se tenía noticia en Occidente. Lógicamente, yo tenía una ligera idea de lo que les había ocurrido a los escritores y artistas rusos de las décadas de 1920 y 1930. La Revolución había estimulado una gran oleada de energía creativa en Rusia en todos los campos; la experimentación osada se alentaba por doquier: los nuevos controladores de la cultura no interferían en nada que pudiera considerarse un «bofetón en la cara» al gusto burgués, fuera marxista o no. El nuevo movimiento en las artes visuales –la obra de pintores como Kandinski, Chagall, Soutine, Málevich, Kliún y Tatlin; de escultores como Arjípenko, Pevsner, Gabo, Lipchitz y Zadkine, o de directores de cine y teatro como Meyerhold, Vajtángov, Taírov, Eisenstein y Pudovkin– produjo obras maestras que tuvieron una enorme repercusión en Occidente; también se registró una curva ascendente similar en el campo de la literatura y la crítica literaria. Pese a la violencia y la devastación provocadas por la guerra civil, y la ruina y el caos que la acompañaron, el arte

revolucionario continuó proliferando con una vitalidad extraordinaria.

Recuerdo que conocí a Serguéi Eisenstein en 1945; se hallaba sumido en una profunda depresión, provocada por el hecho de que Stalin hubiera condenado la versión original de su largometraje *Iván el Terrible*, porque aquel despiadado gobernante, con el que Stalin se identificaba, enfrentado a la necesidad de reprimir la traición de los boyardos, había sido, y ahí radicaba la queja de Stalin, representado erróneamente como un hombre atormentado hasta el punto de la neurosis. Le pregunté a Eisenstein cuáles habían sido los mejores años de su vida. Y me contestó sin titubear: «Los primeros años de la década de 1920. Aquéllos sí que fueron buenos tiempos. Éramos jóvenes e hicimos cosas maravillosas en el teatro. Recuerdo que en una ocasión soltamos cerdos engrasados entre el público, que se subió a las butacas y se lió a gritos. Fue sensacional. ¡Nos divertíamos tanto!».

Pero aquello era demasiado bueno para durar. La primera arremetida contra tal bonanza la protagonizaron los zelotes izquierdistas, que abogaban por un arte proletario colectivo. Stalin decidió poner fin a todas aquellas riñas politicoliterarias que le parecían un derroche de energía, si bien no del tipo que se necesitaba para alimentar los Planes Quinquenales. Se habían acabado las discusiones, había que tener el pensamiento tranquilo. Se impuso el conformismo. Y luego vino el horror definitivo: la Gran Purga, los juicios-escaparate políticos, la escalada del terror de los años 1937 y 1938, el acribillamiento salvaje e indiscriminado de individuos y grupos y, posteriormente, de pueblos enteros. No hay necesidad de escarbar en el recuerdo de aquel tiempo asesino, que no fue el primero y probablemente no sea el último de la historia de Rusia. Pueden leerse relatos verídicos de la vida de la intelectualidad de la época en las memorias de, por ejemplo, Nadezhda Mandelshtam, Lidia Chukóvskaya y, en un sentido distinto, en el poema de Ajmátova «Réquiem».



Pase diplomático de Berlin, expedido en Moscú el 15 de septiembre de 1945 y firmado por el ministro de Exteriores ruso V. M. Mólotov.

En 1939, Stalin puso fin a las proscripciones. La literatura, el arte y el pensamiento rusos emergieron como una zona que había estado sometida a bombardeos, con algunos edificios nobles aún relativamente intactos, pero que se alzaban solos y desnudos en medio de un paisaje de calles arruinadas y desérticas.

Ocurrió entonces la invasión alemana, y algo extraordinario. La necesidad de lograr una unidad nacional frente al enemigo desembocó en una relativa relajación de los controles políticos. En la gran marea de sentimiento patriótico ruso, escritores viejos y jóvenes, en particular los poetas, en cuya voz sus lectores se veían reflejados, pues expresaban sus mismos sentimientos y creencias, fueron idolatrados como nunca antes. Poetas cuya obra había sido contemplada con recelo por las autoridades y, por consiguiente, apenas (con suerte) habían publicado algo, de súbito recibían cartas de soldados que luchaban en el frente en las que con frecuencia se citaban sus líneas menos políticas y más personales. Borís Pasternak y Anna Aj-

mátova, que durante largo tiempo habían vivido en una suerte de exilio interior, empezaron a recibir un alud de cartas de soldados en las que glosaban tanto sus poemas publicados como inéditos y, además, les solicitaban autógrafos, confirmación de la autenticidad de algunos textos y su opinión con respecto a tal o cual asunto. Andado el tiempo, este encumbramiento hizo mella en las mentes de algunos líderes del Partido. Y consiguientemente, el estatus y la seguridad personal de estos poetas de quienes antes se desconfiaba mejoraron. Los recitales públicos realizados por los bardos, así como el recitado de memoria de poesías en reuniones privadas, habían sido una práctica común en la Rusia prerrevolucionaria. La novedad era que cuando Pasternak y Ajmátova leían sus poemas y de vez en cuando se detenían para recordar una palabra, siempre había entre el amplio público reunido en torno a ellos numerosos oyentes que les hacían de apuntador, tanto de sus versos publicados como de los inéditos, pese a que ninguno de ellos estaba disponible. Ningún escritor podía evitar sentirse conmovido y revitalizado por esta forma genuina de homenaje.

El estatus del puñado de poetas que claramente se elevaba por encima del resto era, a mi parecer, único. Ni los pintores, ni los compositores, ni los escritores en prosa, ni siquiera los actores más populares ni los periodistas más elocuentes y patriotas eran amados y admirados de una manera tan sincera y universal, sobre todo por la clase de personas con las que charlé en tranvías, trenes y el metro, algunas de las cuales admitían que nunca habían leído ni uno solo de sus versos. El poeta ruso más famoso y adorado era Borís Pasternak. Era el ser humano de la Unión Soviética al que más me apetecía conocer. Me habían advertido de que era sumamente difícil acceder a aquellas personas a quienes las autoridades no permitían aparecer en recepciones oficiales, donde los extranjeros sólo podían relacionarse con ciudadanos soviéticos minuciosamente seleccionados (los demás habían aprendido a la fuerza que

no era ni deseable ni seguro para ellos conocer a extranjeros, sobre todo en privado). Tuve suerte. Por una concatenación fortuita de circunstancias, logré, casi al comienzo de mi estancia, visitar a Pasternak en su casita de campo, emplazada en la población de escritores de Peredélkino, cerca de Moscú.

II

Acudí a visitarlo una tarde cálida y soleada de septiembre de 1945. El poeta, su esposa y su hijo, Leonid, estaban sentados en torno a una mesa de madera tosca en el patio trasero de la dacha. Pasternak me saludó cálidamente. En una ocasión, su amiga la poeta Marina Tsvietáieva había dicho de él que parecía un árabe con su caballo; tenía un rostro tosco, melancólico, expresivo y muy *racé*, un rostro que me resultaba muy familiar, tanto por las muchas fotografías que había visto como por las pinturas de su padre. Hablaba pausadamente, en un tono bajo y monótono como de tenor, con una cadencia continua, algo a medio camino entre un tarareo y un zumbido que siempre sorprendía a quienes lo conocían por primera vez: alargaba las vocales como si entonara un aria lastimera de una ópera de Chaikovski, pero con una fuerza y una tensión mucho más concentradas.

Pasternak me recibió con un: «Viene usted de Inglaterra. Yo estuve en Londres en los años treinta, en 1935, en mi viaje de regreso del Congreso Antifascista de París». A renglón seguido explicó que durante el verano de aquel año había recibido una llamada telefónica inesperada de las autoridades, quienes le comunicaron que se estaba celebrando un simposio literario en París y debía partir para el mismo sin demora. Pasternak había alegado que no tenía ropa adecuada. «Nosotros nos encargamos de eso», lo tranquilizaron los funcionarios. Le proporcionaron un abrigo de día formal y unos pantalones a rayas, una cami-

sa con los puños almidonados y cuello de esmoquin y unas botas de piel negras, que eran exactamente de su talla. Pero al final le permitieron ir vestido de calle. Más tarde le explicaron que André Malraux, el organizador del congreso, había insistido en que lo invitaran; Malraux había advertido a las autoridades soviéticas que, aunque comprendía su reticencia a hacerlo, no enviar a Pasternak y a Bábel a París podría originar especulaciones innecesarias, pues eran dos escritores soviéticos muy conocidos, y no eran tantos los que por entonces suscitaban el interés de los liberales europeos. «No se imagina la cantidad de gente famosa que había allí –continuó Pasternak–. Estaban Dreiser, Gide, Malraux, Aragon, Auden, Forster, Rosamond Lehmann e infinidad de celebridades excelsas. Pronuncié un discurso. Les dije: "Entiendo que ésta es una reunión de escritores para organizar la resistencia al fascismo. Sólo tengo una cosa que decirles: no se organicen. La organización es la muerte de la literatura. La independencia personal es lo único que importa. En 1789, 1848 y 1917, los escritores no se organizaron ni a favor ni en contra de nada. Se lo imploro, no se organicen".

»Se mostraron sorprendidos, pero ¿qué otra cosa podía decirles? Pensé que tendría problemas al regresar a Rusia por haber dicho aquello, pero nadie me ha recriminado nada hasta el momento. Luego viajé a Londres y desde allí regresé en uno de nuestros botes, donde compartí camarote con Shcherbakov, que a la sazón era el secretario del Sindicato de Escritores, tremendamente influyente, y más adelante fue miembro del Politburó. Hablé sin cesar, día y noche. Llegó a rogarme que me callara y le dejara dormir. Pero yo seguí hablando. París y Londres me habían despertado. No podía parar. Me imploró misericordia, pero fui implacable. Debió de pensar que estaba trastocado, y es posible que eso me fuera de ayuda tiempo después.» Se refería, me da la impresión, a que parecer un poco chiflado, o al menos terriblemente excéntrico, tal vez lo ayudó a salvarse de la Gran Purga.

Pasternak me preguntó si había leído su prosa, en concreto *La infancia de Liuvers*. «Veo por su expresión –añadió injustamente– que usted considera estos textos artificiosos, torturados, egoístas y horriblemente modernos; no, no se moleste en negarlo, así lo cree, y está en lo cierto. Me avergüenzo de ellos. No de mi poesía, pero sí de mi prosa. Está influida por el que fuera el movimiento simbolista más débil y confuso, tan de moda en aquellos tiempos, lleno de caos místico (aunque, por supuesto, Andréi Beli era un genio: *San Petersburgo* y *Kotik Letáyev* son obras maravillosas). Lo sé, no necesita decírmelo, pero su influjo fue terrible (Joyce es otra cuestión). Todo lo que escribí entonces eran textos obsesivos, forzados, quebrados, artificiales, inútiles *[negodno];* pero ahora escribo algo completamente distinto: algo nuevo, novedoso, luminoso, elegante, bien proporcionado *[stroinoe]*, de una pureza y simplicidad clásicas, lo que buscaba Winckelmann, sí, y también Goethe; y éste será mi legado al mundo. Es así como deseo que se me recuerde, y consagraré el resto de mi vida a ello.»

No respondo de la precisión absoluta de estas palabras, pero así las recuerdo. Esta obra proyectada se convertiría con el tiempo en *Doctor Zhivago*. Hacia 1945, Pasternak había completado el borrador de los primeros capítulos, me solicitó que lo leyera y luego se lo enviara a sus hermanas, que residían en Oxford; y eso fue lo que hice, si bien no tuve noticia de sus planes de escribir toda la novela hasta mucho después. Tras aquello, Pasternak guardó silencio durante un tiempo; ninguno de nosotros pronunció palabra. Luego manifestó cuánto le gustaban Georgia, los escritores georgianos Yashvili y Tabidze, y el vino georgiano, y lo bienvenido que era siempre en aquella región. Se interesó por los últimos acontecimientos en Occidente, y me preguntó si conocía a Herbert Read y su doctrina del personalismo. Me explicó que su creencia en la libertad personal se derivaba del individualismo kantiano y añadió que Blok había malinterpretado por comple-

to al filósofo en su poema «Kant». No había nada en Rusia de lo que pudiera hablarme. Me instó a percatarme de que en Rusia (ni él ni ninguno de los otros escritores a quienes conocí utilizaban jamás las palabras «Unión Soviética») el reloj se había detenido alrededor de 1928, cuando las relaciones con el mundo exterior habían quedado sesgadas; sin ir más lejos, la descripción de él y de su obra en la Enciclopedia Soviética omitía toda referencia a su vida o escritos posteriores a esa fecha.

A media explicación lo interrumpió Lidia Seifúllina, una escritora anciana y reconocida: «Mi destino es exactamente el mismo –intervino–. Las últimas líneas del artículo de la Enciclopedia sobre mí rezan: "Seifúllina atraviesa actualmente una crisis psicológica y artística". No han modificado el artículo en los últimos veinte años. Para el lector soviético, continúo anclada en un estado de crisis o animación suspendida. Somos como el pueblo de Pompeya; tú, yo y Borís Leonídovich hemos quedado sepultados bajo las cenizas a media frase. Y sabemos tan poco: sabemos que Maeterlinck y Kipling están muertos, pero ¿y Wells, Sinclair Lewis, Joyce, Bunin y Jodasévich? ¿Continúan vivos?». Pasternak pareció abochornado y cambió de tema. Había estado leyendo a Proust; sus amigos comunistas franceses le habían enviado la obra maestra del galo al completo; ya la conocía, dijo, y la releyó más tarde. Aún no había oído hablar de Sartre ni de Camus, y tenía a Hemingway en baja estima («No entiendo por qué Anna Andréyevna [Ajmátova] lo considera un buen escritor», lamentó).

Hablaba pausadamente, con frases elaboradas, que intercalaba con ráfagas esporádicas de palabras. Su discurso a menudo desbordaba las orillas de la estructura gramatical; hilvanaba pasajes lúcidos con imágenes salvajes, pero siempre maravillosamente vívidas y concretas, las cuales podían estar seguidas por sombrías palabras que resultaban difíciles de seguir, y acto seguido retomaba una narración inteligible. En ocasiones, su discurso era el de un

poeta, como sus escritos. Alguien dijo una vez que existen poetas que son poetas cuando escriben poesía y escritores de prosa cuando escriben prosa, y otros que son poetas escriban lo que escriban. Pasternak era un poeta genial, en su literatura y en su vida. En cuanto a su conversación, era de una calidad inenarrable. La única persona que he conocido que hablara como él es Virginia Woolf, quien conseguía espolear el pensamiento del interlocutor al igual que él y nublaba la visión que uno tenía de la realidad de un modo igualmente estimulante y, en ocasiones, también aterrador.

Empleo el calificativo «genial» de manera deliberada. A veces me han solicitado a qué me refiero exactamente con este término tan evocador al tiempo que impreciso. Y lo único que puedo responder es: al bailarín Nijinski le preguntaron en una ocasión cómo conseguía alejarse tanto del suelo al saltar. Se rumorea que respondió que no veía dónde estaba lo extraordinario en ello. La mayoría de las personas saltan y caen al suelo rápidamente. «¿Por qué hay que bajar de inmediato? Es mucho mejor permanecer en el aire un rato antes de caer», dicen que contestó. Uno de los criterios de la genialidad, a mi parecer, es precisamente éste: la capacidad de hacer algo facilísimo a simple vista que el común de los mortales es incapaz de hacer, sabe que es incapaz de hacer y no sabe cómo hacerlo ni por qué no puede hacerlo. A veces Pasternak hablaba dando grandes saltos; su uso de las palabras era el más imaginativo que he conocido jamás: era salvaje y estremecedor. Existen muchas tipologías de genios: Eliot, Joyce, Yeats, Auden y Russell no hablaban (según mi experiencia personal) de este modo. No quise abusar de la hospitalidad de Pasternak. Dejé al poeta, emocionado y sobrecogido por sus palabras y por su personalidad.

Después de su retorno a Moscú, lo visité casi semanalmente y llegué a conocerlo bien. No pretendo poder describir el poder transformador de su presencia, de su voz y sus gestos. Hablaba sobre escritores y libros; le entusias-

maba Proust, cuyos textos conocía en profundidad. También le gustaba el *Ulises*, si bien por entonces no había leído aún nada de la obra posterior de Joyce. Hablaba de los simbolistas franceses, de Verhaeren y Rilke, a quienes había conocido en persona; sentía una honda admiración por Rilke como hombre y como escritor. Estaba imbuido de Shakespeare y no le satisfacían sus propias traducciones del inglés: «He intentado hacer la obra de Shakespeare mía –aseguraba–, pero he fracasado». Había crecido, según él mismo confesó, a la sombra de Tolstói, a quien consideraba un genio incomparable, muy superior a Dickens o Dostoyevski, un escritor a la altura de Shakespeare, Goethe y Pushkin. Su padre, el célebre pintor, lo había llevado a ver a Tolstói en su lecho de muerte, en 1910, en Astapovo. Le resultaba imposible ser crítico con las palabras de Tolstói: para él, Tolstói y Rusia conformaban un todo indivisible. En cuanto a los poetas rusos, Blok era evidentemente el genio dominante de su tiempo, pero no sentía simpatía por él. Beli le parecía más próximo; era un hombre con unos conocimientos insólitos, un hombre mágico y un apasionado de la tradición ortodoxa rusa. Briúsov se le antojaba un hombre hecho a sí mismo, una caja de música mecánica e ingeniosa, un operador inteligente y calculador, pero en absoluto un poeta. No mencionó a Mandelshtam. Sentía la mayor de las ternuras hacia Marina Tsvietáieva, a quien lo ligaban largos años de amistad.

Sus sentimientos hacia Mayakovski eran más ambivalentes: había llegado a conocerlo bien, habían sido amigos íntimos y había aprendido mucho de él; lo consideraba un destructor titánico de las viejas formas, pero, añadió, a diferencia de otros comunistas, siempre fue un ser humano, aunque no un gran poeta ni un dios inmortal como Tiútchev y Blok, ni tan siquiera un semidiós como Fet o Beli. Con el paso del tiempo había perdido valor. En su época fue justo lo que se necesitaba. Hay poetas, aseguraba, que tienen su momento, como Aséyev, el pobre Kliúyev (liquidado), Selvinski o incluso Yesenin. Satisfacen una necesi-

dad urgente de su época, sus dones poseen una importancia crucial para la evolución de la poesía en su país, pero desaparecen sin dejar rastro. Mayakovski era el principal exponente de ello; *La nube en pantalones* tenía relevancia histórica, pero el vocerío era insoportable: inflamaba su talento y lo torturaba hasta hacerlo estallar. Los tristes guiñapos del zepelín multicolor seguían obstaculizando la senda personal, si uno era ruso. Tenía talento y era importante, pero también burdo e inmaduro, y acabó siendo un artista de cartel. Los asuntos amorosos de Mayakovski habían tenido consecuencias desastrosas para él tanto como hombre cuanto como poeta. Pasternak adoraba a Mayakovski como ser humano, y el día en que se suicidó fue uno de los más sombríos de su vida.

Pasternak era un patriota ruso; sentía una profunda conexión histórica con su país. Me repitió una y otra vez lo feliz que lo hacía veranear en la población de escritores de Peredélkino, que antaño había formado parte de la finca del gran eslavófilo Yuri Samarin. El verdadero linaje de la tradición conducía desde el legendario Sadkó hasta los Stróganov y Kochubéi, Derzhavin, Zhukovski, Tiútchev, Pushkin, Baratinski, Lérmontov, Fet, Ánnenski, los Aksákov, Tolstói, Bunin y los eslavófilos; no en cambio así hasta los intelectuales liberales, quienes, según mantenía Tolstói, no sabían de qué vivían los hombres. Este deseo apasionado, casi obsesivo, de ser considerado un escritor ruso con profundas raíces en suelo ruso, resultaba especialmente evidente en la repudia de sus orígenes judíos. Se mostraba reacio a discutir sobre esta cuestión: no se avergonzaba de ello, pero le desagradaba; deseaba la desaparición de los judíos como pueblo.

Su gusto artístico se había perfilado en su juventud y se mantuvo fiel a los maestros de aquella época. Su recuerdo de Skriabin (él mismo había pensado en convertirse en compositor) era sagrado. No olvidaré fácilmente el canto de alabanza entonado por Pasternak y Neuhaus (el famoso músico y ex marido de la esposa de Pasternak, Zinaída)

a Skriabin y al pintor simbolista Vrúbel, a quien, junto con Nicholas Roerich, valoraban por encima de todos los pintores contemporáneos. Picasso y Matisse, Braque y Bonnard, Klee y Mondrian parecían tener para ellos tan poca relevancia como Kandinski o Malévich.

En cierto sentido, Ajmátova y sus contemporáneos Gumiliov y Marina Tsvietáieva son las últimas grandes voces del siglo XIX, mientras que Pasternak se sitúa en el umbral entre ambos siglos, acompañado quizá por Mandelshtam. Fueron los últimos representantes de lo que podría denominarse el segundo renacimiento ruso, que en su esencia se mantuvo al margen del movimiento moderno, de Picasso, Stravinski, Eliot, Joyce y Schoenberg, por mucho que se los admirara; y es que el movimiento moderno en Rusia se vio abortado por los acontecimientos políticos (la poesía de Mandelshtam es otra historia). Pasternak amaba Rusia. Estaba dispuesto a perdonar a su país todos sus defectos, todos, salvo la barbarie del gobierno de Stalin, si bien incluso eso, en 1954, se le antojaba como la oscuridad que precedía al amanecer que tanto se esforzaba en vislumbrar, esperanza que expresa en los últimos capítulos de *Doctor Zhivago*. Creía estar en comunión con la vida interior del pueblo ruso, compartir sus esperanzas, temores y sueños, ser su voz al igual que anteriormente lo habían sido, si bien de otro modo, Tiútchev, Tolstói, Dostoyevski, Chéjov y Blok (para cuando yo lo conocí no concedía ningún mérito a Nekrásov).

En las conversaciones que mantuvimos durante mi estancia en Moscú, siempre cara a cara, ante una mesa escritorio de madera pulida sobre la que no había ni rastro de libro o pedazo de papel, reiteró su convicción en hallarse en sintonía con el espíritu de su país y negó tozuda y repetidamente dicho papel a Gorki y Mayakovski, sobre todo al primero. Creía, además, que tenía algo que decir a los gobernantes de Rusia, algo de una importancia capital que sólo él podía transmitir, si bien sus ideas, pese a la frecuencia con que hablaba de ellas, a mí se me antojaban inson-

dables e incoherentes. Tal vez ello se debiera a una falta de entendimiento por mi parte, pese a que Anna Ajmátova me confesó que cuando Pasternak comenzaba a hablar en esta vena profética tampoco ella lo comprendía.

Durante uno de aquellos trances extáticos me habló de su conversación telefónica con Stalin acerca del arresto de Mandelshtam, la famosa conversación de la que circulaban y siguen circulando distintas versiones. Reproduzco el relato tal como recuerdo que me lo contó en 1945. Según su versión, se hallaba en su apartamento de Moscú con su esposa y su hijo cuando sonó el teléfono y una voz le comunicó que lo llamaban del Kremlin y que el camarada Stalin quería hablar con él. Pensó que se trataba de una broma pesada y colgó el auricular. El teléfono volvió a sonar y la voz consiguió al fin convencerlo de que la llamada era auténtica. Stalin preguntó si hablaba con Borís Leonídovich Pasternak. Pasternak contestó que sí. Stalin quiso saber si estaba presente cuando Mandelshtam había recitado una sátira sobre su persona. Pasternak respondió que le parecía irrelevante si estaba o no presente, pero que se sentía enormemente feliz de hablar con Stalin, que siempre había sabido que ocurriría algún día y que debían reunirse y tratar asuntos de vital importancia. Stalin le preguntó entonces si Mandelshtam era un maestro. Pasternak replicó que como poetas eran muy distintos, que admiraba la poesía de Mandelshtam, pero que no sentía afinidad con ella, si bien, en cualquier caso, ello no tenía la menor trascendencia.

Llegados a este punto, en su relato de aquel episodio, Pasternak volvió a sumirse en uno de sus grandes vuelos metafísicos acerca de los momentos decisivos cósmicos en la historia mundial; era eso lo que quería abordar con Stalin, y era de vital importancia hacerlo. Imagino que su conversación con el dictador también se adentraría por esos derroteros. En cualquier caso, Stalin le preguntó una vez más si estaba o no presente cuando Mandelshtam leyó la sátira. Pasternak respondió que lo más importante era

su encuentro indispensable con Stalin, que debían reunirse en breve, que todo dependía de ello, que tenían que abordar temas de importancia capital, como la vida y la muerte. «Si yo fuera amigo de Mandelshtam, habría sabido defenderlo mejor», atajó Stalin y colgó el auricular. Pasternak intentó devolverle la llamada pero, como es de suponer, no consiguió que lo pusieran en comunicación con el dirigente. Aquel episodio, como es lógico, lo atormentaba profundamente. Me repitió la versión que acabo de narrar en al menos otras dos ocasiones, y contó la anécdota también a otros visitantes, aunque según parece de distinta forma. Es probable que sus esfuerzos por rescatar a Mandelshtam, en particular su súplica a Bujarin, lo ayudaran a seguir con vida durante un tiempo (Mandelshtam fue ejecutado años después), pero es evidente que Pasternak pensaba, tal vez sin motivo real, pero como le habría ocurrido a cualquiera que no estuviera cegado por la ufanía o la estupidez, que cualquier otra respuesta habría sido de más ayuda para el poeta condenado[1].

Prosiguió narrando el destino de otras víctimas, como Pilniak, que aguardó ansiosamente («miraba sin cesar por la ventana») la llegada de un emisario que le solicitara firmar una denuncia contra uno de los hombres acusados de traición en 1936 y, al no aparecer ninguno, cayó en la cuenta de que él también estaba condenado. Habló de las circunstancias que rodearon el suicidio de Tsvietáieva en 1941, el cual según él podía haberse evitado si los burócratas literarios no se hubieran comportado de un modo tan desalmado y atroz con ella. Relató la anécdota de un hombre que le pidió que firmara una carta abierta de condena al mariscal Tujachevski. Cuando Pasternak se negó y explicó los motivos de su negativa, el hombre estalló en llanto y exclamó que el poeta era el ser humano más noble y santo que había conocido nunca y lo abrazó con fervor,

1. Ajmátova y Nadezhda Mandelshtam le concedieron un cuatro sobre cinco por su comportamiento en este asunto. *(N. del A.)*

tras lo cual se dirigió sin tardanza a la policía secreta y lo denunció.

Pasternak añadió que, pese al papel positivo que el Partido Comunista había desempeñado durante la guerra, y no sólo en Rusia, encontraba cada vez más repugnante la idea de mantener cualquier tipo de relación con él: Rusia era una galera, un barco de esclavos, y los hombres del Partido eran los capataces que azotaban a los remeros. ¿Por qué un diplomático de la Commonwealth británica que a la sazón se encontraba en Moscú y a quien seguramente yo conocía, un hombre que sabía algo de ruso, se definía como poeta y lo visitaba siempre que se presentaba la ocasión, por qué esta persona insistía por activa y por pasiva en que él, Pasternak, se aproximara al Partido? No necesitaba caballeros venidos de la otra parte del mundo a decirle lo que debía hacer. Me preguntó si podía comunicarle a aquel hombre que sus visitas no eran bien recibidas. Le prometí hacerlo, pero no lo hice, en parte por temor a que la situación ya de por sí insegura de Pasternak deviniera aún más precaria.

Pasternak tampoco se abstuvo de hacerme reproches a mí, aunque no por intentar imponerle mis opiniones, políticas o de otra índole, sino por algo que a él le parecía casi igual de deleznable. Allí nos encontrábamos ambos, en Rusia, y mirásemos donde mirásemos, todo era nauseabundo, espantoso, una pocilga abominable, y, sin embargo, yo parecía entusiasmado con ello: «Vas por ahí mirándolo todo con ojos de desconcierto», me recriminó. Yo no era mejor (según declaró Pasternak) que cualquier otro turista que no veía nada y albergaba ideas absurdas y delirantes que enfurecían a la pobre población nativa.

Pasternak era extremadamente sensible a la carga de tener que acomodarse a las exigencias del Partido o del Estado; parecía temeroso de que su mera supervivencia pudiera atribuirse a algún esfuerzo impropio por apaciguar a las autoridades o a algún compromiso escuálido de su integridad por escapar de la persecución. Volvía una y otra

vez sobre este punto, y llegaba a límites insospechados para negar que era capaz de conductas de las que nadie que lo conociera habría osado considerarlo culpable. En una ocasión me preguntó si había oído a alguien calificar su volumen de poemas sobre la guerra *En trenes de la mañana* como un guiño de conformidad con la ortodoxia prevaleciente. Le contesté sinceramente que jamás había oído nada por el estilo y que se trataba de una sugerencia absurda.

Anna Ajmátova, que estaba unida a él por los más estrechos lazos de la amistad y la admiración, me confesó que al final de la guerra, cuando regresaba de Taskent, donde había sido evacuada desde Leningrado, se detuvo en Moscú y visitó Peredélkino. Al cabo de unas horas de su llegada recibió un mensaje de Pasternak diciéndole que no podía verla porque tenía fiebre y estaba en cama, que era imposible. Al día siguiente le llegó un mensaje idéntico. Y al tercer día Pasternak apareció ante ella con un aspecto envidiable, sin rastro de enfermedad. Lo primero que hizo fue preguntarle si había leído su último libro de poemas. Le planteó la cuestión con una expresión tan plañidera en el rostro que Ajmátova contestó con tacto que no, que aún no; entonces a Pasternak se le iluminó la cara, pareció enormemente aliviado y ambos se enzarzaron en una animada conversación. Era evidente que se sentía avergonzado (sin causa) de aquellos poemas. Le parecían una especie de esfuerzo desganado por escribir poesía social, y nada despreciaba más que ese género.

Pese a todo, en 1945 seguía albergando esperanzas de una gran renovación de la vida rusa tras la tempestad de limpieza que para él había sido la guerra, una tempestad tan transformadora, a su propio y terrible modo, como la propia Revolución, un cataclismo de unas proporciones superiores a cualquiera de nuestras enclenques categorías morales. Las mutaciones de tal calibre, en su opinión, eran imposibles de juzgar. Había que pensarlas y repensarlas, e intentar entenderlas en la medida de lo posible a lo largo

de toda la vida; están más allá del bien y del mal, de la aceptación o el rechazo, de la duda o la aquiescencia; deben aceptarse como cambios elementales, como terremotos, maremotos o acontecimientos transformadores que desbordan toda categoría ética o histórica. Y de la misma manera, la tenebrosa pesadilla de las traiciones, purgas y masacres de inocentes, seguidas por la atroz guerra, le parecían un preludio necesario a una victoria inevitable y sin precedentes de la espiritualidad.

Transcurrieron once años antes de nuestro siguiente encuentro. En torno a 1954 su alejamiento del *establishment* político de su país era absoluto. Era incapaz de hablar de él o de sus representantes sin estremecerse. Para entonces su amiga Olga Ivínskaya había sido arrestada, interrogada, torturada y deportada a un campo de trabajo durante cinco años. «Tu Borís –le había espetado a Ivínskaya el ministro de Seguridad Estatal, Abakúmov–, tu Borís nos detesta, ¿no es cierto?» «Tenían razón –confirmó Pasternak–. Olga no podía negarlo, y no lo negó.» Yo había viajado a Peredélkino con Neuhaus y uno de sus hijos de su primera mujer, que ahora estaba casada con Pasternak. Neuhaus repitió hasta la saciedad que Pasternak era un santo, que era demasiado idealista (su esperanza de que las autoridades soviéticas le permitieran publicar *Doctor Zhivago* era absurda) y que parecía probable que acabara convirtiéndose en un mártir. Pasternak fue el mayor escritor que Rusia dio en décadas y sería destruido, como tantos otros, por el Estado. Era una herencia del régimen zarista. Al margen de las diferencias entre la vieja y la nueva Rusia, el recelo hacia los escritores y artistas y su persecución eran comunes a ambas. Su ex esposa y actual mujer de Pasternak le había explicado que éste estaba decidido a que le publicaran la novela. Neuhaus había intentado disuadirlo de ello, pero sus palabras habían caído en saco roto. Me preguntó si, en el caso de que Pasternak me mencionara el asunto, ¿podría intentar (era importante, más que importante: quizás asunto de vida o muerte, quién

sabía, en aquellos tiempos) persuadirlo de que no lo hiciera? Yo coincidía con Neuhaus: era probable que Pasternak necesitara que lo salvaran físicamente de sí mismo.

Llegamos a la casa de Pasternak. Nos esperaba junto a la verja y, tras franquear el paso a Neuhaus, me abrazó con ternura y me adelantó que en los once años transcurridos desde nuestro último encuentro habían ocurrido muchas cosas, la mayoría de ellas malas. Me detuvo y añadió: «¿Hay algo que quieras decirme?». Yo, con una falta de tacto monumental (por no decir con una estupidez imperdonable), contesté: «Borís Leonídovich, me alegro de verte tan bien. Pero lo principal es que has sobrevivido, lo cual a algunos de nosotros nos parece un milagro» (pensaba entonces en la persecución antisemita que Stalin perpetró en los últimos años). Su rostro se ensombreció y me miró iracundo: «Sé qué estás pensando», me recriminó. «¿Qué crees que pienso, Borís Leonídovich?» «Lo sé, lo sé, sé exactamente qué tienes en mente –respondió con voz quebrada, una voz que daba miedo–, no te andes con rodeos. Veo con más claridad tus pensamientos que los míos propios.» «¿En qué crees que pienso?», le pregunté de nuevo, cada vez más desconcertado por sus palabras. «Piensas, sé que es en lo que piensas, que he colaborado con *ellos*.» «Te aseguro, Borís Leonídovich –contesté–, que nunca he creído tal cosa ni he oído que nadie insinuara nada parecido, ni tan siquiera como broma pesada.» Al final pareció convencerse. Pero estaba visiblemente disgustado. Tuve que reafirmarle la admiración que sentían por él, no sólo como escritor, sino también como ser humano libre e independiente, todas las gentes civilizadas de todo el mundo; sólo entonces recuperó su semblante habitual. «Al menos –dijo– puedo decir, como Heine, "Tal vez no merezca que se me recuerde como poeta, pero sin duda sí como soldado en la batalla por la libertad humana"[1].»

1. Citado en Oskar Walzel (ed.), *Heinrich Heines Sämtliche Werke*, Leipzig, 1911-1920, vol. 4, p. 306.

Me condujo hasta su estudio, donde me colocó un grueso sobre en las manos: «Mi libro –dijo– está todo aquí. Es mi testamento. Te ruego que lo leas». Leí *Doctor Zhivago* durante la noche y el día siguientes y cuando, dos o tres días después, regresé a visitarlo, le pregunté qué tenía previsto hacer con él. Me dijo que se lo había entregado a un comunista italiano que trabajaba para la sección italiana de la radio soviética, al tiempo que ejercía de agente para el editor italiano comunista Feltrinelli. Deseaba que su novela, su testamento, el más auténtico y completo de sus escritos (su poesía no era nada en comparación con aquello, aunque los poemas de la novela eran, en su opinión, quizá los mejores que había escrito jamás), deseaba que su obra viajara por todo el mundo, que arrasara el planeta como un incendio (en alusión al célebre verso bíblico de Pushkin) y anegara los corazones de los hombres.

Dada cuenta de la comida de mediodía, su esposa, Zinaída Nikolayevna, me apartó a un rincón y me imploró entre lágrimas que lo disuadiera de publicar *Doctor Zhivago* en el extranjero. No quería que sus hijos sufrieran, y estaba segura de que yo sabía de lo que «ellos» eran capaces. Conmovido por su súplica, hablé con el poeta en cuanto se presentó la primera oportunidad. Le prometí que haría microfilmes de su novela y los sepultaría en los cuatro rincones del mundo, que enterraría ejemplares en Oxford, en Valparaíso, en Tasmania y en Ciudad del Cabo, en Haití, en Vancouver y en Japón, de tal modo que sobreviviera un ejemplar incluso en caso de que estallara una guerra nuclear. ¿Estaba decidido a desafiar a las autoridades soviéticas? ¿Había sopesado las consecuencias?

Por segunda vez esa semana se dirigió a mí en tono iracundo. Me dijo que sin duda mis intenciones eran buenas, que le conmovía mi preocupación por su seguridad personal y la de su familia (cosa que añadió con una pizca de ironía), pero también que sabía lo que se hacía, y que yo era peor que aquel diplomático pertinaz de la Common-

wealth del que habíamos hablado once años atrás. Había abordado el asunto con sus hijos y estaban dispuestos a sufrir. Resolví no volver a sacar el tema a colación. Había leído el libro y era consciente de cuánto significaba para él, al margen de su difusión. Me sentía avergonzado y guardé silencio.

Al cabo del rato volvimos a charlar sobre literatura francesa como hacíamos antaño. Desde nuestro último encuentro, Pasternak se había hecho con *La náusea* de Sartre y la encontraba ilegible y de una obscenidad nauseabunda. Tras cuatro siglos de auténtica genialidad creativa, le parecía impensable que aquella gran nación hubiera dejado de generar literatura. Aragon era un oportunista; Duhamel y Guéhenno, tediosos hasta lo indecible, y ¿Malraux seguía escribiendo? Antes de darme oportunidad de responder, uno de sus invitados, una profesora callada y amable recién regresada tras quince años en un campo de trabajo al que había sido condenada por el mero hecho de enseñar inglés, preguntó tímidamente si Aldous Huxley había escrito algo desde *Contrapunto*. ¿Seguía escribiendo Virginia Woolf? Nunca había visto un libro de la escritora, pero había leído un artículo sobre ella publicado en un antiguo diario francés que de algún modo misterioso había llegado al campo de concentración e intuía que su obra podía gustarle.

Es difícil transmitir el placer de brindar noticias sobre arte y literatura a un mundo exterior de seres humanos tan ávidos de recibirlas y con tan pocas probabilidades de conocerlas por otros canales. Expliqué a aquella dama y a los allí congregados todo lo que sabía sobre literatura inglesa, estadounidense y francesa. Era como hablar con las víctimas de un naufragio que han permanecido aisladas de la civilización en una isla desierta durante décadas. Todo lo que oían les parecía nuevo, emocionante y delicioso. El poeta georgiano Titsián Tabidze, íntimo amigo de Pasternak, había fallecido en la Gran Purga. Su viuda, Nina Tabidze, que se hallaba presente, quería saber si Shakespeare,

Ibsen y Shaw seguían siendo grandes nombres en el teatro occidental. Le expliqué que el interés por Shaw había decrecido, pero que Chéjov seguía siendo muy admirado e interpretado, y apostillé que Ajmátova me había confesado que no entendía esa adoración por él. El mundo de Chéjov era monótono y uniforme. El sol nunca brillaba. No relucían las espadas. Todo estaba sumido en una horrible neblina gris. El universo de Chéjov era un mar de barro con criaturas humanas a la deriva atrapadas en él de manera inevitable. Era un travestido de la vida. Pasternak dijo que Ajmátova se equivocaba por completo. «Dile cuando la veas (nosotros no podemos ir a Leningrado libremente y es probable que tú sí), dile de parte de todos los que estamos aquí reunidos que los escritores rusos sermonean al lector: incluso Turguéniev le asegura que el tiempo lo cura todo y ese tipo de patrañas; Chéjov es el único que se abstiene de hacerlo. Es un artista puro, todo se disuelve en el arte, es nuestra respuesta a Flaubert.» Añadió que Ajmátova seguramente me hablaría de Dostoyevski y atacaría a Tolstói. Pero Tolstói acertaba al asegurar que las novelas de Dostoyevski eran un embrollo espantoso, una mezcla de chauvinismo e histerismo religioso: «¡Dile a Anna Andréyevna eso de mi parte!». Pero cuando volví a ver a Ajmátova, en Oxford en 1965, pensé que era mejor no transmitirle aquella opinión, pues habría querido responderle... y Pasternak se hallaba ya en su sepultura. De hecho, Ajmátova me habló en efecto de Dostoyevski con admiración y la mayor de las pasiones.

III

Eso me lleva a mi encuentro con la poeta Anna Ajmátova. Había conocido sus poemas a través de Maurice Bowra, y estaba deseando conocerla en persona. En noviembre de 1945 viajé de Moscú a Leningrado. No había estado allí desde 1920, cuando tenía once años de edad y a mi fami-

lia le permitieron regresar a nuestra ciudad natal, Riga, por entonces capital de una república independiente. En Leningrado, mis recuerdos de la infancia cobraron una vivacidad fabulosa. Me faltan palabras para expresar cuánto me conmovió el aspecto de las calles, de sus casas, estatuas, muros de contención, plazas de mercado y las rejas aún rotas y repentinamente familiares de un pequeño comercio en el que reparaban samovares, a los pies de la que había sido nuestra casa. El patio interior presentaba un aspecto tan sórdido y abandonado como durante los primeros años de la Revolución. Mis recuerdos de acontecimientos concretos, de episodios y experiencias se interpusieron entre mí y la realidad física. Tenía la sensación de haberme adentrado en una ciudad legendaria, siendo yo mismo al tiempo parte de la leyenda vívida y vagamente recordada y alguien que la contemplaba desde una posición estratégica exterior. La ciudad había sufrido graves desperfectos, pero en 1945 seguía luciendo una belleza indescriptible (once años después, cuando regresé a ella, parecía completamente restaurada). Me dirigí hacia la Librería de los Escritores situada en la avenida Nevski. Mientras echaba un vistazo a los libros entablé una amena conversación con un hombre que hojeaba un volumen de poemas. Resultó ser un conocido crítico e historiador literario. Comentamos los acontecimientos recientes. Me describió las atrocidades del asedio a Leningrado y el martirio y la heroicidad de muchos de sus habitantes; añadió que algunos habían muerto de frío y de hambre, mientras que otros, en su mayoría jóvenes, habían logrado sobrevivir. Algunos habían sido evacuados. Le pregunté por el destino de los escritores en Leningrado. Me contestó: «¿Se refiere a Zóshchenko y Ajmátova?». Para mí, Ajmátova era una figura del pasado remoto. Maurice Bowra, que había traducido algunos de sus poemas, hablaba de ella como alguien de quien no se tenía noticia desde la Primera Guerra Mundial. «¿Ajmátova sigue viva?», pregunté. «¿Ajmátova, Anna Andréyevna? –replicó–. Claro que sí,

¿por qué? Vive cerca de aquí, en la Fontanka, en Fontanny Dom [la Casa de la Fuente]. ¿Le apetece conocerla?» Fue como si de repente me invitaran a conocer a Christina Rossetti. No podía articular palabra. Farfullé que sería un placer. «Voy a telefonearla», me indicó aquel recién conocido. Al regresar me informó de que Ajmátova nos recibiría esa misma tarde. Nos encontraríamos ambos en la librería e iríamos juntos a su casa.

Regresé a la hora convenida. El crítico y yo salimos de la librería, doblamos la esquina a la izquierda, cruzamos el puente de Anichkov, giramos de nuevo a la izquierda y caminamos a lo largo del terraplén de la Fontanka. La Casa de la Fuente, el palacio de los Sheremétev, es un espléndido edificio del Barroco tardío, con unas verjas exquisitas de ese hierro forjado por el que Leningrado es famoso. Se yergue alrededor de un espacioso patio, similar a los patios interiores de las universidades importantes de Oxford y Cambridge. Ascendimos por una escalinata empinada y oscura hasta llegar a una planta superior y entramos en los aposentos de Ajmátova. Apenas había muebles (supuse que prácticamente todo lo que había habido allí habría sido saqueado o vendido durante el sitio). Había una pequeña mesa, tres o cuatro sillas, un arcón de madera, un sofá y, sobre la estufa apagada, un dibujo de Modigliani. Una dama elegante de pelo cano con un chal blanco echado sobre los hombros se puso en pie lentamente para recibirnos.

Anna Andréyevna Ajmátova era una mujer de porte señorial y gestos pausados, con una cabeza noble, unos rasgos bellos y levemente duros, y expresión de infinita tristeza. La saludé con una reverencia. Me pareció lo más apropiado, pues se movía y tenía el aspecto de una reina trágica. Le agradecí que me recibiera y la informé de que en Occidente se alegrarían de saber que seguía con buena salud, pues hacía muchos años que no se tenía noticia de ella. «Oh, pero publicaron un artículo sobre mí en el *Dublin Review* –explicó–, y se está escribiendo una tesis so-

bre mi obra, según me han informado, en Bolonia.» Estaba acompañada por una amiga, una dama académica, y durante unos minutos mantuvimos una conversación cortés. Luego Ajmátova se interesó por los terribles bombardeos sobre Londres. Le respondí lo mejor que pude, teniendo en cuenta lo tímido y coartado que me sentía por sus modales distantes y ligeramente regios. De súbito me pareció oír que alguien vociferaba mi nombre de pila en la calle. Hice caso omiso durante un rato (podía tratarse de una alucinación), pero los gritos fueron ganando potencia y la palabra «Isaiah» se entendía a la perfección. Me acerqué a la ventana y al otro lado vi a un hombre en quien reconocí a Randolph Churchill. Estaba de pie en medio de aquel gran patio, como un estudiante universitario achispado, gritando mi nombre. Permanecí clavado al suelo unos segundos. Luego recobré la calma, farfullé una disculpa y descendí corriendo las escaleras. Mi único pensamiento era impedir que Churchill entrara en aquella estancia. Mi acompañante, el crítico, corrió tras de mí nervioso. Cuando llegamos al patio, Churchill se me acercó y me saludó efusivamente: «Sr. X –dije de manera mecánica–, supongo que no tiene usted el placer de conocer al señor Randolph Churchill». El crítico se quedó helado; su expresión mutó de la perplejidad al horror, y desapareció como por arte de magia. No sé si a mí me siguieron agentes de la policía secreta, pero no cabía la menor duda de que a Randolph Churchill sí. Aquel lamentable episodio hizo que circularan por Leningrado rumores absurdos que sostenían que había llegado una delegación extranjera para persuadir a Ajmátova de abandonar Rusia; que Winston Churchill, un ferviente admirador de la poeta, pretendía enviarle un avión especial para transportarla a Inglaterra, y patrañas por el estilo.

Randolph, a quien no había visto desde que éramos estudiantes universitarios en Oxford, me explicó después que se hallaba en Moscú como periodista para la North American Newspaper Alliance. Había acudido a Leningra-

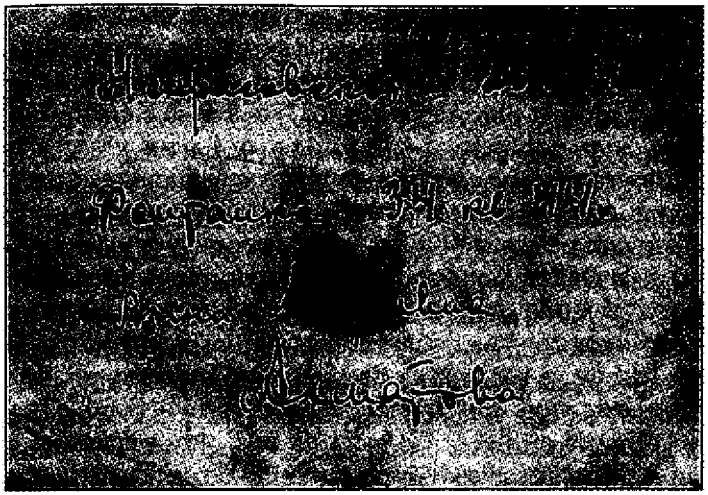
do como parte de su corresponsalía. Al llegar al hotel Astoria, su primera preocupación había sido meter el tarro de caviar que había adquirido en una cubitera, pero, como no sabía hablar ruso y su intérprete había desaparecido, sus gritos de ayuda habían hecho bajar por fin a una representante del British Council, quien se había ocupado de su caviar y, durante la conversación informal que mantuvieron, le había comunicado que yo me encontraba en la ciudad. Randolph había apuntado que yo sería un excelente sustituto para su intérprete y, por desgracia, a través de la dama del British Council había dado con mi paradero. El resto es historia. Cuando llegó a la Casa de la Fuente adoptó un método que le había sido de utilidad durante sus días en la Christ Church (su universidad en Oxford), y me atrevería a aventurar que también en otras ocasiones; «y –añadió con una sonrisa triunfal– había funcionado». Me zafé de él tan rápidamente como pude y, tras obtener su número a través del librero, telefoneé a Ajmátova para ofrecerle una explicación por mi precipitada partida y disculparme por ello. Le pregunté si me permitiría visitarla en otro momento. «Le espero esta noche a las nueve», respondió.

Cuando regresé, una dama instruida, una asiriólogа, se hallaba también presente y me formuló infinidad de preguntas acerca de las universidades inglesas y su organización. Ajmátova no sentía el menor interés por nuestra conversación y permaneció la mayor parte del tiempo en silencio. Poco antes de medianoche, la asiriólogа partió y fue entonces cuando Ajmátova empezó a preguntarme por viejos amigos suyos que habían emigrado, a algunos de los cuales pensó que tal vez yo conociera. (Estaba segura de ello, me confesó más tarde. En las relaciones personales, me aseguró, su intuición y la primera impresión nunca le fallaban.) Ciertamente, conocía algunos de ellos. Hablamos sobre el compositor Artur Lurie, a quien yo había conocido en Estados Unidos durante la guerra. Había sido íntimo amigo de ella y había convertido en música algunos de sus poemas y de los de Mandelshtam. Me preguntó por

Borís Anrep, el creador de mosaicos, a quien yo no conocía y de quien apenas sabía nada, salvo que había decorado el suelo del vestíbulo de entrada de la National Gallery con las figuras de personas ilustres como Bertrand Russell, Virginia Woolf, Greta Garbo, Clive Bell y Lidia Lopokova, entre otras. Veinte años después pude comunicarle a Ajmátova que Anrep había añadido su imagen a aquel mosaico. Ella me mostró un anillo con un pedrusco negro que Anrep le había regalado en 1917.

Sólo había conocido, me explicó, a un extranjero, un polaco, desde la Primera Guerra Mundial. Se interesó por la vida de algunas de sus amistades, como Salomé Andronikova, a quien Mandelshtam dedicó uno de sus más famosos poemas; la esposa de Stravinski, Vera, y los poetas Viacheslav Ivánov y Gueorgui Adamóvich. Le respondí lo mejor que pude. Me habló de sus visitas a París antes de la Primera Guerra Mundial, de su amistad con Amedeo Modigliani, cuyo retrato de sí misma (uno de los muchos que hizo, si bien el resto había perecido durante el bloqueo) tenía colgado sobre la chimenea. Me describió su infancia a orillas del mar Negro, una tierra pagana y aconfesional, según sus términos, donde uno se sentía próximo a una cultura ancestral, medio griega, medio bárbara y profundamente ajena a la rusa. Habló de su primer marido, el célebre poeta Gumiliov. Estaba convencida de que no había tomado parte en la conspiración monárquica por la que lo habían ejecutado; Gorki, a quien muchos escritores solicitaron que interviniera en su nombre, al parecer no movió un dedo por salvarlo. Hacía mucho que no lo veía antes de que lo condenaran: se habían separado varios años atrás. Los ojos se le llenaron de lágrimas al narrar las desgarradoras circunstancias que rodearon su muerte.

Se produjo un silencio y después Ajmátova me preguntó si me gustaría oír sus poemas. Antes de recitar, no obstante, me indicó que le gustaría recitarme dos cantos del *Don Juan* de Byron, pues eran relevantes para lo que seguiría. Incluso aunque yo hubiera conocido el poema bien



«...tras obtener su número a través del librero...»: fragmento de papel donde anotaron a Berlin el número de teléfono, la dirección y el nombre de Ajmátova.

no habría podido decir qué cantos había escogido, porque, pese a que leía en inglés con bastante fluidez, su pronunciación hacía que resultara imposible entender más de una o dos palabras seguidas. Cerró los ojos y recitó los versos de memoria, con una intensa emoción. Me puse en pie y miré por la ventana para ocultar mi bochorno. Quizá, pensé después, esto mismo ocurra cuando ahora leemos a los griegos y los latinos clásicos. También a nosotros nos conmueven palabras que, de pronunciarlas ante sus autores y el público para el que fueron concebidas, tal vez también a éstos les resultaran del todo ininteligibles. Luego leyó unos poemas de su libro: «Anno Domini», «La bandada blanca» y «De los seis libros». «Poemas como éstos, pero mucho mejores que los míos –explicó–, fueron la causa de la muerte del mejor poeta de nuestro tiempo, a quien yo tanto amé y quien tanto me amó...» No supe descifrar si se refería a Gumiliov o a Mandelshtam, pues rompió en llanto y no fue capaz de continuar leyendo.

Existen grabaciones de sus recitales, de modo que no intentaré describirlos. Leyó el (a la sazón) inacabado «Poema sin héroe». Incluso entonces fui consciente de estar escuchando la obra de un genio. No creo que entendiera ese poema polifacético y lleno de magia y sus profundas alusiones personales mejor entonces que cuando lo releo ahora. Ajmátova no ocultaba que se trataba de una especie de conmemoración final a su vida como poeta, al pasado de la ciudad (San Petersburgo) que formaba parte de su ser y, al modo de la procesión carnavalesca de los Doce Caballeros con sus figuras enmascaradas y travestidas, a sus amigos, a sus vidas y destinos, y al suyo propio, una especie de *nunc dimittis* artístico ante el fin inevitable que no tardaría en llegar. Se trata de una obra misteriosa y profundamente evocadora: un túmulo de críticas eruditas se acumula inexorable sobre ella. Pronto quedará sepultada bajo su peso.

A continuación leyó el «Réquiem» de un manuscrito. Interrumpió el recital y habló de los años 1937 y 1938, cuando tanto su esposo como su hijo habían sido arrestados y enviados a campos de concentración (cosa que volvería a ocurrir), de las colas de mujeres que esperaban día y noche, semana tras semana, mes tras mes, noticias de sus maridos, hermanos, padres e hijos y permiso para enviarles víveres o cartas. Pero esas noticias jamás llegaban. Nunca recibieron un mensaje. Una cortina de muerte en vida colgaba sobre las ciudades de la Unión Soviética, donde la tortura y la matanza de millones de inocentes continuaban su curso. Habló con una voz seca, realista, interrumpiéndose esporádicamente a sí misma con un «No, no puedo, no está bien, usted procede de una sociedad de seres humanos, mientras que aquí estamos divididos entre seres humanos y...». Un largo silencio: «E incluso ahora...». Volvía a callar. Le pregunté por Mandelshtam. Hizo una pausa, se le llenaron los ojos de lágrimas y me suplicó que no hablara de él: «Después de abofetear a Alekséi Tolstói, todo se acabó...». Tardó un rato en serenarse. Luego,

con un tono de voz completamente distinto, añadió: «Alekséi Tolstói llevaba camisas lilas *à la russe* cuando estábamos en Taskent. Hablaba del maravilloso tiempo que él y yo pasaríamos cuando regresáramos. Era un escritor con mucho talento e interesante, un bribón, un hombre encantador y con un temperamento tempestuoso. Ahora está muerto. Era capaz de todo, de todo. Era un aventurero implacable. Adoraba la juventud, el poder y la vitalidad por encima de todas las cosas. No concluyó *Pedro I* porque aseguraba que únicamente le interesaba el Pedro joven; ¿qué iba a hacer con toda aquella gente cuando envejeciera? Era una especie de Dolokhov. Me llamaba Annushka. A mí me avergonzaba, pero lo quería mucho, aunque fuera la causa de la muerte del mejor poeta de nuestro tiempo, a quien yo amé y quien tanto me amó». (Sus palabras fueron idénticas a las pronunciadas anteriormente, pero en esta ocasión me pareció más claro a quién se refería en ambos casos.)

Debían de ser las tres de la madrugada. Ajmátova no mostraba indicios de desear que me marchara, y yo estaba demasiado conmovido y absorto para moverme. Salió de la estancia y regresó con un plato de patatas cocidas. Era todo lo que tenía, y se sintió avergonzada por su humilde hospitalidad. Le rogué que me dejara transcribir «Poema sin héroe» y «Réquiem». Contestó que no era necesario: el próximo febrero estaba prevista la publicación de un volumen recopilatorio de sus versos. Ya se estaban realizando las pruebas de imprenta. Me enviaría un ejemplar. El Partido, como sabemos, gobernó en sentido contrario. Zhdánov (con una frase que no inventó él) la acusó de ser «medio monja, medio ramera»[1]. Aquello la convirtió en una persona oficialmente *non grata*.

1. El crítico Borís Eichenbaum había empleado una fórmula similar en un contexto muy distinto, en *Anna Ajmátova: ópit análiza* (San Petersburgo, 1923), p. 114, para describir la mezcla de aspectos eróticos y religiosos en los primeros poemas de Ajmátova. La

Conversamos sobre literatura rusa. Tras desmerecer a Chéjov por la ausencia en su mundo de heroicidad y martirio, de profundidad, oscuridad y sublimidad, hablamos sobre *Anna Karenina*. «¿Por qué Tolstói hizo que se suicidara? Tan pronto se separa de Karenin, todo cambia. De repente se convierte en una mujer perdida, una *traviata*, una prostituta. ¿Quién castiga a Anna? ¿Dios? No, Dios no, la sociedad, la misma sociedad cuya hipocresía Tolstói denuncia invariablemente. Al final nos cuenta que Anna incluso repele a Vronsky. Tolstói miente. Era más listo que eso. La moralidad de *Anna Karenina* es la moralidad de las tías moscovitas de Tolstói, de las convenciones más filisteas. Todo guarda relación con sus propias vicisitudes personales. Cuando Tolstói estaba felizmente casado escribió *Guerra y paz*, que es una celebración de la familia. Después empezó a odiar a Sofía Andréyevna, pero no se atrevió a divorciarse de ella, porque el divorcio está condenado por la alta sociedad, y quizá también por los ciudadanos comunes. Entonces escribió *Anna Karenina* y castigó a Anna por abandonar a su marido. Cuando envejeció y lo abrumó la culpabilidad por seguir correteando tras campesinas jóvenes, escribió *La sonata a Kreutzer* y prohibió terminantemente el sexo.»

Tales fueron sus palabras. No sé si hablaba en serio, pero era evidente que Ajmátova desaprobaba los sermones de Tolstói y que lo consideraba un monstruo vanidoso y un enemigo de la libertad. Adoraba a Dostoyevski y, como él, despreciaba a Turguéniev. Y después de Dostoyevski, sentía adoración por Kafka, a quien leía en las traducciones al inglés. («Escribió para mí y sobre mí –me dijo años después en Oxford–. Kafka es mejor escritor incluso que Joyce y Eliot. No lo entendía todo; eso sólo lo hizo

---

expresión reapareció en 1930, en una forma caricaturizada, en un hostil artículo sobre ella publicado en la *Enciclopedia Literaria Soviética*, de donde se abrió camino hasta el anatema de Zhdánov de 1946.

Pushkin.») A continuación me habló de las *Noches egipcias* de Pushkin y del extranjero intolerable de esa historia que improvisaba versos a partir de los temas propuestos por el público. El virtuoso, en su opinión, era el poeta polaco Adam Mickiewicz. La relación entre Pushkin y éste era ambigua. La cuestión polaca los separó. Pero Pushkin siempre reconoció la genialidad en sus contemporáneos. Blok era un genio, con su mirada desquiciada y su maravillosa inteligencia; también él podía haber sido un *improvisateur*. Ajmátova me explicó que Blok jamás se había sentido atraído por ella, pero que todas las maestras de toda Rusia creían, y sin duda continuarían haciéndolo, que había existido una historia de amor entre ambos. Los historiadores de la literatura coincidían en este pensamiento. Todo ello, en opinión de Ajmátova, se debía al poema «Visita al poeta», dedicado a Blok; y, quizá, también al poema sobre la muerte «El rey de ojos grises», pese a que lo escribió más de un decenio antes de la muerte de Blok. A Blok no le gustaban los acmeístas, y ella lo era. Tampoco le gustaba Pasternak.

A renglón seguido, Ajmátova habló de Pasternak, por quien sentía una devoción incondicional. Tras la desaparición de Mandelshtam y Tsvietáieva, los dos quedaron solos. El saber que el otro seguía vivo y trabajando los reconfortó infinitamente. Se criticaban con total libertad entre sí, pero no permitían que nadie más lo hiciera. La devoción apasionada que les profesaban innumerables hombres y mujeres de la Unión Soviética, quienes conocían sus versos de memoria, los copiaban y los hacían circular, los enorgullecía profundamente. Pero ambos permanecieron en el exilio. La idea de emigrar se le antojaba intolerable. Anhelaban visitar Occidente, pero no si ello implicaba no poder regresar a su patria. Su hondo patriotismo no tenía tintes nacionalistas. Ajmátova no estaba preparada para emigrar. Por muy terribles que fueran los horrores que la aguardaban, jamás abandonaría Rusia.

Habló de su infancia, de sus matrimonios, de sus re-

laciones personales, de la prolífica vida artística en San Petersburgo antes de la Primera Guerra Mundial. No dudaba que la cultura de Occidente, sobre todo entonces, en 1945, era superior. Habló del gran poeta Ánnenski, quien le había enseñado aún más que Gumiliov, y falleció sumido en el más terrible olvido por parte de los editores y críticos, un gran maestro olvidado. Habló sobre la soledad y el aislamiento. Leningrado, después de la guerra, no era para ella más que el cementerio donde yacían enterrados sus amigos, como un paisaje arrasado por un incendio forestal donde los escasos árboles carbonizados hacen la desolación aún más desoladora. Se ganaba la vida traduciendo. Había suplicado traducir la correspondencia de Rubens, pero en cambio aún no había conseguido que le encargaran la de Romain Rolland. Tras salvar unos obstáculos sin precedentes, lo logró. Le pregunté qué significaba para ella el Renacimiento: ¿lo concebía como un pasado histórico real o como una visión idealizada, un mundo imaginario? Se inclinó por lo segundo. Sentía nostalgia de aquella época, añoranza de una cultura universal de la que Mandelshtam había hablado, tal y como la habían concebido Goethe y Schlegel, anhelo de lo que se había transmutado en arte y pensamiento (naturaleza, amor, muertes, desesperanza y martirio) y de una realidad sin historia, sin nada aparte de sí misma. Habló con tono sosegado, monótono, como una princesa de un lugar remoto en el exilio, orgullosa, infeliz, inasequible, a menudo con una elocuencia absolutamente arrebatadora.

El relato de la tragedia sin tregua de su vida rebasaba todo lo que nadie me ha descrito jamás de viva voz; sólo recordarlo me provoca un estremecimiento. Le pregunté si tenía previsto biografiar su vida literaria. Me respondió que su poesía era exactamente eso, en particular el «Poema sin héroe», que volvió a leerme. Le imploré de nuevo que me permitiera ponerlo por escrito. Y ella volvió a declinar mi ofrecimiento. Nuestra conversación, en la que abordamos detalles íntimos de la vida de ambos, pasaba

de la literatura al arte y se prolongó hasta bien entrada la madrugada del día siguiente. La vi de nuevo cuando me disponía a abandonar la Unión Soviética para poner rumbo a casa a través de Leningrado y Helsinki. La visité para despedirme la tarde del 5 de enero de 1946 y fue entonces cuando me regaló una de sus recopilaciones de versos, con un nuevo poema escrito en la guarda, el poema que posteriormente sería el segundo del ciclo titulado *Cinque*. Intuí que aquel poema en aquélla, su primera versión, estaba inspirado en nuestro anterior encuentro. Existen otras referencias y alusiones a nuestras reuniones, tanto en *Cinque* como en otros lugares.

No vi a Ajmátova con ocasión de mi siguiente visita a la Unión Soviética, en 1956. Su hijo, que había sido arrestado de nuevo, había sido liberado del campo de trabajo algo antes ese mismo año y Pasternak me explicó que Ajmátova se concomía de nervios ante la idea de ver a extranjeros de no ser por orden oficial, pero que deseaba que la telefoneara; era más seguro de este modo, puesto que el Estado supervisaba todas sus conversaciones telefónicas. Por teléfono me dio algunos apuntes de sus vivencias como escritora condenada; me explicó cómo ciertas personas a quien consideraba sus fieles amigos le habían vuelto la espalda, mientras que otras habían hecho alarde de una enorme nobleza y valentía. Había releído a Chéjov y comentó que al menos en *El pabellón n.º 6* había descrito con precisión la situación que ella misma y muchos otros estaban viviendo. En el ínterin se habían publicado las traducciones que había hecho de los versos coreanos clásicos: «Puede usted imaginarse cuánto coreano sé yo; es una selección, pero yo no la he escogido. No se moleste en leerla».

Cuando nos reencontramos en Oxford en 1965, Ajmátova me explicó que Stalin había sentido un ataque de furia al saber que me había permitido visitarla: «De modo que nuestra monja recibe visitas de espías extranjeros», se cuenta que comentó antes de ensartar una retahíla de obs-

cenidades que a Ajmátova abochornaba reproducir. El hecho de que yo nunca hubiera trabajado en un organismo de inteligencia era irrelevante. Stalin consideraba espías a todos los miembros de las misiones extranjeras. Por supuesto, dijo Ajmátova, el viejo estaba por entonces fuera de sus cabales, asediado por una paranoia patológica. En Oxford me confesó que estaba convencida de que la furia de Stalin, que ambos habíamos provocado, había desatado la Guerra Fría, que ella y yo habíamos cambiado el rumbo de la historia de la humanidad. Lo decía convencida, e insistía en la veracidad de sus palabras. Nos contemplaba a ambos como protagonistas de la historia mundial, escogidos por el destino para desempeñar nuestro aciago papel en un conflicto cósmico, tal como reflejan sus poemas de esta época. Se trataba de una noción intrínseca a toda su visión histórico-filosófica, de la cual emanaba gran parte de su poesía.

Me explicó que tras su viaje a Italia el año anterior para recoger un premio literario la visitaron oficiales de la policía secreta soviética, quienes quisieron conocer sus impresiones sobre Roma. Ajmátova respondió que Roma le parecía una ciudad donde el paganismo seguía en guerra con el cristianismo. «¿Qué guerra? –le preguntaron–. ¿Mencionaron Estados Unidos? ¿Participaron exiliados rusos?» ¿Qué debía contestar cuando le realizaran preguntas de esta índole sobre Inglaterra y Oxford? Sobre todo teniendo en cuenta que pensaba regresar a Rusia al margen de lo que la aguardara allí. El régimen soviético era el orden establecido en su país. Con él había vivido y con él moriría. Eso era lo que significaba ser ruso.

Retomamos el debate sobre poesía rusa. Ajmátova habló en términos descalificativos de poetas jóvenes célebres encumbrados por las autoridades soviéticas. Uno de los más famosos, quien a la sazón se hallaba en Inglaterra, le había enviado un telegrama a Oxford para felicitarla por su doctorado honoris causa. Yo estaba presente cuando lo recibió. Lo leyó y lo arrojó enfadada a la papelera. «No

son más que una panda de bandidos que prostituyen su talento y explotan el gusto público. La influencia de Mayakovski ha sido letal para todos ellos. Mayakovski gritó con todas sus fuerzas porque era algo innato en él. No podía evitarlo. Pero sus imitadores han adoptado sus formas como si se tratara de un género. Son charlatanes vulgares que no tienen ni una chispa de poesía en el alma.»

En aquella época abundaban los poetas de talento en Rusia; el mejor de ellos era Joseph Brodsky, con quien, según me dijo, había crecido de la mano y cuya poesía se había publicado parcialmente, un poeta noble repudiado por las autoridades, con todo lo que ello conllevaba. Existían algunos otros también con un talento maravilloso, pero sus nombres no me sonaban; eran poetas cuyos versos no podían publicarse y cuya existencia misma brindaba testimonio de que la imaginación en Rusia seguía con vida. «Nos eclipsarán a todos –auguró Ajmátova–, créame, a Pasternak, a mí, a Mandelshtam y a Tsvietáieva; todos nosotros nos aproximamos al ocaso de un largo período de elaboración que dio comienzo en el siglo XIX. Mis amigos y yo pensábamos que éramos la voz del siglo XX. Pero estos nuevos poetas anuncian un nuevo amanecer; ahora están tras los barrotes, pero acabarán por escapar y asombrar al mundo.» Se extendió ligeramente en esta vena profética, antes de regresar a Mayakovski, de quien explicó que había caído presa del desespero y la traición de sus amigos, si bien durante cierto tiempo había sido la auténtica voz, la trompeta, de su pueblo, aunque también un ejemplo terrible para otros; en su caso particular, afirmaba no deberle nada, y mucho en cambio a Ánnenski, el más puro y elegante de los poetas, ajeno al alboroto de la política literaria, un gran olvidado por las publicaciones vanguardistas que tuvo la suerte de morir cuando lo hizo. En vida no fue muy leído, pero ese mismo destino habían compartido muchos otros grandes poetas; la generación actual era mucho más sensible a la poesía que la de Ajmátova, según ella misma recalcó: ¿a quién le importaban

sinceramente Blok o Beli o Viacheslav Ivánov en 1910? ¿O, hilando fino, ella y los poetas de su grupo? En cambio, en el presente la juventud se sabía las poesías de memoria; ella misma recibía multitud de cartas de jóvenes, en muchos casos muchachas alocadas y extáticas, pero cuya cantidad misma sin duda era prueba de algo.

Pasternak recibía aún más, y también las apreciaba en mayor medida. Ajmátova me preguntó si había conocido a Olga Ivínskaya, una amiga de Pasternak. Le contesté que no. Me confesó que encontraba a la esposa de Pasternak, Zinaída, y a su amante igualmente insoportables, pero que Borís Leonídovich era un poeta mágico, uno de los grandes poetas de las tierras rusas: cada oración que escribía, en verso o en prosa, la escribía con una voz original, distinta a todo lo que ella había oído. Blok y Pasternak eran poetas divinos; ningún francés ni ningún inglés, ni Valéry ni Eliot, podían compararse con ellos; era con Baudelaire, Shelley y Leopardi con quien cabía medirlos. Como todos los grandes poetas, no apreciaban la calidad de los demás: Pasternak consideraba inferiores a los críticos, descubría talentos ocultos imaginarios y alentaba a toda suerte de figuras menores (escritores decentes pero sin talento), y tenía una idea mitológica de la historia, según la cual personas insignificantes en ocasiones desempeñaban un papel de una trascendencia misteriosa, como Evgraf en *Doctor Zhivago* (Ajmátova negó con vehemencia que este personaje enigmático estuviera basado ni siquiera remotamente en Stalin; tal idea le parecía inconcebible). Pasternak no leía a autores contemporáneos a quienes pudiera alabar, como Bagritski o Aséyev, ni siquiera a Mandelshtam (a quien detestaba, aunque hizo cuanto pudo por él cuando se halló en problemas) o a ella misma. Escribía cartas maravillosas a Ajmátova en las que ensalzaba su poesía, pero en realidad aquellas cartas hablaban de él, no de ella. Ajmátova sabía que no eran más que fantasías sublimes sin relación con ella: «Quizá todos los grandes poetas sean así».

Los elogios de Pasternak, como es de suponer, alegra-

ban sobremanera a sus destinatarios, pero eran engañosos; era una persona generosa, mas no sentía un interés real por la obra de los demás; lógicamente, sentía admiración por Shakespeare, Goethe, los simbolistas franceses, Rilke y quizá Proust, pero «no por ninguno de nosotros». Ajmátova me confesó que echaba en falta la existencia de Pasternak cada día de su vida; nunca habían estado enamorados, pero se amaban profundamente y eso era algo que irritaba a la esposa de Pasternak. Luego habló de los años «en blanco» durante los cuales ella permaneció oficialmente fuera de juego en la Unión Soviética, entre mediados de la década de 1920 y finales de la de 1930. Explicó que, cuando no estaba traduciendo, leía poetas rusos: a Pushkin sin cansancio, por supuesto, pero también a Odóyevski, Lérmontov, Baratinski (opinaba que el *Otoño* de Baratinski era una obra magistral), y en el pasado reciente había leído a Velimir Jlébnikov, un loco absolutamente maravilloso.

Le pregunté si alguna vez anotaría el «Poema sin héroe»: las alusiones podían resultar ininteligibles a quienes no conocían la vida a la que hacía referencia; ¿deseaba acaso permanecer siempre en las tinieblas? Me respondió que cuando quienes conocían el mundo del que hablaba cayeran en las garras de la senilidad o la muerte, aquel poema moriría con ellos; lo enterrarían con ella y su siglo; no estaba escrito para la eternidad, ni siquiera para la posteridad: el pasado sólo tenía importancia para los poetas, la infancia principalmente, pues son las emociones del pasado las que anhelaban recrear y revivir. Vaticinios, odas al futuro, incluso la gran epístola de Pushkin a Chaadáyev, eran una forma de retórica declamatoria, una muestra de actitudes presuntuosas, el ojo del poeta asomándose a un futuro apenas discernible, una pose que Ajmátova desdeñaba.

Sabía, dijo, que no le quedaba mucho tiempo de vida. Los médicos le habían comunicado que tenía el corazón débil. Por encima de todo, no quería que la compadecie-

ran. Había afrontado toda suerte de horrores y había conocido las simas más abismales de la pena. Había obtenido de sus amistades la promesa de que no permitirían que se cerniera sobre ella ni el más sutil velo de compasión; estaba dispuesta a soportar el odio, las injurias, el desprecio, la incomprensión y la persecución, pero no la lástima si estaba mezclada con compasión. Su orgullo y dignidad no conocían límites.

La distancia y la impersonalidad con la que parecía hablar tan sólo disfrazaban en parte sus apasionadas convicciones y sus juicios morales, que eran directamente inapelables. Sus descripciones de las vidas y las personalidades se fundamentaban en un entendimiento sagaz de la moralidad de los personajes y las situaciones (ni siquiera sus amigos se salvaban de su sagacidad), mezclado con sus ideas preconcebidas e inamovibles. Sabía que nuestro encuentro había tenido consecuencias históricas relevantes. Sabía que el poeta Gueorgui Iványov, a quien acusó de haber escrito unas memorias falsas tras emigrar, había sido antaño un espía de la policía en nómina del Gobierno zarista. Sabía que el poeta Nekrásov había sido espía en el siglo XIX, y que el poeta Ánnenski había sido hostigado hasta la muerte por sus enemigos literarios. Todas aquellas creencias no tenían ningún fundamento aparente; eran intuiciones, pero no absurdidades, ni siquiera meras fantasías; eran piezas de una concepción coherente de su propia vida y destino, y de los de su nación, de los temas centrales que Pasternak había querido debatir con Stalin, la visión que había sostenido y dado forma a su imaginación y su literatura. Ajmátova no era una visionaria; para la mayoría de los asuntos, tenía un sentido de la realidad encomiable. Describía la escena literaria y social de San Petersburgo previa a la Primera Guerra Mundial, así como su papel en ella, con un realismo sobrio y una precisión de detalles que la hacían completamente creíble.

Ajmátova vivió épocas atroces, durante las cuales, según Nadezhda Mandelshtam, se comportó como una he-

roína. Jamás pronunció, ni en público ni en privado, una sola palabra contra el régimen soviético. Sin embargo, toda su vida fue equiparable a la descripción de la literatura rusa que Herzen dio en su día: una crítica incesante de la realidad rusa. La adoración a su recuerdo que hoy se profesa en la Unión Soviética, tácita pero generalizada, no tiene, a mi entender, rival. Su resistencia pasiva e implacable a lo que consideraba inmeritorio de su país y de sí misma la convirtieron en una figura (tal como Belinski predijo sobre Herzen) no sólo de la literatura rusa, sino de la historia rusa de nuestro tiempo.

Mis encuentros y conversaciones con Borís Pasternak y Anna Ajmátova, mi conocimiento de las condiciones inenarrables en las que vivieron y trabajaron y del maltrato que padecieron, y el hecho de que me permitieran participar de su relación personal, más aún, de su amistad, hicieron profunda mella en mí y cambiaron para siempre mi perspectiva de las cosas. Cuando veo sus nombres impresos o escucho a alguien mencionarlos, recuerdo vivamente las expresiones de sus rostros, sus ademanes y sus palabras. Y cuando leo sus escritos, incluso hoy, escucho el sonido de sus voces.

Borís Pasternak

(1958)

Borís Leonídovich Pasternak es el mayor escritor ruso de nuestro tiempo. Nadie, ni siquiera sus más ácidos críticos políticos o personales, se ha atrevido a cuestionar que se trata de un poeta lírico genial cuyos versos le han reportado la inmortalidad en vida y cuya posición única en la literatura rusa es poco probable que se vea alterada por el veredicto de la posteridad. La publicación en el extranjero de su novela *Doctor Zhivago* le mereció una fama internacional que ningún escritor ruso desde Gorki ha compartido. Como Gorki (con quien por lo demás tiene poco en común), Pasternak aceptó la Revolución. En cambio, a diferencia de éste y de otras plumas ilustres del momento –léase Alekséi Tolstói, Ehrenburg, Bunin o Kuprín–, Pasternak jamás solicitó asilo político. Permaneció en su país y compartió los padecimientos de su nación en carne propia.

Jamás cesó de escribir: cuando las grandes persecuciones del arte y la literatura dieron comienzo bajo Stalin, en la década de 1940, sus obras fueron prácticamente retiradas de la circulación y apenas se le permitió publicar. Sin embargo, la mera existencia de un hombre de una genialidad magnífica e indiscutida continuó ejerciendo un profundo efecto moral en los literatos rusos y entre muchos de quienes conocieron sus logros sólo por rumores, pero que lo consideraban un santo secular y un mártir que se mantuvo fiel a sus convicciones y a su arte pese a padecer la misma desgarradora presión que hizo ceder a tantos otros escritores.

Su situación actual es extraordinaria: como Tolstói, en las postrimerías de su vida se ha convertido en un escritor aclamado internacionalmente y despreciado sólo por el Gobierno de su propio país, pero a quien incluso sus detractores contemplan con una peculiar mezcla de admiración y pavor, algo que la genialidad inspira en ocasiones. Es un hombre absorto en su poesía: sus escritos y su modo de vida se adecuan a su ideal con la mayor pureza y devoción. Ni siquiera los críticos más capciosos han osado reprocharle que su literatura esté al servicio de fines ocultos, personales o políticos, o a nada aparte de la pura creación artística. Todo aquel que lo ha conocido sabe que es inconcebible que alguna vez tome partido en un movimiento, campaña o desviación hacia la derecha o hacia la izquierda en cualquier alineación o intriga política o literaria. Es un personaje solitario, inocente, independiente y consagrado por entero a la literatura. Se sabe que su integridad y su inocencia han conmovido incluso a los burócratas más inflexibles y cínicos, de quienes por lo demás dependía su supervivencia.

Durante largos años, los críticos soviéticos lo han acusado de ser esotérico, sofisticado y barroco, y de estar alejado de la realidad soviética contemporánea. Se referían con ello a que su poesía no era ni propagandística ni decorativa. Porque si lo que le recriminaban era que sus textos eran introspectivos, que hablaba en un lenguaje cifrado o que era una persona egocéntrica en cualquier acepción, deliberadamente aislada del mundo en el que vivía, tal acusación es completamente infundada. Desde sus primeros años, tanto como poeta cuanto como dramaturgo, Pasternak ha escrito basándose en su experiencia directa, personal, social o incluso política, en la tradición central de toda la gran literatura rusa. Y si su poesía no es de una transparencia autobiográfica, como ocurre, por ejemplo, en el caso de la de su contemporánea, la poeta Ajmátova, es precisamente porque está en la naturaleza de su literatura

transmutar y no documentar. Se ha dicho que toda la literatura rusa es una confesión personal, un *aveu:* Pasternak quizá sea occidental, en el sentido de que no sermonea al lector a la manera de Gógol o Dostoyevski, de Tolstói o incluso de Turguéniev. El escritor debe transformar sus pensamientos en literatura, y no adherirlos a ésta a modo de apéndice artístico o aleccionar a quienes viven en un mundo ajeno al creado por él. En este sentido, Pasternak transita por la senda de Chéjov, quien lo transmuta todo, sin residuo, en el propio relato. Ahora bien, la escritura de Pasternak, como la de Chéjov y todos sus grandes predecesores, incluidos los poetas simbolistas de quienes es un joven contemporáneo, está permeada por su sentido de la responsabilidad.

Pasternak no es un sacerdote ni un proveedor de artículos bellos, sino alguien que describe la realidad para los demás, nutriéndose de sus vivencias inmediatas y directas, si bien, frente a esa verdad, es más impresionable y sensible, más crítico, penetrante y capaz de expresarse que el ciudadano corriente. En este sentido, su literatura y su concepción de la misma están mucho más próximas a la doctrina «social» tradicional que concibe al artista como máximo exponente de su tiempo y entorno, la doctrina clásica de Belinski y Herzen, que a la de los poetas y críticos estéticamente «puros» posteriores a él. Pasternak consideraba esta última actitud (adoptada por el marxismo) demasiado cercana al utilitarismo vulgar. Ello lo aleja de los puristas y estetas de San Petersburgo. El hecho de haber nacido y haber pasado la mayor parte de su vida en Moscú; las influencias que moldearon su pensamiento; el impresionismo imaginativo y humano de los lienzos de su padre; la amistad de su familia con Tolstói, que coloreó profundamente su infancia y adolescencia; las actitudes metafísicas de Skriabin, quien fuera su maestro de solfeo en un tiempo en que deseó ser compositor; las doctrinas sociales y religiosas de Andréi Beli, y el futurismo revolucionario de su buen amigo Mayakovski, el laureado de la

era bolchevique de Lenin, militaban fervientemente en contra del esteticismo hedonista.

Pasternak jamás ha abandonado esta senda, nunca se ha retirado a ninguna ciudadela privada ni ha buscado evadirse de la realidad en ningún sentido de la palabra. Durante su etapa más experimental, cuando como los demás poetas revolucionarios jóvenes escribía de un modo quebrado, violentamente distorsionado y episódico, con multitud de analogías en Occidente, aquél fue un medio y sólo un medio de expresar y reconstruir el mundo real de acción y agitación social y política que vivió en toda su plenitud. El hecho de que *Doctor Zhivago* haya conquistado al mundo occidental se debe en parte a que el público general no conoce la obra anterior del autor, a la que supera en mucho pero con la que tiene una afinidad innegable. El fragmento biográfico anterior, *El salvoconducto*, y los relatos escritos en la década de 1920, que, según se rumorea, el autor actualmente desdeña, no son meros ejercicios artesanales ni piezas virtuosas, sino que describen mundos repletos de vivencias. El don que distingue a Pasternak de los demás escritores de su generación es su habilidad para transmitir la calidad orgánica, ese latido de vida que palpita en cualquier objeto del universo que crea. Ningún artista ha ejemplificado jamás de una manera más vívida la teoría renacentista del artista en tanto que creador, rival de la propia naturaleza. Piedras, árboles, tierra y agua están dotadas de una vida propia en la visión cuasi mística que permea la poesía de Pasternak desde sus albores. Esta visión confiere su propia vitalidad independiente a los personajes humanos que pueblan sus páginas, a los edificios en los que habitan, las calles que transitan, y las situaciones sociales y políticas tridimensionales en las que se ven inmersos. Este genio proverbial que infunde vida a acontecimientos impersonales (revoluciones, guerras o las estancias en las que seres humanos hablan, duermen o reflexionan) se sitúa en el extremo opuesto del realismo y el naturalismo, y más alejado aún de la fidelidad fotográfica o el periodismo.

La diferencia entre Pasternak y otros escritores soviéticos (con contadas excepciones honorables) no es que él sea apolítico mientras que los demás se involucran en el destino de su país o participan de su credo. La diferencia estriba en que el talento de los segundos es limitado y sus técnicas, burdas, y en que crean personajes que están muertos desde el principio. Así lo confirman de manera inequívoca las descripciones aportadas por múltiples visitantes extranjeros de la personalidad de este genio de rostro apuesto y magníficamente expresivo (que uno de sus contemporáneos ha definido como el de «un árabe y su caballo»), tenso, apasionado y seguro de sí mismo, quien despliega un vocabulario extraordinario incluso en las conversaciones más triviales, repleto de símiles e imágenes, con el que deleita, conmueve y sobrecoge a todo aquel que acude a visitarlo a su casita situada en la población de escritores de los aledaños de Moscú. Hay algo asombroso y profundamente conmovedor en este espectáculo de un hombre dotado con un don peculiar y por completo honesto que vive inmerso en una revolución a la que no se ha opuesto jamás y que habla al mundo a través de las mentes de sus conciudadanos. Su lenguaje, de una eficacia particular gracias a una sublimidad anticuada desaparecida en Occidente largo tiempo atrás, nos recuerda dolorosamente lo que antaño se consideraba ser un gran hombre.

Hay escritores –y grandes poetas entre ellos– cuya poesía es distinta a su vida y su prosa. La vida y las demás actividades de Browning o Malory o T. S. Eliot no son específicas de poetas. En Pasternak no se da tal diferenciación. Todo lo que dice y escribe es poético: su prosa no es la de un escritor de prosa, sino la de un poeta, con todos sus méritos y defectos; sus planteamientos, su concepción de la vida, su posicionamiento político y su fe en Rusia, en la Revolución y en el nuevo mundo que está por venir, una fe muy profunda, poseen la claridad y la concreción de una visión poética. Es el último y uno de los mayores exponentes de la llamada «Edad de Plata» de la literatura rusa. Es

difícil concebir una figura comparable a él por su talento, vitalidad, integridad irrefutable, valor moral y solidez en cualquier otra parte del mundo. Tanto si concuerdan como si discrepan con este punto de vista, la inmensa mayoría de los ciudadanos soviéticos que han oído hablar de él lo respetan y, al margen de lo que opinen sus críticos, sienten que los ha acompañado en todos los estadios de sus tormentosas vidas. Se ha granjeado el respeto de comunistas, no comunistas y anticomunistas. Ningún escritor ha conseguido un estatus comparable en nuestros tiempos.

El porqué del aislamiento voluntario de la Unión Soviética

(1946)

Dado que mis cualificaciones para hablar sobre la Unión Soviética se limitan al conocimiento del idioma y a una estancia de cuatro meses[1] en Rusia, las mías no son más que impresiones fugitivas. A diferencia de lo que ocurre entre un sector de la opinión estadounidense, el cual desea disociarse por completo del mundo exterior, la actitud en Rusia es «aislacionista», pero con matices. El país está dispuesto a participar en las relaciones internacionales, pero prefiere que otros países se abstengan de interesarse por sus asuntos internos: es decir, Rusia pretende aislarse del resto del mundo sin quedar completamente al margen de éste.

No volveré a repasar la coyuntura histórica de la Rusia de los siglos XVIII y XIX. Los motivos principales para la desconfianza rusa con respecto a Occidente son archiconocidos: nunca ha formado parte de Europa durante demasiado tiempo, tradicionalmente no se ha mezclado con los países europeos y, en consecuencia, se siente amenazada por un complejo de inferioridad. Es interesante destacar que, con la posible excepción de Turguéniev, no existe ningún gran escritor ruso que no padeciera xenofobia, que en determinados casos rayaba el odio profundo hacia Occidente. Esta incómoda posición que Rusia siente haber ocupado, pues los «escitios» no pertenecen ni a Oriente ni a Occidente, ha degenerado en una neurosis permanente.

1. Entre mediados de septiembre de 1945 y comienzos de enero de 1946.

El atraso económico suele postularse como la principal razón para el complejo de inferioridad de Rusia, pero me pregunto si no habrá un motivo más complejo.

El recelo de Rusia hacia Occidente, recelo que he apreciado en conversaciones mantenidas con funcionarios y periodistas soviéticos, se percibe ya en el argumento que éstos esgrimen para explicar la posición tradicional de Rusia hacia Europa, y en particular hacia Gran Bretaña. Su actitud actual es una herencia de la única explicación posible (a ojos rusos) para la inmensa expansión de la Gran Bretaña imperial en el siglo XIX. ¿Cómo, se preguntan los rusos, pudo un país tan pequeño apañárselas para extenderse sobre la faz de la Tierra? Sólo hay una respuesta posible; dentro de las fronteras de esta pequeña isla se da una tremenda concentración de intelectos y energías puestas al servicio de un plan maquiavélico a largo plazo. En opinión de los rusos, que se consideran unos patosos y aturullados gigantes de nacimiento dotados con grandes recursos emocionales, esta teoría ha ido evidenciándose en el transcurso de la historia: dan por sentado que cada paso desconsiderado de los británicos forma parte de un esquema a largo plazo; de no ser así, se plantean, ¿cómo puede Gran Bretaña haber adquirido tanto poder?

Podría argumentarse, no sin cierto sarcasmo, que éste casi nunca ha sido el caso; la británica es una política precaria que funciona a base de arrebatos y arranques, y con frecuencia se aplica de manera distraída. Pero los rusos son capaces de encajar en esta teoría, en este patrón hipotético de política de largo recorrido, toda suerte de pruebas demostrativas. Ensartada en un esquema tan innatural, la política británica está abocada a parecer maligna y ello impele a los rusos a adoptar contramedidas; las contramedidas rusas son a su vez contrarrestadas con contramedidas británicas, y así se prolonga hasta el infinito el círculo vicioso de los malentendidos. La teoría del «plan a largo plazo» de la política británica se ve reforzada por el marxismo, que invita a los funcionarios rusos a interpre-

tar los motivos británicos en clave de guerra de clases consciente o inconsciente. Una interpretación fantástica del caso Hess como una estrategia elaborada de traición por parte de Winston Churchill induce a los rusos a estar convencidos de su superioridad con respecto a la astucia británica, pese a que, si uno les solicita que demuestren su teoría, son incapaces de aportar pruebas concretas y se limitan a decir que los británicos han engañado a los demás y a sí mismos. Los británicos no comprenden los inexorables principios rectores de su historia y se equivocan al imaginar que obedecen a impulsos efímeros. La política británica se rige por las leyes de un capitalismo abocado a su trágico destino. Cualquier intento de refutación convierte a quien lo plantea en un insensato o un truhán. Es difícil convencer a los rusos de que yerran en su hipótesis, puesto que, al margen de lo que apunten las pruebas, su argumentación se sustenta por igual en ejemplos positivos y negativos.

Una vez asimilada la aceptación sin paliativos de estas ideas preconcebidas, carece de sentido preguntarse por qué los rusos toman contramedidas. Hay quien apunta que los rusos han dejado de ser marxistas conscientes y se han convertido en nacionalistas y oportunistas. No estoy de acuerdo: sigue existiendo una adhesión universal a una forma de marxismo muy cruda y simple; tal vez sí haya habido un cambio de tácticas, pero no de estrategia. Se trata, a mi parecer, de un hecho relevante, a tenor de las creencias fundamentales que la asunción del marxismo implica: si los gobernantes de una nación creen en el inevitable conflicto interno del capitalismo, dicha creencia repercutirá en la política exterior nacional. La actitud de Rusia hacia Gran Bretaña no es estrictamente de sospecha; ésa es una ilusión por parte de los británicos. En la Unión Soviética hay multitud de personas audaces que conocen bien a los británicos. La «sospecha» implica que un conocimiento más íntimo desembocaría en sentimientos más afines. Esta asunción parte de la vanidad nacional, pues

nada invita a creer que cuando los rusos conozcan nuestro verdadero rostro (y viceversa) no desconfíen de nosotros más de lo que ya lo hacen ahora. La sospecha se alimenta de la ignorancia y de la desaprobación, que es lo que muchos rusos sienten, y no del conocimiento. Cuanto más saben, menos perdonan. Hay que afrontar, asimismo, que creen que con el tiempo se impondrá en el mundo una sociedad no capitalista, y que ésta es una realidad que enfrentará a otros países contra ellos. La política exterior soviética es en este sentido ideológica; dudo que la posesión de Trieste, por ejemplo, o de los Estrechos sea un punto básico, pues implica la presunción de que Rusia anhela hacerse con esos lugares con fines militares. En mi opinión, no es éste el caso: sus demandas particulares varían en función del régimen que controla estas zonas. La Unión Soviética sigue contemplando a Italia como un país potencialmente profascista y, por lo tanto, exige de forma perentoria que Trieste se anexione a Yugoslavia; por el mismo motivo, plantea obstáculos a Turquía amparándose en las reclamaciones «armenias» o «georgianas».

Conviene aclarar un punto: la seguridad del sistema ruso es la principal preocupación de cualquier funcionario nacional; no se trata de una cuestión de seguridad en las fronteras, sino de algo más intangible. Los rusos pueden ser cínicos con respecto a los medios que utilizan para conseguir estos fines, pero no lo son con respecto a los fines en sí mismos: creen sinceramente en los principios básicos sobre los que se sostiene el Estado y, mientras existan otros sistemas capaces de competir con el suyo y sus principios no se acepten de manera general, seguirán mostrándose inquietos y obsesionados con la seguridad. Por ello, a mi modo de ver, es un poco simple por parte del Gobierno y la opinión pública británicos imaginar que los rusos son capaces de reaccionar ante la diferencia entre un inglés liberal y uno no liberal, y que enviando a Moscú a personas a quienes se tenga por amigas de la Unión Soviética conseguirán recabar una idea real del país. Para los

rusos, los británicos son capitalistas y, por regla general, astutos; la sutil diferencia entre una perspectiva más amplia o limitada no difiere mucho de nuestra capacidad de diferenciar a los comunistas del ala derecha o del ala izquierda.

Lo más práctico es contemplar la Unión Soviética como un *establishment* educativo. No se trata de ninguna prisión: eso es una distorsión de la realidad. Sus ciudadanos se sienten en gran medida como escolares, y el principal objetivo es educar a los rusos en la igualdad con Occidente lo más pronto posible. Lo fundamental, como en ocasiones los propios funcionarios estatales admiten, es que los rusos son medio bárbaros y hay que difundir entre ellos la civilización y los valores occidentales, cosa que en una escuela con doscientos millones de alumnos no puede conseguirse mediante la amabilidad. Por ello aplican el mismo principio que los viejos directores de colegios: para convertir a un niño bisoño en un hombre hay que pegarle a intervalos regulares; de lo contrario, sus compañeros más avezados lo devorarán.

La forma simplificada de marxismo que suscribe el ciudadano medio de la URSS guarda un asombroso parecido con la religión en las escuelas públicas: su práctica activa se reduce a una minoría, pero el resto la acata pasivamente. Podría afirmarse que la prensa soviética persigue metas similares a las de una publicación escolar y, para continuar con la analogía, los extranjeros que visitan la Unión Soviética son tratados como desconocidos a quienes se ha sorprendido merodeando por los alrededores de la escuela y hablando con los alumnos. Del mismo modo que no todos los desconocidos son sospechosos de pervertir la mente de los niños, el extranjero no es siempre sospechoso de espiar y confabular, sino simplemente de hacer perder el tiempo al pequeño distrayendo su atención. Departir con un ruso sobre otros modelos, sean políticos o culturales, se considera una manera de hacerlo desviarse de su cometido y de malgastar sus energías. Tomada en su contexto, las

autoridades soviéticas demuestran una actitud racional al presumir tal cosa, sobre todo habida cuenta que están intentando construir una nueva sociedad en una carrera imaginaria contra el tiempo y rodeadas por enemigos envidiosos.

Como no podía ser de otro modo, tal actitud se relajó durante la guerra, pero últimamente se ha recrudecido. En Occidente sorprendió la suavización de las medidas de seguridad aprobada durante la guerra, si bien esta relajación fue análoga al baile de graduación de un estudiante. El reglamento de la escuela se olvida y se permite a los alumnos fumar y blasfemar, pero siguen vistiendo el uniforme: eso es exactamente lo que ocurrió con los soldados soviéticos destacados en el extranjero. A su regreso, de nuevo como niños, los funcionarios temieron que se hubieran vuelto demasiado independientes para aceptar la que seguía siendo una disciplina escolar imprescindible. Es difícil augurar si alguna vez se pondrá fin a estas precauciones estrictas. Los funcionarios del Estado aseguran que los lazos disciplinarios acabarán por aflojarse, pero me pregunto si la rigidez de los medios no hará que los fines para los que están diseñados devengan cada vez más y más inalcanzables.

Escuché una conversación típica entre un oficial soviético de alto rango y un parlamentario británico que se hallaba de visita en Rusia como parte de una delegación. El inglés hablaba del muro de sospecha que se había alzado entre ambos pueblos y de la posibilidad de demolerlo y tender puentes de amistad a ambos lados. «No obstante –apostilló–, por muy amigos que nos hagamos, es inevitable que exista siempre una cierta fricción.» «Sin duda –replicó el oficial soviético–, por mucho que limitemos el contacto entre nuestros pueblos, como haremos siempre.» Un claro reflejo del significado real que los rusos otorgan a la palabrería benevolente y rutinaria de esta índole.

Frente a la tendencia de los rusos de inventar una fórmula simple para explicar a los británicos, éstos respon-

den con una mala exégesis, igualmente engañosa, de los motivos soviéticos. La URSS no debe interpretarse meramente en términos de Iván el Terrible o Pedro el Grande con un matiz oriental. Sus prácticas y sus postulados sociales y económicos son fundamentales. Ahora bien, ni siquiera éstos son la causa de la fricción entre ambos países. El principal punto de conflicto es el problema de las libertades civiles: en la Unión Soviética, las libertades civiles son un asunto de decisión arbitraria, como los privilegios concedidos a los escolares, y los rusos conciben la insistencia de los británicos en su obligatoriedad como una defensa política contra la erradicación de la sociedad capitalista, sentenciada por la historia pero capaz a su modo de sobrevivir. Así se demostró muy claramente con el tema de Indonesia. Los diarios soviéticos no mencionaron el asunto durante una semana o diez días, puesto que una masacre brutal de rebeldes, con el terror apoderándose de las calles, se habría interpretado como un achaque tradicional del poder imperialista, y los rusos, temerosos del ejército británico, se hubieran visto obligados a ganar tiempo. Dado que los británicos habían actuado de un modo ilustrado, los rusos habían anticipado las semillas de la decadencia y la incertidumbre: el kerenskismo era un imperialismo que había perdido la confianza en sí mismo y, por consiguiente, estaba condenado a su disolución y merecía un ataque sin paliativos.

Gran Bretaña ha experimentado un profundo cambio de sentimientos hacia Rusia: de ser la «amenaza roja» pasó a ser nuestra aliada en una larga guerra. Este cambio se vio reforzado por la culpabilidad por lo acaecido en Múnich, pero últimamente la opinión pública ha sufrido una decepción ante lo que se ha interpretado como un viraje a peor de la política exterior rusa. Gran Bretaña ha ideado una fórmula que describe a los rusos como imperialistas expansionistas, pero ha quedado claro que no son tal cosa, y la desilusión posterior al fracaso de esta fórmula es tal que nuestros diarios y lectores no saben hacia qué

lado mirar. Ambos países aplican fórmulas inexactas para explicar las actitudes del otro.

El motivo para la «crudeza» del comportamiento actual de Rusia posiblemente estribe en que la decepción que siente es auténtica. Gran Bretaña se postuló en principio como su aliada y luego firmó el Pacto de Múnich, movimiento que los rusos interpretaron como una traición, incluso hacia sí misma. Y en cierta medida lo fue. Posteriormente, cuando los rusos esperaban que Gran Bretaña optara por una cobeligerancia con Alemania o, en el mejor de los casos, por mantenerse neutral, los ingleses los sorprendieron ofreciéndoles su alianza. Se fraguó entonces la época de los Tres Grandes, con el predominio de Roosevelt y Churchill, que Stalin parecía entender y en el que daba muestras de creer. Pero Roosevelt falleció y Churchill fue derrotado, algo que Rusia nunca logró comprender. Los rusos no saben qué posición ocupan: habrían aceptado una división de Europa en esferas de influencia y una desatención completa y cínica hacia la ONU, pero no entienden en cambio un sistema de cooperación democrática por parte de potencias con una fuerza e influjo a todas luces desiguales, porque ello equivale a la Liga de las Naciones, y la Liga implica una hegemonía anglosajona antirrusa.

A finales de 1945 pudo haber un momento para la adopción de una decisión crucial con respecto a las relaciones económicas con Occidente. Difiero de la tesis de que existen dos escuelas «ideológicas» en Rusia, una a favor de la cooperación con Occidente y otra en contra: cualquier escuela minoritaria sistemática de pensamiento habría sido erradicada hace tiempo. La colaboración con Occidente cuenta con el apoyo de determinados departamentos, como, por ejemplo, el Ministerio de Asuntos Exteriores o el de Comercio Exterior (una línea departamental funcional, no política), y con la oposición de otros, como, por ejemplo, el Comité de Seguridad del Estado, probablemente por motivos profesionales parecidos: no existen

pruebas de ninguna base ideológica para esta línea. Como tampoco hay pruebas concretas que demuestren que la bomba atómica ha entrañado alguna modificación en la política rusa. Sin embargo, es interesante que Stalin eligiera diciembre de 1945 para anunciar un nuevo Plan Quinquenal. Al fin y al cabo, los rusos padecieron multitud de bajas durante la guerra (perdieron a millones de hombres) y grandes zonas industriales y agrícolas quedaron devastadas y sumidas en el caos. En aquellos momentos es razonable que esperaran cierta relajación de las condiciones materiales, pero Stalin aprovechó la coyuntura para solicitarles que se apretaran aún más el cinturón. Tal movimiento, desde mi punto de vista, exigía una enorme valentía psicológica, porque, pese a que en Rusia no existiera una opinión pública como tal, sí existía un sentir popular. Tan sólo podía plantearse si se carecía de una alternativa aparente a la confianza en su propio poderío económico y militar, y amparándose en el marxismo y en que los sacrificios que éste exige son la única defensa concreta y válida en un mundo repleto de locos manipulados por bellacos «reaccionarios».

Concluyo con una crítica a la política británica hacia Rusia. Es preciso recordar que los rusos no creen una palabra de lo que decimos, porque piensan que nos entienden mejor de lo que nosotros mismos nos entendemos. Los discursos, sobre todo los blandos, no hacen ningún bien; y considero que los gestos malhumorados y agresivos de Ernest Bevin tampoco, pues sólo consiguen irritar a los rusos, pero no los asustan: no creen que contemos con los recursos necesarios para respaldar nuestras duras palabras. El único modo de convencerlos de que los británicos no pretenden causarles ningún daño es simple y llanamente no hacer nada: siempre nos juzgarán por nuestros hechos y no por nuestras palabras. Si aplicamos una política de desviación con lo que estimemos oportuno para su fin y hacemos concesiones en la medida de lo posible, sin perder nunca de perspectiva el fin, y si tratamos a los rusos

como a cualquier otra superpotencia, pese a su extraño comportamiento de no reciprocidad y no respondemos a sus provocaciones, por muy intolerables que sean, sino que nos las ingeniamos para trabajar en cualquiera que sea nuestro interés fundamental, y el del mundo en general, entonces aún podemos albergar alguna esperanza de éxito. De otro modo, la riña de políticas acabará desembocando en un conflicto primero ideológico y luego armado y se saldará con una guerra entre principios igualmente inaceptables para las personas liberales.

La dialéctica artificial

El generalísimo Stalin y el arte del gobierno

(1952)

Hubo una vez un hombre que aceptó un trabajo como camarero en un crucero. Le explicaron que, para evitar romper platos cuando el barco se balanceaba a causa del mal tiempo, no debía caminar en línea recta, sino desplazarse en zigzag: eso era lo que hacían los marineros expertos. El hombre dijo que lo entendía. Como era de esperar, llegó el primer día de mala mar, el camarero perdió el equilibrio y enseguida se oyó el estrépito de los platos haciéndose añicos contra el suelo. Le preguntaron entonces por qué no había seguido las instrucciones. «Lo he hecho –aseguró–. He hecho lo que me dijeron. Pero cuando yo hacía zig el barco hacía zag y cuando yo hacía zag el barco hacía zig.»

La habilidad de coordinar con cuidado sus movimientos con el vaivén dialéctico del Partido –un conocimiento semiinstintivo del instante preciso en el que el zig se convierte en zag– es el arte más preciado que un ciudadano soviético pueda dominar. La carencia de esta pericia, que ni siquiera el mayor de los conocimientos teóricos del sistema puede compensar, ha demostrado ser la perdición de algunos de los partidarios más capaces, útiles y, en los primeros tiempos, fanáticamente devotos y menos corruptos del régimen[1].

1. Estos dos párrafos componían la conclusión original del ensayo: véase p. 39.

I

Vivimos en una época en la que las ciencias sociales afirman ser capaces de predecir con una precisión mayor cada vez el comportamiento de grupos e individuos, gobernadores y gobernados. Por eso resulta extraño descubrir que uno de los procesos políticos que sigue provocando la mayor de las perplejidades se encuentra no en las profundidades de un territorio de naturaleza indómita ni en las oscuras simas del alma humana, intratable mediante el análisis psicológico, sino en una esfera en apariencia dominada por las férreas leyes de la razón, de las cuales parece haberse eliminado sin piedad todo rastro de factores aleatorios, caprichos humanos, oleadas impredecibles de emoción, espontaneidad, irresponsabilidad y todo lo que tienda a suavizar el nexo lógico riguroso. El proceso al que me refiero es la «línea general» del Partido Comunista de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Sus abruptos y violentos cambios de timón no sólo desconciertan al mundo exterior, sino también a los ciudadanos soviéticos; y no sólo a los ciudadanos soviéticos, sino a los miembros del propio Partido Comunista tanto en Rusia como en el extranjero, en quienes a menudo suscita una sorpresa desconcertante, virulenta e incluso letal.

La incapacidad de predecir los curiosos virajes de la línea oficial constituye un fracaso monumental para cualquier comunista. En el mejor de los casos, altera todos sus cálculos personales; en el peor, lo condena a la ruina máxima. De ahí que en la historia de los partidos comunistas de fuera de Rusia, en particular el alemán, abunden los ejemplos en los que los cambios repentinos de la «línea» moscovita han abocado a dichos partidos a desastres de proporciones monumentales. La avalancha de libros de excomunistas tan bien documentados como Barmine, Ciliga, Rossi y Ruth Fischer, así como los *romans-à-clef* de autores de talento que se han posicionado contra el régimen

soviético, como Arthur Koestler, Humphrey Slater y Victor Serge, abordan vívidamente este fenómeno. Tanto en el terreno ideológico como en los aspectos económicos y políticos concretos de la política exterior comunista, gran parte de esta incertidumbre puede sin duda atribuirse al predominio del interés nacional de Rusia por encima de los intereses del comunismo mundial en general o de los partidos locales en particular. Más aún, puesto que ni siquiera todos los líderes soviéticos proceden de Marte, hay que acreditarles con un margen normal de error de cálculo, estupidez, ineficiencia y mala suerte. Sin embargo, incluso aceptando factores dispares como el nacionalismo, la falibilidad humana y la confusión de los asuntos humanos en general, la senda irregular por la que avanza la política ideológica de la Unión Soviética sigue siendo anormalmente inquietante.

Llegados a este punto tal vez sea inevitable recurrir a la doctrina marxista, pues es razonable asumir que los dirigentes soviéticos no se precian sólo por juzgar los hechos a la luz de una determinada interpretación del marxismo, sino que en ocasiones lo hacen de facto. Sin duda, la inteligencia de los miembros del Politburó posee unas inclinaciones más prácticas que teóricas; pese a ello, las categorías fundamentales que se aplican para asimilar el mundo exterior y enmarcar las políticas continúan derivándose del puñado de teorías planteadas por Marx y Hegel y adaptadas por Lenin, Trotski, Stalin, Tito y otros, así como, de un modo distorsionado y enrevesado, por los dictadores fascistas. De acuerdo con esta teoría marxista desarrollada es posible distinguir entre «montañas» y «valles», períodos en los que la «historia» parece hallarse en un estado de fermentación y avanzar hacia un clímax revolucionario por un lado, y otros, más frecuentes, en los que la situación tiende o al menos parece tender a la quiescencia y la estabilidad por el otro. Ahora bien, mientras que la teoría, por supuesto, explica que bajo la plácida superficie siempre acontece un choque de placas

que acaba desembocando en la inevitable colisión (que constituye el progreso), el proceso puede seguir estando en muchas ocasiones latente, seguir siendo invisible... y, según una imagen que Marx (y Hegel) extrajo de *Hamlet*, fraguarse en una revolución agazapada en su madriguera como un viejo topo[1]. En estas etapas los partidos revolucionarios deberían maridarse y consolidar sus recursos en lugar de malgastar sus fuerzas en la batalla. Esta teoría de fases alternas, más antigua que Matusalén, se postula como la única hipótesis que ofrece una explicación plausible a las políticas adoptadas por Stalin a finales de la década de 1920 y durante toda la década de 1930.

Uno de los mejores ejemplos de atajos de una política «activista» lo encontramos en la liquidación de la línea agresiva de Trotski en China. El razonamiento de Stalin y sus aliados los condujo en apariencia a colegir que había dado comienzo una etapa «quiescente» y que, como resultado de ello, hacer o respaldar una revolución violenta generaría «necesariamente» frustración. A la inversa, el ejemplo más espectacular de llamada a las armas lo hallamos en la célebre directiva lanzada a los comunistas alemanes en 1932 para que concentraran su fuego sobre los socialdemócratas, a quienes se consideraba enemigos más peligrosos que Hitler. Los discursos de Stalin de esa época resultan sumamente instructivos a este respecto: parece haber asumido sin dobleces que, tras un prolongado valle de abatimiento en la década de 1920, la cima de la revolución empezaba a elevarse de nuevo. Contemplaba la crisis económica de 1929-1931 como la más violenta indicación

1. «Muy bien, viejo topo. ¡Qué rápido escarbas!», le dice Hamlet al fantasma en la obra de Shakespeare (acto I, escena 5, verso 162). «¡Bien has hozado, viejo topo!», dice Marx al final de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852) (Madrid, Alianza, 2003). Hegel no parece haber utilizado la metáfora directamente, pese a que el tenor de los comentarios de Marx es muy hegeliano.

jamás acaecida de que las contradicciones del sistema capitalista estaban por fin a punto de desempeñar su misión histórica de hacer saltar por los aires la desvencijada estructura capitalista. (Conviene aclarar, empero, no era el único que contemplaba la situación bajo esta pálida luz; muchos observadores en tierras lejanas y de opiniones políticas de tintes muy dispares se expresaron en términos igual de dramáticos.) En una situación llamada «revolucionaria», el Partido Comunista avanza. La etapa de plácida incubación durante la cual se ve obligado a adormecer a sus rivales y enemigos potenciales con una falsa seguridad concluye, y se desmontan todas las pretensiones de solidaridad con otras fuerzas del ala izquierda y «progresistas». Una vez empiezan a aparecer las fisuras en el orden capitalista, el momento decisivo no puede andar lejos, y la preparación de Lenin para su golpe de Estado entre septiembre y octubre de 1917 se convierte en el modelo a seguir. El Partido Comunista, atrevido, fuerte y sabedor de lo que quiere y de cómo obtenerlo, rompe su hipócrita (pero, en una fase anterior, necesaria en términos tácticos) relación con la masa «blanda» y confusa de compañeros de viaje, compañeros trotamundos, aliados temporales y simpatizantes vagos. Y salta al precipicio a la conquista del poder, para el que sólo él está (y sabe que está) adecuadamente organizado.

La orden de avanzar que Stalin emitió a sus aliados alemanes en 1932 tuvo consecuencias letales para éstos y casi igual de fatales para sí mismo, consecuencias que el mundo entero conoce y paga desde entonces con un sufrimiento indecible. Sin embargo, ni siquiera ello perturbó la fe comunista en la fórmula simple, que permanece inalterada y repite sin cesar: en situaciones revolucionarias, liquida a los aliados que te sean inservibles y avanza y lucha; en las situaciones no revolucionarias, acumula fuerza mediante alianzas ad hoc, construye frentes populares, adopta disfraces liberales y humanitarios, y cita textos antiguos que impliquen la posibilidad, e incluso el deseo, de una coexis-

tencia pacífica de tolerancia mutua. Esta última estrategia presenta la doble ventaja de comprometer a los potenciales rivales llevándolos más lejos de lo que desean ir o de lo que son conscientes de estar yendo, al tiempo que se abochorna a los opositores de la derecha, las fuerzas reaccionarias, alineando contra ellas a todos los defensores más sinceros y notorios de la libertad, la humanidad, el progreso y la justicia.

De hecho, podría darse el caso de que esta máxima tan sencilla fuera en cierta medida responsable de las oscilaciones de la política propagandística soviética posterior a 1946, fecha en que los analistas soviéticos comenzaron a intuir una crisis económica mundial de amplio espectro y, en consecuencia, se tornaron agresivos e inflexibles. Siguió una aceptación gradual y al principio renuente (vaticinada de manera prematura por el economista soviético Varga, que fue debidamente reprendido por su presciencia inoportuna) de que la crisis no se estaba materializando a la velocidad prevista y podía no hacerlo en el momento o con la virulencia esperados. Ello explicaría los intentos realizados en los dos últimos años por sustituir (al menos de cara al exterior) la propaganda directa, enmarcada en términos marxistas intransigentes y anticuados, por valores no comunistas, como llamamientos al deseo universal de paz, o al orgullo nacional o regional frente al dictado estadounidense, o a supuestas tradiciones de amistad entre, pongamos, Rusia y Francia, en contraste con la hostilidad no menos tradicional entre, por ejemplo, Francia e Inglaterra. La confianza soviética en este patrón histórico de períodos de alternancia entre quiescencia y crisis (que cuenta con un pedigrí premarxista respetable) puede no ser la llave que descifre todos los entresijos de sus políticas ideológicas en el extranjero, pero sin este tipo de hipótesis estas políticas devienen absolutamente ininteligibles y sólo pueden explicarse asumiendo un grado de ceguera, estupidez o perversidad gratuita en Moscú que ni mucho menos puede imputarse

a los actuales gobernantes de la URSS. Argumento lo suficientemente poderoso para creer que esa hipótesis es correcta.

II

Al margen de qué teoría de la historia guíe la política del Gobierno soviético hacia sus agentes en el extranjero, en ningún caso explicaría ésta el movimiento zigzagueante de la línea del Partido dentro de las fronteras de la propia Unión Soviética. Éste es el brazo de la política soviética que más apabulla a sus propios ciudadanos, en particular a aquellos cuyas profesiones los obligan a expresarse en público –escritores, artistas, científicos, académicos e intelectuales de toda índole–, puesto que sus carreras y, más aún, sus vidas dependen de su capacidad para amoldarse de manera rápida y adecuada a las alternantes formas de esta entidad proteica de movimientos caprichosos. Los principios de este vaivén, como es lógico, no siempre son totalmente inescrutables. De ahí que la adopción de la doctrina del «socialismo en un país» en la década de 1920 no hiciera sino alterar el cauce de todas las actividades del Partido. Ningún observador avezado pudo sentirse verdaderamente sorprendido cuando los seguidores ideológicos de la línea más temprana, conocida como «trotskista», ni tampoco los individuos con vínculos personales con el líder desterrado fueron, a su debido tiempo, purgados o condenados al ostracismo. Y tampoco tomó a nadie desprevenido la prohibición de las manifestaciones antialemanas o antifascistas tras el pacto entre nazis y soviéticos de 1939. Ni siquiera lo hizo el auge de nacionalismo y patriotismo de férreo aliento oficial durante la guerra de resistencia nacional frente a los alemanes.

En cambio, nadie esperaba ni podía haber anticipado algunos incidentes curiosos, como la denuncia del filósofo oficial del Partido, Gueorgui Aleksándrov, por mantener

que Karl Marx era simplemente el mejor pensador occidental, en lugar de, como debiera haber señalado, un ser único y distinto a todos los demás y de una especie superior a cualquier pensador que jamás haya existido. Las autoridades del Partido sostenían que había descrito a Marx inadecuadamente, en términos casi insultantes, al calificarlo de filósofo; se transmitió la impresión de que afirmar que Marx era el mejor filósofo era como afirmar que Galileo era el astrólogo más distinguido, o el más elevado y dotado de los simios. Tampoco nadie predijo, ni pudo vislumbrar, justo tras los asesinatos masivos y las torturas de los judíos por parte de los nazis, el estallido de animadversión hacia la generación más anciana de intelectuales, en su inmensa mayoría escritores y artistas de origen semita, a quienes se calificó de «pandilla de cosmopolitas desarraigados»[1] y nacionalistas sionistas de poca monta; ni el desmantelamiento sumario, poco después, del Comité An-

1. Traducción habitual de «*bezrodnie kosmopolity*» (*bezrodnyi* significa literalmente «sin relaciones» o «sin orígenes»), que se utilizó para aludir a los judíos soviéticos. Aunque Hitler calificó a los judíos, entre otros, como «una camarilla internacional de descastados» en un discurso pronunciado en 1933, esta locución rusa apareció escrita por vez primera (según mis averiguaciones) en un artículo del editor del diario *Ogonek*, A[natoli Vladimírovich] Sofrónov, «Za dal'neishii pod'em sovetskoi dramaturgii» [En pro de la evolución de la dramaturgia soviética], publicado en *Pravda* el 23 de diciembre de 1948 (p. 3), si bien el término *kosmopolit* por sí solo venía utilizándose comúnmente desde, como mínimo, la década de 1930 a modo de etiqueta peyorativa para cualquiera que no suscribiera la línea política oficial; los eslavófilos, por su parte, lo utilizaron también durante el siglo XIX para referirse despectivamente a los occidentales. El artículo de *Pravda* iba precedido por una carta antisemita que Anna Begicheva, una crítica de arte de la revista *Izvestia*, remitía a Stalin y en la que hablaba de «los enemigos en las artes» (carta fechada el 8 de diciembre de 1948 y actualmente [noviembre de 2003] conservada en el Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica [RGASPI] 17, 132, 237, 75-81, si bien esta información se omite en ella).

tifascista Judío. Tampoco ninguno de los filólogos que durante tantos años habían suscrito fielmente las extravagantes (pero oficialmente aprobadas) doctrinas del desaparecido academicista Marr pudo ser culpado de no prever el repentino eclipse de su mentor. ¿Cómo podía nadie en el mundo imaginar que tanto sacrificio devoto al conocimiento y el intelecto ante el altar del deber para con el país y el Partido hallaría un destino tan excéntrico como la intervención por parte del propio Generalísimo con una declaración ex cátedra sobre la auténtica verdad con relación a las interrelaciones del lenguaje, los dialectos y la estructura social?

Cualquiera que haya estado en contacto con escritores o periodistas soviéticos o con representantes soviéticos en el extranjero conoce la extraordinaria agudeza de oído que tales personas desarrollan para percibir incluso los más leves cambios de tono en la línea del Partido. Sin embargo, en última instancia esta habilidad les resulta inútil, puesto que va acompañada por una ineludible ignorancia de qué dirección tomará la «línea» en su próximo volantazo. Como es de suponer, existen infinitas hipótesis con respecto a cada arremetida y bandazo, algunas frívolas y otras serias; en la propia Rusia soviética éstas se caracterizan en ocasiones por esa cualidad sardónica y desesperada propia del humor del patíbulo, ese típico *Galgenhumor* soviético responsable de algunas de las agudezas del ingenio más amargas y memorables. No obstante, no parece haberse articulado ninguna explicación general que cubra todos los hechos. Y puesto que, al fin y al cabo, es improbable que seres humanos tan fríos y calculadores como los mandamases de la Unión Soviética abandonen la línea central de la que deriva todo y de la que todo depende y se rindan al azar o a las decisiones improvisadas del momento, podemos entretenernos con el pasatiempo no del todo frívolo de sopesar una hipótesis que podría explicar en gran medida esta peculiar situación.

III

Nuestra teoría parte de la presunción de que existen dos peligros principales que invariablemente amenazan cualquier régimen establecido mediante una revolución.

La primera es que el proceso vaya demasiado lejos, que los revolucionarios, presas de un celo excesivo, causen demasiada destrucción y, en concreto, exterminen a aquellos individuos de cuyo talento depende en última instancia el éxito de la propia revolución y la conservación de sus ganancias. Pocas revoluciones, por no decir ninguna, conllevan los fines que sus seguidores más fervientes esperan, puesto que las mismas cualidades que dan forma a los revolucionarios mejores y de mayor éxito tienden a simplificar en exceso la historia. Una vez amaina la borrachera del triunfo, se apodera de los vencedores una sensación de desencanto, frustración e indignación sin paliativos: algunos de los objetivos más sagrados no se han conseguido; el diablo sigue hostigando a la Tierra, y alguien ha de ser culpable de falta de celo, indiferencia, tal vez de sabotaje e incluso de traición. De este modo se acusa y se condena y se castiga a individuos por no conseguir cumplir algo que, con toda probabilidad, nadie en las circunstancias del momento podría haber realizado, y se juzga y ejecuta a hombres por provocar una situación de la que nadie es realmente responsable, una situación inevitable y que los observadores más lúcidos y sobrios (como más tarde se demuestra) habían anticipado en mayor o menor medida. Los juicios y los castigos no remedian la situación. La indignación da paso a la ira, se recurre al terror y se multiplican las ejecuciones. No existe motivo para que este proceso se detenga sin una intervención externa o causas físicas, pues nunca habrá suficientes víctimas para expiar un crimen que nadie ha cometido ni para reparar una crisis que debe atribuirse al fracaso general y muy probablemente inevitable de no entender la situación correctamen-

te. Sin embargo, una vez que la pesadilla de sospecha mutua, recriminaciones, terror y contraterror se ha instalado, es demasiado tarde para retroceder: toda la estructura empieza a desmoronarse en un fárrago de frenéticas cazas de brujas de las que prácticamente nadie logra escapar. Todo escolar conoce el clímax violento de la Revolución francesa en 1794.

El segundo gran peligro es precisamente el contrario, y acostumbra a ser la secuela natural del primero. Una vez que el aflato original de la revolución se ha consumido, el entusiasmo (y la energía física) decae, los motivos se tornan menos apasionantes y menos puros, se instala una repugnancia hacia el heroísmo, el martirio, la destrucción de la vida y la propiedad, las costumbres cotidianas se reafirman, y lo que comenzó siendo un experimento audaz y espléndido se va apagando y finalmente desemboca en corrupción y miseria. Así ocurrió en Francia durante el Directorio y al final de la fase revolucionaria en muchos otros casos. Parece ser una secuela inevitable de muchos alzamientos románticos en los países latinos y latinoamericanos.

Evitar estos peligros opuestos –la necesidad de abrirse paso entre la Escila de fanatismo jacobino autodestructivo y el Caribdis de la conciencia y el cinismo posrevolucionarios– es por consiguiente una labor fundamental de cualquier dirigente revolucionario que desee que su régimen ni sea consumido por las mismas brasas que lo encendieron ni regrese a la situación de la que la revolución momentáneamente lo apartó. Sin embargo, en este punto los revolucionarios marxistas se encuentran en un aprieto peculiar, ya que, de acuerdo con ese elemento del marxismo que emana de la doctrina de Hegel, el mundo, todo lo animado e inanimado, vive en un estado de conflicto interior perpetuo y está abocado hasta el infinito a experimentar colisiones críticas que trasladan la batalla a un nuevo plano, con nuevas tensiones y conflictos en cada «nuevo nivel». En consecuencia, la propia «dialéctica», pues así es

como se conoce este proceso, debería ser en teoría garantía suficiente de la vitalidad de cualquier movimiento revolucionario genuino, puesto que, dado que la dialéctica está inexorablemente «arraigada en la naturaleza de las cosas» y no puede detenerse ni burlarse, el curso de los regímenes posrevolucionarios debe (y no puede evitar) obedecer sus leyes. Y tal y como la Revolución francesa estalló a raíz de la obediencia a dichas leyes, también declinó y se zambulló en las frivolidades del Directorio y, lo que es peor aún, estuvo seguida por el Imperio y la Restauración, supuestamente en obediencia al mismo proceso dialéctico. Con independencia del grado de determinismo de materialismo histórico de Marx que se esgrima (y la doctrina en este punto no es nada clara, ni en Hegel ni en Marx, y deviene especialmente turbia en las últimas obras de Engels), Stalin parece haber resuelto que el nada halagüeño destino que aparentemente aguardaba a las revoluciones precedentes no conseguiría apoderarse de su régimen. Pese a que la majestuosa realización personal del patrón mundial no puede alterarse o desviarse para adaptarse a los caprichos de la voluntad humana, la historia (a juzgar por los acontecimientos pasados) no se postulaba como una garantía segura de la supervivencia de lo que Stalin y su partido consideraban los rasgos más encomiables de la Revolución rusa. Incluso la naturaleza (de la que en general dependemos) en ocasiones parecía ceder y se intuía la posibilidad de efectuar unos ligeros ajustes para que sus procesos resultaran más regulares y predecibles. El conocimiento humano se destinaría a ayudar al cosmos a cumplir de manera más fiel sus propias «leyes internas».

Todo ello motivó a Stalin a desplegar un recurso original, completamente afín al espíritu inventivo de nuestra época, y en particular a la nueva moda de producir equivalentes sintéticos de productos naturales. Mientras otros elaboraban caucho artificial o cerebros mecánicos, él engendraba una dialéctica artificial, cuyos resultados el propio experimentador podía controlar y predecir en gran

medida. En lugar de permitir que fuera la historia la que originara la oscilación de la espiral dialéctica, Stalin depositó esta tarea en manos humanas. El problema era encontrar un punto de equilibrio entre los «opuestos dialécticos» de la apatía y el fanatismo[1]. Una vez establecido este planteamiento, la esencia de la política estalinista consistió en un cronometraje preciso y en el cálculo del grado de fuerza adecuado para oscilar el péndulo social y político con vistas a obtener el resultado deseado en función de las circunstancias determinadas.

Apliquemos ahora esta hipótesis a la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial. En 1941, cuando el destino del sistema soviético parecía haber hallado el equilibrio, se dio rienda suelta al patriotismo. Éste actuó como válvula de escape para el sentimiento contenido que la población se había visto obligada a reprimir durante las dos décadas precedentes. Los líderes del Partido eran plenamente conscientes de que esta ráfaga de nacionalismo actuaría como el factor psicológico más potente para estimular la resistencia al enemigo. Era evidente que el proceso no era compatible con mantener el adoctrinamiento comunista a los niveles de la presión prebélica; la guerra se había ganado merced a una ola de fervor más patriótico que ideológico. Empezó a percibirse cierto aflojamiento de los grilletes. Los escritores escribían con más libertad y, al menos durante un tiempo, pareció que a los extranjeros se los mira-

1. No se trataba, evidentemente, de un mero problema teórico surgido de la nada ni de la contemplación abstracta de la historia y de sus leyes por parte de Stalin u otra persona. Cuando los excesos del primer terror bolchevique y el «comunismo de guerra» dieron paso a los compromisos de la Nueva Política Económica, el peligro de repetir el modelo de la gran Revolución francesa o de las revoluciones de 1848 y 1849 debió de antojarse muy real a los líderes bolcheviques. Sin duda lo tenían muy presente, sobre todo gracias a las críticas en el extranjero. La técnica de la navegación política descrita en estas páginas nació, como suele ocurrir con las invenciones más notables, de una necesidad práctica urgente. *(N. del A.)*

ba con menos recelo, sobre todo a los procedentes de los países aliados. Expresiones de nostalgia por la Gran Rusia, anticuadas y en desuso desde hacía largo tiempo, y la adoración de los héroes puramente nacionales volvieron a estar a la orden del día. Pero las tropas soviéticas victoriosas regresaron del extranjero, llenas (como ocurría a menudo tras las campañas europeas) de impresiones favorables con respecto a las tradiciones y libertades foráneas, y comenzaron a alimentar la ansiedad; conviene no olvidar que el gran alzamiento decembrista de 1825 estuvo provocado por una experiencia similar. A las autoridades les quedó claro que se requería con urgencia una potente reinoculación de doctrina comunista, la única argamasa que a fin de cuentas aglutina a los pueblos étnicamente heterogéneos de la Unión Soviética. Los soldados regresados, tanto los vencedores como los prisioneros de guerra liberados en Alemania y otros lares, así como quienes podían entrar en contacto con ellos en su tierra natal, debían someterse a una rigurosa vigilancia si se deseaba reprimir la aparición de focos de resistencia a la autoridad central. A menos que tal readoctrinamiento se realizara con prontitud, el modelo de vida soviético en su conjunto, que como en todos los estados totalitarios dependía de una disciplina incesante y una rigidez inflexible, podría verse pronto en riesgo de flaquear, y así era como todos los regímenes de esta índole habían iniciado su declive. En torno a finales de 1945 se efectuó un llamamiento a una ortodoxia más estricta. Abruptamente, la política de alentar el nacionalismo se detuvo. Se recordó a la población en su conjunto sus deberes marxistas. Se detectó que destacados representantes de varias nacionalidades habían ido demasiado lejos en la glorificación de su pasado local y se los llamó al orden con una severidad inequívoca. Las historias regionales se erradicaron. El manto omnímodo de ortodoxia ideológica volvió a caer sobre la tierra. El Partido recibió la orden de identificar y expulsar a los oportunistas y la chusma que en el fragor de la guerra había logrado infil-

trarse en sus filas. Volvieron a instituirse las cazas de brujas (aunque no a la atroz escala de 1937 a 1939).

El peligro de esta clase de movimiento es que coloca el poder en manos de una panda de fanáticos consagrados a la labor infinita de purificar la Iglesia amputando todas las extremidades obscenas y cualquier cosa remotamente capaz de fomentar el crecimiento de éstas. Tales hombres sólo resultarán eficientes si quienes integran su núcleo central son sinceros en su fanatismo; pero cuando así sucede, sus actos inevitablemente van demasiado lejos. Tras purgar a los grandes y pequeños disidentes, los inquisidores se ven arrastrados por su sagrado celo, hasta que se los descubre investigando las vidas y acciones de los principales dirigentes del Partido. En ese momento deben ser supervisados de inmediato para que toda la maquinaria no haga implosión. Una razón añadida para detener la purga y denunciar a sus agentes tachándolos de extremistas trastornados que han causado estragos es que éste es un gesto popular entre los atemorizados y desesperados, tanto entre las filas del Partido como de la burocracia en general (por no hablar ya de la población en su conjunto). Una mano omnipotente desciende de entre las nubes para poner fin a la inquisición. El Kremlin ha escuchado el grito de socorro de la población, ha observado las penurias que viven los niños y no permitirá que unos secuaces demasiado ardientes los despedacen. Las víctimas potenciales suspiran con alivio y desprenden una gratitud sincera. La fe en la bondad, la sabiduría y el ojo omnisciente del líder, sacudida durante las matanzas, vuelve a quedar restaurada.

Algo por el estilo ocurrió tras la gran purga de entre los años 1937 y 1939. Y volvió a suceder, aunque de una manera mucho más tibia, en 1947, cuando la persecución puramente doctrinal se relajó y cedió paso a una época de autoadulación doctrinal y asalto violento a cualquier posibilidad de influencia extranjera, pasada y presente. Por grotesco que resultara este chovinismo a ultranza visto desde el extranjero y por ruinoso que fuera para los pocos

representantes de una cultura más amplia que sobrevivían aún en la Unión Soviética, es probable que la masa de la población no lo acogiera con recelo (¿cuándo ha existido una propaganda nacionalista impopular entre el pueblo?), y así permaneció en las manos del inquisidor marxista a favor de una tradición nacional más familiar. En tales ocasiones, el péndulo se balanceaba en la dirección del orgullo y el *amour propre* rusos. Sin embargo, del mismo modo que las purgas ideológicas anteriores llegaron demasiado lejos en una dirección, esta reacción también excedió, a su vez, sus propios límites.

El Gobierno soviético anhela preservar un grado mínimo de sensatez al menos entre la élite en la que confía; de ahí que cualquier oscilación violenta del péndulo exija siempre, más tarde o más temprano, un correctivo. En las sociedades normales, un cambio de opinión, ya sea espontáneo o se estimule artificialmente, no surge de la nada, topa con la resistencia de las tradiciones y los hábitos establecidos y, hasta cierto punto, se suaviza o diluye en el torbellino de innumerables corrientes creadas por la interacción de influencias institucionales con las tendencias relativamente incontroladas de pensamiento y sentimientos características de cualquier sociedad libre. Ahora bien, en la Unión Soviética este factor de aleatoriedad brilla por su ausencia, precisamente porque el Partido y el Estado se dedican a aniquilar cualquier atisbo de pensamiento independiente. De ahí que exista una especie de tierra de nadie en la que cualquier planteamiento artificialmente estimulado (y en la URSS es raro que sea de otro modo) tiende a ir demasiado lejos, a alcanzar longitudes absurdas, y acaba por anquilosarse, no sólo a ojos del mundo exterior, sino también de la propia Unión Soviética. Llegado este punto hay que contrarrestarlo por medios no menos artificiales. Así sucedió cuando la campaña nacionalista y xenófoba alcanzó un punto casi idéntico al de las fases más violentas de la brutal política de «rusificación» de los días zaristas. (Las recientes denuncias de los inte-

lectuales cosmopolitas quedaron enmarcadas en un lenguaje prácticamente idéntico al que la prensa y la policía reaccionarias, antisemitas y antiliberales hasta el fanatismo emplearon durante las represiones ulteriores a la Revolución de 1905.) Era evidente que había que hacer algo para restaurar el tejido de la unidad soviética. El Partido, *ex hypothesi*, nunca puede equivocarse; los errores ocurren solamente porque sus directrices se han interpretado o ejecutado de manera errónea. De nuevo, ninguna modificación seria de las bases de la teoría marxista es factible dentro de un sistema que la adopta como dogma central. Cualquier intento abierto de modificar (por no hablar ya de cancelar) cualquier principio marxista en temas tan centrales y críticos como la teoría política, o incluso la filosofía, queda fuera de cuestión, porque se corre un peligro demasiado serio de que, tras tantos años de limitaciones ideológicas, pueda sembrarse confusión y alarma en las mentes de los fieles. Un sistema que emplea cientos de miles de agitadores profesionales y debe exponer sus lecciones en un lenguaje inteligible para los niños y los analfabetos no puede permitirse dudas ni ambigüedades relativas a sus verdades nucleares. Ni siquiera Stalin puede alterar los cimientos de la ideología sin poner en peligro todo el sistema.

De ahí la necesidad de hallar terrenos más seguros para las maniobras ideológicas requeridas cuando la situación parece hallarse ligeramente fuera de control. La música, la poesía, la biografía e incluso el derecho son territorios periféricos en los que pueden realizarse declaraciones doctrinales que modifiquen la «línea» sin afectar ningún órgano vital. La moral de estas declaraciones públicas es asimilada con rapidez por los (ahora) avezados ojos y oídos de los intelectuales que trabajan en otros lugares, a menudo remotos. La filología está aún más apartada del centro y, por ende, es incluso más segura. Quizá por ello Stalin escogiera la teoría del lenguaje, en lo que a ojos de los no iniciados pareció un gesto antojadizo, para indicar que

el «toque de rebato» en pro de la pureza marxista había alcanzado sus últimas consecuencias y debía ser acallado. Es de esperar que tan pronto se aplicó la suave rectificación de la línea ordenada en el ámbito de la lingüística otros especialistas relativamente «no políticos» comenzaran a preguntarse si podían esperar siquiera un pequeño alivio en sus mundos sin ventanas, entrever por una rendija el universo exterior o, al menos, contar con un poco más de espacio para respirar en los confines habituales. La munificencia para con los gramáticos y lingüistas implica que los músicos, acróbatas, payasos, matemáticos, escritores de literatura infantil y hasta los físicos y los químicos se encogen un poco menos de miedo. Incluso los historiadores han alzado sus cabezas; el autor[1] de un artículo publicado en el verano de 1951 en un periódico soviético histórico argumentaba tímidamente que, puesto que Stalin no se había manifestado en términos de estudios históricos, tal vez ellos, como los lingüistas, quedaran excluidos de la «superestructura» marxista y estuvieran en posesión de la misma «objetividad» y principios permanentes que Stalin había negado de manera tan obstinada a las instituciones artísticas y jurídicas. Los físicos, químicos e incluso los abrumados genetistas cuyos estudios se sitúan lamentablemente tan próximos al corazón de la dialéctica histórica pueden gozar en el presente de una ligera sensación de alivio; ciertamente, los caprichos de la «línea» en sus materias parecen brotar más de las necesidades políticas internas que de consideraciones metafísicas o de una inclinación incurable por tal o cual «materialismo» filosófico o científico, a la que algunos de sus colegas occidentales más optimistas e ingenuos, movidos por su ansiedad de entender la teoría científica soviética, tienden a atribuirlos de manera tan frecuente e implausible.

Los temas de la «paz» y la «convivencia» señalan de

1. Presumiblemente, el profesor Kon mencionado en la nota de la página siguiente.

manera inconfundible qué rumbo adopta la mecánica dialéctica tras la desventura coreana: de ahí los vagos y patéticos intentos de insinuar una inclinación por los valores «occidentales» en los catedráticos cuya pasión por su especialidad no se ha conseguido erradicar por completo. Y si estos primeros tentáculos timoratos no se desalientan de manera excesivamente brusca, quienes los plantean saben que al menos pueden augurar el advenimiento de una época de relativa tolerancia. Pero los más experimentados saben que es poco probable que ésta se prolongue en el tiempo. En la actualidad se perciben síntomas que indican inevitablemente que los lazos se han soltado demasiado..., demasiado para una maquinaria que, a menos que se atornille con fuerza, no funciona. Hoy vuelven a emitirse llamamientos a la conformidad, la pureza y la ortodoxia; se retoma la eliminación de sospechosos[1] y el ciclo vuelve a repetirse.

Ahora bien, algunas cosas dependen de la fuerza con la que se impulse el péndulo: una de las consecuencias de llevar el terror demasiado lejos (como ocurrió, por ejemplo, durante el régimen de Yezhov en las postrimerías de la década de 1930) es que la población se acobarde y se suma en un silencio casi sepulcral. Nadie departe con nadie sobre asuntos ni siquiera remotamente conectados con los temas «peligrosos», salvo esgrimiendo las fórmulas más estereotipadas y leales, e incluso así lo hacen con moderación, puesto que nadie conoce a ciencia cierta cuál es el santo y seña de cada día. Este silencio atemorizado encierra sus propios peligros para el régimen. En primer lugar, mientras que el terror a gran escala garantiza una obediencia generalizada y la ejecución de las órdenes, es posible que también asuste en exceso a la población: si se mantie-

1. Con frecuencia éstos son los ortodoxos del ayer. Uno se pregunta cuál será el destino del profesor Kon [no identificado], quien, en el «encantamiento» estival de 1951, intentó proteger la historia del fanatismo de los ultramarxistas de 1946-1947. *(N. del A.)*

ne a un nivel alto, la represión violenta acaba enervando y entumeciendo a las personas. Se instala entonces la parálisis de la voluntad y una especie de desespero cansino que aplaca los procesos vitales y disminuye la productividad económica. Más aún, si las personas no hablan, el amplio ejército de agentes de la inteligencia a cargo del Gobierno no será capaz de informar con la claridad pertinente de qué pasa por sus cabezas o de cómo responderían a tal o cual política gubernamental. Cuando las aguas están demasiado tranquilas y su superficie es opaca, es posible que oculten corrientes subterráneas. Como reza el proverbio ruso: «El diablo se alimenta en las plácidas lagunas». El Gobierno no puede funcionar sin conocer mínimamente qué piensan los ciudadanos. Pese a que no puede decirse que exista en la Unión Soviética una opinión pública en el sentido habitual de la palabra, los dirigentes deben mantenerse al corriente de la sensación de sus súbditos, aunque sólo sea en la acepción más primitiva y conductista del término, como los domadores dependen de sus propias habilidades para predecir, dentro de unos límites razonables, el comportamiento de sus fieras. De ahí que sea imprescindible adoptar medidas para estimular a la población a expresarse: se eliminan las prohibiciones y se incita con insistencia a la «autocrítica comunista» y al «debate entre camaradas», algo levemente similar a un debate público. Una vez que los individuos y los colectivos desvelan su baza (y algunos de ellos inevitablemente se traicionan a sí mismos), los líderes saben mejor qué posición ocupan y, en concreto, a quién deberían eliminar en aras a salvaguardar la «línea general» de idas y venidas descontroladas. La guillotina vuelve a ponerse en marcha y se silencia a quienes hablaban. Los presos de este adusto *establishment*, tras un breve espejismo de una vida más fácil, retornan una vez más a sus agotadores trabajos y vuelven a olvidar cualquier indulgencia, por inocente que sea, que pueda distraerlos de sus tareas, los grandes objetivos industriales que sólo pueden conseguirse mediante una dedi-

cación plena y los esfuerzos más ingentes. La comunicación con el mundo exterior prácticamente se suspende. La prensa vuelve a ser llamada a acatar sus objetivos primordiales: insuflar aliento moral a la población y pronunciar sermones claros y reiterados hasta la saciedad sobre los modos de vida y pensamiento adecuados. Cuando esta situación deviene demasiado lóbrega incluso para los ciudadanos soviéticos, la «línea» oscila de nuevo y, durante un breve lapso (el penúltimo estado del cual es siempre el momento más peligroso), la vida vuelve a ser un poco más pintoresca.

IV

Ésta –la «dialéctica artificial»– es la original invención del generalísimo Stalin, su mayor contribución al arte del gobierno, incluso más importante quizá que el «socialismo en un país». Es un instrumento garantizado para «corregir» las incertidumbres de la naturaleza y la historia y preservar el ímpetu innato –la tensión perpetua, la condición de movilización bélica permanente– que por sí solo permite llevar una forma de vida tan poco natural. Y lo hace no dejando nunca que el sistema devenga demasiado renqueante o ineficaz, que se sobrecargue o se vuelva autodestructivo. Se trata de una versión extraña e irónica de la «revolución permanente» de Trotski o, una vez más, de la fórmula de «ni guerra ni paz» que ideó para la Paz de Brest-Litovsk, y obliga al sistema soviético a deambular por un sendero serpenteante al tiempo que engendra para su pueblo una situación de tirantez sin remisión a no ser que quede atrapado en uno de los giros abruptos realizados siempre que una operación determinada comienza a generar resultados insuficientes o indeseables.

Lógicamente, la necesidad de mantener a la población activa en este frente no es el único factor que da forma

a la dirección última que esa línea adopta: está además determinada por las presiones de la política exterior, la seguridad nacional y las necesidades económicas y sociales internas; es decir, por todas las fuerzas que desempeñan una función en cualquier sociedad política organizada y que ejercen su influencia sobre la política soviética, aunque sea de un modo un tanto peculiar. La Unión Soviética no es un sistema marxista que funciona en un vacío total, ni es tampoco ajena a las repercusiones de las leyes psicológicas o económicas. Al contrario, afirma reconocerlas con mayor claridad y moldear sus políticas de manera más consciente, de acuerdo con los hallazgos de las ciencias naturales, de lo que lo hacen las políticas «reaccionarias» condenadas a ser víctimas de sus propias e irreconciliables «contradicciones internas». ¿Qué hace entonces que el comportamiento político de la Unión Soviética parezca tan enigmático e impredecible a ojos de los observadores occidentales, ya sean políticos en ejercicio o estudiantes teóricos de política actual? Quizás esta perplejidad se deba en cierta medida al fracaso de Occidente a la hora de reconocer la importancia crucial que los creadores de la política soviética asocian a ese sendero zigzagueante de cuyo recorrido asumen que dependen la seguridad interna y la conservación del poder. Esta técnica de determinar la «línea general» con acuerdo a la cual se emplean todos los medios al alcance del Estado soviético y los partidos comunistas, tanto rusos como extranjeros, es una invención genuina y novedosa de gran originalidad y trascendencia. Su éxito depende de la capacidad de organización de todos los recursos naturales y humanos disponibles en aras de controlar por completo la opinión pública, de imponer una disciplina férrea a toda la población y, sobre todo, de una sensibilidad temporal por parte de los manipuladores individuales, en especial del dictador supremo, que exige una gran habilidad, rayana en la genialidad. Como fuere que requiera esto, la «línea» correcta y exacta, que ondula entre «des-

viaciones» igualmente ineludibles y mutuamente opuestas de la derecha y la izquierda (extremos de los que, como la síntesis de Hegel, se compone y que, en la forma de sus representantes humanos individuales y la opinión de éstos, destruye), no puede determinarse de manera mecánica. Se trata de una construcción artificial que depende de una serie de decisiones humanas y, por ese motivo, su futuro no puede aventurarse con certeza. Mientras alguien con el don excepcional de Stalin para la administración esté al timón, el zigzag de la «línea», por muy invisible que continúe siendo tanto dentro como fuera de la Unión Soviética, no es del todo impredecible. Su destino cuando Stalin ya no esté al mando (tanto si la Unión Soviética se involucra en una guerra generalizada como si no) bebe más de la esperanza y el temor que de la profecía racional, ya que ciertamente no nos hallamos ante una maquinaria que se autoimpulse o se autocorrija o funcione en modo alguno de manera mecánica. En manos menos expertas, diestras o confiadas podría conducir fácilmente a una debacle a la que las sociedades humanas no están expuestas bajo formas gubernamentales más tradicionales.

¿Demostrarán los sucesores de Stalin habilidad suficiente para dominar esta nueva técnica, la cual exige una tan meritoria combinación de imaginación y conocimientos prácticos? ¿O la abandonarán en su conjunto? ¿Y, si lo hacen, lo harán de manera gradual o repentina? ¿O se revelarán acaso incapaces de controlarla y caerán víctimas de un mecanismo demasiado complicado para hombres con aptitudes limitadas, un mecanismo cuya eficacia en manos de una generación anterior y más capaz ha condicionado tanto al Gobierno y a sus súbditos que la catástrofe es inevitable? No podemos predecirlo; lo que sí parece cierto es que la muerte del generalísimo Stalin tarde o temprano provocará una crisis en los asuntos soviéticos, una crisis que podría ser más grave que la ocasionada por el deceso de Lenin, puesto que, además

de los problemas de reajuste, particularmente agudos en una dictadura férrea, aflorará el agonizante dilema planteado por el futuro de la compleja maquinaria gubernamental estalinista, demasiado elaborada para utilizarse, salvo por el gran maestro de la manipulación[1], y demasiado peligrosa para interrumpirse, desatenderse o abandonarse.

Otra cosa parece moderadamente clara: quienes creen que un sistema de esta índole es sencillamente demasiado despiadado y opresivo para durar se engañan de una manera cruel. El sistema soviético, pese a no estar construido para autoperpetuarse, ciertamente no da señales de autodestrucción. El Gobierno puede ser brutal, cínico y estar totalmente corrupto por el poder absoluto, pero sólo un optimismo moral alimentado por una indignación apasionada o por la fe religiosa y no por la constatación empírica o la experiencia histórica puede inducir a algunos analistas de la Unión Soviética a profetizar que tal perversidad tiene que acabar por erosionar en breve a quienes la practican, les imposibilitará retener el poder y acabará por autodestruirse. Los gobernados, un rebaño manso y asustadizo, pueden ser profundamente cínicos a su manera y embrutecerse poco a poco, pero mientras la «línea» avance serpenteando por su camino y permita momentos de respiro alternados con la temible rutina diaria continua-

1. No es mi intención dar a entender que Stalin es el único responsable de todas ni siquiera de las más importantes decisiones de la política soviética. Ningún sistema tan amplio, por «monolítico» que sea, puede estar literalmente dirigido por un único individuo, sean cuales sean sus poderes. No obstante, por otro lado, no tenemos motivos para suponer que los esbirros de Stalin, por competentes que hayan demostrado ser bajo su liderazgo, sean capaces de dar continuidad a sus métodos una vez que éste desaparezca, tal como ocurrió con los compañeros de Iván el Terrible o Pedro el Grande, en cuyas manos el sistema de su mentor se desintegró a gran velocidad. Por otro lado, lo contrario ocurrió en el caso de la Turquía de Kemal. El tiempo lo dirá. *(N. del A.)*

rán, pese al sufrimiento, encontrando un modo de que sus vidas sean al menos lo bastante soportables como para continuar existiendo, trabajando sin descanso y disfrutando incluso de algunos placeres. A los ciudadanos de los países occidentales les cuesta concebir que sus hermanos de la Europa del Este o la Unión Soviética (o incluso de China o la India) no sólo logren sobrellevar las terribles condiciones en las que viven inmersos, sino que, al estar rodeados por otros que padecen las mismas penurias y no atisbar a través del Telón de Acero formas de vida alternativas que puedan atraer su imaginación o desalentarlos, consigan adaptarse y acabar por considerarlas normales, e incluso hagan planes, como soldados en una campaña infinita o prisioneros de guerra o marineros en un naufragio. Tales planes pueden antojarse intolerables al ciudadano medio de una comunidad civilizada, aunque precisamente porque la fraternidad y la igualdad, si no ya la libertad, nacen del sufrimiento común, una vida humana puede vivirse con momentos de alegría y entusiasmo e incluso de auténtica felicidad bajo las condiciones más atroces y degradantes.

Y conviene recordar que el arte de manipular la «línea general» consiste justamente en esto, en no permitir que la miseria humana, extendida por la población en su conjunto, alcance un pico de desesperación tal que la muerte (sea por suicidio o asesinato) parezca preferible. Los ciudadanos de la Unión Soviética no gozan de un grado de libertad o felicidad que pueda volverlos demasiado rebeldes o insuficientemente productivos, pero tampoco se les permite caer en un estado de pánico, desesperación o indiferencia tal que pueda paralizar su actividad. Las oscilaciones de la «línea general» están diseñadas para esquivar precisamente estos extremos. Por ello, mientras los dirigentes de la Unión Soviética sigan dominando la maquinaria del Gobierno y continúen estando pertinentemente informados por la policía secreta, que se produzca una implosión o siquiera una atrofia de la voluntad y el intelecto de

dichos gobernantes como consecuencia de los efectos desmoralizantes del despotismo y la manipulación sin escrúpulos de otros seres humanos parece algo poco probable. Pocos gobiernos han sido destruidos por un proceso de putrefacción interna sin la intervención de una causa exterior. Puesto que el Gobierno soviético sigue estando a todas luces en plena posesión de sus sentidos políticos, y habida cuenta de la longitud de los períodos históricos, no puede afirmarse que este experimento de nación permanentemente militarizada haya alcanzado aún su apogeo. Por muy acuciada por las dificultades y los peligros que se encuentre esta maquinaria, su éxito y capacidad de supervivencia no deben subestimarse. Su futuro puede ser incierto, incluso precario; puede cometer errores garrafales y naufragar o cambiar de rumbo de manera gradual y catastrófica, pero hasta que no cuaje una mejor naturaleza entre los hombres no se verá necesariamente condenada al fracaso. El agotamiento físico y nervioso el sistema que exige (sin ningún propósito, al menos ningún propósito humano discernible, más allá de la autoperpetuación del régimen) es espantoso: ninguna sociedad occidental podría sobrevivir a él. Pero aquellos organismos superiores, que en 1917 Rusia no poseía en menor medida que Occidente, han perecido hace mucho. Se precisarán muchas décadas para reconstruirlos, aunque sin duda resurgirán un día, cuando este largo y oscuro túnel no sea más que un amargo recuerdo.

Entretanto, este asombroso invento merece seguramente por sí mismo el más atento de los análisis, aunque sólo sea porque se trata de un instrumento mecánicamente poderoso y exhaustivo para la sumisión de seres humanos, para quebrar sus voluntades al tiempo que éstos desarrollan sus máximas habilidades para la producción material organizada, el sueño de los explotadores capitalistas más despiadados y megalomaníacos. Pues emerge de una represión aún mayor de la libertad y los ideales de la humanidad de la que Dostoyevski otorgó a su Gran In-

quisidor; y dominar las vidas de unos ochocientos millones de seres humanos constituye el fenómeno más importante, más inhumano y aún el peor comprendido de nuestro tiempo[1].

1. Encontré la cita auténtica de Hitler recogida en la nota 1 de la p. 182 demasiado tarde para insertarla como es debido en el lugar oportuno. El comentario de Hitler fue *«Es ist eine wurzellose internationale Clique, die die Völker gegeneinader hetzt»* («Se trata de una camarilla internacional descastada que incita a los pueblos a enfrentarse entre sí»). Lo mencionó en un discurso pronunciado el 10 de noviembre de 1933 y publicado en *Völkischer Beobachter* (Berlín) el 11 de noviembre de 1933, pp. 1-2 (la cita aparece en la p. 2). El contexto sugiere que la referencia no alude sólo a los judíos (si bien éstos están inequívocamente incluidos en ella), sino también a los intelectuales liberales y a los hombres de negocios internacionales en general.

Cuatro semanas en la Unión Soviética

(1956)

Pasé cuatro meses en Moscú hacia finales de 1945 y, tras una ausencia de once años, regresé en agosto de 1956[1]. Los cambios que aprecié, pese a ser notables, no se me antojaron de tan amplio alcance o tan radicales como los informes de algunos observadores occidentales me habían inducido a creer. Durante mi estancia relativamente breve tuve menos oportunidades que en 1945 de estudiar las instituciones y a las personas en general, y las impresiones que siguen son por consiguiente más superficiales.

Entré en la URSS vía Leningrado, que en lo que a su aspecto concierne había mejorado muchísimo desde los días inmediatamente posteriores a la guerra de 1945. Las calles estaban más limpias, los edificios más cuidados, el Palacio de Invierno había sido repintado, Peterhof restaurado, demasiado restaurado; los tranvías ya no iban hasta los topes de pasajeros, y varios restaurantes y bufés baratos (según los estándares locales) habían reabierto sus puertas y estaban razonablemente limpios y servían mejor comida que la mayoría de los establecimientos de su categoría en Inglaterra (aunque peor, por otro lado, que la de sus equivalentes en Italia, incluso en las poblaciones más pobres del sur). Por las calles paseaba un buen puñado de turistas y tropecé con bastantes de mis antiguos alumnos de Harvard, quienes habían obtenido becas Carnegie para pasar «veintinueve días» en la Unión Soviética; actualmente, es-

1. Entre el 1 y el 29 de agosto. Este informe parece redactado poco después.

tas becas garantizan un flujo constante de investigadores jóvenes procedentes de Estados Unidos recién graduados en disciplinas sociales e históricas, personas llenas de energía, ubicuas y decididas a recopilar la máxima cantidad de información mediante «trabajo de campo» o lo que es lo mismo, manteniendo conversaciones con el mayor número de ciudadanos de la Unión Soviética en un remedo bastante plausible de su idioma.

Visité al profesor Alekséyev, director de la Casa Pushkin, el principal instituto de historia literaria de la Unión Soviética. Puesto que yo no formaba parte de ninguna delegación oficial, al principio se mostró un poco reservado, pero la mención de varios conocidos comunes en el mundo de los estudios eslavos permitió que fuera abriéndose poco a poco y acabó por ser muy cortés e instructivo. En su despacho había una segunda mesa escritorio siempre ocupada por alguien, ya fuera el colega con quien yo había tropezado al entrar en la sala de la izquierda o cualquier otra persona que se sentaba y fingía estar absorta en la lectura de un libro durante diez minutos, si bien, en realidad, se dedicaba a perder el tiempo sin mayor consecuencia.

El profesor Alekséyev me aseguró que la situación era mucho mejor que durante los malos tiempos de Stalin, los cuales, esperaba, habían tocado a su fin de manera definitiva. La investigación literaria, empero, seguía sufriendo a causa de la preferencia palmaria del Gobierno por las ciencias naturales, en especial por la física; pese a ello, aquello era un paraíso en comparación con el intervalo comprendido entre 1940 y 1953. Me aseguró que estaba encantado de verme y de conversar conmigo sobre los problemas de la historia literaria rusa, cosa que no se le habría permitido hacer en 1945 o 1950. Más aún, él tenía conocimiento de casos en los que los más inocentes contactos con miembros de las embajadas extranjeras, especialmente británicos (quienes, según recalcó, demostraban un interés peculiar en los *littérateurs*), habían puesto en un

compromiso a sus conocidos rusos y los habían condenado al ostracismo, o a algo aún peor. Un retorno a estos horrores parecía impensable, pero nada era impensable en Rusia. A renglón seguido mencionó ejemplos de persecución de eruditos y escritores; le pregunté si pensaba que los poetas Pasternak y Ajmátova, enviados a la picota por Zhdánov, serían «rehabilitados»; el profesor Alekséyev miró de reojo al perro guardián que había sentado a la otra mesa y contestó que no lo sabía. La atmósfera se enfrió notablemente y al poco me despedí de él y me marché.

Descubrí que ésta era la línea que habían adoptado prácticamente todas las personas con cargos oficiales con las que me reuní: el pasado había sido terrible y la nueva libertad rebosaba promesas: «estábamos aterrorizados y ahora estamos fuera de peligro». Así ocurría también en el caso de los conservadores de museos y monumentos nacionales, de catedráticos universitarios, de «secretarios responsables» de academias, de funcionarios del Ministerio de Cultura y Educación de todos los rangos y, en suma, de cualquiera autorizado a mantener conversaciones con extranjeros. La distinción entre personas autorizadas y no autorizadas se me antojó crucial, pues a mi parecer marcaba la diferencia entre la situación presente y la de 1945. A la sazón, aunque era posible mantener más contactos entre extranjeros y rusos que en los años subsiguientes, tales contactos tendían a ser informales y se llevaban a término con mayor o menor grado de riesgo por parte de los implicados, salvo, evidentemente, en los supuestos de las relaciones oficiales entre funcionarios que representaban a sus gobiernos con objetivos definidos. En esta ocasión percibí un agudizado cambio de actitud en función de la posición que cada ciudadano soviético ocupaba y del estatus que reconocían a los extranjeros con los que se entrevistaban. Era innegable que los delegados culturales y académicos de alto rango, como directores de instituciones, o los secretarios y miembros responsables de dichas instituciones, habían recibido instrucciones específicas de buscar o fo-

mentar las relaciones con los visitantes foráneos adecuados. De hecho, al menos tres estudiosos soviéticos me informaron de que en el mes de noviembre de 1955 el VOKS había enviado emisarios a varias academias de enseñanza en Moscú para comunicar que se había decidido renovar el contacto cultural con el extranjero, y que aquellos que supieran hablar idiomas harían bien en desempolvarlos, que las delegaciones extranjeras en particular debían recibirse con calidez y que, puesto que los extranjeros llegaban incorporados a tales delegaciones, debía proporcionárseles un entretenimiento generoso e informal; uno de mis informantes me especificó que por esto se entendía que los huéspedes debían evitar transmitir la impresión de ser excesivamente reservados o reacios a recibir a visitantes del mundo exterior.

No cabe duda de que los miembros de las delegaciones e incluso personas que, como yo mismo, portaban suficientes recomendaciones para definir su estatus de manera inequívoca tenían mayores posibilidades de establecer contactos informales y mantener conversaciones más libres (dentro de unos límites preestablecidos) con sus colegas o con sus anfitriones de lo que había ocurrido en el pasado; pero también quedaba claro que (a menos que el «contacto» ruso de uno se sintiera razonablemente seguro de haberse protegido de antemano de toda acusación de fraternización indebida) no había mucha voluntad de conocer a visitantes extranjeros. Los mejor recibidos eran los físicos y otros científicos naturales, huéspedes a quienes probablemente se había dado instrucciones (o ésa fue la impresión que me transmitió un joven estudiante de física) de recibir lo más abiertamente posible dentro de los límites de la seguridad normal y de no transmitirles la sensación de que se les estaban ocultando datos. Así ocurría también en el caso de otras delegaciones a quienes se había decidido otorgar un favor especial. De hecho, el grado de afabilidad y facilidad de conversación mostrados por los «anfitriones» soviéticos parecía reflejar su rango de

importancia, su licencia para relacionarse con extranjeros y la falta de miedo a la censura por parte de las altas instituciones. Esta actitud era muy distinta, muchísimo, en el caso de los contactos con extranjeros cuyo estatus no estaba del todo claro, como estudiantes ocasionales, visitantes privados, turistas no pertenecientes a grupos oficiales y personas no identificadas con ninguna delegación. A menos que el estatus del visitante extranjero estuviera absolutamente definido y perteneciera a una categoría que contara con aprobación oficial, los antiguos recelos y evasiones volvían a mostrar su rostro más amargo.

Yo conseguí reunirme con algunos viejos amigos a quienes había conocido en mi visita anterior y, tal como preveía, averigüé a través de ellos mucho más de la situación actual que a través de los agradables, corteses y en ocasiones soberanamente planos representantes oficiales de instituciones de muy diversa índole. Me reuní con personas humildes, un buen puñado de estudiantes que escribían sus tesis en la biblioteca en la que pasé diez días para realizar mi propio trabajo, y algunos conocidos de antaño y amistades suyas, quienes mostraron un vivo interés en verme, pero tuvieron que adoptar unas precauciones considerables para hacerlo, en un marcado contraste con la aparente facilidad y desparpajo con que me recibieron los directores de la Academia de Filosofía y de otras instituciones académicas (aparte del director de la Casa Pushkin en Leningrado, visité a los de varios departamentos de la Biblioteca Lenin y al de la Academia de Literatura y conocí al editor de *Kommunist*, el principal órgano ideológico del Partido, en casa de un miembro de la embajada británica a quien estoy muy agradecido por este encuentro sumamente interesante).

Mis impresiones generales pueden resumirse como sigue.

La grieta más profunda en la sociedad soviética es la que existe entre los dirigentes y los ciudadanos. En conjunto, me reuní con un mayor número de los segundos,

las. Puede tener relevancia para los países satélite o los partidos comunistas extranjeros, donde estos temas ideológicos se abordan con seriedad en sí mismos, y tal vez reflejen avances importantes en otras regiones. En la Unión Soviética, los dictámenes ideológicos desde las altas instancias son importantes porque determinan las políticas económicas, pero los libros de texto sobre la materia y la manera de impartirla han ido decayendo hasta un nivel bajísimo que nadie se atreve a desmentir. En la Academia de Filosofía me recibieron con un dechado de hospitalidad y descubrí que, pese a que su interés en la filosofía allende sus fronteras era ávido y estaba bien informado, a tenor de los libros y artículos de los que disponen, la actitud de mis huéspedes con respecto al tema en el que supuestamente son expertos era de un aburrimiento mal disimulado; ni creían ni dejaban de creer en las proposiciones que formulaban: su misión consistía en exponer tales tesis y lo hacían como mejor sabían, bien que aplicando la ley del mínimo esfuerzo a todo el proceso.

Los ciudadanos, por norma general, reciben con buenos ojos a los extranjeros, pues albergan la esperanza de conocer turistas y viajar a sus países, aunque saben que es un hecho impracticable por el momento, cosa que, por otro lado, los indigna. Emanan esa mezcla de felicidad y tristeza que se da en un país ocupado cuando la fuerza ocupante no se dedica activamente a destruir o aterrorizar a la población, o también en un ejército en campaña cuyas miserias parecen mucho más intolerables a los observadores externos que a los propios soldados, los cuales, transcurrido el tiempo, se sienten aliviados de muchas responsabilidades civiles y sumidos en una rutina que se acaba aceptando como inevitable y configura su propio modelo de vida, con sus pesares y placeres, a su propia manera tan agudos e importantes como los de una existencia pacífica normal.

Entre los gobernados figuran, por descontado, uno o dos escritores ancianos e incluso actores de teatro que no

han aceptado sinceramente el régimen o lo han rechazado en sus corazones durante los tiempos de Stalin. Pueden ser personas muy francas y violentas a la hora de hablar, cosa que hacen sin temor a las represalias. Leen lo que consiguen obtener en el extranjero y cuentan con sus propios círculos cerrados, son difíciles de conocer, hablan con libertad y no ocultan sus pensamientos. No se ha confeccionado una lista oficial con sus nombres, aunque se sabe que existen y se los admira y se los tiene en alta consideración entre otros intelectuales no lo bastante independientes o descontentos para imitarlos.

Los ciudadanos rasos, el pueblo, han aceptado el régimen, pero reciben con brazos abiertos y un placer patético cualquier avance hacia la liberalización; no creen que su condición sea superior ni material, ni espiritual, ni intelectual ni moralmente a la de los países extranjeros. No reflexionan demasiado sobre estos temas. Son rusos, y la generación más joven no ha conocido otra situación. En mi caso, no tropecé con expresiones acentuadas de actitud política de ningún tipo; ni siquiera el destronamiento de Stalin produjo, mucho menos entre los estudiantes con quienes hablé, ninguna reacción airada. Sencillamente no lo consideraban alguien mucho peor ni mucho mejor que los actuales gobernantes; opinaban que había cometido errores, sobre todo durante la guerra, y que era un déspota despiadado y violento, pero opinaban que ningún Gobierno, en principio, podía ser eficaz si no era en cierta medida despótico y no creían en la genuinidad de la democracia en el extranjero, pese a que sí estaban convencidos de su inmensa superioridad en cuestión de cultura material y felicidad de sus ciudadanos.

Son alegres, habladores, entusiastas con respecto a los detalles de la vida privada, les encanta conocer a extranjeros, pero todos parecían haberse quedado mentalmente atorados entre los dieciséis y los diecisiete años de edad. Su principal deseo no era abrirse camino en el sistema inmensamente competitivo que, por paradójico que suene, el

régimen soviético había engendrado. Los más descontentos entre los que conocí eran los judíos y los georgianos; los primeros se quejaban de la discriminación continua a la que se veían sometidos, pese a que ésta no alcanzara la escala y la virulencia de los últimos años de Stalin. Afirmaban que sólo los judíos más capacitados conseguían encontrar un empleo tras licenciarse en la universidad, que el desempleo cundía entre ellos y que siempre que competían con candidatos para un mismo puesto, por mucho que éstos no tuvieran unas calificaciones ni remotamente parecidas a las suyas, los no judíos multiplicaban sus probabilidades de ser seleccionados. Sentían un interés apasionado por Israel, y la insistencia constante, por ejemplo por parte de Kaganóvich, de que los gobernantes soviéticos o bien no demostraban interés en Israel o bien lo contemplaban con hostilidad como un instrumento del imperialismo angloamericano quizá sea en sí misma una indicación de lo contrario.

Los georgianos estaban preocupados porque habían comenzado a notar cierta discriminación por parte de sus conciudadanos de la Gran Rusia y aportaban escabrosos informes de la destrucción a la que los disturbios posteriores a la era de Stalin los habían abocado, tanto en Tiflis como en el resto de Georgia. No demostraban una especial devoción por Stalin; de hecho, el tono general de la mayoría de los georgianos con quienes hablé destacaba la ausencia de todo matiz de megalomanía y tendían hacia un quietismo levemente cínico que, no obstante, no los convertía en siervos menos obedientes o menos eficientes del régimen.

Los dirigentes son otra historia: parece relativamente fácil distinguir no ya entre quienes aspiraban al poder y lo han conseguido y sus víctimas, sino incluso entre aquellos que se obstinaron en alcanzar un alto cargo y medraron a codazos frente a quienes tiraron la toalla o nunca lo han intentado. Quienes detentan el poder en la Unión Soviética adoptan el estilo de sus maestros en el Presídium y en el

Comité Central del Partido. Componen un colectivo duro y despiadado de nacionalistas militantes y matones proletarios cuyo resentimiento hacia lo que en términos generales podría denominarse «valores occidentales» o incluso hacia sus propios intelectuales brota tanto de sus orígenes sociales y su condición de clase como de cualquier ideología de la que se hayan imbuido. Repudian el refinamiento, el comportamiento civilizado, la intelectualidad, etc., muy en la línea de cualquier grupo de poder surgido de estos orígenes concretos, cuyo resentimiento acumulado hacia sus jefes debido a su educación de clase media se inclinaría asimismo por estos fenómenos. Y, como es natural, los altos cargos del Partido que intentan promocionarse y son lo bastante astutos y sensibles como para amoldarse a todos los enrevesamientos de la línea oficial se apropian del tono de las más altas instancias y, como sus maestros supremos, explotan y humillan por igual a las profesiones liberales, al tiempo que las instan a realizar avances, descubrimientos e inventos para competir y sobrepasar a Occidente.

En este sentido, la tradición y la política de Stalin continúan sin quebranto; la cultura de la Unión Soviética, en la medida en que existe, no es la de una sociedad sin clases (en el sentido en que lo es, por ejemplo, Nueva Zelanda), sino la de una clase de esclavos liberados que siguen profesando una hostilidad ilimitada hacia toda la cultura de sus maestros y un profundo descontento social en su presencia, sobre todo cuando dicha cultura se hace evidente en el aspecto y los modales de los representantes diplomáticos y otros visitantes occidentales[1]. En este respecto, sus sentimientos no distan demasiado de los de los ciudadanos más toscos del Medio Oeste estadounidense.

1. Los gobernantes, salvo a nivel técnico, ciertamente consideran a los extranjeros enemigos potenciales y ajustan sus conversaciones de un modo más consciente, crudo y brutal a su interlocutor de lo que lo hacen personas similares en otros países. *(N. del A.)*

Y me da la impresión de que esta clase de actitud social y moral es mucho más responsable de la persecución de los intelectuales o de las fricciones con Occidente que cualquier política ideológica consciente o patriotismo ruso exacerbado.

Los ideólogos de la clase dirigente, con quienes coincidí básicamente en las recepciones oficiales y sólo en una ocasión en privado, repiten los chismes que se han aprendido de memoria, y lo hacen con entusiasmo y gracia, pues no en vano deben el puesto que ocupan al grado de destreza y eficiencia con que sean capaces de dar pábulo a las tesis oficiales. Resulta difícil discernir qué creen y qué no, y es en estos términos como la clase gobernante se comunica en Rusia. No es momento ahora para entrar a debatir si ésta es o no la mejor doctrina para fomentar sus fines, si supone un obstáculo o, por el contrario, un estímulo para el progreso material o educativo. Se ha convertido en la única argamasa que aglutina a toda la Unión Soviética y permite a los mandamases del comunismo desempeñar sus funciones; se ha convertido asimismo en el vocabulario para la comunicación, e intentar reformarla de un modo radical ahora, incluso aunque pudiera demostrarse que ello reportaría mejores resultados políticos, económicos o hasta ideológicos, es a todas luces impensable.

En cualquier sociedad soviética es posible distinguir entre quienes pertenecen a la clase de los gobernados –que utilizan un vocabulario normal, no dan muestras de una ambición desmedida, se comportan como los seres humanos del resto del planeta y representan ciertas características tradicionales rusas, que arrastran con la pureza de los rusos descritos por los grandes novelistas y escritores de relatos– por un lado y una clase gobernante a todos los niveles caracterizada por su vocabulario bravucón, su falsa bonhomía, la peculiar expresión de sus rostros cuando disertan sobre uno de esos grandes giros retóricos esencial para el discurso comunista, su cinismo y oportunismo evidentes, y su capacidad para intuir con una mirada de sos-

layo qué desean exactamente sus superiores. La combinación de unción y adulación de sus mandos y el acoso despiadado de sus inferiores descalifican a estas personas. La población las teme, las admira, las detesta y las acepta como algo inevitable. El abismo entre ambas partes se me antojó insalvable.

Éstas son las dos naciones que actualmente componen la Unión Soviética.

La cultura de la Rusia soviética

(1957)

I

Uno de los rasgos más fascinantes de la cultura rusa actual es su exacerbada conciencia propia. Seguramente nunca haya existido una sociedad más profunda y exclusivamente preocupada por sí misma, por su propia naturaleza y por su destino. Desde la década de 1830 hasta nuestros días, el tema de toda la literatura surgida en Rusia, sea ensayo o ficción, es Rusia. A los grandes novelistas, y también a muchos menores, así como a la inmensa mayoría de los personajes de las novelas rusas, les obsesiona no sólo su cometido como seres humanos o miembros de familias, castas o profesiones, sino también su posición social, misión o futuro como rusos, integrantes de una sociedad única con problemas únicos. Este ensimismamiento nacional se da entre novelistas y dramaturgos por lo demás muy dispares. Un profesor religioso devoto como Dostoyevski, un moralista didáctico como Tolstói, un artista como Turguéniev, a quien en Occidente se contempla como alguien consagrado a modelos estéticos y psicológicos atemporales y universales, o un escritor apolítico «puro» como Chéjov, que se cuidaba mucho de predicar, estuvieron todos, y a lo largo de todas sus vidas, sumamente preocupados por el «problema ruso». Los publicistas, historiadores, teóricos políticos, sociólogos, críticos literarios, filósofos, teólogos, y los poetas del primero al último sin excepción y a espuertas analizan qué significa ser ruso, o las virtudes, los vicios y el destino de los rusos en tanto que individuos

y sociedad, pero, sobre todo, el rol histórico de Rusia entre las naciones o, en concreto, si su estructura social –a saber: la relación de los intelectuales con las masas o de la industria con la agricultura, por ejemplo– es sui géneris o si, por el contrario, es similar a la de otros países o, quizás, un ejemplo anómalo, atrofiado o frustrado de algún modelo occidental superior.

Desde de la década de 1880, una inmensa marea de libros, artículos y panfletos, hoy ilegibles y tediosos, comenzó a inundar a los intelectuales rusos, preocupados principalmente por demostrar o bien que Rusia está predestinada a obedecer leyes únicas de su propia cosecha –de tal modo que la experiencia de otros países tiene poco o nada que enseñarle– o bien, por el contrario, que sus fracasos se deben cabalmente a una infeliz disimilitud con la vida de otros países, a una ceguera con respecto a tal o cual ley universal que gobierna todas las sociedades y que los rusos, a riesgo propio, ignoran. Los escritores occidentales a menudo producen sus obras de ficción, enseñanza o incluso observación cotidiana (también en Estados Unidos, donde existe una conciencia identitaria similar, aunque no a tamaña escala) sin atormentarse necesariamente con la cuestión de si su tema se ha tratado en el contexto histórico, moral o metafísico pertinente. En Rusia, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX, ocurre justo lo contrario. Allí ningún escritor que se precie se aventuraría a dar un paso sin preocuparse de determinar si su obra aborda adecuadamente los «grandes asuntos» de verdad, el cometido del ser humano en la vida. El deber de todos aquellos que sostienen tener la capacidad de entender y el valor moral de afrontar su condición personal, social o nacional siempre ha sido el mismo: en primer lugar, relacionar los problemas relevantes con el camino que la sociedad dada (es decir: Rusia, y sólo después de ella: la humanidad) ha seguido inexorablemente (adoptando un planteamiento determinista) en la fase histórica (o moral o metafísica) particular de su desarrollo.

Sin duda las doctrinas románticas que predominaron en la literatura y el periodismo europeos de las décadas de 1830 y 1840, en particular en Alemania, las cuales ponían énfasis en las misiones históricas únicas de distintos colectivos de hombres –alemanes, industriales o poetas–, son en parte responsables de esta actitud rusa omnipresente. Lo destacable es que en Rusia llegó más lejos que en ningún otro lugar del mundo. Y ello se debió en parte a que el avance efectivo de Rusia hacia el corazón de la escena europea (tras las guerras napoleónicas) coincidió con el impacto del movimiento romántico y derivó en parte de una sensación de inferioridad cultural que hizo que muchos rusos cultos buscaran con ansiedad y doloroso esfuerzo un papel meritorio que desempeñar, merecedor sobre todo de su creciente poder material en un mundo capaz de menospreciarlos (y contagiarles tal menosprecio) como una masa oscura de bárbaros ignorantes gobernados por déspotas brutales y buenos únicamente para aplastar a otros pueblos más libres y civilizados. Es posible que, tal como mantienen algunos escritores, en las sociedades influidas por Bizancio o por la Iglesia ortodoxa se dé una sed de sistemas teológicos, más aún: escatológicos, una sed que el sacerdocio ruso, carente de los recursos intelectuales y la tradición de las iglesias occidentales, no podía colmar, en especial en el caso de los jóvenes mejor educados y con disposición crítica.

Mas, al margen de sus verdaderos orígenes, la mentalidad de prácticamente todos los intelectuales rusos del siglo XIX y principios del XX (con contadas excepciones) estaba dominada por la convicción de que todos los problemas estaban interrelacionados y sólo existe un sistema que, en principio, permite resolverlos; de que el descubrimiento de dicho sistema entraña el principio y el fin de la moralidad, la vida social y la educación; y de que abandonar la búsqueda de éste para concentrarse en metas personales o aisladas, como la ampliación de conocimientos, la creación artística, la felicidad o la libertad individual por

sí mismas, constituye una evasión deliberada, subjetiva, irracional, egoísta e inmoral de la responsabilidad humana. Esta actitud es característica no sólo de los intelectuales rusos de tendencia izquierdista, sino de todos los rusos civilizados de todos los colores políticos, y está difundida tanto entre los círculos religiosos como seculares, tanto en los literarios como en los científicos. Prácticamente todo sistema filosófico con interés en ofrecer una respuesta general a los grandes interrogantes encontró una recepción maravillosa, casi en exceso entusiasta, entre estos pensadores impacientes, receptivos hasta límites insospechados, idealistas e impecablemente coherentes, aunque en ocasiones también rigurosamente lógicos.

Y los sistemas no tardaron en llegar. En primer lugar irrumpió el historicismo alemán, en especial en su forma hegeliana, que concebía la historia como una ciencia esencial, la única genuina, a decir verdad. Cierto que Hegel despreciaba a los eslavos, a quienes acusaba de no tener historia, y que declaró que (como la «extinta» civilización china) carecían de un papel que interpretar en la evolución del espíritu humano. Esta parte de Hegel se pasó por alto tácitamente al tiempo que se hacía hueco en el esquema universal para los eslavos en general y (con la autoridad del formidable rival de Hegel, Schelling) para los rusos en particular. Tras el encaprichamiento con Schiller, Fichte, Hegel y otros idealistas alemanes se profesó una fe similar por los profetas sociales franceses: Saint-Simon, Fourier y sus muchos discípulos e intérpretes, quienes formulaban planes «científicos» preconcebidos de reforma y revolución por los que algunos de sus discípulos rusos, movidos por su propensión a creer en la inspiración literal, estaban dispuestos a sacrificar sus vidas. Siguieron otras varias *Lebensphilosophie*, como el medievalismo y el anarquismo, que en Rusia superó con creces los prototipos occidentales. En Occidente, estas filosofías vitales languidecían y se desvanecían en medio de una indiferencia cínica, pero en el Imperio ruso se convirtieron en fes

por las que batirse y que se nutrían para prosperar de ideologías contrarias como el monarquismo místico, la nostalgia eslavófila, el clericalismo y cosas por el estilo, y desaparecían bajo el absolutismo, donde las ideas y los sueños son propensos a sustituir a la acción y se hinchan hasta adoptar formas fantásticas que dominan las vidas de sus devotos en un grado desconocido en el resto del mundo. Convertir la historia, la lógica o una ciencia natural, ya sea la biología o la sociología, en una teodicea, intentar hallar en ella soluciones a dudas y angustiosos interrogantes morales o religiosos y transformarlas en teologías seculares no es nada nuevo en la historia de la humanidad. Pero los rusos se recrearon en este proceso a una escala épica y desesperada y, en el ínterin, generaron lo que hoy se denomina la actitud de compromiso total, al menos en su forma moderna.

Hace más de un siglo, los críticos rusos denunciaban a la civilización europea por su incomprensión. Les parecía característico de los pensadores limitados y moralmente estériles de Occidente el mantener que las actividades humanas no estaban todas necesariamente conectadas entre sí; que lo que un hombre hiciera como escritor era una cosa y como ciudadano era otra; que un hombre podía ser un buen químico y maltratar a su familia o hacer trampas a las cartas, o que un hombre podía componer una música profunda y, sin embargo, respaldar ideas políticas estúpidas o inmorales sobre las que ni la crítica ni el público tenían nada que decir. Esta concepción de la vida, de acuerdo con los rusos de casi todas las tonalidades de opinión, era artificial y superflua y se hacía añicos ante la perspectiva más profunda de una concepción omnímoda, de acuerdo con la cual la vida de los individuos y la vida de sus instituciones era una e indivisible. Cada facultad y atributo del individuo se hallaba en un estado de interacción constante: un hombre no podía ser una cosa como pintor y otra como ciudadano, honesto como matemático y falso como marido; era imposible trazar fronteras entre

los distintos aspectos de la actividad humana y, sobre todo, entre la vida privada y la pública. Cualquier conato de aislar tal o cual ámbito de la invasión de las fuerzas externas se consideraba fundado en la falacia radical de considerar que la auténtica función y el objetivo de un ser humano no permea todos y cada uno de sus actos y relaciones, o peor aún: que los hombres, en tanto que seres humanos, carecen de una función u objetivo específicos. A ello se agregaba que, cualquiera que fuera la personificación última de este objetivo humano primordial –el Estado según los hegelianos; una élite de científicos, artistas y gestores de acuerdo con los partidarios de Saint-Simon o Comte; la Iglesia para quienes se inclinaban por una autoridad eclesiástica; un organismo electo de representantes de la voluntad popular o nacional para los demócratas o nacionalistas, o la clase designada por la «historia» para liberarse a sí misma y a toda la humanidad según los socialistas y los comunistas–, dicho organismo tenía derecho a invadirlo todo. La noción misma de la inviolabilidad de las personas o de algunos ámbitos de la vida como principio primordial no era más que un intento por limitar, encoger, ocultar, apartar de la luz, preservar privilegios y proteger de la verdad universal a una porción de nosotros mismos, y por consiguiente, la principal fuente de error, debilidad y vicio.

La doctrina según la cual sólo existe una verdad a la que deberíamos consagrar toda nuestra vida y un solo método para alcanzarla y un único cuerpo de expertos cualificado para descubrirla e interpretarla, esta doctrina ancestral y familiar puede adoptar múltiples formas. Sin embargo, incluso en las más idealistas y poco prácticas es en esencia totalitaria. Hasta las versiones más críticas de ésta, las que admiten dudas acerca de la naturaleza de la verdad capital o, cuando menos, del mejor método para descubrirla y del título de sus preconizadores, no titubean en cambio a la hora de considerar que, una vez establecida, es un derecho y una obligación de todas las personas y

todas las cosas obedecerla; no admiten la virtud intrínseca de la diversidad de opinión o conducta como tal. Todo lo contrario, puesto que no puede haber más que una verdad y un modo de vida. Sólo el vicio y el error son múltiples. Y ello explica que cuando el márxismo se abrió al fin paso en Rusia, en las décadas de 1870 y 1880, hallara allí un terreno casi ideal para sus semillas.

II

El marxismo contenía todos los elementos que los jóvenes *révoltés* rusos anhelaban. Se autoproclamaba capaz de demostrar los objetivos adecuados de la existencia humana en términos de un modelo histórico del que existían pruebas «científicas». Los valores morales y políticos que predicaba podían, según afirmaba, determinarse «objetivamente», es decir: no en términos de las actitudes subjetivas, relativas e impredecibles de distintos individuos, clases o culturas, sino en términos de principios, que, al estar «fundados» en «el comportamiento objetivo de las cosas», eran absolutos y por sí solos conducirían a la salvación y la liberación de todos los seres humanos dentro de unos límites razonables. Preconizaba la unicidad indisoluble de hombres e instituciones. Afirmaba, tal como lo habían hecho los filósofos franceses del siglo XVIII, que todos los problemas reales, es decir, con solución, eran fundamentalmente tecnológicos, y que los fines del hombre, lo que los seres humanos podían ser y, si conocieran sus verdaderos intereses, querrían ser sin duda alguna, estaban determinados por una nueva imagen científica del universo. El único problema era cómo alcanzar estos fines. Ahora bien, no se trataba de un problema moral o político, sino de una misión técnica, consistente en encontrar y utilizar los medios adecuados para lograr este objetivo universal y «demostrablemente» válido. Se trataba, en suma, de un problema de ingeniería.

La célebre y reveladora definición que Stalin acuñó

para los intelectuales: «ingenieros de almas humanas»[1], condensaba fielmente los principios marxistas. El deber de los intelectuales era dilucidar los objetivos sociales pertinentes a partir de un análisis «científico» de la sociedad y la historia, y posteriormente, mediante la educación o el «acondicionamiento», aleccionar a sus conciudadanos de que habían descubierto verdades empíricas y ofrecían respuestas acordes a ellas, como las piezas sincronizadas de un mecanismo debidamente regulado y perfectamente operativo. El símil que Lenin empleó en una de sus declaraciones más famosas de doctrina política, *El Estado y la Revolución*[2], según el cual la nueva sociedad libre, zafada de la coacción de una clase por otra, recordaría a una fábrica o un taller en el que los obreros realizaban sus trabajos casi por hábito mecánico, era una metáfora derivada de esta visión tecnocrática de la vida humana. Las consignas eran la eficacia, el orden, la seguridad y la libertad para las buenas gentes para hacer su voluntad (este último era necesariamente el mismo objetivo para quienes eran racionales y conocían la verdad), pero no la libertad de hacer cualquier cosa, sino sólo el bien, lo único que cualquier ser racional puede desear hacer y que por sí solo reportará una auténtica felicidad universal e infinita. Se trata de una antigua doctrina jacobina... o aún más antigua: de hecho, su esencia se remonta hasta Platón. Pero quizá nadie la había creído con tanta ingenuidad o fanatismo en ninguna época anterior.

Durante la década que siguió a la Revolución de Octubre, estos principios, los cimientos morales y metafísicos

1. Stalin utilizó esta locución en un discurso sobre el papel de los escritores soviéticos pronunciado en casa de Maksim Gorki el 26 de octubre de 1932 y recogido en un manuscrito inédito en el archivo de Gorki – K. L. Zelinski, «Vstrecha pisatelei s. I. V. Stalinym» («Encuentro de escritores con I. V. Stalin»). Para consultar la frase original en ruso, «*inzhenery chelovechevkikh dush*», véase I. V. Stalin, *Sochineniya,* Moscú, 1946-1947, vol. 13, p. 410.

2. *Gosudarstvo i revolyutsiya* (Moscú, 1918).

del totalitarismo, fueron asimilados sinceramente, sobre todo por algunos líderes comunistas. Al margen de las carencias personales de Trotski, Zinóviev, Bujarin, Mólotov o los jefes de la policía secreta, e incluso quizá de Stalin en esta fase, no existen motivos para dudar de la honestidad o la profundidad de sus convicciones o principios. Como es lógico, surgieron muchos desacuerdos, pero no guardaban relación con los fines, sino con los medios para conseguirlos; cuando tales desavenencias llegaban demasiado lejos, se las estigmatizaba como desviaciones. Así Trotski creyó que existía peligro en una burocracia demasiado bien afianzada, pues actuaría como freno (como todos los intereses creados) para el avance de la Revolución, que requería agentes más imaginativos, sangrientos, atrevidos y resolutos, hombres que no sintieran la tentación de detenerse a mitad del camino hacia la revolución mundial. La denominada Oposición de los Trabajadores era reacia a la concentración de autoridad en manos del Comité Central del Partido Comunista y abogaba por una mayor igualdad y un mayor control democrático por parte de los sindicatos laborales. Los «desviacionistas» de la derecha creían que una colectivización acelerada de la agricultura acarrearía un trastorno económico, un empobrecimiento y una ruina posiblemente más dañinos para la economía soviética que la adopción de un ritmo más lento en el duro proceso de liquidar las propiedades campesinas y a sus defensores, junto con otros llamados supervivientes del régimen capitalista; y eran partidarios de aplicar un tempo menos urgente y medidas más suaves. También existían divergencias en cuanto al papel del ejército en la regimentación de la industria. Y discrepancias memorables en torno a la política exterior y la política hacia los comunistas en el extranjero.

Pero tal vez el desencuentro más profundo se diera en el frente cultural: había quienes opinaban que cualquier «bofetada en la cara» (como solía decirse) a la cultura burguesa occidental, de cualquier forma, ya fuera el futu-

rismo y la modernidad agresivos en el campo de las artes, por ejemplo, o cualquier revuelta violenta contra la tradición, suponía *eo ipso* una expresión de bolchevismo, ya que, al sacudir el *establishment* occidental, minaba su moral y socavaba sus cimientos estéticos y éticos. En esta época, la Unión Soviética se prodigó en la experimentación, en ocasiones atrevida e interesante y en otras meramente excéntrica e inútil, disfrazada de estado de guerra cultural contra el mundo capitalista circundante. Fue el «bolchevismo cultural», particularmente popular en Alemania, al que la propia política comunista plantó cara de forma implacable tiempo después. Por un lado, los atrevimientos de los bolcheviques culturales fueron, como era de esperar, actos personales de artistas individuales y, por consiguiente, encontraron poca simpatía a ojos de aquellos miembros del Partido para quienes el comunismo significaba creer en la labor de crear una cultura específicamente proletaria mediante una acción colectiva y para quienes las aberraciones de los poetas, pintores y creadores vanguardistas eran meramente excentricidades individualistas, un *outré* y una perversión decadente de la propia civilización burguesa que la Revolución acabaría por destruir. Cabe recordar el profundo desagrado que Lenin sentía hacia todas las expresiones de modernidad: su actitud con relación a la experimentación artística radical era de un aburguesamiento extremo. Sin embargo, no realizó esfuerzo alguno por imponer sus planteamientos estéticos y, bajo el benévolo mecenazgo del Comisario de Educación, Lunacharski, un dramaturgo crítico fracasado y honesto oponente del barbarismo descarado, las polémicas continuaron con toda su furia. Hubo fracturas entre facciones: los defensores de la cultura «proletaria» no se ponían de acuerdo en si ésta debía estar producida por personas de talento que destilaban en sí mismas las aspiraciones de las masas proletarias, reales y potenciales, actuando, por así decirlo, como portavoces o, mejor aún, como megáfonos, o si, tal como proclamaban los ideólogos más extremistas, los in-

dividuos como tales no tenían ningún papel que desempeñar en el nuevo orden, puesto que la literatura de la nueva sociedad colectivista debía ser inherentemente colectiva. Estos últimos creían en efecto que las obras literarias debían estar escritas de manera colectiva por grupos y las críticas, ya fueran reseñas, ensayos o directivas, por escuadrones de críticos que se repartieran la responsabilidad colectivamente por su texto, cada uno de ellos un componente anónimo de un todo social. Una vez más, algunos mantenían que el objetivo del arte proletario era exponer la nueva realidad de una manera más intensa, realzarla si era preciso mediante las argucias de la imaginación impregnada de socialismo. Otros opinaban que el cometido de los escritores era estrictamente pragmático: ayudar a configurar la sociedad comunista documentando la nueva vida: la construcción de fábricas, granjas colectivas y centrales eléctricas; la destrucción de las instalaciones obsoletas, y la producción de todos los artículos básicos para la economía socialista, como son tractores, cosechadoras, alimentos uniformes, ropas idénticas, casas producidas en serie, libros y, sobre todo, seres humanos estandarizados, buenos, felices y sin complicaciones.

Podríamos continuar aportando ejemplos, pero lo que deseo recalcar es que estas polémicas «programáticas» eran ante todo reales; es decir, que las partes contendientes en su conjunto creían en lo que defendían y que los desacuerdos entre ellas podrían describirse con toda justicia como discrepancias reales en la interpretación de una doctrina marxista aceptada. Además, estas desavenencias se exponían hasta cierto punto en público y, lo más importante de todo, no eran diferencias acerca de los fines, sino de los medios. Los fines se habían aceptado universalmente, puesto que todos sus opositores y los escépticos habían sido eliminados o silenciados. La intransigencia del Komintern a la hora de lidiar con los partidos comunistas extranjeros, y más aún con los socialistas, y las implacables cazas de brujas probablemente derivaban en gran medida de la creencia

sincera en que estos partidos podían poner en entredicho la verdad central, el dogma de qué constituía la sociedad deseada, o que habían escogido o podían escoger rutas que los desviarían de estos objetivos sagrados e indiscutibles, aunque al principio ello ocurriera de manera imperceptible.

Fue la concepción de sí mismo lo que escindió al bolchevismo de manera tan profunda de su progenitor, el marxismo occidental, una concepción que lo convirtió no ya en un compendio de creencias o medidas políticas o sociales o económicas, sino en un modo de vida invasivo y obligatorio, bajo el control absoluto del Partido o del Comité Central del Partido de un modo que halla poca justificación ni siquiera en los dictámenes más extremos de Marx o Engels. Era la suerte de «zarismo a la inversa»[1] en el que, como en los albores de la década de 1850 Herzen había vaticinado con pesimismo y precisión, se convertiría el comunismo en Rusia y que entroncaba principalmente con la personalidad del propio Lenin. Sin duda, las condiciones de la vida en Rusia, que lo moldearon todo, en parte hicieron surgir la necesidad de la certidumbre religiosa y la doctrina mesiánica que el marxismo proporcionó. Pero el elemento autoritario figura entre las contribuciones personales de Lenin: la concepción del Partido como una secta gobernada de manera despiadada por los más ancianos que exigía a sus miembros el sacrificio absoluto ante su altar de todo aquello que más apreciaban (bienes materiales, principios morales, relaciones personales), y cuanto más desafiante y horripilante para la moralidad de las mentes blandas, mejor. Fue esta vertiente de fanatismo glacial alimentado por un humor sardónico y el atropello vengativo del pasado liberal lo que enervó a algunos colegas socialistas de Lenin y atrajo a discípulos como Stalin y Zinóviev.

1. Herzen escribió que «el comunismo es una autocracia rusa invertida» en el epílogo de su *The Development of Revolutionary Ideas in Russia* (1851: A. I. Gertsen, *Sobranie sochinenii v tridsati tomakh*), Moscú, 1955-1964, vol. 7, p. 123.

Un aspecto inherente a esta visión del milenio (disfrazada de doctrina racional) era desatender el hecho de que, en tanto que teoría científica que afirmaba ser capaz de explicar y predecir el cambio social y económico, a principios del siglo xx el marxismo había sido ya refutado de manera contundente por los acontecimientos de formas sobre las que se han vertido ríos de tinta y que no merece la pena ahora pormenorizar. En Occidente, hubo socialistas conscientes y otros pensadores que intentaron salvar la teoría de la bancarrota intelectual, algunos de manera ortodoxa y otros herética. En Rusia no fue necesario que esto ocurriera. En Rusia, sobre todo después de la Revolución de Octubre, el marxismo se había convertido en metafísica y se apoyaba declaradamente en el análisis de la historia, pero ignoraba con tozudez todos los hechos delicados, diseñados por fuerza o por insistencia para garantizar su conformidad con una serie de proposiciones dogmáticas con su propia terminología esotérica y semiinteligible, sus propias técnicas «dialécticas» de discusión, y sus nociones claras, rígidas y preestablecidas del papel que los hombres y la sociedad deben desempeñar a cualquier precio.

Una de las diferencias más asombrosas entre la Unión Soviética y Occidente era (y sigue siendo) que en Rusia los derrotados en estas controversias internas del Sóviet estaban condenados a ser silenciados en el mejor de los casos o castigados y ejecutados en el peor desde el mismísimo amanecer del régimen, incluso antes del inicio oficial del terror. Sin embargo, ni siquiera estas medidas draconianas consiguieron restar realidad a las controversias. Más bien tuvieron el efecto contrario: el hecho de que el fruto de la victoria fuera el poder y el de la derrota la eliminación añadía un elemento de emoción violenta a los duelos en los que los antagonistas tenían tanto que perder o ganar. No quiero con ello decir que todas las personas que participaron en estas polémicas febriles y peligrosas, ni siquiera la mayoría de ellas, fueran personas íntegras o se movie-

ran por motivos altruistas; a finales de la década de 1920 era evidente que en Rusia imperaba una lucha despiadada o desesperada por conseguir un cargo o simplemente sobrevivir, haciendo caso omiso de los principios manifiestos del marxismo. No obstante, el vicio pagó algún precio a la virtud; los protagonistas de estas batallas seguían sintiéndose obligados por tradición a aportar una justificación teórica para su conducta y, puesto que algunos parecían creer sinceramente en lo que decían, las polémicas giraban en ocasiones en torno a principios reales. Así ocurría sobre todo en el «frente cultural», reflejo siempre fiel de los síntomas de la situación en las demás esferas de la vida soviética. Más aún, entre los participantes en estas polémicas había hombres de temperamento y talento loables, y sus actitudes, ya fueran honestas u oportunistas, eran las de seres humanos excepcionales. Lunacharski, Vorovski o Averbaj no eran, medidos por ninguna vara, críticos de primer orden, pero poseían una elocuencia revolucionaria auténtica; Bujarin, Trotski y Rádek eran insignificantes en tanto que pensadores, pero uno de ellos era un genio y los otros al menos fueron agitadores capaces. Y entre los escritores y artistas creativos figuraban algunas celebridades de primer orden que no habían emigrado o habían regresado de su exilio. Todo ello convirtió la década de 1920 en una época memorable, no sólo para la historia, sino también para la cultura rusas.

Stalin puso fin a todo ello de un mazazo, y una nueva fase comenzó.

III

La política ideológica del régimen de Stalin es un tema fascinante que merece un análisis por separado que nadie ha intentado acometer hasta la fecha y con respecto al cual únicamente deseo hacer una o dos sugerencias.

Una vez que Stalin y sus secuaces se convencieron de

que no existiría una revolución mundial y de que la realización inevitable e indudable de las profecías marxistas con respecto al mundo capitalista podía acontecer en un momento y de modos muy distintos a los profetizados por los padres fundadores en su optimismo, Stalin se concentró en tres objetivos interconectados. En primer lugar, la perpetuación del régimen bolchevique y, en concreto, de aquellos entre sus líderes dispuestos a aceptar su autoridad soberana. En segundo lugar, el mantenimiento y la ampliación del poder político, económico y militar soviético en un mundo hostil por todos los medios posibles, salvo los que entrañaran un cambio radical en el propio sistema soviético. Y en tercer lugar, la supresión de todos los factores, tanto en casa como en el extranjero, susceptibles de poner en peligro cualquiera de estos dos objetivos primordiales, al margen de si tal supresión guardaba o no coherencia con el marxismo, el socialismo o cualquier otra ideología.

En ocasiones se ha comparado a Stalin con Napoleón. En su conjunto, se trata de una comparación antojadiza y equívoca. Stalin no suprimió ni pervirtió la Revolución bolchevique como Napoleón «liquidó» a los jacobinos. Nunca existió un Termidor (y mucho menos un Brumario) en la Revolución rusa: ni mediada la década de 1920 (donde Trotski lo situó de manera natural) ni tras el asesinato de Kírov, ni tampoco tras la muerte de Stalin. Sin embargo, dicha analogía encierra un aspecto iluminador. Preguntarse si Stalin era un marxista leal o siquiera un leninista leal equivale a plantearse si Napoleón creía en las ideas o los ideales de la Revolución francesa. Napoleón era hijo de la Revolución, tanto que por instinto se opuso a todo lo relacionado con el régimen prerrevolucionario y únicamente le interesó mantener buenas relaciones con algunos de sus supervivientes por períodos limitados y por conveniencia propia. Y del mismo modo que Napoleón dio por sentado que los vestigios del feudalismo en Europa estaban condenados a desaparecer sin remedio, que el

principio dinástico podía erradicarse, que el nacionalismo era una fuerza que debía utilizarse, y que la centralización y la uniformidad eran políticas favorables a su gobierno y otros de su índole, del mismo modo puede presumirse que Stalin era lo bastante marxista y leninista como para creer que el capitalismo estaba ineludiblemente sentenciado a ser devorado por sus propias «contradicciones internas», pese a que de vez en cuando se sumiera en una lucha desesperada por la supervivencia, ya fuera de manera consciente o inconsciente y por muy inútil que ésta resultara. En la misma línea, probablemente Stalin aceptara el corolario táctico de que allá donde tales «contradicciones» alcanzaban un estadio agudo, quienes deseaban sobrevivir y heredar la tierra debían buscar exacerbar estas situaciones críticas y no paliarlas, mientras que en las situaciones en las que estas contradicciones aún no habían alcanzado un punto crítico, los miembros de la nueva sociedad, es decir, los comunistas, debían caminar por la senda de la prudencia y no fomentar alzamientos prematuros, sino abrirse paso desde dentro y concentrarse en los frentes populares y caballos de Troya de varios tipos. Es obvio que Stalin estaba convencido de que el futuro de la humanidad era inevitablemente colectivista y no individualista, de que el poder de la religión y las iglesias se estaba desmoronando, de que el control del poder económico era más importante (o sea, capaz de desencadenar cambios de mayor calado o detenerlos) que, por poner un ejemplo, el sentimiento nacionalista o el poder político, y en todos estos aspectos era, por supuesto, un seguidor auténtico, si bien excesivamente crudo, de Marx. Ahora bien, si lo que se plantea es si era un marxista en el sentido en el que Lenin indudablemente lo era, es decir: si creía en el nacimiento de un nuevo mundo tras unos dolores de parto espantosos, un nuevo mundo en el que los hombres fueran más libres y capaces de desarrollar sus facultades a una escala mucho más productiva y vivieran sin guerra, hambruna ni opresión, cabe dudar que tales cuestiones lo atribularan mucho más

de lo que al emperador Napoleón le preocupaba la validez última de cualquiera de los ideales de la Revolución francesa. Y en pro de su crédito intelectual, Stalin apenas prestó atención, ni siquiera de boquilla, a los muchos elementos utópicos del planteamiento leninista.

Un segundo punto de similitud con Napoleón lo encontramos en que Stalin percibió con claridad algo que quizá Napoleón fuera el primero de los gobernantes laicos en apreciar y esgrimir como base para sus acciones, a saber: que el debate de las ideas, las disputas en torno a temas aparentemente alejados de la política por fomentar el espíritu crítico, como la metafísica, la lógica o la estética, era un principio más peligroso para los regímenes despóticos sumidos en la lucha por el poder que la creencia en cualquier forma de autoritarismo. La hostilidad abierta de Napoleón a los *Idéologues*, los empiristas y positivistas de su tiempo, es bien conocida. Napoleón prefería al implacable legitimista y ultramontano Bonald, que lo insultaba y no tenía trato con él, antes que al liberal conformista y de tendencia política más suave Destutt de Tracy. En una vena similar, Stalin, cuando se sintió afianzado en el poder, decidió poner fin a toda controversia ideológica existente en la Unión Soviética. Y lo hizo proclamando victoriosa a una escuela por encima de todas las demás (históricamente no importaba cuál fuera). La nueva directriz estipulaba que la misión de los intelectuales –escritores, artistas, académicos, etc.– no era interpretar, debatir, analizar ni aún menos desarrollar o extrapolar a nuevas esferas los principios del marxismo, sino simplificarlos, adoptar una interpretación acordada de su significado y luego repetir machaconamente por cualquier medio disponible y en todas las ocasiones que se presentasen el mismo conjunto de verdades oficiales. Los nuevos valores estalinistas se asemejaban a los proclamados por Mussolini: lealtad, energía, obediencia y disciplina. Se había desperdiciado demasiado tiempo en polémicas, tiempo que debería haberse empleado en fomentar la industrialización o en educar al nuevo ciudadano sovié-

tico. La mera idea de que existiera un área de desacuerdo permisible en cuanto a la interpretación de cualquier dogma incuestionable era fuente de posible insubordinación, y ésta, que podía originarse en esferas alejadas de los centros de poder, como la crítica musical o la lingüística, por poner un ejemplo, podía extenderse a ámbitos políticamente más sensibles y debilitar el vigor del poder militar y económico en cuyo favor ningún sacrificio era demasiado grande o demasiado inmoral. La célebre fórmula marxista –la unidad de la teoría y la práctica– se simplificó a una serie de citas que justificaban las políticas oficiales. Los métodos adoptados para erradicar hasta el último síntoma de independencia por parte de incluso los intelectuales estalinistas más fieles (por no hablar de los denominados desviacionistas o de los vestigios sin reconstruir de dispensas más antiguas) –y, añadamos, el éxito de estos métodos– son un fenómeno sin parangón en la historia registrada de la opresión humana.

El resultado ha sido durante largo tiempo una página en blanco en la historia de la cultura rusa. No sería desmedido afirmar que, aparte de en las ciencias naturales, entre 1932 y aproximadamente 1945, o incluso 1955, no se publicó por escrito en Rusia ninguna idea ni crítica con valor intrínseco, ni se produjo ninguna obra literaria o nada verdaderamente interesante o importante en sí mismo y no como mero síntoma del régimen o de los métodos practicados por éste a modo de prueba histórica.

Quizás esta política se debiera principalmente a la personalidad de Stalin. Stalin era un hombre de cultura media procedente de una minoría oprimida y rebosante de resentimiento contra las personas superiores y los intelectuales de todo tipo, pero en especial contra aquellos socialistas cultivados y argumentadores cuyo don para la dialéctica en el ámbito de la teoría debió de humillarlo con frecuencia tanto antes como después de la Revolución y entre quienes Trotski fue el exponente más arrogante y brillante. La actitud de Stalin hacia las ideas, los intelec-

tuales y la libertad intelectual traslucía una combinación de miedo, desdén cínico y humor sádico que lo impulsaba (un poco a lo Calígula) a descubrir a qué posturas grotescas y degradantes podía reducir tanto a los integrantes soviéticos como a los extranjeros de su doblegada congregación. Tras su muerte, esta política se ha defendido en ocasiones esgrimiendo la idea de que cuando un viejo mundo está siendo destruido y se está configurando uno nuevo no puede esperarse que quienes están llevando a cabo esta deconstrucción y reconstrucción tengan tiempo para las artes y las letras, ni siquiera para las ideas, las cuales, inevitablemente, deben cargar con sus padecimientos sin protestar.

Es interesante preguntarse cómo es posible que unos intelectuales que no sólo habían contribuido a todos los aspectos de los idiomas de Europa, sino que además habían desempeñado un papel prominente y decisivo a la hora de conducir la Revolución a la victoria pudieron profesar durante tanto tiempo una sumisión ciega tan absoluta a esta política. Ahí teníamos a un colectivo de personas, la sangre de cuyos mártires había sido la semilla de todo el movimiento revolucionario, un colectivo al que Lenin, mucho más que Marx, había asignado un papel primordial en la labor de subvertir el antiguo orden y hacer funcionar el nuevo, y, sin embargo, cuando éste fue aplastado, no alzaron ni un dedo. Sí se oyeron algunas voces indignadas en el extranjero, pero en Rusia imperaron una sumisión y un silencio totales. La mera intimidación, tortura y asesinato no habrían tenido que bastar en un país que, según se nos cuenta siempre, no estaba desacostumbrado a tales métodos y, pese a ello, había mantenido vivas las llamas de una revolución soterrada durante gran parte de un siglo. Es en este sentido en el que cabe reconocer que Stalin realizó sus propias y originales contribuciones al arte de gobernar, invenciones que merecen la atención de todo estudioso de la historia y la práctica del gobierno.

IV

La primera invención ha sido bautizada por O. Utis como «dialéctica artificial»[1]. Es bien sabido que, de acuerdo con los sistemas de Hegel y Marx, los acontecimientos no se producen en una secuencia causal directa sino mediante un conflicto de fuerzas, de tesis y antítesis, que desembocan en una colisión entre ellas y una victoria pírrica en el curso de la cual se eliminan mutuamente y la historia da un «salto» a un nuevo nivel, donde este proceso llamado «dialéctica» vuelve a dar comienzo. Independientemente de la validez que esta teoría tenga en cualquier otro ámbito, lo cierto es que resulta de suma utilidad para explicar las situaciones revolucionarias.

Como todo estudiante de la materia debería saber, el principal problema práctico que se presenta a quienes han implantado con éxito una revolución a gran escala es cómo evitar que la situación resultante degenere en uno de dos extremos opuestos. El primero, al que, siguiendo a Utis, llamaremos Escila, se alcanza cuando los zelotes de la revolución, al observar que el nuevo mundo que ésta debía crear no se ha materializado, buscan explicaciones, culpables y cabezas de turco, lo achacan a la traición o a una debilidad criminal por parte de tal o cual grupo de sus agentes o aliados, declaran la revolución en peligro de muerte y desatan una caza de brujas que acaba por desembocar en un estado de terror y durante la cual los diversos colectivos de revolucionarios tienden a eliminarse entre sí sucesivamente y la existencia social corre el riesgo de perder el nivel mínimo de coherencia sin el cual una sociedad es incapaz de existir. Este proceso acostumbra a frenarse mediante algún tipo de contrarrevolución que la mayoría de la población, sintiendo su seguridad amenazada, prota-

1. Véase «La dialéctica artificial» de Berlin en las pp. 175-201, publicada originalmente bajo el seudónimo de «O. Utis».

goniza en un intento desesperado de preservarse a sí misma y lograr la estabilidad, un retroceso social instintivo de un colapso que se intuye inminente. Así ocurrió durante la Revolución francesa de 1789 y hasta cierto punto durante la Comuna de 1871, así como en algunas zonas de la Europa del Este en 1918, y posiblemente habría sucedido en 1848 si los bandos de la extrema izquierda hubieran empezado a ganar. De hecho, a Trotski se le acusó de promover esta espiral ascendente de terror.

El extremo opuesto, Caribdis, supone el hundimiento en una indiferencia cansina. Cuando el ímpetu original de la revolución comienza a decaer y la población anhela un respiro de la terrible tensión que supone la vida innatural a la que se ha visto abocada, busca alivio, comodidad y formas de vida normales, y así la revolución se desliza paulatinamente en el reposo, el *Schlamperi*[1], la miseria moral, las argucias económicas y la corrupción general de la calaña que caracterizaron, por ejemplo, el Directorio francés, o bien se sume en una especie de dictadura u oligarquía convencional, como ha ocurrido con tanta frecuencia en Latinoamérica y el resto del mundo. El problema para los revolucionarios, por tanto, es cómo mantener la revolución sin caer en la abyección del fanatismo utópico de Escila ni del oportunismo cínico de Caribdis.

Stalin merece ser acreditado por haber descubierto y aplicado un método que en cierta medida solventó este problema concreto. En teoría, la historia o la naturaleza (según la interpretación de Hegel o Marx), al seguir su propio proceso dialéctico, debería provocar que estos opuestos colisionaran en el estadio crucial y obligar con ello a la realidad a ascender por una espiral creativa en lugar de precipitarse de manera unilateral en la bancarrota. No obstante, puesto que la historia y la naturaleza evidentemente tienden a entenderse, el hombre necesita salir de tanto en cuando en ayuda de estos organismos impersona-

1. «Desidia.»

les. El Gobierno, tan pronto aprecia signos de nostalgia de los antros de perdición de la vieja vida, debe tensar las riendas, intensificar su propaganda, exhortar, atemorizar y aterrorizar y, si es preciso, atajar tantas de esas reticencias como sea preciso para frenar la huida en desbandada. Quienes simulan estar enfermos, los amantes de las comodidades, quienes albergan dudas, los herejes y otros «elementos nocivos» son eliminados. Ésta es la «tesis». El resto de la población, debidamente escarmentada y dominada por el terror más que por la esperanza o el deseo de victoria o la fe, acomete las tareas requeridas y la economía avanza durante un tiempo. Pero entonces la élite de los puristas revolucionarios, los terroristas fanáticos, la quintaesencia del Partido, que debe estar convencida de corazón del deber sagrado de podar las ramas podridas del árbol político, inevitablemente va demasiado lejos. De no ser así, de saber detenerse a tiempo, sus integrantes no habrían sido capaces de llevar a cabo la tarea inquisitiva con el celo desesperado y la mezquindad exigidos; los hipócritas, creyentes a medias, moderados, oportunistas, hombres de juicio precavido o de sentimientos humanos no sirven para este fin, puesto que, tal como Bakunin advirtió en el pasado, flaquearían a medio camino. Es entonces cuando la población, demasiado aterrorizada para avanzar o demasiado hambrienta, se vuelve apática, pierde interés y la eficiencia y la productividad empiezan a decaer; y llega el momento de la clemencia. Se acusa a los zelotes de haber ido demasiado lejos, de oprimir al pueblo y, en lo que siempre supone un movimiento popular, se los ajusticia en público, lo cual, en el apogeo de Stalin, supuso su purga y ejecución. Se permite entonces un pequeño atisbo de libertad en ámbitos remotos tales como la crítica literaria, la poesía o la arqueología, pero no en otros más próximos como la economía o la política. Ésta es la «antítesis». El pueblo vuelve a respirar con un optimismo y un agradecimiento renovados y habla de la sabiduría de sus gobernantes ahora que se les ha caído la venda de los

ojos y han apreciado los «excesos» de sus siervos infieles; el pueblo espera nuevas libertades, un deshielo; la producción vuelve a aumentar, el Gobierno es ensalzado por retornar a un ideal anterior, más tolerante, y se vive un período de relativa felicidad.

Éste vuelve a acarrear la inevitable atenuación de las tensiones, el relajamiento de la disciplina y el descenso del esfuerzo productivo. Una vez más se emite (la nueva tesis) una llamada al retorno de la pureza ideológica, al restablecimiento de los principios y las lealtades fundamentales, a la eliminación de los parásitos saboteadores, los interesados, los zánganos, los espías extranjeros y los enemigos del pueblo que se las han ingeniado para refugiarse en el redil. Se produce una nueva purga, un rebrote del fanatismo ideológico, una nueva cruzada, y las cabezas de la hidra contrarrevolucionaria (la nueva antítesis) deben rodar una vez más.

De este modo, la población se mantiene siempre activa, su evolución avanza por un sendero zigzagueante, y la supervivencia de cada uno depende de su capacidad para percibir en qué momento exacto la autoridad central va a anunciar una retirada o una nueva carga, así como del don de adaptarse rápidamente al nuevo rumbo. El tiempo lo es todo. Un error de cálculo debido a la inercia o la insensibilidad política, o aún peor, a la convicción política o moral, que lo lleve a uno a entretenerse demasiado en una senda condenada, casi siempre entraña, sobre todo si se reitera, desgracia o incluso muerte.

Es innegable que mediante esta política deliberada de purgas y contrapurgas de diversas intensidades calculadas con esmero, Stalin logró mantener un sistema que la mayoría de los implicados no aprobaría por voluntad propia ni percibiría como algo natural; es más, lo mantuvo en marcha durante un lapso más dilatado del que ninguna otra revolución hasta el momento ha logrado mantenerse. Utis analiza en detalle este método en el artículo citado y, aunque afirma que para cosechar éxitos este método re-

quiere de la mano diestra de su ideólogo, parece ser que le ha sobrevivido. Pese a la grave conmoción ocasionada en el sistema por la lucha por el poder entre los sucesores de Stalin, el afloramiento de conflictos y facciones, y el alzamiento de los pueblos oprimidos en Occidente que sorprendió a Moscú desprevenido, lo que Utis denomina la «dialéctica artificial» parece seguir funcionando. La sucesión en una secuencia estricta durante los últimos cinco años de movimientos «liberales» y represivos por parte de los dirigentes soviéticos, tanto en su país como en el extranjero, pese a no ejecutarse ahora con el mismo virtuosismo (o el profundo sadismo personal) de Stalin, es un patrón demasiado regular para ser involuntario. La hipótesis postulada por el autor para explicar los métodos gubernamentales exclusivos de Stalin parece también adecuada para explicar los de sus sucesores.

El método es una invención política original cuyo mérito corresponde en exclusiva a Stalin. Uno de sus productos derivados deliberados ha sido la desmoralización total y absoluta de lo que en la URSS continúa llamándose la *inteliguéntsia:* personas interesadas en la literatura o en las ideas. Incluso en los peores momentos de la opresión zarista existieron ámbitos de expresión libre; más aún, siempre cabía la opción de permanecer callado. Stalin fue quien alteró esta situación. Ningún campo quedó excluido de las directrices del Partido y negarse a decir lo que se había ordenado se consideraba una insubordinación y acarreaba castigos. La «emigración interior» requiere la posibilidad de usar la mente y los medios de expresión personales al menos de un modo neutral. Pero si las posibilidades de mera supervivencia de uno dependen obligatoriamente de brindar apoyo activo y continuo a principios o políticas que puedan parecer absurdos o aborrecibles en términos morales, y si además toda la capacidad mental personal se invierte en la necesidad perpetua de abrirse camino por aguas pantanosas y mortales, de maniobrar de posición en posición, mientras que la fibra moral se mide

por la necesidad de doblegarse no ya a una sino a muchas divinidades caprichosas e impredeciblemente cambiantes, de tal modo que la más mínima desatención, negligencia o error pueda costar muy caro, entonces cada vez se reduce más la posibilidad de pensar por uno mismo o de refugiarse en una ciudadela interna en la que uno pueda seguir siendo secretamente heterodoxo e independiente y saber en qué cree. Stalin fue aún más allá. Prohibió hasta el más mínimo grado de intercomunicación oficial entre una facultad académica y otra, entre laboratorios e institutos, y logró con ello evitar la aparición de cualquier centro de autoridad intelectual, por muy humilde y obediente que fuera, por muy fraudulento y oscurantista. Se impidió el surgimiento de todo sacerdocio de materialismo dialéctico, puesto que se prohibió todo debate sobre temas teóricos; la misión de la Academia de las Ciencias y del Instituto de Profesores Rojos o del Instituto Marx-Engels fue citar a Marx en *actos* de apoyo a Stalin: la *doctrina* que éste o algún otro miembro del Politburó (seguramente no un catedrático) se proveería a sí mismo.

Allá donde existe una Iglesia oficial o una escuela de augures con sus propios privilegios y misterios existe también una zona relativamente vallada entre cuyos muros la ortodoxia y la herejía pueden florecer. Stalin se empeñó en reprimir las ideas en sí mismas, a un coste elevadísimo, cabe añadir, no sólo en términos de educación básica de los ciudadanos soviéticos (por no hablar de la actividad intelectual desinteresada, la investigación «pura», etcétera), sino incluso de las ciencias prácticas y aplicadas, que se vieron gravemente mermadas por la falta de libertad de debate y sufrieron una adición anormalmente elevada de aventureros, charlatanes e informadores profesionales. Todo ello contribuyó a sofocar todo atisbo de vida intelectual en un grado más elevado del que incluso los observadores más hostiles y pesimistas desde Occidente y los partidos comunistas de fuera de la órbita soviética percibieron. Haber creado tal sistema constituye un logro

asombroso por parte de Stalin. No debería subestimarse su importancia, puesto que aplastó la vida de la que otrora fue una de las sociedades más talentosas y productivas que ha dado el mundo, al menos hasta la fecha.

V

Este sistema ha acarreado una segunda consecuencia que merece ser recalcada, a saber, que la mayoría de los males habituales que los marxistas han atribuido de manera tan monótona al capitalismo se encuentran en su forma más pura únicamente en la propia Unión Soviética. Estamos familiarizados con las típicas categorías marxistas de explotación capitalista, la ley de hierro de los salarios, la transformación de seres humanos en meros bienes de consumo, la retención del superávit por parte de quienes controlan los medios de producción, la dependencia de la superestructura ideológica de la base económica y otras locuciones comunistas. Pero ¿dónde encuentran estos conceptos su mejor aplicación?

La explotación económica es un fenómeno bastante familiar en Occidente, pero no existe ninguna sociedad en la que un colectivo de seres humanos esté siendo «explotado» de manera más firme, sistemática y descarada por otro que los obreros de la Unión Soviética por parte de sus supervisores. Cierto que los beneficios de este proceso no van a parar a manos de empresarios privados o capitalistas. El explotador es el propio Estado o, para ser más concretos, quienes controlan de manera efectiva su aparato de coacción y autoridad. Dichos controladores, tanto si actúan en calidad de funcionarios del Partido, de burócratas estatales o ambas cosas, se asemejan más a los capitalistas de la mitología marxista que ningún capitalista que resida actualmente en Occidente. Los gobernantes soviéticos se aseguran de que los obreros reciban el mínimo de alimentos, cobijo, ropaje, ocio, educación, etc., necesario para

producir la máxima cantidad de bienes y servicios estipulada por el Estado. El resto se elimina como excedentes de una manera mucho más conveniente y estudiada de lo que se ha conseguido nunca en un Occidente menos planificador. Los salarios se regulan del modo más «férreo» posible: mediante las necesidades de producción. La explotación económica en Rusia se efectúa bajo unas condiciones de laboratorio inconcebibles en la Europa occidental y en Estados Unidos[1]. Una vez más es en la Unión Soviética donde las profesiones oficiales de la «ideología», los principios, eslóganes e ideales, se corresponden menos con la práctica real. También allí algunos intelectuales pueden describirse fielmente como lacayos (algunos lentos y reticentes, otros rebosantes de una especie de deleite cínico y orgullo por su propio virtuosismo) del grupo gobernante. En Rusia, de manera infinitamente más evidente que en Occidente, las ideas, la literatura y las obras de arte funcionan como «racionalizaciones» o cortinas de humo para los hechos despiadados o bien como válvula de escape de la contemplación de crímenes y locuras, o como opio para las masas. Es en la Unión Soviética donde la religión estatal, pues eso es en lo que el «materialismo dialéctico» muerto y fosilizado de los filósofos soviéticos oficiales ha degenerado en mayor o menor grado, no es sino un arma que se emplea de manera consciente en la guerra contra el enemigo, tanto interior como exterior, y no admite el cuestionamiento de la verdad «objetiva».

La teoría materialista de la historia nos enseña que los factores primordiales que determinan las vidas de los individuos y las sociedades son económicos, a saber: las relaciones de los seres humanos en el sistema productivo,

1. Milovan Djilas corrobora este punto de manera convincente en su libro *The New Class* (Nueva York, 1957). Denominar a este sistema capitalismo de Estado (donde el Estado lo es todo, salvo una democracia), «Estado obrero degenerado» o autocracia desnuda es una cuestión de simple etiqueta. Pero los hechos son incuestionables. *(N. del A.)*

mientras que fenómenos culturales como sus ideas religiosas, éticas y políticas, sus instituciones judiciales y políticas, su literatura, arte, creencias científicas, etc., corresponden a diversos niveles de la «superestructura» o, lo que es lo mismo, están determinados por la «base» y son una función de ella. Esta célebre y justamente influyente doctrina que encarna multitud de ideas nuevas, importantes, reveladoras y hoy por hoy ampliamente aceptadas nunca ha resultado, sin embargo, fácil de encajar en ninguna sociedad ni período histórico pasados dados. Todo intento de aplicarla con corsé[1] siempre ha topado con demasiadas excepciones, y explicarlas con excusas equivaldría a estirar tanto la teoría que ésta devendría demasiado vaga o quedaría encostrada de demasiados matices como para continuar teniendo validez. Ahora bien, encaja como anillo al dedo en la sociedad soviética. En ella todo el mundo tiene absolutamente claro qué forma parte de la base y qué forma parte de la superestructura. Los arquitectos y escritores no pueden hacerse ilusiones acerca del nivel de la pirámide en el que se encuentran. Las necesidades económicas, militares y otras «materiales» determinan por completo, porque están concebidas de manera deliberada para determinar, los fenómenos ideológicos, y no a la inversa. No son ni la naturaleza ni la historia las que han generado esta situación, sino una maquinaria de una ingeniería artificial sublime mediante la cual Stalin y sus subalternos han transformado el Imperio ruso en su totalidad.

Es de una ironía extraordinaria por parte de la historia que las categorías y los conceptos acuñados para describir el capitalismo hayan acabado por encajar mejor con su enemigo mortal. Sin embargo, ello no debe considerarse

1. Es decir, de demostrar que es imposible que las tesis de Thomas Love Peacock surgieran en la coyuntura económica de la Inglaterra de principios del siglo XIX y de que a su vez generaran textos como, pongamos por caso, los de Aldous Huxley (y otros como él) de manera inevitable un siglo después. *(N. del A.)*

un mero accidente, un *lusus historiae*. Todo estudiante de la Revolución rusa sabe que el aspecto que dividió a los bolcheviques de los marxistas ortodoxos, los mencheviques, de una manera más profunda fue la viabilidad de una transición inmediata al socialismo. Los mencheviques sostenían que, de acuerdo con toda interpretación de Marx, el socialismo genuino únicamente podía establecerse en una sociedad que hubiera alcanzado un grado elevado de industrialización y en la que el proletariado organizado constituyera la mayor parte de la población y, mediante la solución de las «contradicciones» numerosas e «inexorables» del desarrollo económico, se encontrara en posición de «expropiar a los expropiadores» e iniciar el socialismo. Nadie podía argumentar que tal estadio se hubiera alcanzado en el Imperio ruso. Pero los bolcheviques, inspirados principalmente por Trotski, sostenían que, en lugar de esperar de manera semipasiva a que el capitalismo (una república burguesa) siguiera su cauce, dejando a los obreros insuficientemente protegidos del libre albedrío de la «historia», la «naturaleza», etc., este proceso debería acometerse e ir progresando por las distintas fases estipuladas por la «dialéctica de la historia» bajo las enrarecidas condiciones reguladas por el Partido Comunista. Éste debía ser el famoso período «de transición» de la dictadura del proletariado, el equivalente artificial o controlado a la evolución capitalista «natural» en Occidente: dos carreteras que conducían al auténtico comunismo, si bien la senda rusa resultaría menos dolorosa porque no se dejaría a los antojos de la «naturaleza», sino que estaría planificada por hombres al mando de su propio destino por tener en sus manos el arma «científica» de la teoría marxista, gracias a la cual podían «atenuar los dolores del parto» mediante una revolución bien ejecutada. Si, como Lenin, uno cree de manera fanática en la verdad del análisis marxista de la historia, el hecho de que éste no encaje ni siquiera en el Occidente capitalista, al cual supuestamente describía, es lo de menos. Si el modelo no se corresponde con

los hechos, los hechos deben amoldarse para que concuerden con el modelo. En la Rusia de 1917, el capitalismo era prácticamente inexistente y el proletariado, muy débil. No obstante, es imposible engañar a la dialéctica de la historia, a menos que el marxismo se sustentara en la hiperbólica falacia de que *no puede* haber salvación sin el equivalente a la fase capitalista. De ahí la necesidad de producir sintéticamente los fenómenos correspondientes, de hacerlos emerger por medios artificiales.

Esto puede realizarse en ocasiones con cierto grado de éxito, como en el caso de Japón. Pero los japoneses siguieron la senda de la razón y la experiencia. Se modernizaron adoptando los medios que parecían funcionar mejor sin encadenarse a ninguna teoría dogmática. Lograron sus objetivos no sin brutalidad, pero de manera rápida y con un éxito espectacular. Lenin y sus seguidores no avanzaron por el mismo camino. A causa de su fidelidad a los clásicos marxistas se vieron obligados a subordinar su juicio práctico a las exigencias de la teoría: el desarrollo económico y social de Rusia debía progresar por los estadios escalonados cuyo orden estipulaban los manuales marxistas. Esto entrañaba unos obstáculos sensacionales que se salvaron con un coste humano terrible. Rusia *debía* atravesar las fases que, según Marx, el capitalismo occidental vivió durante y tras la Revolución Industrial. La realidad rusa debía modularse para que se asemejara a un modelo construido, aunque no de modo excesivamente competente, para conllevar el progreso a una sociedad muy distinta de sí misma. Se viviseccionaba una sociedad, por así decirlo, para que encajara con una teoría que vio la luz como poco más que una explicación de su evolución. Algo que surgió como descriptivo se tornó normativo: una teoría concebida para explicar el desarrollo y el comportamiento de la Europa occidental en el siglo XIX se convirtió en un programa para la Europa del Este en el siglo XX.

Las acciones basadas en errores de observación social no necesariamente acaban mal. A la vista de todos está esa

parte del desarrollo constitucional estadounidense inspirada en la interpretación errónea que Montesquieu hizo de la teoría y la práctica políticas británicas. Sin embargo, el error de Lenin tuvo consecuencias más graves. Rusia se precipitó en unos horrores de la industrialización hasta entonces desconocidos, en gran medida porque Marx había dibujado una imagen sombría del capitalismo occidental y afirmaba que ninguna sociedad podía eludir atravesar por un proceso análogo. La imposición del sistema bolchevique en un país económicamente retrasado es un monumento único y monstruoso al poder de la voluntad de unos cuantos hombres y su desdén soberano por la historia y la evidencia empírica, además de una interpretación espeluznante de la unidad de la teoría y la práctica.

VI

Frente a múltiples crisis y a la posibilidad del colapso, Lenin protagonizó una retirada parcial. Y sus sucesores, acuciados por los acontecimientos, remendaron con varios apaños provisionales y dispositivos y políticas realistas y prácticas el extravagante diseño utópico que domina el pensamiento leninista. Pese a ello, la ruptura violenta con la realidad que palpita en el corazón de la Revolución bolchevique evidentemente no puede eliminarse sin provocar el derrumbamiento del sistema, motivo por el cual jamás se ha intentado nada parecido. Y también precisamente por ello, la sociedad soviética no es, en el sentido normal de la palabra, una sociedad civil en absoluto.

El objetivo básico de toda sociedad normal es sobrevivir y, después de eso, satisfacer lo que Mill consideraba los intereses más profundos de la humanidad, es decir: colmar a cualquier precio un número mínimo de los deseos normales de los hombres una vez cubiertas sus necesidades básicas, como, por ejemplo, la expresión personal, la felicidad, la libertad y la justicia. Cualquier Gobierno que

vele por hacer estos valores realidad en un grado razonable se considera que cumple su función. Éstos no son, sin embargo, los fines principales de la sociedad soviética, ni de su Gobierno. Condicionada por sus orígenes revolucionarios, está organizada para alcanzar objetivos, responder a desafíos y anotarse victorias. Como si fuera una escuela, un equipo deportivo o, más acertadamente, un ejército en campaña, se trata de una institución especializada diseñada para fines específicos que sus líderes deben exponer de manera explícita a sus miembros. La vida soviética se construye sobre la base del esfuerzo para conseguir objetivos. Poca relevancia tiene de qué objetivos se trate –militares o civiles, la derrota del enemigo dentro o fuera o el logro de las metas industriales–; para que la sociedad soviética siga existiendo deben existir unos propósitos anunciados. Sus gobernantes son plenamente conscientes de ello y, al margen de que pueda considerárselos prisioneros de su propio sistema, demuestran que deben continuar exhortando a sus súbditos a realizar esfuerzos cada vez más ingentes con vistas a evitar la desintegración del régimen. Ocupan un puesto similar al de los comandantes del ejército en la guerra, conscientes de que a menos que sus tropas perciban una mínima cantidad de servicio activo, la disciplina, el espíritu de compañerismo y la existencia continuada de los soldados en tanto que unidades combatientes no están garantizadas.

Los líderes de la Unión Soviética, por lo que sabemos, podrían anhelar secretamente una existencia pacífica, abandonar los exiguos esplendores y las crueldades y miserias infinitas del régimen y sumirse en una realidad «normal». No obstante, por mucho que alberguen tales anhelos, son conscientes de que a corto plazo no son practicables, puesto que la Unión Soviética no está organizada para la felicidad, la comodidad, la libertad, la justicia y las relaciones personales, sino para la lucha. Y tanto si lo desean como si no, los maquinistas y controladores de este inmenso tren no pueden frenarlo ni saltar de él a medio

trayecto sin arriesgarse a morir. Si desean sobrevivir y, sobre todo, conservar el poder, deben continuar su marcha. Falta por ver si pueden colocarle algunos recambios mientras se desplaza y transformarlo así (y transformarse a sí mismos) en algo menos salvaje y menos peligroso, tanto para ellos como para la humanidad. Tal debe de ser la esperanza de quienes no creen que la guerra sea inevitable.

Entretanto, esta caricatura del *dirigisme* ha desacreditado la tradición del idealismo social y liquidado a la intelectualidad vinculada con ella, quizá de un modo más decisivo del que habría provisto una persecución por sus propios medios. Nada destruye un movimiento minoritario de manera más eficaz que su adopción oficial y la traición y perversión inevitables de sus fines por el propio Estado. Existen casos donde nada tiene menos éxito que el éxito.

VII

Cabe suponer que el nuevo ciudadano soviético, resultado de tantos años de condicionamiento estalinista, debería ser una nueva criatura, igualmente alterada y ajustada a la nueva dialéctica artificial, y tan distinta de sus homólogos occidentales como diferente es el sistema soviético de las formas occidentales de gobierno. Sin embargo, no es así. Por las conversaciones recientes que he mantenido con estudiantes, dependientes de comercios, taxistas y personas de todo tipo con quienes he tropezado en la calle y de las cuales infiero que puedo colegir una impresión justa, el resultado es una suerte de desarrollo infantil atrofiado, pero no una forma de madurez distinta.

En la actualidad, en la Unión Soviética se dan las condiciones que a menudo prevalecen en aquellas organizaciones en las que los grados y tipos de responsabilidad están claramente definidos, como escuelas de disciplina estricta, ejércitos u otras jerarquías rígidas en las que las diferen-

cias entre gobernantes y gobernados son de una precisión extrema. De hecho, el abismo entre los gobernantes y los gobernados es la división más profunda que pueda apreciarse en la sociedad soviética; y cuando uno habla con ciudadanos soviéticos no tarda en percibir a cuál de ambos grupos pertenece. El debate público sincero, ya gire en torno a los fines para los que se ha orquestado la nueva sociedad, o los medios más importantes que supuestamente se han adoptado para hacer avanzar dichos fines, sigue estando desalentado en ambos flancos de esta gran línea divisoria. La sociedad funciona como un hormiguero, y todo lo que suponga una pérdida de tiempo o genere dudas está prohibido. Sin embargo, las consecuencias en un caso difieren de las del otro.

Empecemos por los gobernados. Quienes no poseen la ambición suficiente para convertirse en gobernantes y han aceptado a buenas o a malas su posición en las filas inferiores de la jerarquía soviética no parecen estar profundamente atribulados por los asuntos políticos. Saben que no pueden mediar en ellos en modo alguno y que debatirlos es cuando menos peligroso. De ahí que cuando los abordan por encima hablen con la ingenuidad, curiosidad e irresponsabilidad de un escolar que debate temas públicos serios ajenos a su comprensión, más o menos por diversión, sin esperar que se lo tome demasiado en serio y con la agradable sensación de estar diciendo algo atrevido, cercano al precipicio del territorio prohibido. Tales personas cultivan las virtudes privadas y retienen las características que antaño los extranjeros consideraban tan típicamente rusas. Acostumbran a ser amistosas, espontáneas, inquisitivas, infantiles, hedonistas, muy receptivas a las nuevas impresiones, en absoluto displicentes y, debido al largo tiempo que llevan incomunicadas con el mundo exterior, esencialmente victorianas, mojigatas y convencionales tanto en sus gustos como en su aspecto. No están tan aterrorizadas como lo estuvieron en tiempos de Stalin, cuando nadie sabía qué deparaba el destino y no era viable apelar a

ninguna institución ni justicia. El tirano está muerto, y un conjunto de reglas y normativas gobierna en su lugar.

Las reglas son terriblemente severas, pero están claras, y el ciudadano sabe que, si las transgrede, será castigado, pero, si no lo hace, si vive una vida muy cautelosa y circunspecta, no asume riesgos, no se comunica con extranjeros y no expresa pensamientos peligrosos, puede esperar razonablemente seguro y, si lo arrestan, contar con una oportunidad sensata de esclarecer el malentendido y recobrar su libertad.

La justicia de las reglas en sí no se discute demasiado, según he observado. Nadie se plantea si son buenas o malas. Parecen darse por convenidas, como algo emanado de las altas esferas, en su conjunto desagradable y, sin duda, no suscitan el tipo de devoción religiosa que se espera de un buen comunista, si bien, dado que los gobernados no pueden alterarlas, se acatan prácticamente como leyes de la naturaleza.

Los gustos siguen siendo sencillos, frescos y originales. Los ciudadanos soviéticos se alimentan de una dieta de literatura clásica tanto rusa (ahora casi sin restricciones) como extranjera, a base principalmente de autores considerados de «relevancia social»: Schiller, Dickens, Balzac, Stendhal, Flaubert, Zola y Jack London, así como de novelas de «exploradores» infantiles que ensalzan las virtudes sociales y demuestran que el mal siempre acaba pagándose. Y puesto que no está permitida la literatura basura, pornográfica o «problemática» que los distraiga, la mirada de los alumnos de este *establishment* educativo sigue siendo ávida y poco sofisticada, una mirada adolescente, a veces muy atractiva e inteligente. En la sensacional exposición de arte francés que acogió el Hermitage en Leningrado, los visitantes rusos (al menos según un extranjero que habló con varios de ellos) sentían admiración por contados cuadros posteriores a la década de 1850, encontraban difíciles de apreciar a los impresionistas, en especial a Monet y Renoir, y detestaban claramente las pinturas de

Gauguin, Cézanne y Picasso, de las cuales había magníficos ejemplos. Por supuesto, existen ciudadanos soviéticos con gustos más refinados, pero escasean y no airean sus preferencias a la ligera.

Se alienta a los estudiantes a interesarse más por los estudios científicos y técnicos que por las ciencias humanas y, cuanto más se acercan los ámbitos de estudio a la política, peor se imparten. Quienes salen peor parados, por consiguiente, son los economistas, los historiadores del pasado reciente, los filósofos y los estudiantes de Derecho. Un estudiante extranjero que trabaja en la Biblioteca Lenin de Moscú descubrió que la mayoría de sus vecinos eran licenciados que preparaban tesis consistentes, básicamente, en copiar pasajes de otras tesis que ya habían obtenido doctorados y, en particular, fragmentos que contenían citas elogiadas de clásicos, principalmente de las obras de Lenin y Stalin (Stalin aún en 1956) y que, puesto que habían superado tantos exámenes, representaban la supervivencia del más fuerte. A este estudiante extranjero le explicaron que, sin aquellos fragmentos, era vano albergar la esperanza de aprobar la tesis. Evidentemente, tanto los examinandos como los examinadores participaban de un pacto tácito sobre el tipo de citas requeridas y la cantidad necesaria de éstas para obtener una licenciatura. El número de estudiantes que leía libros era muy reducido en comparación con los que leían tesis, además de ciertos ejemplares seleccionados del *Pravda* y otras publicaciones comunistas que contenían afirmaciones de índole diversa dignas de ser citadas.

En el campo de la filosofía, la situación es especialmente deprimente. La filosofía, es decir, el materialismo dialéctico y sus antepasados, es un tema obligatorio en todas las facultades universitarias, pero resulta difícil dialogar con un profesor que manifieste un mínimo de interés por su materia. Uno de ellos, quizá sorprendido con la guardia baja, explicó a un aficionado extranjero confundido que, bajo el régimen zarista, se esperaba que un clérigo visitara

todas las escuelas, supongamos, una vez a la semana, e impartiera de forma monótona su lección sobre las Sagradas Escrituras mientras los alumnos permanecían sentados en silencio. Casi nunca se les formulaban preguntas y, puesto que no ocasionaban problemas, no interrumpían ni manifestaban ningún pensamiento antirreligioso o subversivo agresivo, se les permitía tácitamente dormir durante la clase, pues no se esperaba de ninguna de ambas partes que se tomara a la otra en serio. Los filósofos oficiales eran los clérigos cínicos de la actualidad, conferenciantes sobre materialismo dialéctico que se dedicaban a pronunciar sus típicas charlas, las cuales no habían modificado en los últimos veinte años, desde que los debates entre los filósofos habían quedado prohibidos incluso en el seno del ámbito del materialismo dialéctico. Desde entonces, el tema en su conjunto se había transformado en una reiteración mecánica de textos cuyo significado había ido evaporándose porque eran demasiado sagrados para ser puestos en entredicho y más aún para ser contemplados a la luz de la posibilidad de aplicarlos a otras disciplinas, como la economía o la historia, salvo de boquilla. Tanto los practicantes de la metafísica oficial como su público parecen ser igualmente conscientes de su futilidad. De hecho, es posible admitirlo con impunidad, si bien sólo están autorizadas a hacerlo aquellas personas de lustre suficiente como para salir indemnes, como, por ejemplo, los físicos nucleares cuyos salarios actuales probablemente sean los más elevados del país y a quienes en apariencia se les permite manifestar, casi en público, que la filosofía dialéctica y la filosofía en su conjunto son sandeces en las que no desean malgastar su tiempo. La mayoría de las personas que ha hablado con profesores de filosofía en Moscú (y son bastantes los visitantes occidentales que lo han hecho hoy por hoy) coinciden en que éstos sienten una viva pasión por conocer los acontecimientos en Occidente y plantean interminables preguntas sobre el «neopositivismo», el existencialismo, etc., y escuchan como niños a quienes inespe-

radamente se ha concedido acceso a la fruta prohibida. Cuando se les inquiere por los avances registrados en su propio campo, la mirada de entusiasmo culpable tiende a desvanecerse de su rostro y muestran un aburrimiento conspicuo. La reticencia a debatir lo que saben a ciencia cierta que es un tema aburrido y sin sentido es casi universal. Los estudiantes aclaran a la mínima de cambio que sus estudios filosóficos son una especie de farsa conocida, que les encantaría interpretar y debatir incluso a pensadores tan pasados de moda como Feuerbach o Comte, pero que es improbable que las autoridades lo permitan. Es evidente que «los gobernados» no parecen entusiasmados por lo que les cuentan. Los estudiantes de filosofía saben que la filosofía que se les dispensa es una insensatez petrificada. Y los profesores de economía, en su inmensa mayoría, saben que la terminología que están obligados a utilizar está, cuando menos, obsoleta.

En un espectro más amplio, resulta difícil encontrar a alguien que crea demasiado en la información que proporcionan la prensa escrita y las emisoras radiofónicas rusas, y también las extranjeras. Tienden a considerarla propaganda, parte de ella soviética y parte antisoviética, y, como tal, la descartan por igual y vierten sus pensamientos en otros campos abiertos a un debate más libre, principalmente en torno a asuntos de la vida personal, obras de teatro, novelas, películas, gustos, ambiciones personales y cosas por el estilo. Al hablar de estos temas se muestran frescos, divertidos e instructivos. No dan indicios de padecer xenofobia. Al margen de las instrucciones de las autoridades, no odian a los extranjeros. Ni siquiera odian a los alemanes, contra quienes en los años 1945 y 1946 sí existía una fuerte aversión personal y, desde luego, no odian a los estadounidenses, ni siquiera aunque teman que, debido a las discrepancias entre ambos gobiernos, éstos puedan declararles la guerra, ya que incluso ello se percibe más como una posibilidad de terremoto o de cataclismo natural de otra naturaleza que algo a lo que haya que

buscar culpables. Quienes plantean preguntas sobre la política actual normalmente no dejan traslucir su color político, sino que más bien exhiben la curiosidad de un niño adulto. Así, el taxista que le preguntó a su pasajero si era cierto que había dos millones de parados en Inglaterra y, al saber que no, contestó en tono filosófico: «Entonces también nos mienten sobre esto», lo dijo sin el más mínimo asomo de indignación, ni tan sólo un matiz de ironía, como quien corrobora un hecho evidente. Es la misión del Gobierno dispensar estas falacias, parecía afirmar (como lo es la de cualquier Ministerio de Propaganda en tiempos de guerra), pero las personas inteligentes no están obligadas a creérselas.

El grado de decepción o ilusión con respecto al mundo exterior en las ciudades soviéticas no es tan elevado como a veces se supone en Occidente; la información escasea, pero no se da pábulo a las invenciones extravagantes. Tengo la impresión de que, si por algún quiebro del destino o de la historia el control comunista desapareciera en Rusia, lo que su población precisaría no sería una reeducación, puesto que sus sistemas no han interiorizado del todo las doctrinas dispensadas, sino una mera educación normal y corriente. En este sentido, recuerdan más a los italianos, quienes no se dejaron engañar por el fascismo, que a los alemanes, que sí penetraron verdaderamente en el nazismo.

De hecho, la ausencia relativa de lo que podría denominarse una mística comunista tal vez sea el aspecto más fascinante del sucedáneo de intelectualidad de la Unión Soviética. No cabe duda de que existen marxistas convencidos en Polonia, en Yugoslavia y en todos sitios, pero no creo que abunden en la Unión Soviética, donde el marxismo ha degenerado en una especie de palabrería oficial aceptada sin reticencias, pero tediosa hasta el sopor. Lo que los escritores e intelectuales desean, y quienes han planteado sus protestas en las reuniones recientes de los sindicatos de autores y otros de su especie así lo demues-

tran, no es tanto ser libres de atacar la ortodoxia prevaleciente, ni siquiera de debatir temas ideológicos, sino simplemente de describir la vida tal como la ven, sin tener que realizar referencias constantes a la ideología. Los novelistas están aburridos o asqueados de tener que incorporar figuras idealizadas y acartonadas de héroes y villanos soviéticos a sus relatos y en sus escenarios; les apasionaría redactar con mayor realismo, por ingenuo que éste fuera, y con una libertad psicológica más amplia y diversificada; vuelven con nostalgia la mirada hacia lo que consideran los dorados años veinte del leninismo, pero jamás la proyectan más hacia el pasado. Ello es distinto a estar furioso con la sublevación política. Los escritores, o al menos algunos de ellos, anhelan reflexionar sobre la burocracia, la hipocresía, las mentiras, la opresión y el triunfo del mal sobre el bien, y denunciar estos aspectos en términos morales que incluso el régimen suscribe. Estos valores morales, comunes a toda la humanidad y que no representan actitudes heterodoxas o abiertamente antimarxistas, son la forma en la que la revolución húngara parece haberse aclamado o condenado, y en la que la nueva novela (de escasa valía literaria pero importante en tanto que símbolo social) que ha removido a todo el mundo tan profundamente –*No sólo de pan vive el hombre* de Dúdintsev– está escrita y se debate[1].

Los gobernados, los súbditos, en su gran mayoría no son ni creyentes comunistas ni herejes impotentes. Algunos, quizá la mayoría, están descontentos, y el descontento en los estados totalitarios se considera ipso facto político y subversivo. Pero actualmente aceptan o cuando menos toleran pasivamente a su Gobierno y se dedican a pensar en otras cosas. Se enorgullecen de los logros econó-

1. Hasta aquí llega también el anuario literario de la «oposición», *Literatúrnaya Moskvá:* no es ni por el arte «puro» ni por ninguna política alternativa, por encubierta que esté. Sus artículos «sospechosos» piden a gritos valores humanos. *(N. del A.)*

micos y militares de Rusia. Rezuman el encanto de un grupo profundamente apolítico, aislado, educado con rigor, romántico, imaginativo y algo infantil integrado por seres humanos normales y corrientes que forman parte de una corporación gobernada sin piedad.

Por lo que concierne a los gobernadores, la historia es harto distinta. Implacables a título individual y ávidos de medrar, parecen haber acordado que el vocabulario y un mínimo de doctrina comunista son el único cemento que puede aglutinar a las partes constituyentes de la Unión Soviética, y que modificarlas en exceso desestabilizaría el sistema y los colocaría a ellos en una situación excesivamente precaria. Por consiguiente, se las han ingeniado para traducir los pensamientos de sus mentes a una imitación razonable de terminología comunista y parecen utilizarla para comunicarse tanto entre ellos como con los extranjeros. Cuando se les formulan preguntas (y es evidente cuándo uno se dirige a un miembro de los escalones superiores de la jerarquía y cuándo a alguien que aspira a ascender, aunque sólo sea por su aspecto, por el tono de su voz, por las ropas que viste y por otras cosas menos palpables), se enzarzan en algo que al principio parece una mera diatriba propagandista; luego uno va dándose cuenta de que creen tanto en sus palabras como cualquier político de cualquier país cree en un discurso que sabe que domina y que ha adaptado a su público y del cual dependen su éxito y su carrera, que ha quedado patentemente ligada a este modo de expresión personal, incluso para sí mismo, y sin duda para sus amigos y sus colegas.

No creo que en la Unión Soviética impere una doble moralidad: que los burócratas o líderes del Partido se dirijan en la jerigonza consagrada a sus súbditos y luego se desembaracen de toda pretensión y hablen con cinismo y sentido común entre ellos. Su vocabulario, sus conceptos y su perspectiva general son una amalgama de ambas cosas. Por una parte, de nuevo quizá como los burócratas de la antigua Rusia y ciertos tipos de manipuladores y manda-

mases políticos en el resto del mundo, la actitud que profesan hacia su propia doctrina oficial, y más aún hacia las creencias del mundo exterior, acostumbra a ser escéptica y rayana en el cinismo. Sí suscriben determinadas proposiciones marxistas, a menudo muy simplificadas. Intuyo que creen sinceramente que el mundo capitalista está condenado a la destrucción por sus propias contradicciones internas y que el método adecuado de sopesar el poder, la dirección y el valor de supervivencia de una sociedad pasa por formular un determinado tipo de preguntas sociológicas o económicas «materialistas» (que Lenin les ha enseñado), puesto que las respuestas a estas preguntas desempeñan un papel decisivo en la concepción y formulación de sus propias políticas económicas y políticas más cruciales. Creen que el mundo avanza inexorablemente hacia el colectivismo, que los intentos de detener o siquiera modificar este proceso son muestras de infantilismo o de ceguera, que su propio sistema, si es capaz de replegarse y hace frente durante el tiempo necesario a la furia capitalista, acabará por imponerse, y que cambiarlo ahora o retirarse lo suficiente para aportar una mayor felicidad o bienestar a sus ciudadanos podría implicar su propia condena y destrucción, y, ¿quién sabe?, quizá también la de sus subordinados. En otras palabras, piensan en términos de conceptos y categorías marxistas, pero no en términos de los propósitos o valores marxistas originales –libertad de explotación o coacción o incluso los intereses particulares de grupos, clases o naciones–, y menos aún en términos de los ideales sublimes: la libertad individual, la liberación de la energía creativa, la felicidad universal y cosas por el estilo. Son demasiado duros y moralmente indiferentes para hacerlo. No son religiosos, pero tampoco creen en ninguna moralidad específicamente proletaria o patrón histórico o lógico.

Su actitud hacia los intelectuales puede compararse hasta cierto punto con la de los líderes políticos del resto del mundo: lógicamente está condicionada por el tono es-

tablecido por los mandamases, es decir: los miembros del Comité Central del Partido Comunista. La mayoría de ellos, además de sospechar que quienes tratan con ideas en cualquier forma constituyen una fuente de peligro potencial, se sienten incómodos departiendo cara a cara con estas personas y sienten desdén hacia ellas por lo que únicamente puede denominarse motivos sociales. Son el tipo de motivos por los que los sindicalistas de todos los países a veces despliegan un complejo combinado de inferioridad y superioridad hacia los intelectuales, superioridad porque se creen más eficientes, más experimentados y con un entendimiento más profundo del mundo obtenido en una escuela más dura, e inferioridad por la incomodidad que les provoca su bagaje social e intelectual. El conjunto de matones que presiden las fortunas de Rusia –y un simple vistazo al Politburó (ahora denominado Presídium) deja claro que estos hombres son más felices en cualquier reunión popular o en la esfera pública que en el ámbito de los estudios– observan a los intelectuales con el mismo sentimiento de incomodidad con el que contemplan a los miembros mejor vestidos y alimentados de la colonia extranjera, diplomáticos y periodistas, a quienes tratan con una educación desmedida y artificial, con envidia, desdén, desprecio, afabilidad intermitente y un recelo inmenso. Simultáneamente consideran que las grandes naciones deben contar con importantes catedráticos, artistas célebres y atractivos culturales de la índole pertinente. Por ello, pagan a los máximos exponentes de estas artes salarios cuantiosos, pero no son capaces de resistirse, por mera animadversión, al deseo irreprimible de ningunearlos o, movidos por su profundo complejo de inferioridad y sus celos, sucumbir a la tentación de despreciarlos y humillarlos en público y de recordarles las cadenas forzosas por las que los tienen atados siempre que éstos dan muestras del más mínimo signo de independencia o manifiestan el deseo de salvaguardar su propia dignidad.

Por supuesto, hay también intelectuales entre las filas

superiores de esta jerarquía, pero el grueso de la *inteliguéntsia* los considera renegados y criaturas del Gobierno, o meros operadores o agitadores políticos flagrantes a quienes se paga por hacerse pasar por eruditos o literatos creativos. La diferencia entre los auténticos escritores que departen con otros escritores con su propia voz y los burócratas literarios, otra diferencia más entre los gobernantes y los gobernados, es la profunda e insalvable frontera que divide la vida intelectual soviética. Fue uno de los primeros, de los gobernantes, quien, con el pretexto de hablar no ya de sí mismo sino de la intelectualidad en general, comentó a un periodista estadounidense que no cayera en el error de creer que todos los intelectuales soviéticos, en cuanto que clase, estaban particularmente a favor de otorgar una mayor libertad personal a los obreros y campesinos de la Unión Soviética, puesto que, según dijo, si empezaban a conceder libertades con excesiva facilidad, en las poblaciones y fábricas reinaría la indisciplina –las huelgas y el desorden–, y la intelectualidad, una clase digna del mayor de los respetos en la sociedad británica, no desea que el orden que tanto bien les reporta –sobre todo, prestigio y prosperidad– se vea amenazado. «Estoy convencido de que entiende a qué me refiero», apostilló.

Hemos viajado por tanto desde el siglo XIX, cuando toda la literatura rusa acusaba con voz indignada la vida en Rusia, hasta las agonías, entusiasmos y polémicas amargas y con frecuencia desesperadas y los duelos mortales de la década de 1920 y principios de 1930. Unas cuantas plumas ilustres anteriores a la época de Stalin han sobrevivido; son grandes nombres, pero escasos y alejados entre sí; en parte se los admira y en parte se los contempla con asombro como figuras míticas de un pasado fabuloso pero extinguido. Los filisteos acosadores, semicínicos y semimarxistas, ocupan el escalafón superior de la pirámide; una delgada línea de «especialistas» verdaderamente civilizados, sensibles, moralmente vivos y a menudo dotados, pero profundamente intimidados y políticamente pasivos

ocupa el escalón intermedio; y una población poco cultivada, no marxista, honesta, impresionable, de una ingenuidad conmovedora y un corazón puro e intelectualmente hambrienta y consumida por una curiosidad insaciable forma la base. Tal es, grosso modo, el panorama de la cultura soviética actual.

La supervivencia de la *inteliguéntsia* rusa

(1990)

Me piden una respuesta a los acontecimientos registrados en Europa. No tengo nada nuevo que añadir. Mis reacciones son similares a las de casi todas las personas que conozco o de las que tengo noticia: asombro, euforia, felicidad. Cuando hombres y mujeres encarcelados durante largo tiempo por regímenes brutales y opresivos consiguen por fin liberarse, zafarse de sus cadenas y, tras muchos años, atisban el amanecer de una auténtica libertad, ¿cómo puede alguien con un mínimo de humanidad no sentirse profundamente conmovido?

Solamente es posible añadir, como madame Bonaparte apuntó cuando la felicitaron por tener la distinción histórica única de ser madre de un emperador, tres reyes y una reina, *«Oui, pourvu que ça dure»*. Ojalá pudiéramos estar seguros de que no habrá una recaída, sobre todo en la Unión Soviética, como temen algunos observadores.

Existe un paralelismo obvio, que sin duda habrá sorprendido a todo el mundo, entre estos acontecimientos y las revoluciones de 1848 y 1849, cuando el recrudecimiento del sentimiento liberal y democrático derrocó los gobiernos de París, Roma, Venecia, Berlín, Dresde, Viena y Budapest.

El desaparecido sir Lewis Namier atribuyó el fracaso de estas revoluciones, que hacia 1850 se habían extinguido en su totalidad, al hecho de haber sido, según sus palabras, una «Revolución de los Intelectuales»[1]. Y es posible

1. L. B. Namier, *1848: The Revolution of the Intellectuals*, Londres, 1946.

que así sea, pero también sabemos que fueron las fuerzas desatadas contra estas revoluciones, los ejércitos de Prusia y Austria-Hungría, los batallones eslavos del sur, los agentes de Napoleón III en Francia e Italia y, sobre todo, las tropas del zar en Budapest, quienes aplastaron este movimiento y restauraron algo similar al statu quo.

Por fortuna, hoy la situación parece muy distinta. Los movimientos actuales han originado alzamientos populares auténticos y espontáneos que extienden sus ramas a todas las clases sociales. Podemos mantener el optimismo.

Aparte de estas reflexiones generales, hay algo que forzosamente me ha asombrado: la supervivencia, contra todo pronóstico, de la *inteliguéntsia* rusa.

La *inteliguéntsia* no es idéntica a los intelectuales. Los intelectuales son personas que, como ha dicho alguien, simplemente anhelan que las ideas sean lo más interesantes posibles. En cambio, la *inteliguéntsia*, o «intelectualidad», es un fenómeno exclusivamente ruso. Este movimiento, surgido en el segundo cuarto del siglo XIX, englobaba a un conjunto de rusos con cultura y principios morales que se sentían indignados por una Iglesia oscurantista, un Estado brutalmente opresivo e indiferente a la miseria, la pobreza y el analfabetismo en los que vivía sumida la mayor parte de la población, y una clase gobernante que pisoteaba los derechos humanos e impedía el progreso moral e intelectual.

Creían en la libertad personal y política, en la erradicación de las desigualdades sociales irracionales y en la verdad, que hasta cierto punto asimilaban con el progreso científico. Abogaban por un progresismo que asociaban con el liberalismo y la democracia occidentales.

La *inteliguéntsia*, en su mayor parte, estaba constituida por gentes de profesiones liberales. Las más famosas eran los escritores; todos los grandes nombres (incluso Dostoyevski en su juventud) participaron en distintos grados y modos en la lucha por la libertad. Fueron los descendientes de estas gentes quienes impulsaron la Revolución de

Febrero de 1917. Algunos de sus integrantes creían en la adopción de medidas extremas y participaron en la supresión de dicha Revolución y la instauración del comunismo soviético en Rusia, y posteriormente en su esfera de influencia. A su debido tiempo, la intelectualidad fue destruida sistemática y paulatinamente, pero no pereció por completo.

Cuando visité la Unión Soviética en 1945, no sólo conocí a dos poetas y a algunos amigos y aliados de éstos que habían alcanzado la madurez antes de la Revolución, sino también a personas más jóvenes, la mayoría hijos o nietos de académicos, bibliotecarios, conservadores de museos, traductores y otros integrantes de la vieja intelectualidad que se las habían ingeniado para sobrevivir en oscuros recovecos de la sociedad soviética. Pero no parecían quedar muchos.

Por supuesto, el término «*sóviet* inteliguéntsia», que aludía a los profesionales liberales, aparecía con frecuencia en las publicaciones estatales. Pero parecía poco más que un homónimo y revelaba que dichos profesionales no eran más que los herederos de la intelectualidad en su antigua acepción, hombres y mujeres que perseguían los ideales que he mencionado. La impresión que me llevé es que la escasa *inteliguéntsia* auténtica que resistía se estaba desvaneciendo.

En el transcurso de los últimos dos años, para mi enorme sorpresa y deleite, he descubierto que estaba equivocado. He conocido a ciudadanos soviéticos relativamente jóvenes y claros representantes de un gran número de personas similares que parecían conservar el carácter moral, la integridad intelectual, la imaginación sensible y el inmenso atractivo humano de la vieja *inteliguéntsia*. Se los encuentra predominantemente entre escritores, músicos, pintores, artistas, en muchas esferas, como el teatro y el cine, y, por supuesto, también entre los académicos. El más famoso de ellos, Andréi Dmítrievich Sájarov, se habría sentido a sus anchas en el mundo de Turguéniev, Her-

zen, Belinski, Saltikov, Ánnenkov y su círculo de amistades en las décadas de 1840 y 1850.

Sájarov, cuyo trágico fin lamento tan hondamente como cualquiera, pertenece, a mi modo de ver, al más puro espíritu de esta noble tradición. Su planteamiento científico, su fascinante valentía, física y moral, y, por encima de todo, su devoción inquebrantable a la verdad hacen imposible no contemplarlo como el representante ideal en nuestro tiempo de los valores más sinceros y humanos defendidos por la intelectualidad, la vieja y la nueva.

Como la mayoría de los intelectuales, y hablo desde el conocimiento personal, era un hombre de una civilización intachable y poseía lo que sólo puedo describir como un inmenso encanto moral. Tengo la impresión de que su vigoroso intelecto y su interés insaciable en los libros, las ideas, las personas y los asuntos políticos, por muy cansado que estuviera, sobrevivieron a su terrible maltrato.

Pero no estaba solo. La supervivencia de toda la cultura a la que pertenecía bajo las cenizas y los escombros de una experiencia histórica atroz me resulta una hazaña milagrosa. Y sin duda ello alienta al optimismo. Y lo que es cierto en Rusia lo es incluso más para otros pueblos que se están desprendiendo de sus grilletes, donde los opresores han detentado el poder durante un lapso más breve y donde los valores civilizados y el recuerdo de la libertad pasada siguen estando vivos en los supervivientes aún no extenuados de un tiempo anterior.

El estudio de las ideas y las actividades de la *inteliguéntsia* rusa decimonónica me ha ocupado varios años y descubrir que, lejos de estar enterrado en el pasado, este movimiento (estimo oportuno seguir llamándolo así) ha sobrevivido y está recobrando su salud y su libertad es toda una revelación y me produce un placer inmenso. Los rusos son un gran pueblo, tienen una capacidad creativa inmensa y, una vez sean libres, nadie sabe qué aportarán al mundo. Siempre es posible una nueva barbarie,

pero en el presente no parece que se perfile ninguna en el horizonte. Al fin y al cabo, que los males pueden superarse y que el fin de la esclavitud está en camino son cosas de las que el ser humano puede sentirse razonablemente orgulloso.

Glosario

Helen Rappaport

Este glosario no pretende ser exhaustivo. Su principal cometido es identificar y contextualizar a la mayoría de los personajes rusos y soviéticos a los que alude Berlin. Muchos de ellos fueron víctimas de persecuciones y arrestos y vieron su obra prohibida durante los años de Stalin. También se incluyen algunos escritores y políticos con quienes Berlin compartió sus viajes y que aparecen mencionados en el texto. La obra de muchos de los aquí citados ha caído en el olvido, pese a que fomentaron el interés por el experimento soviético durante el período de entreguerras y eran figuras mucho más destacadas en la fecha en la que Berlin escribió sobre ellos. En general, las figuras literarias y culturales europeas más conocidas de los siglos XIX *y* XX *se han omitido, así como las de los escritores rusos más afamados.*

ABAKÚMOV, VÍKTOR SEMIÓNOVICH (1894-1954) posee el dudoso honor de ser uno de los jefes de la policía secreta más aduladores y veteranos de Stalin. Fue ministro de Seguridad del Estado del MGB (Ministerstvo Gosudárstvennoi Bezopásnosti) entre 1947 y 1951. Participó activamente en el renovado ataque contra los judíos soviéticos realizado durante los últimos años del gobierno de Stalin, en el que se enmarcó el asesinato del destacado actor judío Solomón Mijoels, en 1948. También fue uno de los principales orquestadores del «asunto de Leningrado», la purga masiva de miembros del Partido Comunista y funcionarios gubernamentales del Sóviet de Leningrado, ocurrida entre 1948 y 1950. Como era de prever, Stalin se volvió contra su acóli-

to de confianza, tal como hizo contra prácticamente todos los demás, y Abakúmov fue arrestado en julio de 1951. Logró salvar la vida, aunque fuera sólo por un corto espacio de tiempo, gracias a la muerte de Stalin, sobrevenida en marzo de 1953. Figura sádica y profundamente siniestra, Abakúmov fue uno de los primeros a los que el nuevo régimen llevó ante los tribunales por sus crímenes; fue juzgado en secreto en diciembre de 1954 y sentenciado a morir de un disparo inmediatamente después.

ADAMÓVICH, GUEORGUI VÍKTOROVICH (1884-1972), poeta acmeísta y crítico literario de cuna rusa. Su poesía temprana, como la colección *Oblaká* [Nubes, 1916], estuvo influida por Nikolái Gumiliov y Ajmátova. Adamóvich abandonó Rusia en 1922 y se unió a los círculos de expatriados de París, donde se convirtió en una figura influyente y desde donde escribió para diarios como el *Posledníe Nóvosti* [Últimas Noticias, 1928-1939]. Su obra poética fue menor, pues la relegó a un segundo plano para centrarse en la crítica literaria de los exiliados rusos, recogida en ensayos como *Odinóchestvo i svoboda* [Soledad y Libertad, 1955] y *Kommentarii* [Comentarios, 1967].

AJMÁTOVA, ANNA ANDRÉYEVNA (1889-1966), poeta y heroína nacional rusa, nacida en Odesa, Ucrania. En la Rusia prerrevolucionaria, durante la Edad de Plata de la poesía rusa, se convirtió en una estrella del grupo acmeísta con sus títulos *Vécher* (*La tarde*, 1912) y *Chotki* (*El rosario*, 1914), así como el emotivo *Bélaya staya* (*Bandada blanca*, 1917) sobre el dolor del amor decepcionado. Su primer esposo, el poeta Nikolái Gumiliov, murió abatido de un disparo en 1921 y Ajmátova se convirtió en diana de los ataques un año después, por su individualismo y su falta de compromiso político. Envilecida por la crítica, no consiguió publicar hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando las restricciones impuestas a los literatos se relajaron brevemente. No obstante, Zhdánov lanzó un ataque renovado y aún más virulento contra su obra en 1946. Durante los largos y tenebrosos años de la represión estalinista, Ajmá-

tova trabajó en su obra maestra, el ciclo de poemas *Rékviem (Réquiem)*, publicado finalmente en 1963. Su encuentro en 1945 con I. B. suscitó que aludiera a él como «el invitado del futuro» en su *Poema bez gueroya: tríptij* (*Poema sin héroe: tríptico*, 1960).

AKSÁKOV, destacada familia rusa de ideólogos, críticos literarios y escritores eslavófilos. Serguéi Timoféyevich (1791-1859) fue un burócrata, escritor y crítico teatral ruso famoso por su obra autobiográfica de ficción, *Seméinaya jrónika* [Crónica familiar, 1856], en la cual describe la vida en una mansión familiar sita en la frontera rusa. Su primogénito, Konstantín Serguéyevich (1817-1860), se radicalizó en la Universidad de Moscú, donde se hizo devoto de la filosofía de Hegel y entabló amistad con Bakunin, Herzen y Belinski. Posteriormente abandonó el hegelianismo y devino en un eslavófilo abierto. Su hermano menor, Iván Serguéyevich (1823-1886), estudió Derecho en San Petersburgo (1838-1842) y editó una serie de diarios radicales. Tras la muerte de Konstantín, Serguéi asumió el liderazgo de los eslavófilos y publicó ensayos de un nacionalismo y un extremismo crecientes en periódicos como *Den* [Día] y *Moskvá* [Moscú], al tiempo que incitó a la guerra de Rusia contra Turquía de 1877 y 1878.

ALDRIDGE (HAROLD EDWARD), JAMES (n. 1918), escritor comunista australiano de cuna y británico de adopción que se estableció en Gran Bretaña a finales de la década de 1930, tras trabajar como periodista en Melbourne. Sus libros más conocidos, *Signed with their Honour* (1942) y *The Sea Eagle* (1944), se basaban en sus experiencias como corresponsal de guerra, si bien fueron criticados por su tono marxista. Escribió asimismo cuentos infantiles.

ALEKSÁNDROV, GUEORGUI FIÓDOROVICH (1908-1961), administrador, filósofo hegeliano e ideólogo estalinista oficial ruso. Como dirigente de la maquinaria propagandística del Partido Comunista durante la Segunda Guerra Mundial, escribió la biografía autorizada de Stalin y en 1946 publicó

Istoria západno-evropeiskoi filosofii (Historia de la Filosofía Europea Occidental). Zhdánov arremetió contra él en 1947 por su última obra, acusándolo de atribuir a la filosofía occidental demasiada influencia en el desarrollo del marxismo. Destituido de su cargo en el Comité Central del Partido en 1946, ese mismo año fue designado director del Instituto Soviético de Filosofía (hasta 1954); también ejerció brevemente como ministro de Cultura (1954-1955).

ALEKSÉYEV, MIJAÍL PÁVLOVICH (1896-1981), historiador y crítico literario de origen ucraniano. Se forjó una reputación académica internacional en su calidad de director de la Casa Pushkin, el Instituto de Literatura Rusa que fomentaba la colaboración entre académicos rusos y occidentales. A partir de 1959 fue nombrado director de la Comisión Pushkin. Alekséyev convirtió en su tema de estudio el lugar que ocupaban las literaturas rusa y eslava ancestral en la historia de la cultura. Políglota, escribió profusamente acerca de los vínculos entre la literatura rusa y la europea.

ÁNNENKOV, PÁVEL VASÍLIEVICH (h. 1812-1887), escritor, crítico y biógrafo ruso célebre por sus vívidas reminiscencias de sus contemporáneos Herzen y Belinski, Turguéniev y Bakunin. Durante la década de 1840 viajó por toda Europa y entabló una estrecha amistad con Gógol (que a la sazón vivía en Italia) y Marx. Reincorporado en Rusia y en la erudición literaria, editó la primera colección, en siete volúmenes, de las obras de Pushkin, publicada en 1855; también realizó varios estudios notables sobre este autor, incluido *A. S. Pushkin v Aleksándrovskuyu epoju, 1799-1826* [A. S. Pushkin en la era de Alejandro, 1874]. Pese a todo, se lo recuerda principalmente por su gráfico retrato de la vida intelectual rusa de las décadas de 1830 y 1840, *Zamechatélnoye desiatiletie* [Una década destacable, 1880], del cual I. B. fue un gran admirador (véanse sus cuatro ensayos publicados bajo el mismo título en *Pensadores rusos*).

ÁNNENSKI, INNOKENTI FIÓDOROVICH (1856-1909), poeta, crítico literario y traductor ruso. Erudito en letras clásicas, Ánnenski impartió griego y latín. Tradujo a Eurípides (publicado entre 1907 y 1921), así como poesía francesa y alemana. Su obra poética se inspiraba más en el movimiento simbolista francés que en el ruso, que a la postre rechazó por considerarlo excesivamente místico. Fue fuente de inspiración para poetas acmeístas como Ajmátova y Nikolái Gumiliov. Sus principales colecciones de poemas fueron *Tijie pesni* [Canciones tranquilas, 1904] y *Kiparísovi larets* [El arcón de ciprés, 1910]; también produjo dos volúmenes de crítica literaria, *Knigui otrazhenii* [Libros de reflexiones, 1906 y 1909].

ANREP, BORÍS VASÍLIEVICH VON (1883-1969), artista y creador de mosaicos ruso. Exiliado político, pasó gran parte del tiempo comprendido entre 1908 y 1918 a caballo entre París, Londres y San Petersburgo. En la primavera de 1915 conoció a Anna Ajmátova, con quien mantuvo un romance. Ajmátova le dedicó más de treinta poemas en sus colecciones *Bélaya staya* (*Bandada blanca*, 1917) y *Podorózhnik* (*Llantén*, 1921). Entre 1918 y 1926, Anrep residió en Londres, donde se integró en los círculos artísticos y se mezcló con los miembros del Grupo de Bloomsbury, entre quienes figuraban Virginia Woolf, Maynard Keynes y Ottoline Morrell. Sus mejores obras, como los mosaicos de la Rotonda y la sala Blake de la Tate Gallery, además de encargos importantes realizados por la National Gallery, los ejecutó en Londres. Destacan sobre todos los mosaicos de la catedral de Westminster (1956-1962). Se reencontró con Ajmátova durante la visita de ésta a París en 1965; sus memorias sobre ella se publicaron a título póstumo.

ARAGON, LOUIS (1897-1983), novelista, poeta surrealista y editor de diarios de corte izquierdista francés. En 1919 cofundó el periódico *Littérature* y en la década de 1920 publicó prosa y poesía surrealistas, incluido *Le Paysan de Paris* (1926, trad. en 1979 como *El campesino de París*). Se afilió al Partido Comunista en 1927 y, tras visitar la Unión Sovié-

tica en 1930, adoptó un estilo de escritura afín al realismo socialista. Así lo refleja su serie de cuatro volúmenes de novelas *Le Monde réel* (1933-1951) y el título de seis volúmenes *Les Communistes* (1949-1951). Durante la Segunda Guerra Mundial su colección de poemas *Le Crève-coeur* (1941) se convirtió en portavoz de la resistencia francesa.

ARJÍPENKO, OLEKSANDR PORFÍROVICH (1887-1964), escultor ucraniano refugiado político. Nacido en Kiev, halló inspiración en los círculos artísticos del París de la década de 1900 mientras estudiaba en la École des Beaux-Arts y se convertía en pionero del cubismo. Abandonó Rusia en 1921 para dedicarse a la enseñanza en Berlín y posteriormente se estableció en Estados Unidos, y en 1928 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Abrió su propia escuela de escultura en Nueva York en 1939, donde fue pionero en el uso del plexiglás y otros materiales novedosos en escultura. Acuñó el término «Arjipintura» para definir la fluidez de su obra. Sus esculturas más célebres son *Mujer andando* (1912) y *El combate de boxeo* (1913).

ASÉYEV, NIKOLÁI NIKOLÁYEVICH (1889-1963), poeta y teórico literario ucraniano. Figura destacada de la poesía futurista en los años prerrevolucionarios, publicó su primera colección, *Nóchnaya fleita* [Flauta nocturna] en 1914. Tras vivir en el Lejano Oriente entre 1916 y 1921 se unió al grupo de escritores y poetas LEF de Mayakovski, y produjo versos propagandistas y agitadores como «Budenni» (1923), sobre el dirigente de la Guerra Civil. Cuando su entusiasmo por el nuevo régimen soviético menguó, expresó su desilusión política en el poema narrativo *Lírícheskoye otstuplenie* [Digresión literaria, 1924]. Sin embargo, su devoción por Mayakovski permaneció inalterada y le rindió tributo en la epopeya en verso de estilo realista socialista más convencional *Mayakovski nachináyetsia* [Mayakovski empieza, 1937-1940], que le valió el premio Stalin.

AVERBAJ, LEOPOLD LEONÍDOVICH (1903-1939), crítico literario ruso. Líder intelectual del movimiento juvenil Komso-

mol[1], editó su diario *Mólodaya Gvardia* [La Joven Guardia]. Defensor apasionado y portavoz de la literatura proletaria, participó activamente en la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP). En la década de 1920 ocupó el cargo de editor del diario de la RAPP *Na literatúrnom postu* [En el puesto literario], si bien cayó en desgracia tras la disolución de la RAPP en 1932 y el inicio del realismo socialista. Fue arrestado y ejecutado durante las purgas estalinistas.

BÁBEL, ISAAC EMMANUÍLOVICH (1894-1940), prometedor autor de relatos, periodista, guionista y dramaturgo ruso de origen judío, víctima de las purgas estalinistas. Nacido en Odesa, Bábel estuvo apadrinado por Gorki en el Petrogrado revolucionario, donde entre 1915 y 1917 publicó sus primeros artículos periodísticos en su *Nóvaya Zhizn* [Nueva Vida]. Sus vivencias como corresponsal de guerra agregado a la Primera Caballería del general Budionni durante la Guerra Civil inspiraron los treinta y cuatro relatos de *Konarmia (Caballería roja)*. Sus *Odesskie rasskazi* (*Relatos de Odesa*, 1931) giraban en torno a su infancia judía. Hacia principios de los años treinta, Bábel, incapaz de adaptarse a las exigencias del realismo socialista, se sumió en el silencio. Retomó la escritura de guiones, colaborando entre otros con Eisenstein en el largometraje *Bezhin lug (El prado de Bezhin)*, censurada por Stalin en 1937. Arrestado en mayo de 1939, estuvo preso en la cárcel moscovita de Lubianka durante varios meses antes de que se lo juzgara y fusilara en enero de 1940.

BAGRITSKI, EDUARD (seudónimo de Eduard Gueórguievich Dziubin, 1897-1934), poeta soviético de origen judío, íntimo amigo de Bábel. Su poesía romántica y revolucionaria de los primeros tiempos bebió tanto de la escuela acmeísta como de la futurista. Se estableció en Moscú en 1925 y se

1. «Komsomol», abreviatura de *Vsesoyuzny leninsky kommunistichesky soyuz molodezhi* (Liga Juvenil Comunista Leninista de la Unión), la única organización juvenil comunista oficial para personas de entre catorce y veintiocho años.

unió al grupo constructivista de poetas; publicó su primera colección, *Yugo-západ* [Suroeste], en 1928. Hacia 1930 había cedido a la presión de afiliarse a la organización oficial de escritores, la RAPP, y comenzó a escribir poesía más conformista. Editó otras dos colecciones, *Pobedíteli* [Los vencedores] y *Poslédnaya noch* [La última noche], en 1923, pero falleció prematuramente de asma, a la edad de treinta y siete años.

BÁLMONT, KONSTANTÍN DMÍTRIEVICH (1867-1942), poeta simbolista, escritor y traductor ruso refugiado político. Incapaz de completar sus estudios de Derecho, se volcó en la poesía y fue en la época comprendida entre 1900 y 1917 cuando publicó sus mejores obras, como *Goryashchie zdania* [Edificios en llamas]. Durante esta época viajó por todo el mundo antes de instalarse finalmente en París en 1920, donde vivió el resto de su vida inmerso en la pobreza y la oscuridad. Políglota excepcional, Bálmont se ganó la vida escribiendo sobre poesía y cultura literaria y traduciendo a poetas románticos como Shelley y Coleridge, a los estadounidenses Walt Whitman y Edgar Allan Poe, y a varios poetas europeos y orientales.

BARATINSKI, YEVGUENI ABRÁMOVICH (1800-1844), poeta ruso. Producto de la escuela militar zarista, sirvió en el ejército imperial, al tiempo que cultivaba sus intereses literarios como miembro de la Sociedad Libre de Amateurs de la Literatura Rusa. Contemporáneo y admirador de Pushkin, formaba parte de la llamada pléyade de poetas de Pushkin y produjo obras narrativas como *Yedá* [Comida, 1824], basada en los seis años que pasó en Finlandia (1820-1826), y *Bal* [El baile, 1825-1828], en la que satirizaba a la alta sociedad moscovita. Su poesía postrera se tornó cada vez más pesimista y reflexiva, en especial *Poslédnaya smert* [La última muerte, 1827] y *Osen* [Otoño, 1836-1837]. Tras permanecer entre tinieblas durante cincuenta años, la obra de Baratinski fue redescubierta con entusiasmo por Ajmátova y su generación en la década de 1900.

BARMINE, ALEXANDER GREGORY (ALEKSANDR GRIGÓRIEVICH BARMÍN, 1899-1987), uno de los desertores soviéticos de más alto perfil de la era de la guerra fría. Tras trabajar como agente de la inteligencia para el Ejército Rojo, en 1935 Barmine fue destacado a Atenas, supuestamente como encargado de negocios, pero en realidad como director del espionaje soviético en Grecia. En 1937, en el momento álgido de las purgas, fue requerido en la Unión Soviética. Sabedor de que se enfrentaba a una muerte segura, Barmine desertó a París y en 1940 huyó a Estados Unidos, donde se dedicó al periodismo y se manifestó en contra de la persecución de políticos e intelectuales soviéticos por parte de Stalin en el famoso programa radiofónico conocido como *The Voice of America*. En 1945 publicó sus memorias, *Soy un superviviente*.

BELI, ANDRÉI (seudónimo de BORÍS NIKOLÁYEVICH BUGÁYEV, 1880-1934), escritor simbolista, místico y poeta ruso. Estudió Filosofía y Matemáticas en la Universidad de Moscú, y publicó su primera poesía, al estilo «decadente», en el año 1902. Tras adherirse a la antroposofía, su obra se tornó cada vez más mística, en especial la religiosa y afectada *Jristós voskrés* (*Cristo resucitado*, 1918), que celebraba la Revolución de 1917. Beli se exilió como refugiado político entre 1921 y 1923, pero regresó a Rusia. Su estilo de prosa ornamentada nunca gozó de popularidad, pese a que con el tiempo *Peterburg (San Petersburgo)* ha cobrado un interés considerable entre la crítica por sus resonancias con Gógol y Dostoyevski.

BELINSKI, VISSARIÓN GRIGÓRIEVICH (1811-1848), crítico literario, filósofo y politólogo ruso. A partir de 1829, fue una figura central en los círculos radicales de debate de la Universidad de Moscú, donde entabló amistad con Herzen y de donde lo expulsaron por su radicalidad. En 1833 se incorporó al diario *Teleskop* [El Telescopio] como crítico literario. Una vez se clausuró éste, en 1836, se ganó la vida como tutor y periodista, además de colaborar como crítico literario para el periódico *Otéchestvennie Zapiski* [Notas sobre la

Patria], entre 1839 y 1846. Finalmente dejó su huella en la publicación de Nekrásov *Sovreménnik* [El Contemporáneo], pero se hallaba ya muy debilitado por los años de vivir en la más abyecta pobreza y una tisis incipiente le arrebató la vida dos años después. Pese a su prematura muerte, el legado de Belinski en Rusia fue y sigue siendo considerable y anunció el surgimiento de una nueva raza de intelectuales de clase baja, no aristocráticos, los llamados *raznochinets*. Los ensayos de Berlin sobre Belinski figuran en su obra *Pensadores rusos* (1978).

BERGGOLTS, OLGA FIÓDOROVNA (1910-1975), escritora y poeta rusa, íntima amiga de Anna Ajmátova. A mediados de la década de 1920 se unió al grupo literario Smena y trabajó como periodista y autora de literatura infantil. A partir de 1934 se ganó una reputación como poeta, siendo su obra más conocida su diario de versos acerca del sitio de Leningrado, *Leningrádskaya tetrad* [El cuaderno de Leningrado, 1942]. Berggolts se esforzó por colmar las exigencias del realismo socialista como escritora y así produjo *Pervorossisk* (1950), un poema narrativo acerca de la construcción industrial en la ciudad del mismo nombre, que mereció el premio Stalin en 1950. Pese a ello, continuó abogando por la necesidad de la libertad artística para alcanzar la auténtica creatividad, una actitud refrendada por la publicación posterior de extractos de sus diarios escritos en Israel.

BERKOVSKI, NAÚM YÁKOVLEVICH (1901-1972), popular profesor de literatura ruso e influyente figura en los círculos intelectuales y artísticos de Leningrado. Especializado en el romanticismo alemán, publicó un estudio primordial, *Romantizm v Guermanii* [Romanticismo en Alemania, 1979], que se tradujo al alemán. También escribió ensayos sobre la literatura soviética contemporánea, así como sobre clásicos rusos y teatro.

BLIUMKIN, YÁKOV GRIGÓRIEVICH (1898-1929), miembro del ala izquierdista de los Revolucionarios Socialistas que re-

chazaron el dominio bolchevique del nuevo Gobierno después de que Bliumkin asesinara al embajador alemán Mirbach por orden suya en 1918. Condenado a tres años de cárcel, se le concedió la amnistía y trabajó a las órdenes de Trotski en el Comisariado del Pueblo hasta que fue transferido a la GRU (inteligencia militar) en el extranjero, donde permaneció en contacto con el entonces exiliado Trotski. Durante su estancia en Turquía, Bliumkin ejerció de intermediario para Trotski y sus partidarios en el interior de la Unión Soviética. Fue arrestado y fusilado tras su regreso en 1929.

BLOK, ALEKSANDR ALEKSÁNDROVICH (1880-1921), venerado poeta simbolista ruso de la era revolucionaria, conocido principalmente por su poema narrativo *Dvenádtsat* [Los doce, 1918], vívido retrato de la agitación de la Revolución de Octubre. Blok estudió Filología en la Universidad de San Petersburgo y publicó su primera colección de poemas, *Stiji o prekrasnoi dame (Los versos de la bella dama),* en 1904. Su sueño de un nuevo orden mundial político y moral inspirado por la Revolución pronto se desvaneció, si bien durante toda la era soviética siguió contando con la legitimidad oficial por la contundencia de *Dvenádtsat.* En los últimos años de su vida se hundió en una profunda melancolía, apenas escribió y murió en la pobreza. Berlin tradujo su ensayo «El colapso del humanismo» para *Oxford Outlook* 11 (1931), pp. 89-112, y lo analiza en su artículo «A Sense of Impending Doom» (1935; titulado originalmente «Literature and the Crisis»), publicado en *The Times Literary Supplement,* 27 de julio de 2001, pp. 11-12.

BONALD, LOUIS-GABRIEL-AMBROISE, vizconde de (1754-1840), historiador, filósofo y estadista francés. La publicación de su *Théorie du pouvoir politique et religieux* en 1796, en apoyo de la monarquía en Francia, lo obligó a escapar a Alemania. Tras la restauración de los Borbones en 1814, regresó a Francia, donde ejerció como ministro de Instrucción bajo Napoleón I.

BRIÚSOV, VALERI YÁKOVLEVICH (1873-1924), crítico, erudito literario y fundador del movimiento simbolista en la poesía rusa. Produjo sus mejores obras, la colección de poemas *Tertia Vigilia* (1900) y *Urbi et Orbi* (1903), antes de la Primera Guerra Mundial y, a partir de ésta, fue más conocido por su trabajo académico y sus traducciones literarias del latín, el armenio y el francés, en especial de la *Eneida* de Virgilio.

BROWN, CLARENCE FLEETWOOD, JR. (n. 1929), erudito y crítico literario estadounidense. Como catedrático de Literatura Comparada en Princeton desde 1970 se convirtió en un especialista en los movimientos modernos de la literatura rusa del período comprendido entre 1890 y 1920, así como en teoría de la traducción y en la obra de Mandelshtam. Es autor de *The Prose of Osip Mandelshtam* (1965) y *Nabokov's Pushkin and Nabokov's Nabokov* (1967), y coeditor con W. S. Merwin de *The Selected Poems of Osip Mandelshtam* (1973).

BÚBNOV, ANDRÉI SERGUÉYEVICH (1883-1938), destacado bolchevique de la vieja guardia, cambió de bando para brindar su apoyo a Stalin a principios de la década de 1920. Se le asignó el Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central y se consagró como un fiel miembro de la organización del Partido, produciendo una retahíla de obras estándar sobre la historia del Partido Comunista. En 1924 asumió la dirección del Directorado Político del Ejército Rojo, cargo que ostentó hasta 1929, cuando sustituyó a Lunacharski como Comisario del Pueblo para la Cultura y la Educación. Entre 1929 y 1937 ocupó el puesto de editor en jefe del diario *Krásnaya Zvezdá* [Estrella Roja]. Pese a ser una figura destacada, fue arrestado en diciembre de 1937 y fusilado el 1 de agosto de 1938.

BUJARIN, NIKOLÁI IVÁNOVICH (1888-1938), carismático líder bolchevique y economista. Figura influyente del Politburó y el Komintern, editó *Pravda* a partir de 1918 y se convirtió en el principal teórico soviético de política económica. Su

postura moderada con respecto a la Nueva Política Económica de los años veinte desveló un humanismo socialista que no tardó en diluirse tras alinearse con Stalin frente a Trotski. En 1929 se convirtió en diana de los ataques oficiales y fue destituido del cargo de editor de *Pravda*. Su intento de recuperar su posición retractándose y alabando a Stalin en el Congreso del Partido de 1934 fue recompensado con un papel en la redacción del borrador de la Constitución de Stalin de 1936. Pero en 1937 Bujarin fue arrestado y acusado de espionaje. En marzo de 1938 se lo acusó de difamación en un juicio ejemplar y poco después fue fusilado. No se lo rehabilitó hasta 1988.

BULGÁKOV, MIJAÍL AFANÁSIEVICH (1891-1940), dramaturgo y novelista, formado originalmente como doctor en Kiev. Ejerció de médico de campo durante la Guerra Civil rusa y recopiló sus experiencias en su primera novela, *Bélaya Gvardia* (*La Guardia Blanca*, 1924), que en 1926 adaptó para los escenarios con el título de *Dni Turbínij* [Los días de los Turbín]. Los últimos relatos de Mijaíl Bulgákov y algunas de sus obras se volvieron con el tiempo más fantásticos y satíricos, sobre todo su obra maestra, la novela largamente censurada *Máster i Margarita* (*El maestro y Margarita*, publicada por primera vez en 1967, en inglés), cuya versión íntegra no se editó en la Unión Soviética hasta el año 1973. Haciendo gala de su proverbial perversidad, Stalin jugó al gato y al ratón con Bulgákov durante muchos años. Era un gran fan de *Dni Turbínij*, pese al compasivo retrato que ofrecía de los blancos antibolcheviques, y la vio representada varias veces mientras permaneció en cartel en el Teatro de las Artes de Moscú. No obstante, en torno a 1930, Bulgákov se encontró en problemas después de que las autoridades suprimieran muy rápidamente varias de sus obras teatrales. Stalin rechazó la petición personal de Bulgákov para que le permitiera emigrar, pero en 1939 le ofreció la posibilidad de redimirse escribiendo una obra sobre las actividades revolucionarias que el propio Stalin había desarrollado en el Cáucaso durante su juventud. Como era previsible, la obra fue rechazada y la

angustia repercutió en la ya frágil salud de Bulgákov, quien perdió la vida un año después, a los cuarenta y nueve años.

BUNIN, IVÁN ALEKSÉYEVICH (1870-1953), uno de los escritores de relatos menos conocido pero más elegantes de la última época zarista. Procedía de una familia de terratenientes venida a menos y trabajó como periodista y bibliotecario antes de dedicarse a la escritura. Empezó a publicar relatos y poesía a partir de la década de 1880. Las exóticas ubicaciones de muchos de sus cuentos reflejan sus frecuentes viajes al extranjero, al Norte de África, Oriente Próximo y la India. Rotundamente hostil a la Revolución, abandonó Rusia en 1918 y se estableció en Francia, donde se consagró como uno de los escritores refugiados políticos más destacados y en un crítico categórico del régimen soviético. El don para la poesía de Bunin resuena en sus relatos opulentos y líricos; en sus cuentos más naturalistas compartía la disciplinada economía de estilo de Chéjov, siendo el ejemplo más conocido *Derevnia* (*La aldea*, 1909-1910) y su obra maestra, *Gospodín iz San-Frantsisko* (*El señor de San Francisco*, 1916). En el año 1933 fue galardonado con el premio Nobel de Literatura. Su última obra más sobresaliente es su autobiografía novelada, *Zhizn Arsénieva* (*La vida de Arséniev*, publicada originalmente en París en dos volúmenes, en 1930 y 1939).

CHAADÁYEV, PIOTR YÁKOVLEVICH (1794-1856), filósofo ruso que suscitó el debate eslavófilo-occidental entre la intelectualidad rusa con su serie de *Lettres philosophiques (Cartas filosóficas)*, escrita entre 1827 y 1831. Nacido en el seno de la pequeña nobleza terrateniente, sirvió en el ejército imperial durante las guerras napoleónicas y posteriormente viajó por toda Europa. Cuando una de sus cartas, que contenía una crítica abierta al retraso intelectual y cultural de Rusia, se publicó en el diario *Teleskop* [El Telescopio] en 1836, el diario fue clausurado y Chaadáyev, acusado de demencia y sometido a arresto domiciliario. Aunque el debate público de sus ideas quedó estrictamente prohibi-

do, Chaadáyev continuó siendo una figura inspiradora para su generación.

CHUKÓVSKAYA, LIDIA (1910-1998), crítica literaria, escritora y editora de ficción juvenil rusa, hija de Kornéi Chukovski. Destacada defensora de la libertad literaria y los derechos humanos en la Unión Soviética, Chukóvskaya fue íntima amiga de Anna Ajmátova, de quien publicó una biografía *(Zapiski ob Anne Ajmátovoi)* en París, en 1976. Sufrió el terror estalinista en su propia piel, pues su segundo marido fue víctima de las purgas, y publicó dos novelas sobre el tema en el extranjero. Cuando la obra de Ajmátova fue censurada en la Unión Soviética, Chukóvskaya memorizó algunos de sus poemas para salvaguardarlos. La conmovedora novela de Chukóvskaya sobre las purgas estalinistas, *Sofia Petrovna*, relataba el impacto que éstas tuvieron en las familias corrientes. El libro, que debía aparecer en la Unión Soviética en 1963, fue retirado a última hora por su supuesta distorsión ideológica. Se publicó en París en 1965. Las actividades disidentes de Chukóvskaya desembocaron en su expulsión del Sindicato de Escritores en 1974.

CHUKOVSKI, KORNÉI IVÁNOVICH (seudónimo de NIKOLÁI VASÍLIEVICH KORNEICHUKOV, 1882-1969), destacado hombre de letras, crítico literario, traductor y escritor de literatura infantil popular ruso; padre de Chukóvskaya. Autodidacta, trabajó como corresponsal antes de la Revolución. Publicó ensayos críticos sobre literatura rusa, especializado en Nikolái Nekrásov, y posteriormente editó literatura infantil y escribió cuentos de hadas populares en verso, en los cuales reescribió para niños relatos de otros autores, como por ejemplo el *Robinson Crusoe* de Defoe. Como director de literatura angloamericana en la editorial World Literature desde 1918, tradujo, entre otras, la obra de Twain, Conan Doyle, Whitman y Kipling al ruso. Sus teorías sobre la traducción se publicaron bajo el título de *Iskusstvo perevoda* [El arte de traducir, 1930] y *Visókoye iskusstvo* [El noble arte, 1941].

CILIGA, ANTE (1898-1992), escritor, politólogo y nacionalista croata. Se afilió al Partido Socialdemócrata en 1918, pero lo abandonó para liderar la facción croata del Partido Comunista de Yugoslavia. Viajó por Europa como oficial del Partido Comunista y trabajó para el Komintern de la Unión Soviética en 1926. Arrestado por trotskista en 1930, Ciliga pasó seis años en el Gulag, a los que siguió un exilio interno, antes de que se le permitiera emigrar. En Occidente denunció el comunismo y publicó un relato de primera mano de la represión estalinista, *Au pays du grand mensonge* [En el país de la gran mentira, 1938]. Reinstalado en Croacia en 1941, fue arrestado y encarcelado hasta 1943. Después de la guerra se instaló en Roma, donde escribió profusamente acerca de asuntos croatas hasta su muerte.

DEBORIN, ABRAM MOISÉYEVICH (seudónimo de ABRAM MOISÉYEVICH YOFFE, 1881-1963), filósofo y teórico político marxista, líder de la escuela de los «dialécticos». Las teorías de Deborin, basadas en la dialéctica hegeliana, dominaron la filosofía soviética hasta que fueron acusadas de «idealismo menchevique» por Stalin en 1930, poco después de la publicación de su *Filosofia i marksizm (Filosofía y política)*. Condenado al ostracismo durante dieciocho años, Deborin comenzó a publicar de nuevo tras la muerte de Stalin en 1953.

DERZHAVIN, GAVRILA ROMÁNOVICH (1743-1816), destacado poeta lírico ruso del siglo XVIII e importante precursor de Pushkin. Procedente de la nobleza empobrecida, sirvió en el ejército y en 1777 se incorporó al funcionariado. La publicación de su *Oda k Felitse* [«Oda a Felitsa», 1793], un canto apenas disfrazado a Catalina la Grande, seguida por otras obras en la misma línea, le merecieron la aprobación oficial y su designación como secretario personal de la emperatriz en 1791. También sirvió a Alejandro I como ministro de Justicia, cargo del que se retiró en 1803. Maestro de la oda clásica, las obras más famosas de Derzhavin, como «Na smert kniaza Meshchérskogo» [«Sobre la muerte del príncipe Meshcherski», 1779] y «Vodopad»

[«La cascada», 1791-1794], pese a su tono moralizante y didáctico, celebran con vívidas imágenes la fuerza de la naturaleza.

DESTUTT DE TRACY, ANTOINE-LOUIS-CLAUDE (1754-1836), soldado durante la Revolución, destacado académico francés y fundador de la escuela de filosofía Idéologie. Destutt fue elegido miembro de los Estados Generales en 1789, pero fue encarcelado durante el reinado del Terror (1793-1794). Filósofo de la ciencia de las ideas, es famoso por acuñar el término *«idéologie»* en 1796 y por su descripción del comportamiento humano consciente. Su defensa de la educación nacional y su afirmación de la libertad individual fueron percibidas cada vez más como una amenaza por Napoleón, quien censuró su obra en 1803. Tras la restauración de la monarquía francesa, fue elevado a la categoría de conde. Los textos filosóficos de Destutt incluyen los cuatro volúmenes de sus *Éléments d'idéologie* (1801-1815) y *Commentaire sur L'Esprit des lois de Montesquieu* (1808).

DJILAS, MILOVAN (1911-1995), escritor y político montenegrino, dirigente partisano, junto con el mariscal Tito, durante la ocupación alemana de Yugoslavia en la Segunda Guerra Mundial. Djilas estuvo encarcelado entre 1933 y 1936 por sus actividades comunistas contra el estado monárquico en Yugoslavia. Durante la guerra fue un estrecho colaborador de Tito y viajó a Moscú, donde conoció a Stalin, encuentro del que legó un relato magnífico en sus *Conversations with Stalin* [Conversaciones con Stalin, 1962]. Fue ascendido a vicepresidente de Yugoslavia en 1953, pero un año después sus crecientes críticas al régimen de Tito conllevaron su expulsión del Partido Comunista y tres períodos de encarcelamiento entre 1956 y 1966. Su análisis crítico de la oligarquía comunista, *La nueva clase: análisis del régimen comunista* (1957), se publicó en Nueva York, donde tuvo una excelente acogida.

DUDIN, MIJAÍL ALEKSÁNDROVICH (1916-1993), poeta ruso de extracto campesino, comenzó a escribir poesía en la déca-

da de 1930 y se inició en el periodismo mientras servía en el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente se forjó una reputación como poeta de guerra muy publicado pero conformista. Su poema más célebre es «Solovéi» [«Los ruiseñores», 1942]. Su hoy olvidada narrativa y poesía didáctica reflejan la vida de un escritorzuelo de los años de Stalin que optó por la vía segura de afiliarse al Partido Comunista y al Sindicato de Escritores, institución en la que llegó a alcanzar una posición destacada.

DUDÍNSKAYA, NATALIA MIJÁILOVNA (1912-2003), primera bailarina rusa y esposa del bailarín Konstantín Serguéyev. Licenciada por la Escuela de Coreografía de Leningrado, se formó con la gran maestra de ballet rusa Agrippina Vagánova y se incorporó a la Ópera y al Ballet Kírov (Mariinski) en 1931, donde destacó por su repertorio de papeles clásicos, entre los que figuraba la Odette/Odile de *El lago de los cisnes* y el papel protagonista en *Giselle*. Retirada de los escenarios en 1961, fue profesora de ballet en el Kírov entre 1951 y 1970, y profesora de la Academia de Ballet Ruso Vagánova. En los años setenta coreografió varios ballets con su esposo, entre ellos *Hamlet* (1970).

DÚDINTSEV, VLADÍMIR DMÍTRIEVICH (1918-1998), novelista ucraniano. Tras licenciarse en Derecho por la Universidad de Moscú (1940), sirvió en el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial y posteriormente trabajó como periodista para el *Komsomólskaya Pravda* [La Verdad del Komsomol]. Relató el progreso industrial en una colección de cuentos, *U semi bogatirei* [Entre siete bogatires], en 1956, el mismo año en que se publicó su novela *Ne jlébom yedinin (No sólo de pan vive el hombre)*. Esta última obra fue criticada en la Unión Soviética por su negativo retrato de la burocracia en el país, si bien contó con una fantástica recepción en el extranjero. El resto de la literatura menor de Dúdintsev apenas se conoce.

EICHENBAUM, BORÍS MIJÁILOVICH (1886-1959), académico, historiador literario y crítico formalista ruso. Fue profesor

de Filología en la Universidad de Leningrado desde 1918 hasta su jubilación en 1949. Publicó estudios como *Melódiki rússkogo lirícheskogo stija* [La melodía de los versos líricos rusos, 1923] y escribió profusamente sobre Tolstói, de cuyas obras completas (1928-1958) fue uno de los editores. Condenó públicamente la poesía de Ajmátova en una reseña de 1923, donde la tildó de «medio monja, medio ramera» y con ello alimentó lo que se convertiría en una larga antipatía soviética hacia la obra de la poeta.

EISENSTEIN, SERGUÉI MIJÁILOVICH (1898-1948), cineasta soviético, pionero de lo que él mismo bautizó como «montaje de atracciones cinematográficas». Inició su singladura como escenógrafo en el Teatro Aleksandrinski, dirigido por Vsévolod Meyerhold, y en 1921 se unió a la efímera organización cultural Proletkult como director artístico de su compañía teatral itinerante. Su primera película, *Stachka* (*La huelga*, 1925), exhibía ya su uso innovador del montaje, aspecto que perfeccionó en su extraordinariamente influyente *Bronenósets Potiomkin* (*El acorazado Potemkin*, 1925) y en *Oktiabr* (*Octubre*, 1927). A su regreso de un desastroso viaje a Hollywood en 1930 para trabajar con la Paramount Pictures, Eisenstein tuvo que ver cómo su estilo vanguardista era atacado. El rodaje de *Bezhin lug (El prado de Bezhin)* quedó interrumpido en 1937, pero el cineasta recuperó el favor oficial con el sensacional éxito popular de *Aleksander Nevski* en 1938. En 1947 volvió a meterse en líos con Stalin por la segunda parte de su *Iván Grozni (Iván el Terrible)*, y la tensión vivida le supuso un infarto que le causó una muerte prematura.

ERENBURG (conocido en Occidente como EHRENBURG), ILIÁ GRIGÓRIEVICH (1891-1967), uno de los escritores rusos exiliados políticos más famosos del período de entreguerras. Nacido en el seno de una familia judía en Kiev, abandonó Rusia en 1909 para vivir en París. Regresó para apoyar a los blancos antibolcheviques tras la Revolución, pero en 1921, a la conclusión de la Guerra Civil, volvió a París, donde trabajó como periodista y escritor, produciendo

una serie de novelas sin ningún mérito literario particular. Su obra más famosa sigue siendo la sátira de Occidente *Neobíchainie pojozhdenia Julio Jurenito* (*Las extraordinarias aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos*, 1922), aclamada por la crítica. Erenburg fue siempre un patriota ruso leal y brindó su apoyo a la maquinaria propagandística soviética antinazi durante la Segunda Guerra Mundial. Su novela de la posguerra sobre el esfuerzo bélico soviético, *Buria* (*La tempestad*, 1947), reflejaba su creciente antipatía hacia Estados Unidos y mereció el premio Stalin. Tras la muerte de Stalin se convirtió en una figura literaria prominente durante los años del «deshielo», término adoptado en Occidente tras la publicación de la traducción al inglés de su novela breve superventas, *Óttepel* (*El deshielo*, 1954), una de las primeras obras surgidas de la Unión Soviética en las que se mencionaban las purgas. Sus memorias, *Liudi, godi, zhizn* (*Gentes, años, vida. Memorias, 1921-1941*, 1960-1965), proveyó un importante retrato de la vida cultural rusa y un testimonio de la persecución de la *inteliguéntsia* rusa bajo Stalin.

FADÉYEV, ALEKSANDR ALEKSÁNDROVICH (1901-1956), novelista ruso y despiadado burócrata literario a las órdenes de Stalin. Afiliado al Partido Comunista desde 1918, realizó tareas para el mismo en los años veinte y se anotó su primer éxito entre la crítica con la novela *Razgrom* (*La derrota*, 1925-1926). *Mólodaya gvardia* (*La guardia joven*, 1945), acerca del trabajo de los partisanos soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial, se promocionó como un ejemplo de realismo socialista, pero sólo después de que Fadéyev la hubiera revisado de cabo a rabo siguiendo las estrictas indicaciones de Stalin. Durante su hegemonía como secretario general y posteriormente presidente del Sindicato de Escritores soviético (1946-1954), Fadéyev urdió la condena al ostracismo de autores como Ajmátova y Zóshchenko. Sin embargo, su concienciación acabó por pasarle factura: en 1953, tras la muerte de Stalin, fue censurado y en 1956 se suicidó.

FEDIN, KONSTANTÍN ALEKSÁNDROVICH (1892-1977), ensayista, escritor y académico ruso, miembro destacado del Sindicato de Escritores. Sirvió en el ejército durante la Guerra Civil y luego se dedicó al periodismo y a la redacción de relatos al estilo de Chéjov. En 1924 intentó responder al nuevo mundo revolucionario con *Góroda i godi* [Las ciudades y los años, 1924], pero fue criticado por el pesimismo del protagonista. A partir de entonces su obra se volvió cada vez más conformista, a medida que Fedin iba asumiendo cargos políticos de relevancia, hasta convertirse finalmente en diputado del Sóviet Supremo. Sus dos novelas de posguerra, *Pervie rádosti* [Primeras alegrías, 1945] y *Neobiknovénnoye leto* [Un verano insólito, 1948], se consideran algunos de los mejores ejemplos de literatura realista socialista.

FET, AFANASI AFANÁSIEVICH (1820-1892), poeta y traductor ruso, amigo de Tolstói y Turguéniev. Estudió en la Universidad de Moscú y comenzó a publicar poesía en la década de 1840, al tiempo que servía en el ejército imperial. Conservador y esteta, su obra fue atacada por los intelectuales radicales de la década de 1860. Fet no publicó nada entre 1863 y 1883, fecha en que finalmente sacó a la luz varios volúmenes de poesías con el título colectivo de *Vechernie ogní* [Luces del atardecer]. Su poesía tardía, de tono metafísico, fue precursora del movimiento simbolista en la poesía rusa de finales de siglo. Admirador de Schopenhauer, Fet tradujo al ruso su *Die Welt ands Wille ul Vorstellung (El mundo como voluntad y representación)* en 1881; tradujo asimismo a poetas latinos como Ovidio, Catulo y Virgilio.

FISCHER, RUTH (seudónimo de ELFRIEDE EISLER, 1895-1961), activista comunista judía de izquierdas, hermana del compositor Hanns Eisler y, como él, amiga de Bertolt Brecht. Fischer se afilió a los socialdemócratas austríacos en 1914, pero los abandonó para fundar el Partido Comunista Soviético austríaco en 1918. Se trasladó a Berlín, donde entre 1921 y 1924 presidió el Partido Comunista alemán, antes de ser expulsada en 1926. En 1933 huyó a Francia, donde se convirtió en una crítica declarada del comunismo, como plasma su

libro de 1948 *Stalin y el comunismo alemán*. Durante la Segunda Guerra Mundial emigró a Cuba y posteriormente vivió en Estados Unidos, antes de regresar a Europa. Falleció en Francia.

GABO, NAÚM (seudónimo de NEJAMÍA BERKÓVICH PEVSNER, 1890-1977), escultor abstracto ruso de origen judío, pionero junto con su hermano Antoine Pevsner de la escultura cinética. Tras estudiar en Múnich, se unió a Antoine en los círculos artísticos vanguardistas de París de 1913 y 1914; en 1917 regresaron a Rusia, donde juntos formularon el *Manifiesto realista* (1920), en el que definieron lo que se convertiría en el nuevo movimiento constructivista del arte soviético. Cuando las críticas hacia este movimiento se multiplicaron, Gabo emigró, primero a Alemania, Francia e Inglaterra, antes de instalarse definitivamente en Estados Unidos en 1946.

GLADKOV, FIÓDOR VASÍLIEVICH (1883-1958), escritor ruso de origen campesino. Trabajó originalmente como maestro de escuela y se inició en el periodismo en la década de 1920. Gladkov fue una celebridad en su época gracias a su premiada novela, crudamente propagandística, *Tsement* [Cemento, 1925], la primera en su género en glorificar el progreso industrial en la Unión Soviética. Su continuación, *Energuia* [Energía, 1932-1938], sobre la construcción de una central hidroeléctrica, fue un relativo fracaso. La mejor obra de Gladkov sigue siendo su autobiográfica *Póvest o detstve* [Un relato de la infancia, 1949], inspirada en textos similares de Gorki, que mereció el premio Stalin.

GLIER (GLIÈRE), REINGOLD MÓRITSEVICH (1875-1956), director de orquesta y compositor ruso. Estudió violín y solfeo en el Conservatorio de Moscú entre 1894 y 1900 y ejerció como director de orquesta en Berlín entre 1905 y 1907, tras lo cual impartió composición musical en el Conservatorio de Kiev entre 1913 y 1920. Su primer éxito artístico internacional, la partitura de 1927 para el ballet *Krasni mak (La amapola roja)*, anunció la emergencia del género del realis-

mo socialista. La obra de Glière, que comprende sinfonías, óperas, conciertos y piezas de cámara, pese a doblar con frecuencia la cerviz a las exigencias de la ortodoxia política y musical, refleja asimismo una variedad de estilos y tradiciones musicales nacionales, como la ópera de 1934 *Shaj Senem (Sach-Senem)*, inspirada en la música de Azerbaiyán. Entre sus discípulos más destacados figuraron Mayakovski y Prokófiev.

GORKI, MAKSIM (seudónimo de ALEKSÉI MAKSÍMOVICH PÉSHKOV, 1868-1936), escritor, periodista y dramaturgo ruso de extracto campesino. Su infancia estuvo marcada por una pobreza extrema, tal como refleja su obra maestra, su trilogía autobiográfica *Detstvo*, *V liúdiaj* y *Moi universiteti* (*Infancia*, 1915; *Entre los hombres*, 1916; *Mis universidades*, 1922), y su gran éxito, la obra teatral *Na dne* (*Los bajos fondos*, 1902). En un origen se mostró muy crítico con el dominio bolchevique de la vida política tras la Revolución; de hecho, la polémica gaceta que dirigía, *Nóvaya Zhizn* [Nueva Vida] fue reprimida por los bolcheviques en 1918. En 1924 emigró a Italia, donde lo agasajaron. Stalin lo convenció de que volviera a la Unión Soviética en 1928 con una mezcla de adulación y alicientes materiales, y de que asumiera el liderazgo ideológico en el establecimiento de un estilo de escritura soviético uniforme bajo el realismo socialista. Como presidente, a partir de 1934, del recién creado Sindicato de Escritores soviético, fue colmado de honores, pero la sumisión ciega a Stalin se convirtió ineludiblemente en una trampa que le reportó su ulterior aislamiento.

GREENWOOD, WALTER (1903-1974), novelista y dramaturgo inglés. Nacido en el seno de una familia de clase obrera en Salford, Lancashire, Greenwood pasó por una serie de empleos sin relevancia y aprovechó sus experiencias con la pobreza durante los años de la Depresión para su aclamada novela *Love on the Dole* (1933). Fue tal su éxito entre el público y la crítica que la adaptó para los escenarios (1934) y el cine (1941). Aunque escribió varias novelas más, así como

relatos y obras teatrales, y finalmente pasó a trabajar en televisión, con guiones como el de *The Secret Kingdom* (1960), adaptación de una novela suya, nada de ello eclipsó el éxito imperecedero de su primera obra.

GRIBOYÉDOV, ALEKSANDR SERGUÉYEVICH (1795-1829), poeta lírico y dramaturgo ruso cuya única obra recordada, *Gore ot uma* (*El mal de la razón*, 1822-1824), sigue siendo un clásico del repertorio ruso. Tras estudiar Derecho y Ciencias en la Universidad de Moscú, Griboyédov sirvió en el ejército y se convirtió en funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pese a que escribió y adaptó otras obras, debe su reputación principalmente a *Gore ot uma*, que fue rechazada por la censura zarista y no se publicó en su versión íntegra hasta 1861. En 1825, durante la guerra de Rusia contra Persia, Griboyédov fue enviado al Cáucaso en visita oficial. Tras negociar el acuerdo de paz, fue designado embajador en Teherán, donde fue asesinado por unos exaltados al poco de su llegada.

GROSSMAN, LEONID PETRÓVICH (1888-1965), erudito, crítico formalista y escritor ruso de origen judío. Estudió Derecho en Odesa, pero, tras trasladarse a Moscú a principios de los años veinte, se volcó en la escritura e impartió clases en el Instituto Briúsov de Literatura y Arte. Produjo estudios notables de figuras literarias rusas como Dostoyevski en *Tvórchestvo Dostoyévskogo* [Obras de Dostoyevski, 1959], una biografía de Pushkin (1936) y un conjunto considerable de estudios sobre Turguéniev y sus obras. Sus novelas históricas y biográficas se basaron principalmente en figuras decimonónicas, como Pushkin en *Zapiski D'Arshiaka* [Notas de D'Arshiak, 1945].

GUÉHENNO, JEAN (1890-1978), ensayista, crítico literario y novelista francés. Nacido en el seno de una familia bretona de clase obrera, Guéhenno escribió sobre las vidas pobres de los trabajadores de Fougères, una población industrial en el noroeste de Francia, en obras autobiográficas como *Changer la vie* [Cambiar la vida, 1961] y *Journal d'un homme de*

quarante ans [Diario de un hombre de cuarenta años, 1934]. Destacó como especialista en la obra de Jean-Jacques Rousseau, con estudios como *Jean-Jaques en marge des Confessions* [Jean-Jacques al margen de las «Confesiones», 1948] o *Jean-Jacques, histoire d'un conscience* [Jean-Jacques, historia de una conciencia, 1962]. En 1962 fue elegido miembro de la Académie Française.

GUIPPIUS, ZINAÍDA NIKOLÁYEVNA (conocida como HIPPIUS en Occidente, 1869-1945), poeta y escritora rusa refugiada política, autora de críticas literarias bajo el seudónimo de Antón Krainni. Guippius comenzó a publicar sus versos simbolistas a finales de la década de 1880 y contó con un salón literario propio en San Petersburgo antes de la Revolución. Contrajo matrimonio con el crítico Merezhkovski en 1889. Rotunda opositora de la Revolución de Octubre, en 1919 abandonó Rusia junto a su esposo y se instaló en París. Si bien mucha de su poesía de las colecciones *Stiji* [Versos, 1922] y *Siania* [El resplandor, 1938] es sumamente autoanalítica y está llena de desprecio por sí mismo, Guippius también produjo versos satíricos, novelas y obras de teatro mordaces, así como un conjunto de críticas literarias reveladoras.

GUMILIOV, LEV NIKOLÁYEVICH (1912-1992), hijo de la poeta rusa Anna Ajmátova. Gumiliov sufrió continuas persecuciones y arrestos durante la era estalinista. Las detenciones de las que fue objeto en 1933 y 1935 se saldaron con una sentencia a diez años en el Gulag en marzo de 1938. Como muchos otros presos que sobrevivieron hasta los años de guerra, fue liberado para luchar en las líneas del frente del Ejército Rojo, si bien fue arrestado de nuevo en 1949 como parte de una campaña renovada de persecución contra su madre. Ajmátova describió la agonía que sufrió durante los períodos de arresto y encarcelamiento de su hijo en su ciclo de poemas *Réquiem*, compuesto entre 1935 y 1943, y publicado en 1963. Gumiliov fue liberado finalmente en 1956 y se le retiraron todos los cargos en 1975.

GUMILIOV, NIKOLÁI STEPÁNOVICH (1886-1921), destacado poeta prerrevolucionario ruso. Teórico literario y fundador, en 1912, del acmeísmo, Gumiliov fue también crítico literario, dramaturgo y traductor. Sirvió en el Ejército Imperial durante la Primera Guerra Mundial y en 1910 contrajo matrimonio con la poeta Anna Ajmátova. El interés de Gumiliov por la etnografía y sus viajes por Abisinia y Somalilandia imprimieron un tono exótico a sus recopilaciones de poemas más conocidas: *Zhémchuga* (*Las perlas*, 1910), *Kostior* (*La hoguera*, 1918) y *Ógnenni stolb* (*Columna de fuego*, 1921). También trabajó para la editorial World Literature, para la cual tradujo a Coleridge, e impartió poesía en la Casa de las Artes. Se opuso frontalmente a la Revolución de Octubre y fue arrestado y ejecutado en 1921, acusado de «contrarrevolucionario».

HERVÉ (seudónimo de FLORIMOND RONGER, 1825-1892), cantante, director de orquesta y compositor francés, autor de más de cien operetas, muchas de las cuales se representaron en el Folies-Concertantes de París. Sus obras más populares fueron *Don Quichotte et Sancho Pança* (1848) y *Les Folies dramatiques* (1853). Vivió durante un tiempo en Londres, donde escribió y dirigió obras de teatro musical en la década de 1880.

HERZEN, ALEKSANDR (ALEKSANDR IVÁNOVICH GUERTSEN, 1812-1870), pensador revolucionario, periodista y escritor ruso en torno al cual gravitaron muchos de los grandes talentos de su generación. Hijo ilegítimo de un noble acaudalado, estudió en la Universidad de Moscú. Su implicación en los círculos radicales conllevó su arresto en 1834 y su exilio hasta 1840. De regreso en Moscú estableció un estrecho vínculo con Belinski, pero en 1847 emigró a Rusia, donde fue testigo de la Revolución de 1848. En 1852 se trasladó a Londres, y su abultada herencia le permitió fundar una imprenta rusa y publicar el influyente diario *Kólokol* [La Campana, 1857-1867], a través del cual hizo campaña de manera intensa en pro de una reforma política en Rusia y de la emancipación de los siervos (que tuvo lugar en 1861). Los

inestimables análisis políticos de Herzen, recogidos bajo el título de *S togó bérega* [Desde la otra orilla, 1847-1850, publicado en inglés en 1956 con una introducción de Berlin], son los más conocidos de una obra de debate filosófico y político considerable llevado a cabo mediante cartas y en la prensa radical con muchos contemporáneos suyos, también emigrados políticos. Herzen recordó a muchos de estos amigos, así como a su familia, con enorme elocuencia y afecto, en su obra maestra: *Pasado y pensamientos*, para cuya edición en inglés de 1968 Berlin escribió una introducción. Los ensayos de Berlin sobre Herzen se han reeditado, respectivamente, en sus recopilaciones *El poder de las ideas* (2000) y *Contra la corriente* (1979).

HUXLEY, ALDOUS (1894-1963), novelista, ensayista y editor británico. Nacido en el seno de una familia destacada de intelectuales, estudió en Eton. Sus primeras obras publicadas fueron poemas, si bien posteriormente se dedicó al periodismo para aumentar sus ingresos. Tras colaborar con publicaciones literarias como *Athenaeum*, su suerte cambió con la publicación en 1921 de su primera novela, *Los escándalos de Crome*. Hacia finales de los años treinta, una serie de novelas de éxito, entre ellas *Contrapunto* (1928) y su obra más conocida, *Un mundo feliz* (1932), habían transformado su hasta entonces existencia sin peculio y, en 1937, emigró a Estados Unidos. Sus obras posteriores, como *Las puertas de la percepción*, reflejan su creciente interés por el misticismo y la experimentación con la mescalina. En *Personal Impressions* (1980), Berlin incluye un ensayo sobre Huxley.

ILF, ILIÁ, y YEVGUENI PETROV (seudónimos de ILIÁ ARNÓLDOVICH FAINZILBERG [1897-1937] y YEVGUENI PETRÓVICH KATÁYEV [1903-1942]), escritores ucranianos, primordialmente conocidos por su colaboración en la novela clásica *Dvenádtsat stúlev* (*Las doce sillas*, 1928). Ambos nacieron en Odesa y trabajaron como periodistas antes de iniciar su colaboración literaria, en 1927, en una serie de relatos y novelas. La fuerte vena satírica de su obra se reflejó en la nove-

la *Zolotoi teliónok* (*El becerro de oro*, 1932), secuela de *Dvenadtsat' stulev*. Se les autorizó a viajar al extranjero entre 1933 y 1936 y, a raíz de las experiencias recopiladas, publicaron *Odnoetázhnaya Amérika* (*Pequeña América de oro*, 1936), pero su asociación quedó huérfana cuando Ilf murió de tuberculosis en 1937. Petrov retomó el periodismo y comenzó a escribir guiones, pero falleció en un accidente de avión en 1942 sin haber repetido nunca el éxito de su asociación con Ilf.

ÍNBER, VERA MIJÁILOVNA (1890-1972), poeta, escritora de relatos y periodista rusa nacida en Odesa. Se estableció en Moscú en 1922 y se unió a la escuela de poesía constructivista. Su labor periodística la llevó a Europa entre 1924 y 1926 como corresponsal. Como Ajmátova, vivió desde la distancia el asedio de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial y ganó un premio Stalin en 1945 por *Púlkovski meridián* [El meridiano de Púlkovo, 1942], imponente poema narrativo acerca de aquella experiencia. Su diario de guerra sirvió de base para *Pochtí tri goda: Leningradski dnevnik* [Casi tres años: un diario de Leningrado, 1945].

IVÁNOV, GUEORGUI VLADÍMIROVICH (1894-1958), poeta ruso nacido en una familia noble, sirvió en el Cuerpo de Cadetes Imperial. Sus primeros poemas, «Górnitsa» [«El salón», 1914] y «Véresk» [«Brezo», 1916], se inspiraban en los movimientos poéticos decadente y acmeísta. Iványov abandonó Rusia en 1923 y se estableció entre la comunidad artística de refugiados políticos rusos de París, donde editó diarios y trabajó como crítico literario. Su postrer poesía, más lírica, publicada en colecciones como *Rozi* [Rosas, 1931], consiguió un éxito considerable entre la crítica, si bien su obra posterior, publicada en París, Nueva York y Berlín, se resintió de su creciente pesimismo.

IVÁNOV, VIACHESLAV IVÁNOVICH (1866-1945), historiador y poeta simbolista ruso refugiado político. Estudió Historia Antigua y Filosofía Clásica en Moscú, Berlín y París, tras lo

cual pasó cierto tiempo en Oriente Próximo. Sus primeras colecciones de poesía, *Kormchie zviozdí* [Estrellas guía, 1903] y *Prozráchnost* [Transparencia, 1904], se publicaron en Europa. De regreso en Rusia en 1905 publicó una serie de ensayos religiosos místicos, así como un loable discurso sobre la cultura rusa: *Perepiska iz dvuj úglov* [Correspondencia entre dos esquinas, 1920]. Tras enseñar griego en Bakú entre 1920 y 1924, emigró a Italia, donde se convirtió al catolicismo romano y ejerció de docente en la Universidad de Pavía (1926-1934) y en el Instituto Papal de Estudios Orientales (1934-1943). Pese a que vivió el resto de su vida en Italia, su obra fue publicada en París.

IVÍNSKAYA, OLGA VSÉVOLODOVNA (1912-1995), editora y traductora de poesía rusa, amante y colaboradora literaria de Borís Pasternak. Licenciada por la Universidad de Moscú, Ivínskaya trabajaba como editora literaria para la publicación *Novyi Mir* [Nuevo Mundo] cuando conoció a Pasternak en 1946. La arrestaron en dos ocasiones y fue deportada al Gulag (1949-1953, 1960-1964), probablemente a causa de su asociación con Pasternak. Tras la muerte de Stalin en 1953 se trasladó a la aldea de escritores de Peredélkino, donde trabajó estrechamente con Pasternak (quien jamás se divorció de su esposa, Zinaída) como su asistente literaria. Las memorias de su vida con Pasternak, *V plenu vrémeni* [Cautiva del tiempo, 1978], se publicaron en ruso en París en 1978.

JACHATURIÁN, ARAM ILICH (1903-1987), compositor georgiano fuertemente influido por las melodías del folclore popular. Stalin aprobó su obra, siendo como era él mismo georgiano y aficionado a la música y las canciones tradicionales de su país. Con tal beneplácito oficial, Jachaturián alcanzó notables éxitos en la década de 1930 con sinfonías, suites y conciertos, todos ellos basados en motivos georgianos, armenios y azerbaiyanos. Sin embargo, en 1948 se convirtió en uno de los chivos expiatorios de la música soviética, cuando Andréi Zhdánov arremetió contra un grupo de compositores de primera línea acusándolos de «formalis-

mo». Jachaturián se dedicó entonces a componer bandas sonoras para largometrajes y, a partir de 1950, impartió clases en el Conservatorio de Moscú. Tras la muerte de Stalin fue declarado Artista Popular de la Unión Soviética y recibió el premio Lenin (1959). Una de sus obras más bellas y estimulantes, la música para el ballet *Spartak* (*Espartaco*, 1956), pese a no ser un éxito inicial en tanto que coreografía, valió a Jachaturián una aclamación considerable como compositor por parte de la crítica y desde entonces se ha convertido en un clásico popular. En el Ballet Kírov de Leningrado, junto con Brenda Tripp, I. B. asistió a una interpretación de la nueva y definitiva producción (estrenada el 20 de febrero de 1945) de otra partitura de Jachaturián para un ballet popular, *Gayane* (1942).

JLÉBNIKOV, VÍKTOR VLADIMÍROVICH (conocido como VELIMIR JLÉBNIKOV, 1885-1922), poeta, etimólogo y lingüista teórico, padre del futurismo ruso. Nacido en Astracán, estudió matemáticas y ciencias y se unió a los círculos vanguardistas de San Petersburgo antes de la Revolución. Su ambición de crear un nuevo vocabulario poético inspiró el movimiento cubofuturista en la poesía de la época, pese a que Jlébnikov apenas publicó nada aparte de unos cuantos artículos periodísticos, el poema narrativo *Noch v okope* [Una noche en la trinchera, 1921] y *Zanguezi* (1922), disertación mitológico-histórica. Pese a ser escasamente publicado en vida y a que su trabajo permaneciera censurado durante muchos años tras su muerte, Jlébnikov sirvió de inspiración para otros destacados poetas, Pasternak y Mayakovski entre ellos.

JODASÉVICH, VLADISLAV FELITSIÁNOVICH (1886-1939), poeta y crítico literario ruso de ascendencia judío-polaca. Nikolái Gumiliov lo alabó por sus primeras colecciones de poesía, *Mólodost* [Juventud, 1908] y *Schastlivi dómik* [La casita feliz, 1914]. Tras la publicación de *Tiazhólaya lira* [La lira pesada, 1922] emigró a Berlín y luego a París. Después de 1927 apenas publicó poesía y cada vez se volcó más en la crítica literaria para el diario *Vozrozhdenie*

[Renacimiento]. Su poesía, pese a ser popular entre los círculos de los refugiados políticos, únicamente se conocía en la Unión Soviética gracias a copias clandestinas hasta el advenimiento de la *glásnost* a mediados de la década de 1980, cuando se puso al alcance del público, junto con sus ensayos.

KABALEVSKI, DMITRI BORÍSOVICH (1904-1987), compositor y director de orquesta ruso, figura destacada en la sección moscovita del Sindicato de Compositores soviético. Kabalevski estudió en la escuela de música Skriabin entre 1919 y 1925, financiándose los estudios con sus acompañamientos al piano de películas mudas. Fue alumno de Mayakovski en el Conservatorio de Moscú entre 1925 y 1929. Sus primeras composiciones fueron para piano; la más conocida de ellas es el *Segundo concierto para piano* (1935). También escribió tres sinfonías y un conjunto de obras instrumentales y corales, además de óperas; tras la Segunda Guerra Mundial, su producción reflejó cada vez más las exigencias del realismo socialista. A partir de 1939 ejerció como profesor de composición en el Conservatorio de Moscú.

KAGANÓVICH, LÁZAR MOISÉYEVICH (1893-1991), el «Comisario de Hierro» de Stalin y uno de los dirigentes del Politburó. Nacido en el seno de una familia judía en Kiev, Kaganóvich fue un burócrata diligente que se abrió camino hasta el círculo más cercano a Stalin, y de director del Departamento de Organización del Comité Central (1922) ascendió a primer secretario del Partido Comunista de Ucrania (1926-1928), y en 1930 entró en el Politburó. Supervisó los transportes y la industria pesada soviéticos durante la colectivización de los años treinta, labor por la cual recibió la Orden de Lenin en 1935. Tras la muerte de Stalin fue desplazado de sus influyentes posiciones por Jrushchov y expulsado del Partido Comunista.

KANDINSKI, VASILI (VASILI VASÍLIEVICH KANDINSKI, 1866-1944), pionero de la pintura abstracta ruso. Abandonó sus estudios de Derecho en Moscú para estudiar arte en Mú-

nich, donde fue fundador del colectivo artístico Der Blaue Reiter (El Caballero Azul) en 1911. En la década de 1920, su experimentación con las formas abstractas había mudado su obra casi por completo de las formas orgánicas a las geométricas. Regresó a Rusia en 1914 y, tras la Revolución de 1917, fue director del Museo de Cultura Pictórica de Moscú (1919) y fundador de la Academia Rusa de Ciencias Artísticas (1921). En 1922 regresó a Alemania como director de la influyente escuela de la Bauhaus, en Weimar, pero el auge del nazismo lo obligó a emigrar a Francia en 1933, donde recibió la ciudadanía en 1939. Kandinski, por entonces ya internacionalmente conocido y una figura influyente, desarrolló en sus últimos años un estilo pictórico pictográfico único. Publicó importantes escritos sobre teoría del arte, entre ellos *Über das Geistige in der Kunst* (*De lo espiritual en el arte*, 1912) y *Punkt und Linie zu Fläche* (*Punto y línea sobre el plano*, 1926).

KATÁYEV, VALENTÍN PETRÓVICH (1897-1986), popular novelista, dramaturgo y autor de relatos soviético, creador de la arquetípica novela sobre los Planes Quinquenales *Vremia, vperiod!* [¡Tiempo! ¡Adelante!, 1932]. Comenzó a escribir ficción en 1922 y publicó su primera novela, *Rastráchiki (Los malversadores)*, en 1926. Su novela de 1932 fue un vívido retrato en clave de realismo socialista de la carrera por construir la ciudad industrial de Magnitogorsk, si bien otra de sus obras, más lírica y autobiográfica, *Beléyet parus odinokii* [Blanquea la vela solitaria, 1936], ambientada en la Revolución de 1905, ha sido la que ha perdurado como un clásico más allá de la era soviética. La obra de Katáyev *Kvadratura kruga* [La cuadratura del círculo, 1928] también fue un éxito considerable entre la crítica. Hacia la Segunda Guerra Mundial, Katáyev era ya un miembro del *establishment* literario soviético, disfrutaba de una dacha en Perdelkino y formaba parte de la junta directiva del Sindicato de Escritores.

KAVERIN, VENIAMÍN ALEKSÁNDROVICH (seudónimo de VENIAMÍN ALEKSÁNDROVICH ZÍLBER, 1902-1989), novelista

y escritor de literatura infantil ruso. Estudió Lengua y Literatura árabes en Moscú y Petrogrado y, en la década de 1920, se convirtió en miembro del grupo literario de los Hermanos Serapión. Sus primeras novelas invitaban a la crítica con su cuestionamiento de las limitaciones políticas y éticas impuestas a los escritores en la sociedad soviética. Obtuvo el beneplácito oficial con sus obras más ortodoxas, como la novela *Dva kapitana* [Dos capitanes, 1938-1944], galardonada con el premio Stalin. Como editor del diario *Literatúrnaya Moskvá* [Moscú Literario] presionó por la relajación de las restricciones impuestas a los escritores soviéticos en los años posteriores a Stalin y apoyó a los escritores disidentes Andréi Siniavski y Yuli Daniel.

KÍROV, SERGUÉI MIRÓNOVICH (SERGUÉI MIRÓNOVICH KÓSTRIKOV, 1886-1934), una de las figuras más populares y carismáticas del Partido en la década de 1930, su carrera en el Partido Bolchevique fue ejemplar desde que se afiliara en 1904. No tardó en abrirse camino hasta el Comité Central (1923) y, en 1926, Stalin le brindó la magnífica oportunidad de liderar el Sóviet de Leningrado. Allí Kírov se convirtió en una figura inmensamente popular, hecho que Stalin observaba desde Moscú con creciente incomodidad. Los elogios que Kírov recibió en el XVII Congreso del Partido en 1934 fueron su ruina. Ese mismo diciembre fue asesinado de un disparo en Leningrado por un humilde funcionario del Partido, que fue arrestado y ejecutado sin tardanza. Stalin se apresuró a utilizar el asesinato de Kírov en su propio beneficio como excusa para desatar una redada entre sus supuestos oponentes políticos, la cual condujo directamente a los juicios ejemplares de 1936 y 1938. El debate sobre si fue cómplice del asesinato de Kírov sigue siendo acalorado.

KLIÚN, IVÁN VASÍLIEVICH (1873-1943), pintor y escultor ruso. Amigo de Malévich, se unió a su colectivo de artistas suprematistas en 1915. Su obra temprana, inspirada por las formas geométricas del cubismo, se concentró en esculturas, relieves y murales. Entre 1918 y 1921 impartió clases en los

Estudios de Arte Libre de Moscú y organizó exposiciones para el Comisariado del Pueblo para la Cultura y la Educación. Durante los años veinte se alejó de la escuela suprematista y perfeccionó un estilo más simple conocido como purismo.

KLIÚYEV, NIKOLÁI ALEKSÉYEVICH (1887-1937), poeta campesino ruso íntimamente relacionado con Yesenin. Sus versos, publicados con la ayuda de Blok en 1907, rebosaban folclore y una fascinación por los poderes místicos del campesinado y la tradición religiosa rural. Colecciones como *Sosen perezvon* [El repique de los pinos, 1912] contaron con la admiración de los poetas acmeístas y simbolistas de la época. Kliúyev simpatizaba originalmente con la Revolución y con su líder, Lenin, tal como refleja el poema narrativo *Lenin* (1924), pero la depredación del ámbito rural ruso bajo el comunismo lo alejaron de ella. Después de que viera la luz su «Plach o Yesénine» [«Lamento por Yesenin», 1927] en memoria de su amigo, que se había suicidado, dejó de publicar. Fue arrestado en 1934 y murió en el Gulag. Hubo que aguardar a 1977 para que Kliúyev fuera de nuevo publicado en la Unión Soviética.

KOCHUBÉI, familia influyente y acaudalada de la Rusia zarista. Especialmente destacados fueron el rico terrateniente y alto mando militar ucraniano Vasili Leóntievich Kochubéi (1640-1708) y el conde Víktor Pávlovich Kochubéi (1768-1834), político liberal y reformista. Tras ejercer como embajador ruso en Constantinopla entre 1792 y 1797, el conde Víktor se convirtió en amigo íntimo y asesor de Alejandro I, así como del también liberal conde Pável Stróganov. Sirvió como ministro de Asuntos Internos entre 1802 y 1807 y entre 1819 y 1823, y recibió el título de príncipe en 1831 por los servicios prestados al Estado.

KOESTLER, ARTHUR (1905-1983), escritor, periodista y ensayista británico de origen húngaro. Pasó sus primeros años en Europa central, donde trabajó como periodista, y en los años treinta editó un diario en Berlín. Tras afiliarse al Parti-

do Comunista en 1931 visitó la Unión Soviética y viajó a España durante la Guerra Civil; tras escapar por los pelos al arresto, fue capturado y encarcelado por el Gobierno fascista. Se libró de la ejecución al ser canjeado por otro preso. Posteriormente describiría sus vivencias en su libro *Spanish Testament* (1937). Tras un período de encarcelamiento en la Francia de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial, Koestler puso rumbo a Inglaterra, donde se alistó en el ejército británico. Hacia 1938 había perdido la ilusión por el comunismo y dos años más tarde publicó su imponente novela antisoviética *Darkness at Noon (El cero y el infinito)*, inspirada en el arresto y juicio sumario de Bujarin, entre otros. Pese a que también escribió ficción, la mayoría de su obra explora las ciencias y el arte, como refleja su relato sobre la ciencia renacentista *The Sleepwalkers* (*Los sonámbulos*, 1959). Célebre defensor de la eutanasia voluntaria, Koestler se arrebató la vida (junto a su leal esposa) al caer enfermo de una leucemia terminal.

KON, ÍGOR SEMIÓNOVICH (1928), destacado historiador y sociólogo ruso. Se licenció por el Instituto Pedagógico Herzen de Leningrado en 1947. Posteriormente trabajó para el Instituto Pedagógico de Vologda y fue colaborador habitual con artículos sobre historia y ética en la publicación *Voprosi Filosofii* [Cuestiones de Filosofía]. Sintió siempre un vivo interés por Chernishevski y Milton. Sus primeros estudios históricos versaban sobre la naturaleza de la burguesía en la Rusia zarista, con títulos como *Filosofski idealizm i krizis burjuaznoi istoricheskoi misli* [El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico burgués, 1959], si bien posteriormente desvió su atención hacia la ética y la tecnología, con *Sotsiologuia lichnosti* [La sociología de la personalidad, 1967], y hacia la sexualidad en la Rusia poscomunista, con *Seksuálnaya kultura v Rossii* [Cultura sexual en Rusia, 1997].

KUPRÍN, ALEKSANDR IVÁNOVICH (1870-1938), novelista y escritor de relatos ruso exiliado, que basó muchas de sus historias en su peripatética vida, primero como oficial del ejérci-

to y luego en una retahíla de profesiones. Sus obras más conocidas son las novelas *Poyedínok* [El duelo, 1905], el drama sensacionalista *Yama* (*Yama: de la mala vida en Rusia*, 1909-1915), en la que exponía los males de la prostitución, y un cuento romántico, «Granátovi braslet» («El brazalete de rubíes», 1911). Sus dotes creativas menguaron tras emigrar a París en 1919 y finalmente regresó a la Unión Soviética en 1937, donde falleció un año más tarde.

KUTÚZOV, MIJAÍL ILLARIÓNOVICH GOLENÍSHCHEV, príncipe de Smolensk (1745-1813), legendario mando militar ruso durante las guerras napoleónicas. Entró en el servicio militar a los catorce años de edad, participando en campañas contra los polacos y los turcos, y durante seis años estuvo a las órdenes de Suvórov. Fue ascendiendo hasta convertirse en teniente general en 1784. Para cuando tomó el mando de la batalla de Austerlitz en 1805 había quedado tuerto. Culpado por aquella debacle, Kutúzov quedó relegado hasta que Alejandro I le encargó dirigir a las tropas rusas en la batalla de Borodinó de 1812. Después de que Napoleón abandonara Moscú en octubre de 1812, Kutúzov propició la retirada de la Grande Armée de Rusia, derrotó al ejército francés en la batalla de Smolensk y persiguió a sus últimas tropas hasta Prusia, donde fue abatido.

LEÓNOV, LEONID MAKSÍMOVICH (1899-1994), destacado novelista y dramaturgo oficial durante los años de Stalin. Su primera incursión literaria fue en la poesía; su prosa temprana buscó la senda del realismo psicológico al estilo de Dostoyevski y reflejaba su incomodidad con el nuevo orden soviético de los años veinte. Sus éxitos populares *Barsuki* (*Los tejones*, 1924) y *Vor* [El ladrón, 1927] estuvieron seguidos por una obra realista socialista más conformista que narraba los desafíos de los Planes Quinquenales estalinistas. Para entonces funcionario del Sindicato de Escritores, Leónov se volcó cada vez más en el teatro y produjo varias obras populares siguiendo el canon teatral soviético, entre ellas *Polovchánskij sadi* [Los huertos de Polovchansk, 1936].

LEPESHÍNSKAYA, OLGA VASÍLIEVNA (1916-2008), primera bailarina rusa. Se formó en la Escuela Coreográfica de Moscú, donde se graduó en 1933, y fue una de las primeras bailarinas del Bolshói entre mediados de los años treinta y hasta su retirada de los escenarios en 1963, donde destacó con sus interpretaciones de Quiteria en *Don Quijote* y Tao Hoa en *Krasni mak (La amapola roja)*. Permaneció en el Bolshói como respetada maestra, además de impartir clases magistrales en Europa y China. Recibió multitud de galardones, incluido el premio Stalin (en cuatro ocasiones) y el premio Artista Popular de la Unión Soviética.

LERNER, NIKOLÁI ÓSIPOVICH (1877-1934), crítico e historiador literario ruso de origen judío. Hijo de un editor de Odesa, se convirtió en un destacado crítico e historiador literario. Estudió Derecho en la Universidad de Novorossisk, si bien acabaría por especializarse en Belinski y Pushkin. Acumuló un conocimiento enormemente pormenorizado de la vida de Pushkin, que plasmó en sus obras *A. S. Pushkin, trudi i dni* [A. S. Pushkin: vida y época, 1903] y *Proza Púshkina* [La prosa de Pushkin, 1923]. También escribió abundantes artículos sobre la historia de la literatura rusa decimonónica para diarios como *Russki Arjiv* [Archivo Ruso] y *Rússkaya Stariná* [Antigüedad Rusa], así como la monografía *Belinski* (1922).

LESKOV, NIKOLÁI SEMIÓNOVICH (1831-1895), escritor de relatos ruso, célebre por su uso de las fábulas y el folclore tradicionales. Creció en una finca en el campo y careció de educación formal. Inició su andadura en el periodismo en la década de 1860. Tradicionalista y receloso de la reforma política, Leskov arremetió contra el radicalismo en novelas como *Na nózhaj* (*Acuchillado*, 1870-1871). Sin embargo, dichas obras no gozaron de excesivo éxito y Leskov debe su fama principalmente a su talento como narrador de gran atractivo popular, con cuentos como *Ledi Mákbet Mtsénskogo uezda* (*Lady Macbeth de Mtsensk*, 1865), que en 1934 inspiraría la ópera de Shostakóvich, y *Ocharovanni stránnik* (*El peregrino encantado*, 1873). En las postri-

merías de su vida, Leskov se adhirió a las ideas políticas y éticas de Tolstói y su obra adquirió un tono cada vez más moralista.

LEWIS (HENRY), SINCLAIR (1885-1951), novelista y premio Nobel estadounidense. Nacido en el interior de Minnesota, trabajó como editor y periodista. Tras escribir un par de novelas anodinas, alcanzó la fama y un éxito considerable entre la crítica con su novela *Main Street* (*Calle Mayor*, 1920), un best seller sobre la América de las pequeñas poblaciones. Su reputación como novelista quedó refrendada por una serie de populares novelas periodísticas publicadas en los años veinte: *Babbitt* (1922), *Arrowsmith* (*El doctor Arrowsmith*, 1925) y *Elmer Gantry* (*La avenida de los sauces*, 1927), la última de las cuales, que versaba sobre el evangelismo en el Medio Oeste estadounidense, se llevó a la gran pantalla en 1960 y fue galardonada con varios Oscar. En 1930, Lewis se convirtió en el primer estadounidense en ganar el premio Nobel de Literatura, si bien posteriormente su creatividad literaria disminuyó.

LIPCHITZ, JACQUES (JAIM YÁKOVLEVICH LIPSHITS, 1891-1973), escultor cubista lituano, contemporáneo de Picasso y Modigliani y amigo de ambos en el París de los años veinte. Lipchitz se estableció en París en 1909 y adoptó la nacionalidad francesa en 1925. Concibió un estilo tridimensional de escultura cubista en piezas como *Marinero con guitarra* (1914). En 1941 emigró a Estados Unidos, donde afianzó su reputación con obras de grandes dimensiones como *Prometeo estrangulando al buitre* (1944-1953).

LITVÍNOV, MAKSIM MAKSÍMOVICH (MEIR WALLACH O VÁLLAJ, 1876-1951), judío soviético de origen polaco, destacado diplomático internacional y ministro de Asuntos Exteriores soviético entre 1930 y 1939. Huyó de Rusia tras ser arrestado por sus actividades revolucionarias en 1901, y a partir de 1907 vivió en Inglaterra, donde representó al Gobierno bolchevique tras la Revolución de 1917, hasta su arresto y deportación en 1918. Bajo los soviéticos se convir-

tió en una figura destacada en el ámbito de los asuntos exteriores y fue el representante oficial en la Conferencia de Desarme Mundial de la Sociedad de Naciones, celebrada entre 1927 y 1930. Fue un destacado defensor de la seguridad colectiva en Europa y, como máximo representante de la delegación soviética (1934-1938), urgió a la Sociedad de Naciones a adoptar medidas en este sentido ante el ascenso de Hitler. Fue destituido en 1939 por oponerse al Pacto de No Agresión entre nazis y soviéticos de 1939, si bien ascendió de nuevo al cargo de viceministro de Asuntos Exteriores entre 1941 y 1946 y ejerció brevemente como embajador en Estados Unidos entre 1941 y 1943.

LONDON, JACK (seudónimo de JOHN GRIFFITH CHANEY, 1876-1916), escritor y periodista nacido en San Francisco. Hijo de madre soltera, se crió en un entorno pobre. Realizó varios trabajos, entre ellos la búsqueda de oro en Klondike, antes de decidir educarse de manera autodidacta. Comenzó a escribir y creó una trilogía de novelas sobre el mundo natural que se hicieron tremendamente populares: *La llamada de la selva* (1903), *El lobo de mar* (1904) y *Colmillo blanco* (1905). Sus últimas obras reflejan su creciente concienciación social y politización, como revela el retrato de los bajos fondos de Londres que realiza en *Gente del abismo* (1903). Su caída en el alcoholismo lo llevó a derrochar los considerables ingresos que su actividad literaria le había reportado, como describe en su autobiográfica *John Barleycorn* (1913). Murió a los cuarenta años de una sobredosis de morfina.

LOPOKOVA, LIDIA (LIDIA VASÍLIEVNA LOPUJOVA, 1891-1981), bailarina de origen ruso, esposa del economista británico John Maynard Keynes. Se licenció por la Escuela de Ballet Imperial y bailó en el Teatro Mariinski antes de unirse a los Ballets Russes de Diáguilev en 1910, compañía con la que recorrió toda Europa. Tras establecerse en Inglaterra, interpretó papeles en el ballet de Frederick Ashton *Façade* (1931) y en *Coppélia,* para el Vic-Wells Ballet (1933). Junto con Keynes, con quien contrajo matrimonio en 1921, fundó

el Cambridge Arts Theatre en 1936 y ella misma encarnó varios papeles en el Old Vic de Londres durante la década de 1930.

LUNACHARSKI, ANATOLI VASÍLIEVICH (1875-1933), dramaturgo y crítico literario, figura visionaria de la primera cultura soviética. De joven, su activismo político le acarreó arrestos y en la década de 1890 se exilió a París, donde se convirtió en líder de los revolucionarios rusos. A su regreso a San Petersburgo en 1905 editó el diario socialdemócrata *Nóvaya Zhizn* [Nueva Vida] y trabajó como crítico literario. Tras ejercer de organizador bolchevique en Petrogrado durante la Revolución de 1917, fue designado para un puesto clave del nuevo Gobierno, como Comisario Popular para la Cultura y la Educación (1917-1929). Durante esta época emprendió reformas educativas y programas de alfabetización de adultos, enmarcados en la Nueva Política Económica de Lenin. La defensa de la diversidad en las artes y las letras soviéticas propugnada por Lunacharski no tardó en suscitar recelos; pese a que se mantuvo al margen de políticas partidistas, en 1933 Stalin lo destituyó del cargo y lo envió como embajador a España. Lunacharski falleció en París, de camino hacia su nuevo puesto.

LURIÉ (LOURIÉ), ARTUR SERGUÉYEVICH (1892-1966), compositor y musicólogo ruso, miembro del círculo vanguardista de San Petersburgo conocido como Vólfila (Vólnaya Filosófskaya Assotsiatsia; Asociación Filosófica Libre), activo entre 1919 y 1924. Tras la Revolución fue nombrado comisario del departamento musical del Ministerio de Educación Pública. Emigró en 1922 y vivió en París hasta 1941, aproximadamente, que se estableció en Estados Unidos.

MAKÁROV, STEPÁN ÓSIPOVICH (1849-1904), arquitecto y diseñador naval, inventor y comandante de origen ucraniano. Makárov se alistó en la Marina rusa en 1869 y diseñó las lanchas torpederas utilizadas en la guerra ruso-turca de 1877-1878. Fue pionero en oceanografía, diseñó un rompehielos para la exploración del Ártico y concibió obuses capa-

ces de perforar revestimientos blindados. Fue ascendido a vicealmirante en 1896 y estaba al mando de la flota del Pacífico rusa cuando su barco fue destruido por una mina y naufragó frente a Port Arthur durante la guerra ruso-japonesa de 1904.

MALÉVICH, KAZIMIR SEVERÍNOVICH (1878-1935), pintor y diseñador de ascendencia polaca nacido en Kiev, fue una figura inspiradora del arte abstracto de principios del siglo XX. Estudió dibujo en Kiev entre 1895 y 1896, empezó a experimentar con el cubismo en la década de 1900 y fundó la escuela suprematista de arte ruso. Refinó su arte de estilo geométrico hasta reducirlo al más simple de los estilos en la famosa secuencia de pinturas «blanco sobre blanco» de 1918. Dirigió el Instituto de Artes Aplicadas Vítebsk entre 1919 y 1921 y el Instituto de Cultura Artística de Leningrado entre 1923 y 1926. En 1927 celebró una exposición de su obra en Varsovia y Berlín, por la que fue reprendido y encarcelado a su retorno. A partir de entonces le resultó imposible adecuarse a las exigencias del realismo socialista y dejó de exponer. Murió sumido en la pobreza y la oscuridad.

MALRAUX, ANDRÉ (1901-1976), novelista y ensayista francés, destacado crítico e historiador de arte. En la década de 1920, mientras estudiaba artefactos antiguos en Camboya, fue arrestado y encarcelado por las autoridades coloniales francesas. Sus vivencias inspiraron sus novelas políticas *Los conquistadores* (1928) y *La condición humana* (1933), una crítica exacerbada del colonialismo en el Lejano Oriente. Malraux se opuso al auge del fascismo en Europa y combatió en el bando republicano en la Guerra Civil española, experiencia de la que dejó testimonio en su relato de ficción *La esperanza* (1937). Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó para la Resistencia francesa. Su obra de posguerra incluye sus escritos sobre arte, *Les Voix du silence* [Las voces del silencio, 1951], y el autobiográfico *Antimemorias* (1967).

MANDELSHTAM, NADEZHDA YÁKOVLEVNA (1899-1980), esposa del poeta Ósip Mandelshtam y autora de dos biografías de su vida con él. Estudió arte en Kiev. En 1919 conoció a Mandelshtam, con quien contrajo matrimonio en 1921. Se trasladaron a Moscú, donde Nadezhda trabajó como traductora, antes de exiliarse junto a su esposo cuando éste fue sentenciado en 1934. A su regreso a Moscú en 1937, la pareja recibió todo el apoyo de su amiga, la poeta Anna Ajmátova. Nadezhda encontró en Ajmátova a una compañera fiel que compartió todo su dolor y rabia cuando Ósip fue arrestado en 1938 (el hijo de Ajmátova, Lev Gumiliov, pasó largos períodos en el Gulag). Dedicó el resto de su vida a conservar y difundir la memoria de su esposo (gran parte de la cual conocía de memoria) y a escribir su biografía, *Vospominania* (*Contra la esperanza*, 1970), y su secuela, *Vtoraya kniga* (*Sin esperanza*, 1974). Imponentes acusaciones contra el terror estalinista, tanto a nivel personal con respecto al sufrimiento de su propio esposo como por la persecución de tantos artistas y amigos, se consideran obras fundamentales de la historia de los crímenes de Stalin contra la vida cultural soviética.

MANDELSHTAM, ÓSIP EMÍLIEVICH (1891-1938), poeta y crítico literario soviético de origen judío, integrante, junto con Ajmátova, del grupo acmeísta. Publicó su primera colección de poemas, *Apollón*, en 1910, pero tuvo que ganarse la vida con el periodismo y la traducción. Su colección de versos *Tristia* (1922) y sus ensayos *Yeguípetskaya marka* (*El sello egipcio*, 1928), pese a rezumar una idiosincrasia brillante, fueron criticados por excesivamente arcanos. Horrorizado por la imposición de la colectivización, que testimonió como parte de su labor periodística en Ucrania y el Kubán, escribió un poema descarnadamente satírico sobre Stalin que circuló durante el invierno de 1933 y 1934, y por el cual fue arrestado y deportado a Vorónezh. Allí escribió otras tres colecciones de poemas, *Vorónezhkie tetradi* (*Cuadernos de Vorónezh*, 1980). A su regreso a Moscú fue arrestado de nuevo, en mayo de 1938, y enviado al Gulag. Afectado ya por una salud frágil y problemas psicológicos, no sobrevivió

a las crudas condiciones de Kolimá, en el nordeste de Siberia, y falleció a los dos meses de su llegada. Su poesía no se difundió de manera generalizada en la Unión Soviética hasta 1987.

MARR, NIKOLÁI YÁKOVLEVICH (1865-1934), académico soviético célebre por sus espurias teorías lingüísticas, que se convirtieron en la base de la enseñanza estalinista. Especialista en lenguas caucásicas, Marr fue profesor de la Universidad de San Petersburgo. En la década de 1920 publicó sus teorías marxistas sobre el lenguaje, argumentando que todos los idiomas emanaban de una raíz común, y que por lo tanto era factible crear un nuevo lenguaje híbrido específicamente proletario. Marr falleció en 1934, pero la escuela marrista de lingüística continuó difundiendo sus teorías hasta 1950, cuando Stalin, en uno de sus característicos e impredecibles cambios radicales de opinión, las denunció.

MAYAKOVSKI, VLADÍMIR VLADÍMIROVICH (1893-1930), poeta, diseñador y artista soviético nacido en Georgia, máximo exponente de la primera vanguardia posrevolucionaria. Se adentró en los círculos futuristas mientras estudiaba en la Escuela de Arte de Moscú, y publicó sus primeros versos en el manifiesto artístico *Poshchóchina obshchéstvennomu vkusu (La bofetada al gusto del público)* en 1912. Su nihilismo, su jactancia y su poesía de estilo declamatorio, como *Oblaká v shtanaj* (*La nube en pantalones*, 1915) y el propagandista *150.000.000* (1920), encajaban a la perfección con la embriaguez de los primeros días de poder bolchevique, para el cual también produjo magníficos carteles propagandísticos. En 1923 fundó el grupo literario futurista LEF, y fue pionero de nuevos estilos teatrales con *Klop* (*La chinche*, 1928) y *Bania* (*El baño*, 1929), ambas llevadas a escena por Meyerhold. Sin embargo, su apoyo entusiasta a la Revolución no tardó en languidecer bajo la hegemonía de Stalin. Abatido por la melancolía y testarudamente reacio a convertirse en un artista conformista, se suicidó.

MEREZHKOVSKI, DMITRI SERGUÉYEVICH (1865-1941), crítico literario, filósofo religioso y polemista refugiado político ruso. Nacido en el seno de la aristocracia, contrajo matrimonio con la también poeta Zinaída Guippius en 1889. En Rusia había sido un poeta simbolista menor antes de la Revolución y había publicado la trilogía religioso-filosófica *Jristós i Antíjrist* [Cristo y Anticristo, 1896-1905]. Abandonó Rusia en 1919 y se convirtió en una figura destacada entre los refugiados políticos rusos en París, donde predijo con amargura la difusión del comunismo por la Europa del Este. Sus novelas históricas carecen desde hace mucho de público lector; sus ensayos filosóficos y críticas literarias de Tosltói, Dostoyevski y Gógol se caracterizan por su erudición y sus profundas convicciones religiosas.

MEYERHOLD, VSÉVOLOD EMÍLIEVICH (1874-1940), actor, productor y director ruso de origen judío. Discípulo de Stanislavski en el Teatro de las Artes de Moscú, representó allí varias obras de Chéjov. Sin embargo, pronto rechazaría el estilo realista de su maestro para explorar nuevas ideas asumiendo el papel de cabecilla de la vanguardia teatral. Como director de su propio Teatro Meyerhold, su estilo innovador y expresionista, sus producciones de Mayakovski *Klop* (*La chinche*) y *Bania (El baño)* en 1929 y 1930 desconcertaron a los críticos soviéticos por su carácter transgresor. Meyerhold fue acusado de «formalismo» y sus producciones posteriores fueron censuradas por las autoridades. Tras lanzar un ataque abierto contra las convenciones artísticas retrógradas del realismo socialista, fue arrestado en junio de 1939. Fue torturado e interrogado en la Lubianka antes de ser fusilado, poco después de que el escritor Bábel corriera la misma suerte, en febrero de 1940.

MIASKOVSKI, NIKOLÁI YÁKOVLEVICH (1881-1950), compositor ruso nacido en Polonia, discípulo de Rimski-Kórsakov y Glière. Estrenó la primera de sus veintisiete sinfonías en 1908 y posteriormente trabajó como profesor de composición en el Conservatorio de Moscú. Junto con Shostakóvich y Prokófiev, fue acusado de formalista en 1948 por

Zhdánov. Compuso también conciertos, cuartetos y música para piano.

MICKIEWICZ, ADAM BERNARD (1798-1855), poeta romántico y líder nacionalista polaco. Nacido en Lituania (entonces parte del Imperio ruso), se sumergió en el nacionalismo político en la Universidad de Vilna y fue exiliado a Siberia entre 1824 y 1829; mientras permanecía allí publicó los versos eróticos *Sonety krymskie* (*Sonetos de Crimea*, 1826). A partir de entonces impartió clases y viajó por Europa. Sus obras más destacadas incluyen el poema narrativo pronacionalista polaco *Konrad Wallenrod* (1828) y *Pan Tadeusz* (1834), epopeya acerca de la pequeña nobleza polaca ambientada en la invasión napoleónica de Rusia de 1812. Inspirado por las hazañas de Byron en defensa del nacionalismo griego, viajó a Crimea durante la guerra de 1854-1856 para unirse a las tropas polacas que luchaban con los aliados contra Rusia. Falleció de una afección contraída en el frente.

MIRBACH, CONDE WILHELM VON (1871-1918), embajador alemán en Rusia durante los primeros meses de turbulencias tras la Revolución de Octubre de 1917. Nacido en el seno de una adinerada familia prusiana, Mirbach había ejercido como diplomático en la embajada alemana en San Petersburgo entre 1908 y 1911. Tras llegar a Petrogrado en diciembre de 1918 se convirtió en objetivo de los revolucionarios socialistas más extremistas, que se habían opuesto al tratado de paz bolchevique con Alemania durante la Primera Guerra Mundial. El asesinato de Mirbach por parte de Yákov Bliumkin, un agente de la Cheká (la policía secreta), lo orquestó la SR con la esperanza de provocar nuevas hostilidades entre Rusia y Alemania.

MIRSKI, PRÍNCIPE DMITRI PETRÓVICH SVIATOPOLK (1890-1939), poeta, orientalista y crítico literario. Abandonó Rusia en 1920 tras servir como oficial de la guardia en el Ejército Blanco contrarrevolucionario del general Denikin durante la Guerra Civil. Tras establecerse en Londres en 1922, asumió una cátedra en la Escuela de Estudios Es-

lavos y del Este de Europa (hasta 1932). Se unió entonces al Partido Comunista británico y decidió regresar a la Unión Soviética, pero su crítica del régimen y su defensa de Pasternak, convertido en diana de los ataques oficiales, condujeron a su arresto en 1937. Durante décadas el destino de Mirski estuvo rodeado de tinieblas, si bien recientemente se ha descubierto que murió en el Gulag en 1939. Su *A History of Russian Literature* (*Historia de la literatura rusa*, 1926-1927) fue obra de referencia para los estudios literarios rusos en Occidente.

MÓLOTOV, VIACHESLAV MIJÁILOVICH (VIACHESLAV MIJÁILOVICH SKRIABIN, 1890-1986), ministro de Asuntos Exteriores soviético bajo Stalin, fue un burócrata inescrutable y carente de imaginación cuyo seudónimo, Mólotov»(«martillo»), encapsulaba a la perfección su obstinación e intolerancia como político. Mólotov asumió su alias tras unirse a los bolcheviques en 1906; en 1926 era ya miembro del Politburó. Una vez en este estrecho círculo, realizó sus deberes con la meticulosidad de un burócrata consagrado y, entre 1929 y 1930, supervisó la aplicación del draconiano programa de colectivización de Stalin. Su posición alcanzó su punto álgido durante la Segunda Guerra Mundial, tras su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores soviético en 1939 (puesto en el que se mantuvo hasta 1949 y que retomó entre 1953 y 1956); durante los años de la guerra fría fue el rostro reacio a colaborar del estalinismo en la ONU. Cuando, en las postrimerías de su vida, Stalin comenzó a sospechar incluso de sus servidores más fieles, Mólotov fue destituido (1949) y su esposa, encarcelada. Ambos se salvaron de la muerte gracias al deceso del propio Stalin en 1953. Desposeído de todo su poder político en 1957, Mólotov siguió siendo un estalinista impenitente hasta su fallecimiento, a los noventa y seis años de edad.

NAJÍMOV, PÁVEL STEPÁNOVICH (1803-1855), almirante ruso cuya primera acción tuvo lugar en la batalla de la bahía de Navarino en 1827. Posteriormente combatió con la flota del mar Negro durante la guerra de Crimea de 1854-1856. Di-

rigió la flota rusa en la batalla marítima de Sínope, en diciembre de 1853, en la que gran parte de la flota turca resultó destruida y que supuso el preludio a la entrada de Gran Bretaña a la guerra un año después. Durante ocho meses, Najímov comandó las fuerzas navales rusas durante la heroica defensa del puerto crimeo sitiado de Sebastopol, donde fue encumbrado como héroe por sus hombres, antes de ser abatido por un francotirador en junio de 1855.

NEKRÁSOV, NIKOLÁI ALEKSÉYEVICH (1821-1878), poeta y editor ruso, mecenas de escritores y críticos, y en especial de Turguéniev, Tolstói y Belinski. Pese a pertenecer a la pequeña nobleza, tuvo que escribir poesía de poca monta y vodeviles para pagarse sus estudios universitarios en San Petersburgo, pues su padre se negó a financiarlo. Adquirió el diario *Sovreménnik* [El Contemporáneo] en 1846 y combatió la censura zarista para mantenerlo operativo, hasta que finalmente fue clausurado en 1866. Entonces adquirió *Otéchestvennie Zapiski* [Notas sobre la Patria] en 1868, que coeditó con Saltikov. Los poemas más populares de Nekrásov, como «Vlas» (1854) y el poema narrativo *Moroz Krasninos* (*Rey de la helada, nariz colorada,* 1863), están extraídos del folclore ruso. Su extenso poema satírico *Komú na Rusí zhit joroshó?* (*¿Quién es feliz en Rusia?*, 1873-1876) ensalza las virtudes del campesinado ruso.

NEUHAUS, HEINRICH (GUÉNRIJ GUSTÁVOVICH NEIGAUZ, 1888-1964), célebre pianista soviético y maestro de música en el Conservatorio de Moscú. Procedía de una familia de alemanes del Volga, hijo de padres músicos de talento que dirigían su propia escuela. Después de estudiar en Alemania, Italia y en la Academia de Música de Viena, regresó a Rusia, donde impartió clases en los Conservatorios de Kiev y Moscú. Como intérprete y director de orquesta, fue un destacado exponente de la obra de Skriabin. Su esposa, Zinaída Nikoláyevna, se convirtió en la segunda esposa de Pasternak en 1934.

NIJINSKI, VÁTSLAV FOMICH (1890-1950), legendario bailarín de ballet y coreógrafo. Procedente de una familia polaca de bailarines, se formó en la Escuela de Ballet Imperial de San Petersburgo y viajó a París para bailar con los Ballets Russes de Diáguilev en 1909, donde causó sensación con sus virtuosas interpretaciones en ballets como *Le Spectre de la rose* y *Petrushka* (ambos en 1911), creados para él por Michel Fokine, así como con su propia coreografía original para *L'Après-midi d'un faune* (1912) y *Le Sacre du printemps* (1913). Durante un breve espacio de tiempo dominó el mundo del ballet con una serie de espectaculares actuaciones atléticas que desmontaban todas las convenciones del género. Tras la Primera Guerra Mundial, Nijinski viajó con Diáguilev, pero sucumbió a una esquizofrenia paranoica de gravedad creciente que acabó obligándolo a retirarse en 1919, fecha a partir de la cual estuvo internado en hospitales psiquiátricos en varias ocasiones. Sus restos reposan en Montmartre.

ODÓYEVSKI, PRÍNCIPE VLADÍMIR FIÓDOROVICH (h. 1803-1869), poeta, filósofo, educador y crítico ruso. Admirador de Schelling, dirigió el grupo filosófico de los Amantes de la Sabiduría, con sede en Moscú, entre 1823 y 1824. A partir de 1826 residió en San Petersburgo, donde se convirtió en funcionario en materia de cultura y educación pública, y fue director del Museo Rumiántsev y ayudante del director de la biblioteca pública municipal. Fue un eslavófilo apasionado, Odóyevski que criticó la influencia occidental en la cultura rusa en sus conversaciones filosóficas *Russkie nochi* [Noches rusas, 1844]. Sus relatos breves y sus cuentos fantásticos, como «God 4338» [«Año 4338», que no se publicó en su versión íntegra hasta 1926], solían reflejar su interés por el misticismo y los avances científicos.

ORLOV, VLADÍMIR NIKOLÁYEVICH (1908-1996), estudioso y crítico literario ruso, formado originalmente en Historia del Arte. Publicó una sustanciosa cantidad de obras críticas sobre el movimiento democrático radical en Rusia a finales

del siglo XVIII y principios del XIX, entre ellas estudios de los poetas decembristas, del reformista liberal Aleksandr Radíshchev y del dramaturgo Aleksandr Griboyédov. Es conocido principalmente por haber sido editor en jefe de la serie Biblioteka Poeta y un excelso especialista en la poesía de Aleksandr Blok, cuyas obras completas corrigió y publicó en 1936, 1955 y 1960-1963. En la fecha de su muerte, Orlov era catedrático de Estudios Culturales en la Universidad de Magisterio de San Petersburgo, y miembro de la Academia Rusa de las Artes. I. B. lo conoció en la librería de Guennadi Rajlin en Leningrado en 1945 (véase Visita a Leningrado).

OSTROVSKI, ALEKSANDR NIKOLÁYEVICH (1823-1886), dramaturgo ruso que dominó el teatro decimonónico antes de Chéjov. Estudió Derecho y entró en el servicio civil como secretario en las cortes comerciales. Muchas de sus obras bebían de su conocimiento directo de las clases mercantiles rusas y sus experiencias en los juzgados. La primera de ellas, *Bankrot* (*La quiebra*, 1847), donde exponía la usura entre la clase mercantil, fue prohibida por la censura. Pero tras el éxito de *Bédnaya nevesta (La sin dote)* en 1852, su obra devino tremendamente popular. En el transcurso de cuarenta años, Ostrovski estableció casi por sí solo un amplio repertorio integrado por una cincuentena de comedias y dramas bien elaborados, que incluía su obra clásica *Grozá* (*La tormenta*, 1859), la cual se convirtió en núcleo de un nuevo teatro nacional ruso. Su ópera *Snegúrochka* (*La niña de las nieves*, 1873), con música de Rimski-Kórsakov, se hizo muy popular en todo el mundo.

PASTERNAK, BORÍS LEONÍDOVICH (1890-1960), poeta, escritor y traductor soviético, ganador del premio Nobel de Literatura, internacionalmente reverenciado por *Dóktor Zhivago* (*Doctor Zhivago*, 1957). Nacido en una culta familia judía de intelectuales, estudió composición musical y luego filosofía, y publicó su primera colección de poemas, *Bliznets v túchaj (El gemelo entre las nubes)* en 1914. Recibió la aclamación de la crítica con su tercera colección, *Sestrá*

moyá zhizn (*Mi hermana, la vida*, 1922), y con sus primeras obras en prosa, como *Rasskazi* (Relatos, 1925). Sin embargo, la imperecedera inquietud de Pasternak por lo personal, la naturaleza, la vida y el amor que plasmó en su poesía, y su rechazo a producir obras convencionales, lo convirtieron en diana de ataques y en 1936 había cesado de publicar. Se dedicó entonces a la traducción de Shakespeare, Goethe y poetas georgianos como Tabidze y Yashvili, al tiempo que trabajaba en su obra maestra, *Doctor Zhivago*, cuya publicación autorizó en Italia en 1957. Dicha novela lo convirtió en objeto de un ataque indiscriminado por parte de las autoridades, fue expulsado del Sindicato de Escritores y obligado a declinar la invitación de salir de la Unión Soviética para recibir el premio Nobel, que se le concedió un año más tarde. Pese a que los versos de Pasternak se publicaron en la Unión Soviética al poco de su muerte, *Doctor Zhivago* no apareció en las librerías soviéticas hasta 1989.

PASTERNAK, ZINAÍDA NIKOLÁYEVNA (1894-1966), de origen ruso-italiano, segunda esposa del poeta Borís Pasternak. Abandonó a su primer marido, el pianista de conciertos y compositor Neuhaus, por Pasternak en 1929. Contrajeron matrimonio en 1934 y dos años más tarde se instalaron en la aldea de escritores de Peredélkino, a las afueras de Moscú. En 1937 nació su hijo Leonid. Pasternak y Zinaída se habían alejado cuando él conoció y se enamoró de Olga Ivínskaya en 1946, pero no se divorciaron.

PEVSNER, ANTOINE NATÁN BERKÓVICH PEVSNER (1886-1962), pintor y escultor constructivista ruso de origen judío, hermano de Naúm Gabo. Tras vivir en París y Oslo entre 1911 y 1917, Pevsner regresó a Moscú para convertirse en profesor en la Academia de Bellas Artes. A principios de los años veinte se consagró, junto con su hermano, como pionero del arte constructivista soviético. Publicaron el *Manifiesto realista* en 1920. Sin embargo, tras las drásticas medidas contra la experimentación en el arte adoptadas por el Gobierno soviético, Pevsner emigró a París, donde se dedicó

a la escultura, principalmente con metales, y donde, de nuevo junto a Gabo, creó la escuela de arte abstracto Abstraction-Création.

PILNIAK, BORÍS (seudónimo de BORÍS ANDRÉYEVICH VOGAU, 1894-h. 1937), escritor ruso de origen germano-tátaro; junto con Bábel, una de las voces más idiosincráticas y brillantes de la primera literatura soviética. Publicó sus primeros relatos en 1915, y atrajo el interés con su novela *Goli god* (*El año desnudo*, 1922), pero fue criticado por insinuar la implicación de Stalin en el asesinato de un general revolucionario en *Póvest nepogashennoi luní* [Cuento de la luna extinguida, 1926]. Viajó al extranjero en los años veinte y en 1929 publicó en Berlín su novela *Krásnoye dérevo (Caoba)*, por la cual fue envilecido públicamente en la URSS. Logró rehabilitarse con la novela de estilo realista socialista *Volga vpadáyet v Kaspískoye more* [El Volga desemboca en el mar Caspio, 1930] y se le autorizó a unirse al Sindicato de Escritores. Pese a ello, en 1937 desapareció; aún se desconoce si fue ejecutado de inmediato o si falleció más tarde en el Gulag.

PLEJÁNOV, GUEORGUI VALENTÍNOVICH (1856-1918), revolucionario y destacado pensador marxista ruso. Inició sus actividades políticas en el movimiento populista de la década de 1870, pero no tardó en rechazar el terrorismo de los extremistas y abandonó Rusia en 1880. Vivió exiliado en Ginebra hasta 1917 y allí fundó un grupo político basado en el marxismo alemán en 1883. En 1898 dicho grupo fue rebautizado Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Íntimo amigo de Lenin, editó el diario marxista *Iskra* [La Chispa] con él a partir de 1900 y hasta 1903, cuando su colaboración tocó a su fin con la escisión del POSDR en los bolcheviques, liderados por Lenin, y los mencheviques, encabezados por Plejánov. Regresó brevemente a Rusia en 1917, pero su oposición a la Revolución lo obligó pronto a emigrar a Finlandia. Pese a que nunca detentó el poder político y estaba profundamente desilusionado por la nueva hegemonía de los bolcheviques en Rusia, Plejánov sigue

siendo reverenciado por su extensa contribución teórica (veintiséis volúmenes) al marxismo europeo, todavía hoy es una inspiración para los pensadores marxistas de todo el mundo. Berlin escribió un ensayo sobre él, publicado en *El poder de las ideas.*

POGODIN, NIKOLÁI (seudónimo de NIKOLÁI FIÓDOROVICH STUKÁLOV, 1900-1962), dramaturgo soviético conformista cuyas monótonas obras propagandísticas han caído de los escenarios desde el derrumbe del comunismo. Inició su singladura como periodista para el *Pravda* entre 1922 y 1929, y en la década de 1930 hizo su primera incursión en el teatro con *Temp* [Tempo, 1930], una saga sobre un Plan Quinquenal y la construcción de una fábrica de tractores. También abordó temas como la delincuencia en *Sneg* [La nieve, 1932] y la rehabilitación de delincuentes y parias sociales en *Aristokrati* [Los aristócratas, 1934], además de producir una trilogía de obras sobre Lenin, escrita entre los años 1935 y 1941, por las que mereció los premios Stalin y Lenin. Fue miembro de la junta directiva del Sindicato de Escritores entre 1934 y 1962.

PREOBRAZHENSKI, VLADÍMIR ALEKSÉYEVICH (1912-1981), bailarín soviético. Licenciado por la Escuela de Ballet de Leningrado en 1931, bailó con los ballets Kírov (1939-1943) y Bolshói (1943-1963), en sus últimos años formando pareja con Lepeshínskaya. Recibió el premio Stalin en 1946.

PRISHVIN, MIJAÍL MIJÁILOVICH (1873-1954), naturalista y escritor de relatos soviético. Agrónomo de formación, había crecido en el norte rural de Rusia, y publicó principalmente historias sobre la naturaleza. Su primera colección, *V krayu nepugánnij ptits* [En la tierra de las aves sin miedo, 1905], atrajo escasa atención. La dilatada gestación de su novela autobiográfica *Kashchéyeva tsep* [La cadena de Kashchey], publicada entre 1923 y 1954, lo hizo saltar a la palestra, si bien su obra apenas se conoce fuera de Rusia. Opositor a la Revolución, Prishvin permaneció por voluntad propia alejado del candelero literario. Sus historias fueron granjeándose

seguidores entre el público infantil gracias a su vívido retrato de la vida animal.

PUDOVKIN, VSÉVOLOD ILLARIÓNOVICH (1893-1953), actor y cineasta ruso, destacado teórico cinematográfico, reverenciado, junto con Eisenstein, como pionero del cine ruso. Tras servir en el ejército en la Primera Guerra Mundial y pasar tres años como prisionero de guerra, trabajó en una fábrica química antes de estudiar en la escuela de cine y aparecer en clásicos del celuloide como *Novi Vavilón* [Nueva Babilonia, 1929]. Debe su reputación principalmente a tres largometrajes revolucionarios imprescindibles: *Mat* (*La madre*, 1926), inspirado en la novela homónima de Gorki; *Konets Sankt-Peterburga (El fin de San Petersburgo)*, realizada en 1927 para conmemorar el décimo aniversario de la Revolución, y la saga histórica *Potómok Chinguis-khan* (*Tempestad sobre Asia*, 1928), que cosechó un enorme éxito entre la crítica europea.

RADEK, KARL BERNGÁRDOVICH (originalmente SOBELSOHN, 1885-1939), revolucionario de origen judeopolaco, teórico trotskista de la «revolución permanente». Dejó su Galitzia natal tras unirse a los bolcheviques en 1917, pero tras trabajar de incógnito en Berlín en 1919, fracasó en su intento de prender la revolución en Alemania. Trabajó para el Komintern en los años veinte, pero con el auge de Stalin fue acusado de trotskista y expulsado del Partido en 1927. Tras retractarse en 1929, fue restituido y se lo alistó para trabajar en el borrador de la nueva Constitución soviética entre los años 1935 y 1936. Fue denunciado y arrestado en 1937. Logró escapar por los pelos de la pena de muerte, pero falleció en el Gulag en 1939.

RAJLIN, GUENNADI MOISÉYEVICH (fechas desconocidas), librero ruso de origen judío de Leningrado. Los detalles de su vida son vagos. Regentaba dos de las principales librerías estatales en la ciudad y disfrutaba de cierto poder e influencia en el mundo editorial soviético. Una de sus librerías, situada sobre el famoso restaurante de Smirdin, junto al Teatro Kí-

rov (actual Mariinski), se convirtió en un salón literário oficioso ad hoc, frecuentado por escritores como Ajmátova. A partir de la descripción que I. B. da de él en «Visita a Leningrado» y de la información proporcionada por un experto, podría suponerse que Rajlin estaba bien conectado con las altas instancias y bien podría haber sido un espía o un informador de Beria, el director del NKVD (las especulaciones en este sentido abundaban en su época). Alrededor de 1949 fue arrestado y enviado al Gulag, experiencia a la que sobrevivió; regresó a Leningrado en torno a 1956 o 1957. No se dispone de datos del resto de la vida de Rajlin, salvo relatos de jóvenes poetas rusos como Vladímir Visotski (1938-1980), quienes se reunían en su hogar para celebrar recitales improvisados.

RIAZÁNOV (GOLDENDAJ), DAVID BORÍSOVICH (1870-1938), revolucionario y destacado historiador marxista ruso, más conocido por recuperar y reeditar las obras perdidas de Marx en su papel de fundador y director del Instituto Marx-Engels. Inició su labor académica antes de la Revolución de 1917, publicando ediciones selectas de Marx y Engels para el Partido Socialdemócrata alemán. Durante la década de 1920 apoyó la independencia de los sindicatos soviéticos respecto al Partido Comunista y mantuvo refriegas con el Gobierno por su apoyo al filósofo marxista Deborin entre los años 1929 y 1930, a raíz de las cuales Stalin impuso la expulsión de Riazánov del Instituto y del Partido. Fue arrestado en 1931 y deportado a Sarátov.

RILÉYEV, KONDRATI FIÓDOROVICH (1795-1826), oficial del ejército y poeta ruso, amigo de Pushkin y cabecilla de la Revuelta decembrista de 1825. Poeta romántico, ensalzaba el orgullo civil en sus letras revolucionarias, satirizaba la autocracia en sus llamadas «canciones agitadoras» y en sus versos épicos narraba el glorioso martirio de los héroes históricos del pasado, como el nacionalista ucraniano Mazepa en el poema *Voinarovski* (1824-1825). Entre 1823 y 1825 editó el diario *Poliárnaya Zvezdá* [Estrella Polar]. Destacado en la Sociedad del Norte, un colectivo de republi-

canos que tramaban derrocar a la familia imperial, fue uno de los cinco cabecillas de la frustrada Revuelta decembrista, tras la cual fue arrestado y ejecutado en la horca en 1826.

ROERICH, NIKOLÁI KONSTANTÍNOVICH (1874-1947), pintor y destacado etnógrafo, artista gráfico, escenógrafo del ballet *Kniaz Ígor* (*El príncipe Ígor*, 1909) de Diáguilev y arqueólogo ruso. Estudió yacimientos históricos en la Academia de las Artes de San Petersburgo, trabajo que inspiró pinturas históricas de la vieja Rusia como *Rostov el Grande* (1903). Se convirtió en un exponente del renacimiento eslavo en el arte ruso antes de embarcarse en expediciones de investigación científica y arqueológica por Asia central, durante las cuales recopiló manuscritos y objetos únicos y difundió sus ideales de conservación del patrimonio cultural.

ROSSI (también conocido como TASCA), ANGELO (1892-1960), comunista y teórico político italiano, destacado por sus estudios sobre su adversario político, el anarquista italiano Gramsci. Fue expulsado del Partido Comunista italiano en 1929 y emigró a Francia, donde trabajó para el Ministerio de Información del Gobierno de Vichy durante la ocupación alemana. En la década de 1940 impartió conferencias sobre la idea de la «tercera vía», postulando que las clases medias tenían la llave para la estabilidad social. Publicó estudios sobre el Partido Comunista francés, el régimen de Vichy y el auge del fascismo en Italia.

SADKÓ, mítico viajante, mercader y trovador novogorodiano, héroe de la literatura popular rusa. Su leyenda apareció originalmente en un verso épico ruso, si bien es probable que estuviera inspirada en un cuento ancestral brahmánico. En 1898 inspiró la ópera epónima de Rimski-Kórsakov. En dicha ópera, los poderes mágicos de Sadkó como trovador lo llevan a un reino submarino, después de caer enamorado de la hija del Rey del Mar. Finalmente regresa a su casa en Nóvgorod convertido en un hombre muy rico y utiliza su dinero para erigir la iglesia de los Santos Borís y Gleb.

SÁJAROV, ANDRÉI DMÍTRIEVICH (1921-1989), científico y académico soviético, famoso disidente de la era Brézhnev. Estudió Física en la Universidad de Moscú. Tras haber participado activamente en la creación de la bomba de hidrógeno soviética (1948-1953), expresó su inquietud ante la proliferación de armas nucleares e inició una campaña en pro del establecimiento de un tratado de prohibición de pruebas en los años sesenta. Este hecho y su defensa declarada de los derechos humanos en la Unión Soviética lo hicieron merecedor del premio Nobel de la Paz en 1975. Ello no fue óbice para que se lo desposeyera de todos sus honores nacionales y fuera deportado a Gorki (actual Nizhni Nóvgorod) en 1980. Cuando la salud comenzó a flaquearle, Mijaíl Gorbachov autorizó su regreso a Moscú, en 1986, y con las políticas reformistas de la *glásnost*, Sájarov fue elegido al Congreso de Diputados. Vivió lo suficiente para ser testigo de la caída del Muro de Berlín, que aconteció un mes antes de su muerte.

SALTIKOV, MIJAÍL YEVGRÁFOVICH (también utilizó el seudónimo de N. SHCHEDRÍN y a veces se alude a él como SALTIKOV-SHCHEDRÍN, 1826-1889), novelista y escritor satírico ruso. Entró en el servicio civil zarista en 1844. Sus relatos críticos con el régimen escritos en su juventud lo obligaron a exiliarse en Viatka, si bien continuó siendo funcionario y regresó a Moscú en 1855. Allí coeditó los diarios *Sovreménnik* [El Contemporáneo] y *Otéchestvennie zapiski* [Notas sobre la Patria] junto a Nekrásov y abandonó el servicio civil en 1868. Sus dibujos satíricos, publicados a partir de la década de 1850, fueron los precursores de sus mejores obras, *Istoria odnogo góroda* [Historia de un pueblo, 1869-1870] y su ataque a la pequeña nobleza rusa en decadencia, *Gospodá Golovliovi* [La familia Golovliov, 1876-1880].

SAMARIN, YURI FIÓDOROVICH (1819-1876), filósofo eslavófilo, ensayista y funcionario ruso. A partir de 1859 colaboró con el diario eslavófilo *Rússkaya Beseda* [Coloquio Ruso], donde trabajó junto a Konstantín Aksákov y otras figuras destacadas. Durante el desempeño de sus funciones como funcionario, trabajó en las Grandes Reformas de Alejan-

dro II de la década de 1860, esbozando la declaración que anunciaba la emancipación de los siervos en 1861. Falleció en Berlín.

SEIFÚLLINA, LIDIA NIKOLÁYEVNA (1889-1954), novelista, autora de relatos breves y periodista rusa, célebre por sus descripciones de la vida campesina. Seifúllina fue miembro del colectivo de escritores Compañeros de Viaje de los años veinte y produjo multitud de relatos sobre la vida en el oeste de Siberia. Su obra más famosa, *Virineya* (1924), se llevó a los escenarios. Seifúllina fomentó la educación soviética y escribió obras teatrales y cuentos para niños. Pese a pertenecer al Sindicato de Escritores, le resultaba arduo producir textos conformistas y se expuso sin dobleces al embate de la crítica oficial.

SELVINSKI, ILIÁ LVÓVICH (1899-1968), poeta constructivista soviético, amigo de Pasternak y Mayakovski. Su poema narrativo *Ulialáyevshchina* [La rebelión de Ulialáyev, 1927] narra la historia de los guerrilleros del lejano oriente ruso durante la Guerra Civil. Atacado por su falta de convencionalismo y su lenguaje arcano, produjo la obra de teatro *Gueneral Brusílov* [El General Brusílov, 1943], acerca de un alto cargo militar de la Primera Guerra Mundial, escrita para alentar el patriotismo durante la Segunda Guerra Mundial. Su sugerencia en 1947 de un nuevo género de «simbolismo socialista» para sustituir el realismo socialista no mereció la aprobación oficial que esperaba.

SEMIÓNOVA, MARINA TIMOFÉYEVNA (n. 1908), bailarina y maestra de ballet rusa. Estrella del Teatro Académico Estatal para la Ópera y el Ballet a partir de mediados de los años veinte, y posteriormente primera bailarina del Ballet Bolshói en Moscú. Entre 1930 y 1952 interpretó la mayoría de los papeles protagonistas en ballets como *Giselle*, *El lago de los cisnes*, *Cenicienta* y *La bella durmiente*. Su nonagésimo quinto cumpleaños se celebró con una gran gala-concierto en su honor en el Bolshói, en 2003.

SERGE, VICTOR (1890-1947), escritor, internacionalista y revolucionario belga, viajó a la Unión Soviética a mediados de la década de 1920, pero fue arrestado a principios de los años treinta por trotskista. Tras haber padecido encarcelamientos y el exilio interior, las autoridades soviéticas accedieron a deportarlo en 1935, gracias a una campaña concertada con los defensores de Serge en Occidente y a la intercesión del escritor proestalinista Romain Rolland. Durante la Segunda Guerra Mundial pasó algún tiempo en África del Norte, donde escribió un valioso estudio de la política soviética de los años veinte y treinta en sus *Memorias de un revolucionario* (publicado originalmente en francés en 1951).

SERGUÉYEV, KONSTANTÍN MIJÁILOVICH (n. 1910), bailarín de ballet y coreógrafo ruso. Tras graduarse por la Escuela de Coreografía de Leningrado interpretó multitud de papeles protagonistas en el Teatro Académico Estatal para la Ópera y el Ballet, donde formó pareja con su esposa Dudínskaya o con Galina Ulánova. Como director artístico del Ballet Kírov, llevó a la compañía por sus primeras giras europeas en las décadas de 1950 y 1960.

SERGUÉYEV-TSENSKI, SERGUÉI NIKOLÁYEVICH (1875-1958), escritor y académico ruso, famoso en su día por sus novelas históricas ambientadas en el ejército. Serguéyev sirvió en el ejército antes de la Revolución. Se inició en la escritura en la década de 1920 publicando relatos breves críticos con los trastornos ocasionados por la Revolución y la Guerra Civil, los cuales le reportaron las reprimendas oficiales. Su trasfondo militar inspiró su obra más notable: la trilogía sobre la guerra de Crimea *Sevastópolskaya stradá* [Los malos tiempos de Sebastopol, 1936-1938], que aspiraba a igualarse con *Guerra y paz* de Tolstói y le reportó el premio Stalin. Otras obras, como *Brusílovski proriv* [La ofensiva de Brusílov, 1943], reflejaban el deseo de celebrar logros nacionales rusos del pasado, si bien más pertenecientes a la Primera Guerra Mundial que al presente soviético.

SHCHERBAKOV, ALEKSANDR SERGUÉYEVICH (1901-1945), político ruso. Protegido de Stalin y mano derecha de Zhdánov, fue designado secretario del Sindicato de Escritores en 1934 para garantizar la imposición del realismo socialista como único género literario aceptable. Entre 1938 y 1939 viajó a las repúblicas de la Unión Soviética y organizó la purga de funcionarios de los Partidos Comunistas locales, tras lo cual regresó a Leningrado para ocupar el cargo de primer secretario de su sóviet. Durante la guerra alcanzó gran prominencia política, fue ascendido al rango de coronel y se convirtió en miembro candidato del Politburó. Tras su muerte, por estar condecorado con tres Órdenes de Lenin, fue enterrado bajo la muralla del Kremlin.

SHEBALÍN, VISSARIÓN YÁKOVLEVICH (1902-1963), compositor ruso. Entre 1923 y 1928 fue alumno de Mayakovski en el Conservatorio de Moscú, institución en la que posteriormente trabajaría como maestro de composición. A partir de 1942 ascendió al cargo de director del Conservatorio, pero dicho puesto le fue arrebatado en 1948 cuando, junto con su compañero Shostakóvich, tropezó con las autoridades y su trabajo fue acusado de «formalista». Pese a ello continuó componiendo hasta su muerte. Su obra incluye cinco sinfonías (1925-1962).

SHKLOVSKI, VÍKTOR BORÍSOVICH (1893-1984), influyente crítico literario, teórico y escritor soviético. Fundador en 1916 de la Sociedad para el Estudio del Lenguaje Poético, conocida como Opoyaz, la cual promovía la escuela formalista de crítica, influyó en la experimentación de escritores como Mayakovski y Kaverin. Reputado por su ingenio, Shklovski produjo importantes obras críticas durante los años veinte, entre ellas *O teorii prozi* [Teoría de la prosa, 1925]. Sobrevivió a la represión durante la era de Stalin y resurgió como destacado crítico en la década de 1950. La admiración de Shklovski por el novelista inglés del siglo XVIII Laurence Sterne quedó demostrada en su autobiografía, *Sentimentálnoye puteshestvie* (*Viaje sentimental*, 1923).

SHÓLOJOV, MIJAÍL ALEKSÁNDROVICH (1905-1984), célebre novelista y figura del *establishment* ruso que alcanzó un éxito internacional sin precedentes con su obra en cuatro volúmenes *Tiji Don* (*El Don apacible*, 1928-1940). De origen cosaco y campesino, Shólojov empezó publicando relatos cortos sobre su tierra natal en *Donskie rasskazi* (*Cuentos del Don*, 1926). El alcance de sus novelas históricas, que abordan los años turbulentos de la Guerra Civil, se equiparó al de *Guerra y paz* de Tolstói. *El Don apacible* se convertiría en la novela rusa de mayor éxito de ventas de todos los tiempos, tanto en Rusia como en el extranjero, cosa que le hizo merecedor del premio Nobel de Literatura en 1965. No obstante, la reputación del autor fuera de las fronteras de su país se empañó posteriormente, cuando, como oficial del Partido y miembro de la junta directiva del Sindicato de Escritores, expresó sus opiniones reaccionarias y antisemitas relativas a escritores como Pasternak y los disidentes Andréi Siniavski y Yuli Daniel.

SÍMONOV, KONSTANTÍN MIJÁILOVICH (1915-1979), poeta, dramaturgo y novelista ruso. Sus primeras incursiones en la literatura fueron poemas de amor escritos en los años treinta. Alcanzó su máximo apogeo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se convirtió en corresponsal de guerra para *Krásnaya Zvezdá* [Estrella Roja] y dedicó su pluma a los versos patrióticos románticos. Produjo una obra sobre la guerra, *Paren iz násbego góroda* [El chico de nuestro pueblo, 1941], por la que mereció el premio Stalin, así como dos novelas premiadas que se contaron entre las más famosas de la guerra: *Dni i nochi* [Días y noches, 1944] y *Zhivie i miortvie* [Los vivos y los muertos, 1959]. Esta aprobación oficial espoleó la creación de obras teatrales y novelas más propagandísticas y didácticas, pero ninguna de ellas presentó una calidad artística comparable a sus textos previos. Entre 1946 y 1954 editó el diario *Novi Mir* [Nuevo Mundo] y se convirtió en una figura destacada del Sindicato de Escritores.

SINCLAIR, UPTON BEALL (1878-1968), periodista de izquierdas, novelista y reformista social estadounidense. Trabajó

eventualmente escribiendo literatura barata antes de que su quinta novela, *The Jungle* (*La jungla*, 1906), provocara una tormentosa polémica. Su cruda exposición de la explotación a la que se sometía a la mano de obra inmigrante y la adulteración de los productos cárnicos en la industria de envasado de carne de Chicago desembocó en la aprobación de la Ley de Medicamentos y Alimentos Puros (1906). Sus apasionadas creencias socialistas tiñeron su crítica del capitalismo en novelas como *King Coal* (1917) y *Boston* (1928), acerca del caso de Sacco y Vanzetti, que fueron bien recibidas en la Unión Soviética. Sin embargo, los numerosos intentos de Sinclair por alcanzar un puesto de responsabilidad política concluyeron en fracaso, como también ocurrió con la efímera comunidad Utopian que fundó en Nueva Jersey en 1907. De su producción de más de un centenar de libros, destaca la saga épica de Lanny Budd (1940-1953), de once volúmenes, con la que obtuvo el premio Pulitzer, si bien *La jungla* es la única de sus obras que ha soportado el paso del tiempo.

SKRIABIN, ALEKSANDR NIKOLÁYEVICH (1872-1915), pianista y compositor ruso. Niño prodigio, estudió en el Conservatorio de Moscú y empezó su carrera componiendo obras románticas al estilo de Chopin y Liszt. Un mecenas entusiasta le financió una gira por Europa en 1896, después de la cual Skriabin se convirtió en profesor de piano en el Conservatorio hasta 1903, fecha en que emigró a Suiza. Recorrió Estados Unidos entre 1906 y 1907. Su obra adquirió un nuevo giro extático después de abrazar la teosofía en 1908. Ofreció continuas giras por Europa y Rusia, hasta su muerte prematura a causa de septicemia. Sus obras más notables son su sinfonía *Prometéi: Poema ogniá* (*Prometeo: El Poema del Fuego*, 1909-1910), y obras orquestales como *Bozhéstvennaya poema* [Poema divino, 1903] y *Poema ekstaza* (*Poema del éxtasis*, 1907-1908).

SLATER, HUMPHREY (1906-1958), novelista inglés que abordó con frecuencia temas soviéticos y editó la efímera gaceta política *Polemic* en los años cuarenta. Entre sus novelas figu-

ran *The Heretics* (1946) y *The Conspirator* (1948), esta última adaptada a la gran pantalla, protagonizada por Robert Taylor y Elizabeth Taylor.

SOLOGUB, FIÓDOR (seudónimo de FIÓDOR KUZMICH TETÉRNIKOV, 1863-1927), poeta simbolista, dramaturgo y novelista ruso. Tras sus inicios como maestro de instituto e inspector de escuela, no publicó hasta 1896 su poesía y sus relatos breves, recopilados en *Teni* [Sombras]. Abandonó la docencia tras el éxito de su novela *Melki bes* (*El demonio mezquino*, 1907), que satirizaba la banalidad de la vida provinciana rusa. Su solicitud de abandonar Rusia tras la Revolución de 1917 fue rechazada, y Sologub dejó de publicar en 1922. Escribió varias obras de teatro en un estilo decadente fantástico, una de las cuales, *Dar múdrij pchel* (*El don de las sabias abejas*, 1907), fue llevada a los escenarios por Meyerhold. Muchas de sus obras no han vuelto a publicarse en ruso desde los años setenta.

SOUTINE, CHAÏM (JAIM SUTÍN, 1893-1943), pintor ruso nacido en el seno de una familia judía ortodoxa estricta en la Zona de Asentamiento. Soutine emigró a París en 1911, donde estudió en la École des Beaux-Arts. Miembro fundador de la escuela expresionista, se unió al círculo artístico de Modigliani en Montparnasse. Sufría brotes de depresión aguda seguidos por brotes maníacos durante los que pintaba sus cuadros. Pese a vivir en la penuria destruyó muchas de sus obras. Judío, tuvo que huir de la Gestapo tras la caída de Francia en 1940. Falleció tras una operación, justo antes de la Liberación.

STRÓGANOV, poderosa familia de la nobleza procedente de la región noroeste de Rusia. Se les otorgaron grandes extensiones de tierras en los Urales y Siberia durante el reinado de Iván IV (1530-1584). Su considerable riqueza se consolidó a manos del conde Grigori Dmítrievich Stróganov (1650-1715) durante el reinado de Pedro el Grande. Entre los negocios de la familia figuraban el control de la extracción de sal en Solvichegodsk, así como el dominio de los co-

mercios del hierro, la madera y las pieles en Siberia. También fueron grandes mecenas de las artes, construyeron numerosas iglesias históricas y financiaron la escuela Stróganov de pintura icónica (1580-1630). El conde Aleksandr Serguéyevich Stróganov (1733-1811) fue un destacado patrón de las artes y las letras rusas durante el siglo XVIII. Su hijo, el conde Pável Aleksándrovich Stróganov (1772-1817), fue un reformista liberal durante el reinado de Alejandro I. El plato de ternera Stróganov rinde tributo a su nieto, el gourmet conde Pável Serguéyevich Stróganov (1823-1911).

SÚSLOV, MIJAÍL ANDRÉYEVICH (1902-1982), político e ideólogo ruso, miembro del Politburó. Se afilió al Partido Comunista en 1921 y ejerció como primer secretario en Stávropol entre 1939 y 1944. Designado al Comité Central en 1941, trabajó con el NKVD, la policía secreta soviética, como oficial del Partido, supervisando la incorporación de Lituania a la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Tras la guerra dirigió la propaganda comunista (a partir de 1947 como secretario del Comité Central del Partido Comunista) hasta su muerte, y fue editor del *Pravda* entre 1949 y 1951. En 1955 fue ascendido a miembro permanente del Presídium (antiguo Politburó) y desempeñó sus funciones bajo Nikita Jrushchov (a quien ayudó a desbancar) y Leonid Brézhnev.

SUVÓROV, ALEKSANDR VASÍLIEVICH (1729-1800), mariscal de campo y comandante militar ruso, ascendido a conde (1789) y luego a príncipe (1799) por los servicios prestados al Estado. Descendiente de la nobleza moscovita, Suvórov se alistó en el ejército a los quince años de edad y sirvió en sus filas durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), sofocó la insurrección de los católicos polacos (1768-1772) y demostró ser un magnífico estratega durante la guerra ruso-turca de 1787-1791. Aplastó otra revuelta nacionalista en Polonia en 1794, y durante las guerras revolucionarias francesas comandó a las tropas austríacas y rusas contra los franceses en el norte de Italia. Publicó sus teorías sobre la

guerra bajo el título de *Naúka pobezhdat (La ciencia de la victoria)*.

TABIDZE, TITSIÁN YUSTÍNOVICH (1895-1937), destacado poeta georgiano, integró junto con Yashvili el grupo de poetas simbolistas Cuernos Azules, que disfrutó de su máximo apogeo entre 1918 y 1921. Fue amigo y corresponsal del también georgiano Borís Pasternak, quien, junto con su compañera Olga Ivínskaya, tradujo los versos de Tabidze al ruso. Junto con muchos otros artistas e intelectuales de Georgia, Tabidze desapareció durante las purgas. Hasta 1955 no se descubrió que se le había ejecutado sumariamente poco después de ser arrestado y torturado en 1937. Su correspondencia con Pasternak se publicó en inglés con el título *Letters to Georgian Friends* (1967).

TAÍROV, ALEKSANDR YÁKOVLEVICH (1885-1950), director teatral soviético y fundador en 1914 del Teatro de Cámara de Moscú, donde ofreció un estilo de interpretación más específicamente teatral, el cual incorporaba elementos del ballet y el circo, además de decorados cubistas. Taírov llevó a escena obras de autores occidentales como Eugene O'Neill y G. B. Shaw, si bien finalmente tuvo que doblegarse al realismo socialista y escenografiar producciones como la obra de Vsévold Vishnevski *Optimistícheskaya traguedia* [Una tragedia optimista, 1932]. Recibió la aclamación del público por su adaptación para los escenarios en 1939 de la novela de Flaubert *Madame Bovary* y, en 1945, fue condecorado con la Orden de Lenin.

TARLE, YEVGUENI VÍKTOROVICH (1875-1955), reconocido historiador de la vieja escuela y académico afincado en Leningrado; notable por sus estudios de las guerras napoleónicas y de Crimea, incluida la obra en dos volúmenes *Krímskaya voiná* [La guerra de Crimea, 1942-1943]. Cuando se celebró el primer juicio público estalinista, contra el supuesto «Partido Industrial», entre noviembre y diciembre de 1930, Tarle fue acusado de pertenecer a este grupo de «desguazadores» antiestalinistas, cuyo fin aparente era establecer una dictadu-

ra militar, bajo la cual Tarle sería nombrado futuro ministro de Asuntos Exteriores. Pese a ello, algo más tarde Tarle fue liberado de la cárcel y restituido por Stalin, quien le asignó el papel de historiador principal del régimen.

TATLIN, VLADÍMIR YEVGRÁFOVICH (1885-1953), artista pionero, escultor y diseñador de la primera época soviética. Tatlin fundó el movimiento constructivista tras estudiar en París y Berlín. Sus innovadoras técnicas con múltiples materiales, incluidos el metal, el vidrio y la madera, le merecieron el encargo, en 1919, de diseñar el Monumento a la Tercera Internacional. Su diseño, empero, fue duramente criticado por Gabo y nunca llegó a construirse, y el impulso innovador de Tatlin pareció desvanecerse bajo la presión de acatar los principios artísticos del realismo socialista. A partir de entonces se dedicó a la labor docente y a las artes aplicadas en el Instituto Textil de Moscú y en los años treinta se volcó en el diseño de decorados.

TÍJONOV, NIKOLÁI SEMIÓNOVICH (1896-1979), poeta y agente literario soviético. Empezó a escribir baladas revolucionarias románticas mientras servía en el ejército en la Primera Guerra Mundial. En 1922 entró en la asociación literaria de los Hermanos Serapión y celebró los primeros años posrevolucionarios en baladas como la «Ballada o sínem pakete» [«Balada del paquete azul», 1922]. No obstante, a partir de 1934 su poesía quedó relegada a un segundo plano tras sus deberes como agente literario del Sindicato de Escritores y sus numerosos viajes por las repúblicas soviéticas. Fue galardonado con tres premios Stalin por su poesía bélica propagandística y patriotera, como *Kírov s nami* [Kírov con nosotros, 1941]. En los años de la posguerra fue diputado en el Sóviet Supremo.

TINIÁNOV, YURI NIKOLÁYEVICH (1894-1943), crítico literario, traductor, erudito y destacado teórico formalista soviético. Tras estudiar Historia y Filología, trabajó como traductor del francés para el Komintern (1918-1921) y, en 1921, se convirtió en profesor de historia literaria. Sus estudios

críticos sobre narradores y poetas, entre ellos Pushkin, Dostoyevski, Tiútchev y Blok, se consagraron como textos de referencia, tal como ocurrió con su *Problema stijotvórenia* [El problema del lenguaje en verso, 1924]. También escribió novelas biográficas eruditas como *Pushkin* (1935-1943), publicada en tres partes, y *Smert Vazir-Mujtara* [La muerte de Vazir Mujtar, 1927-1928], acerca del asesinato del escritor Griboyédov.

TIÚTCHEV, FIÓDOR IVÁNOVICH (1803-1873), destacado poeta naturalista, comparado con Pushkin y Lérmontov. De origen noble, se convirtió en diplomático en 1822 y fue destacado a Alemania y posteriormente a Italia; regresó del extranjero en 1844. Mantuvo correspondencia con Heine, cuya poesía tradujo, mientras que gran parte de sus propios versos, inspirados por la *Naturphilosophie* de Schelling, se publicaron de manera anónima en *Sovreménnik* [El Contemporáneo] durante 1836 y 1837, bajo la rúbrica «Poemas enviados desde Alemania». A su regreso a Rusia, trabajó como censor oficial y finalmente publicó su obra con su propio nombre en 1854, después de que Nekrásov descubriera su identidad. Sus poesías sobre la naturaleza y el amor cedieron terreno en su vejez a versos más políticos que expresaban sus sentimientos paneslavos. El interés por su obra decayó hasta finales del siglo XIX, cuando fue redescubierto por los poetas simbolistas rusos.

TOLSTÓI, ALEKSÉI NIKOLÁYEVICH (1883-1945), poeta, novelista y dramaturgo soviético conformista cuyas sobrevaloradas obras se promocionaron como clásicos de la literatura soviética en la era estalinista. Procedía de la nobleza rusa y era pariente lejano de Lev Tolstói. Tras una breve ausencia, regresó a la Unión Soviética en 1923. Tuvo la inteligencia de manipular su éxito artístico y disfrutó de un espléndido estilo de vida gracias a una serie de obras históricas que contaban con la aprobación oficial. *Jozhdenie po múkam* (*Peregrinación por los caminos del dolor*, 1921-1941) y la trilogía *Piotr I* (*Pedro I*, 1929-1945) ayudaron a restablecer el orgullo nacional durante la guerra. Stalin era un gran admirador

de su obra en dos partes *Iván Grozni* (*Iván el Terrible*, 1941-1943), pero muchos consideraban a Tolstói un apologista del régimen soviético. Su obra ha caído en el olvido.

TOMASHEVSKI, BORÍS VÍKTOROVICH (1890-1957), erudito, historiador literario y crítico formalista soviético. Formado en ingeniería, estudió Filología e impartió teoría literaria en Petrogrado (1921-1924). En los años veinte publicó dos textos imprescindibles sobre la crítica formalista: *Teoria literaturi: poétika* [Teoría de la literatura: poética, 1925] y *Pisátel i kniga: ócherk tekstologuii* [El escritor y el libro: un esbozo de estudio textual, 1928]. A partir de los años treinta trabajó principalmente como editor de los archivos literarios de Pushkin, Chéjov y otros para la serie de publicaciones académicas Legado Literario.

TRENOV, KONSTANTÍN ANDRÉYEVICH (1876-1945), escritor-zuelo y dramaturgo soviético. Imitador de Gorki en sus primeros relatos breves, publicados en 1915, posteriormente se volcó cada vez más en el teatro. Su drama histórico *Pugachóvshchina* [La rebelión de Pugachov] se interpretó en el Teatro de las Artes de Moscú en 1924, pero su único éxito notable fue el drama *Liubov Yarovaya* (1926), ambientada en la Guerra Civil, que las autoridades adoptaron como modelo del teatro realista socialista conformista.

TROTSKI, LEV (seudónimo de LEV DAVÍDOVICH BRONSTEIN, 1879-1940), revolucionario y teórico político nacido en Ucrania, en el seno de una familia de judíos rusificados. Abandonó sus estudios por las actividades revolucionarias (1897-1898), movimiento que desembocó en el primero de sus encarcelamientos. En los círculos revolucionarios de refugiados políticos de Londres se alineó con los mencheviques en contra de Lenin y, de regreso en Rusia en 1905, actuó por libre y de manera alocada, encabezando manifestaciones y huelgas y convirtiéndose en un destacado orador público. De nuevo encarcelado en 1905, trabajó denodadamente en su teoría de la «revolución permanente» y participó de forma activa en la Revolución de 1917. Fue designa-

do para el importante puesto de Comisario de Guerra (1918-1925) y creó el Ejército Rojo, donde se hizo famoso por su uso de brutales medidas coercitivas durante la subsiguiente Guerra Civil. No logró encumbrarse al poder tras la muerte de Lenin en 1924 y Stalin no tardó en marginarlo. Exiliado a Asia central, fue deportado en 1928. Pasó el resto de su vida vertiendo improperios contra Stalin en una serie de obras políticas. Halló refugio en México DF en 1936, en donde un agente del NKVD lo asesinó en 1940.

TSVIETÁIEVA, MARINA IVÁNOVNA (1892-1941), poeta, escritora y crítica soviética; junto con Ajmátova fue una de las voces más innovadoras de la poesía femenina rusa. Su primera recopilación, *Vecherni albom (Álbum vespertino)* se publicó en 1910. Experimentó con el teatro en verso y la poesía narrativa, y publicó colecciones de su verso extraordinariamente lírico y rítmico como *Viorsti* (*Verstas*, 1921 y 1922) y *Stiji k Bloku* (*Poemas para Blok*, 1922). Tras rechazar la Revolución, emigró en 1922 y se instaló en París en 1925, donde se dedicó a la prosa y a la crítica, si bien continuó escribiendo poesías que retrotraían constantemente a sus raíces rusas. El aislamiento y el empobrecimiento de la emigración exacerbaron su desesperanza. Su mal juzgado regreso a la Unión Soviética en 1939 no le reportó la aceptación como poeta que anhelaba y, apartada de los círculos literarios oficiales, se suicidó dos años más tarde en Yelábuga, en la república soviética de Tartaristán. Sus recopilaciones de versos más conocidas son *Remesló* (*El oficio*, 1923) y *Posle Rossii* (*Después de Rusia*, 1928).

TUJACHEVSKI, MIJAÍL NIKOLÁYEVICH (1893-1937), mariscal y héroe nacional soviético procedente de la nobleza rusopolaca y apodado el Napoleón Rojo. Tujachevski sirvió con honores en la Primera Guerra Mundial. Su mando de las fuerzas bolcheviques durante la Guerra Civil condujo a su ensalzamiento como uno de los líderes militares más carismáticos de la Unión Soviética. Durante los años veinte reformó y modernizó el Ejército Rojo, hasta transformarlo en una de las principales fuerzas armadas. Stalin ascendió a Tu-

jachevski a mariscal en 1935, pero recelaba de su individualismo y sentía celos de su popularidad. En 1937 lo destituyó de su puesto y lo hizo comparecer ante un tribunal bajo el falso cargo de conspiración junto con otros siete oficiales del Ejército Rojo de alto rango. Tujachevski fue fusilado poco después; fue rehabilitado en 1988.

ULÁNOVA, GALINA SERGUÉYEVNA (1910-1998), bailarina de ballet rusa internacionalmente famosa, una de las pocas a quienes se autorizó a actuar en Occidente durante la guerra fría. Ulánova se formó en la Escuela de Coreografía de Petrogrado y saltó a la fama por su espectacular estilo interpretativo. Desde 1944 fue la primera bailarina del Ballet Bolshói, donde encarnó multitud de papeles inolvidables como la María de *Bajchisaraiski fontán* (*La fuente de Bajchisarái*, 1934) o la Julieta de *Romeo i Dzhulietta* (*Romeo y Julieta*, 1940), esta última con partitura de Prokófiev. Tras su retirada de los escenarios en 1962 permaneció vinculada al Bolshói como maestra de ballet.

VAJTÁNGOV, YEVGUENI BAGRATIÓNOVICH (1883-1923), actor, director y maestro ruso de origen armenio. En el Teatro de las Artes de Moscú, donde ejerció como actor a partir del año 1911, estudió el método de Stanislavski y concibió una técnica propia, a medio camino entre la imitación stanislavskiana y la escuela grotesca del teatro ruso, de la que entonces era pionero Meyerhold. Sobresaliente maestro y director, Vajtángov dejó su impronta en el Tercer Estudio del Teatro de las Artes de Moscú (rebautizado Teatro Vajtángov en su honor en 1926), donde dirigió obras de Chéjov y Maeterlinck. Su producción más aclamada, antes de que una enfermedad pusiera fin a su vida, fue la adaptación de 1922 de la obra de teatro de 1762 de Carlo Gozzi *Turandot*.

VARGA, YEVGUENI SAMUÍLOVICH (1879-1964), economista de origen judío nacido en Hungría, figura destacada del Instituto de Economía y Política Mundiales de Moscú. Varga es conocido principalmente por sus estudios sobre la crisis del capitalismo mundial, incluida una obra de 1924 sobre el

tema de la que es coautor Trotski. En su *Kapitalizm posle vtorói mirovói voiní* (*Problemas fundamentales de la economía y de la política del imperialismo: después de la Segunda Guerra Mundial*, publicado por vez primera en ruso en 1974), Varga lanzaba un valiente desafío a la doctrina comunista oficial al advertir contra las expectativas soviéticas de un inminente colapso del capitalismo tras la guerra. Ello le acarreó la censura oficial en 1947, fecha en la que fue destituido de su cargo en la Academia de las Ciencias Soviética.

VOROVSKI, VÁTSLAV VÁTSLAVOVICH (1871-1923), crítico literario y periodista ruso, destacado escritor bolchevique miembro de la junta editorial de *Vperiod* [Adelante], el diario del Partido. Camarada muy próximo a Lenin, tras la Revolución ejerció sus actividades en Estocolmo como uno de los primeros enviados rusos a Occidente. En 1922 acudió como delegado a la Conferencia Económica Internacional. Fue asesinado en Lausana por el suizo de origen ruso Maurice Conradi mientras asistía a una conferencia internacional sobre la cuestión turca. Vorovski publicó varios libros, entre ellos *Rússkaya intelliguentsia i rússkaya literatura* [Intelectualidad rusa y literatura rusa, 1923].

VRÚBEL, MIJAÍL ALEKSÁNDROVICH (1856-1910), pintor simbolista ruso, miembro de la escuela artística de los Itinerantes. Además de diseñar decorados para el empresario teatral Savva Mámontov, Vrúbel fue un destacado escultor y pintor de murales, y creó una obra profundamente inspirada en el arte ortodoxo medieval. Uno de sus proyectos de mayor envergadura fue la restauración y los murales de la iglesia de San Cirilo de Kiev, del siglo XII. Superado por un brote psicótico y el principio de una ceguera en 1906, cayó presa de la enajenación y falleció en un hospital mental.

YASHVILI, PAVLE (PAOLO) DZHIBRAELÓVICH (1895-1937), destacado poeta georgiano que, junto con Tabidze, lideró el colectivo simbolista de poetas georgianos conocido como Cuernos Azules, fundado en Tbilisi en 1916. Traductor al

georgiano de la poesía de Lérmontov, Mayakovski y Pushkin, Yashvili fue traducido a su vez por Borís Pasternak. Su obra fue retirada de la circulación por los bolcheviques y Yashvili se convirtió en víctima de un ataque concertado durante los años treinta. En 1937, tras tener noticia del arresto de su amigo Tabidze, se suicidó, sabiendo que le aguardaba el mismo destino. Ironías del destino, Stalin, también georgiano, era un admirador de la poesía de Yashvili.

YERMOLÁYEV, ALEKSÉI NIKOLÁYEVICH (n. 1910), bailarín y maestro de ballet ruso. Tras completar su formación en la Escuela Coreográfica de Leningrado en 1926, se convirtió en solista en el Ballet Kírov, de donde fue transferido al Ballet Bolshói en 1930. Se consagró como uno de los principales exponentes del estilo musculoso y heroico del ballet soviético en papeles como el Tibaldo en *Romeo i Dzhulietta (Romeo y Julieta)*, Eugenio en *Medni vsádnik (El jinete de bronce)* y Li Shan-fu en *Krasni mak (La amapola roja)*. En el año 1939 se convirtió en maestro de ballet y llevó a los escenarios el primer ballet bielorruso: *Solovéi (El ruiseñor)*. En 1968 fue designado director artístico de la Escuela Coreográfica de Leningrado. Fue nombrado Artista Nacional de la URSS en 1970.

YERMÓLOVA, MARÍA NIKOLÁYEVNA (1853-1928), destacada actriz teatral rusa, famosa por sus papeles trágicos, sobre todo en el Teatro Mali de Moscú. Yermólova fue aclamada por su interpretación en el papel protagonista de las obras de Schiller *La virgen de Orleans* (1884) y *María Estuardo* y de Racine *Fedra* (1890). Tras la Revolución logró amoldarse a los nuevos papeles antiburgueses de la era soviética y fue la primera actriz galardonada con los títulos de Artista Popular de las Repúblicas Soviéticas (1920) y Heroína de la Clase Obrera (1924). El teatro al que I. B. alude en «Las letras y el arte en la Rusia de Stalin», bautizado en honor a ella, se fundó en Moscú en 1937.

YESENIN, SERGUÉI ALEKSÁNDROVICH (1895-1925), poeta y «granuja» artístico confeso ruso. Procedente de un trasfon-

do campesino, fue una de las figuras más erráticas y poco convencionales de principios de la era soviética. Se unió al grupo de poetas imaginistas de Moscú en 1919 y se forjó una reputación por su alcoholismo y su camorrismo. Tal reputación se vio reforzada por sus colecciones de poemas *Ispoved juligana* (*Confesión de un granuja*, 1921) y *Moskvá kabátskaya* (*El Moscú de las tabernas*, 1924). Tras abrazar inicialmente la Revolución con entusiasmo, Yesenin no tardó en desencantarse; su mejor obra sigue siendo la poesía lírica y nostálgica que escribió sobre el ámbito rural ruso y la desesperanza frente a la destrucción del antiguo modo de vida rural. Su breve y turbulento matrimonio (1922-1923) con la bailarina estadounidense Isadora Duncan estuvo seguido por un descenso en la enajenación, la disipación y el desespero, que se saldó con la soledad y el suicidio, ahorcado, en un hotel de Leningrado en 1925.

YEZHOV, NIKOLÁI IVÁNOVICH (1895-1940). Arquitecto de la «Yezhóvshchina», el punto álgido de las purgas masivas acaecidas entre 1936 y 1938. Yezhov pretendió impresionar a Stalin con su espectacular y desmedida satisfacción de las cuotas de ejecuciones exigidas. Ejerció como comisario político durante la Guerra Civil, pero al carecer de las cualidades intelectuales necesarias para medrar hasta el liderazgo del Partido, se abrió paso en el santuario de Stalin a fuerza de adulación y una lealtad incondicional. En 1935 fue recompensado con la secretaría del Partido Comunista de Leningrado, puesto en el que sustituyó al asesinado Kírov, y en 1936 fue ascendido a director de la policía secreta, el NKVD. Durante su mandato, Yezhov se encargó de diezmar a los oficiales del Ejército Rojo, así como los altos cargos regionales del Partido Comunista. Pero se excedió en sus funciones y Stalin lo reemplazó por Lavrenti Beria en otoño de 1938. Yezhov fue arrestado en abril de 1939 y fusilado el 4 de febrero de 1940.

ZADKINE, OSSIP (1890-1967), escultor ruso de origen judío que vivió a caballo entre Londres, París y Smolensk antes de establecerse en París en 1909. Experimentó con el cubismo

durante los años veinte y, tras una estancia en Estados Unidos, regresó a París en 1944. Conocido principalmente por su escultura de bronce *La ciudad destruida* (1953), con la que recuerda los bombardeos de Rotterdam durante la Segunda Guerra Mundial, realizó también importantes obras para las ciudades de Amsterdam y Jerusalén.

ZHDÁNOV, ANDRÉI ALEKSÁNDROVICH (1896-1948), portavoz oficial y arquitecto de la política oficial relativa al arte soviético de 1946 a 1948, la cual pasó a ser conocida como «Zhdánovshchina», en cumplimiento de la cual los escritores y músicos que no se doblegaban a la línea oficial eran perseguidos de manera sistemática. Burócrata modesto, Zhdánov saltó a la palestra en el congreso inaugural del Sindicato de Escritores ruso de 1934, donde estableció los preceptos del realismo socialista. Fue admitido en el Politburó en 1939. En 1946, Stalin recompensó su labor durante la guerra en defensa de Leningrado asignándole la tarea de orquestar el envilecimiento oficial de Ajmátova y Zóschenko, tras lo cual Zhdánov puso sus miras en compositores como Shostakóvich, Prokófiev y Mayakovski.

ZHIRMUNSKI, VÍKTOR MAKSÍMOVICH (1881-1971), crítico y erudito literario ruso, miembro correspondiente de la División de Historia Literaria de la Academia de las Ciencias. Como catedrático de Filología en la Universidad de Leningrado, Zhirmunski fue, junto con Eichenbaum, un destacado crítico formalista. Alcanzó la fama con su *Vvedenie v métriku: teoria stija* [Introducción a la métrica: la teoría del verso, 1966] y por sus estudios críticos de Ajmátova, Pushkin y Blok, así como por sus escritos sobre literatura universal.

ZHUKOVSKI, VASILI ANDRÉYEVICH (1783-1852), poeta y traductor cuya obra poética estuvo influida por la literatura prerromántica inglesa y alemana. En 1808 se convirtió en editor de la publicación literaria *Véstnik Yevropi* [Mensajero de Europa]. Su designación como tutor del futuro Alejandro II en 1825 le brindó la oportunidad de inyectar subrep-

ticiamente un elemento liberal en la Corte, y con frecuencia ofreció su protección a los escritores, Pushkin incluido, en sus enfrentamientos con las autoridades. Al retirarse de la Corte en 1839, Zhukovski se instaló en Alemania, donde se convirtió en un loable traductor de Goethe y Schiller. Tradujo asimismo a los poetas ingleses Gray, Southey y Byron; su traducción de la *Odisea* de Homero fue una labor de amor que se prolongó toda su vida. Su preocupación melancólica por lo sobrenatural y lo gótico en su trabajo, que englobaba principalmente elegías meditabundas, reflejó su interés cada vez mayor por el misticismo.

ZINÓVIEV, GRIGORI YEVSÉYEVICH (seudónimo de OVSEI-GERSHEN AARÓNOVICH APFELBAUM, 1883-1936), político ucraniano de origen judío, miembro del liderazgo bolchevique tras la Revolución. No tardó en criticar el dominio de la vida política por parte de Lenin, pero carecía del valor necesario para enfrentarse a él. En 1921 formaba ya parte del Politburó. En los años veinte cometió un error de cálculo al alinearse con Stalin frente a Trotski; en 1926, al darse cuenta de su equivocación, se realineó con Trotski. En represalia, Stalin jugó al gato y al ratón con él durante toda la década siguiente, expulsándolo del Comité Central del Partido Comunista en 1927, readmitiéndolo de nuevo y volviendo a expulsarlo dos veces más. Zinóviev fue arrestado finalmente en 1936 y juzgado por trotskista junto con su colega Lev Kámenev. Fue fusilado poco después.

ZÓSHCHENKO, MIJAÍL MIJÁILOVICH (1895-1958), escritor satírico ruso, famoso por sus relatos cómicos sobre los trastornos de la vida tras la Revolución. Miembro del grupo literario de los Hermanos Serapión, publicó su primera colección, *Rasskazi Nazara Ilicha* [Historias de Nazar Ilich] en 1922. Aunque su obra gozó de una inmensa popularidad en las décadas de 1920 y 1930, cayó en desgracia ante las autoridades soviéticas por su incapacidad para amoldarse a las exigencias del realismo socialista. Su relato autobiográfico *Péred vosjódom solntsa* [Antes del amanecer, 1943] fue considerado tendencioso y autoindulgente y el relato in-

fantil en clave humorística *Prikliuchenia obeziani* [Las aventuras de un mono, 1946] fue criticado por Zhdánov por mofarse de los ciudadanos soviéticos y ofreció a éste el pretexto perfecto para un ataque concertado contra el autor. Condenado al ostracismo por el Sindicato de Escritores, Zóshchenko se ganó la vida traduciendo, pero falleció sumido en la pobreza.

Bibliografía recomendada

Berlin escribió muchos otros ensayos sobre temática rusa. En algunos de ellos abordaba aspectos del régimen soviético, si bien la mayoría se ocupan de la era presoviética. Sin embargo, incluso sus célebres estudios de los pensadores rusos del siglo XIX miran de soslayo al futuro que hoy sabemos que se aproximaba, en parte impulsado por los intensos e inagotables debates de la *inteliguéntsia* rusa. Tras mucha reflexión y consultas, decidí no diluir la esencia y ampliar en exceso este volumen añadiéndole piezas menores o periféricas, pero el siguiente listado puede resultar de utilidad para aquellos lectores a quienes interese encontrar otras obras relevantes de Berlin[1], muchas de las cuales resultan harto difíciles de localizar. Todas aparecen en la bibliografía de las obras de Berlin publicada en *Contra la corriente: ensayo sobre historia de las ideas* y también pueden consultarse en la página web antes mencionada, si bien he optado por recopilar sus datos a continuación para facilitar su búsqueda. Además, he incluido un extracto que encaja de manera natural en este libro.

Russian Thinkers, Henry Hardy y Aileen Kelly (eds.), Londres, Hogarth Press, 1978; Nueva York, Viking, 1978; Harmondsworth y Nueva York, Penguin, 1979; (2.ª ed.) Londres, Penguin Classics, 2008 [*Pensadores rusos,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992]:

1. Véase también la p. 33, nota 1. Existen asimismo numerosos textos inéditos que no he tenido en cuenta para este volumen. Están recogidos en la página web de Berlin, bajo el epígrafe «Unpublished writings», y sus títulos revelan su conexión con este libro.

Introducción de Aileen Kelly
Rusia y 1848
El erizo y la zorra: Ensayo sobre la visión histórica de Tolstoi[1]
Herzen, Bakunin y la libertad individual
Una década notable (1838-1848)
I. El nacimiento de la *inteliguéntsia* rusa
II. El romanticismo alemán en San Petersburgo y Moscú
III. Vissarión Belinski
IV. Aleksandr Herzen
Populismo ruso
Tolstói y la Ilustración
Padres e hijos. Turguéniev y la situación liberal

The Power of Ideas, Henry Hardy (ed.), Londres, Chatto and Windus, 2000; Princeton, Princeton University Press, 2000; Londres, Pimlico, 2001 [*El poder de las ideas*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000], en concreto cinco de los ensayos que se incluyen en el volumen:

Historia de la intelectualidad rusa
El hombre que se convirtió en un mito (Belinski)
Un revolucionario sin fanatismo (Herzen)
El papel de la *inteliguéntsia*
El padre del marxismo ruso (Plejánov)

Artículos

«Artistic Commitment: A Russian Legacy», en *The Sense of Reality: Studies in Ideas and their History,* Henry Hardy (ed.), Londres, Chatto and Windus, 1996; Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 1997; Londres, Pimlico, 1997). [«El compromiso artístico: un legado ruso», en *El sentido de la realidad,* Madrid, Taurus, 1998.]

1. Publicado en el mercado hispano como libro independiente por Península, 2002.

Reseña sobre Ralph Parker, «How do you do, Tovarich?», en *Listener* 38, 1947, pp. 543-545.

Reseña sobre Bertram D. Wolfe, «Three Who Made a Revolution», en *American Historical Review* 55, 1949, pp. 86-92.

«The Trends of Culture», contribución a «The Year 1949 in Historical Perspective», en *1950 Britannica Book of the Year*, Chicago/Toronto/Londres, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1950, pp. XXII-XXXI.

«Attitude on Marxism Stated: Dr Berlin Amplifies His Remarks Made at Mount Holyoke» (carta), *New York Times*, 8 de julio de 1949, p. 18.

Reseña sobre E. H. Carr, «Soviet Beginnings», *A History of Soviet Russia* (vol. I: *The Bolshevik Revolution 1917-1923*), *Sunday Times*, 10 de diciembre de 1950, p. 3.

Reseña sobre D. S. Mirski, «Russian Literature: The Great Century», en *A History of Russian Literature*, *Nation* 170, 1950, pp. 180-183, 207-208.

Reseña sobre Walter Bedell Smith, «"A Sense of Reality" about Russia», en *My Three Years in Moscow*, *New York Times Book Review*, 8 de enero de 1950, pp. 1-2; en este artículo, Berlin escribe acerca de «la obsesión con la necesidad de actuar aprisa bajo la que actúan los gobernantes soviéticos»:

> [Tal necesidad] deriva de su creencia en que el mundo capitalista está predestinado a quedar socavado por sus propias «contradicciones» internas, que irán intensificándose con cada nueva fase de producción. Cuando se produzca la debacle final, la Unión Soviética debe estar preparada o, de lo contrario, se sumirá en la batalla de los mundos definitiva, en la que los proletarios podrían triunfar y, sin embargo, la Unión Soviética quedar destruida. Imaginar la posibilidad de una convivencia pacífica entre ambos sistemas es privar

de sentido al marxismo, y queda poco tiempo antes del duelo final que decidirá el destino de la humanidad. Para sobrevivir, la Unión Soviética debe hacerse tan inconquistable como sea humanamente posible antes de la última y definitiva batalla, un clímax hacia el cual la humanidad avanza de manera inexorable; a menos, claro está, que el mundo capitalista se rinda sin luchar, cosa harto improbable.

El general Smith cita a Stalin, quien en 1930 afirmaba: «Hay quien se pregunta si no podríamos reducir el ritmo y ralentizar el proceso. Reducir el ritmo implicaría quedar rezagados, y quienes quedan rezagados son derrotados. [...] Tenemos que ponernos al día frente a los países capitalistas o moriremos. Hay que conseguirlo en un plazo de diez años. O lo hacemos o seremos destruidos».

En aras a afrontar esta formidable perspectiva, la ciudadanía rusa debe endurecerse sin cese. De ahí que el ambiente en Rusia sea el de un *establishment* severo y paramilitar en el que los niños, más retrasados y sometidos a más penurias que los del resto del mundo, son formados sin piedad para compensar los siglos desperdiciados por los zares. Quizá la aplicación de métodos más humanos obtendría resultados tanto o más halagüeños, pero no hay tiempo para experimentar: el resto del mundo avanza a excesiva velocidad y hay que hacer uso de la fuerza para que los alumnos de esta institución den de sí todo lo que puedan; todo se encamina a este único fin; no cabe duda de que esos niños pasan frío y hambre, pero se carece de los recursos necesarios para remediar tal situación y, al mismo tiempo, mantener el ritmo; el mundo exterior queda fuera de los límites porque, si se cumplen las profecías de Marx, los países capitalistas están condenados al fracaso y su hostilidad hacia la URSS irá en aumento.

Los visitantes extranjeros no son bien recibidos, puesto que incluso aquellos con buenas intenciones pueden interferir con hombres y mujeres sometidos a formación, los cuales carecen de tiempo para todo lo que caiga fuera de sus tareas designadas. Los extranjeros con sus cuentos de viajeros acerca de las condiciones de vida en el resto del mundo no hacen más que molestar a los trabajadores, que sólo rea-

lizando el esfuerzo más desesperado pueden comenzar a esperar cosechar éxitos en un lugar donde la historia y la geografía ha puesto tantos palos a sus ruedas.

Y dado que en la escuela las virtudes centrales son morales y no intelectuales, la personalidad y en especial la lealtad lo son todo; si los alumnos no son inteligentes o aptos, quizá no sean promovidos, pero si son mentirosos o desleales o escépticos con respecto al objetivo de la escuela deben ser castigados o expulsados.

Tal es el hecho determinante del tempo de desarrollo y el ambiente moral que prevalecen en la Unión Soviética, en atención a los cuales gran parte de lo que provoca desconcierto y se imputa con excesiva facilidad a los caprichos del «alma eslava» o el «despotismo oriental» o el «bizantinismo» queda más claro.

Reseña sobre Edmund Hallet Carr, *Studies in Revolution*, *International Affairs* 27, 1951, pp. 470-471.

Reseña sobre Marc Slonim, «A View of Russian Literature», *The Epic of Russian Literature*, *Partisan Review* 17, 1950, pp. 617-623.

Reseña sobre George L. Kline, *Spinoza in Soviet Philosophy*, en *Oxford Magazine* 71, 1952-1953, pp. 232-233.

Reseña sobre Richard Hare, *Portraits of Russian Personalities between Reform and Revolution*, en *English Historical Review* 75, 1960, pp. 500-502.

(En paráfrasis) Colaboraciones con John Keep y Liliana Brisby (eds.), *Contemporary History in the Soviet Mirror*, Londres, George Allen and Unwin, 1964, pp. 40-41, 89, 220 y 330.

Reseña sobre John Carswell, «A New Woman in Russia», en *The Exile: A Life of Ivy Litvinov*, *Sunday Times*, 6 de mayo de 1984, p. 41.

Índice onomástico y de conceptos

Recopilado por Douglas Matthews

Los nombres rusos se incluyen en la forma empleada en el Glosario, que aporta información adicional acerca de muchas de las personas citadas.

Abakúmov, Víktor Semiónovich, 135
acmeístas (poetas), 105, 107, 149
adamistas (poetas), 105
Adamóvich, Gueorgui Víktorovich, 144
Ajmátova, Anna Andréyevna
  amistad con Pasternak, 134, 149
  artículo sobre su escritura en *Dublin Review*, 102, 141
  aspecto y modales, 141
  conversaciones con Pasternak, 130
  convicciones, 156
  denuncia oficial, 147-148
  en Oxford, 151-152
  encuentro con I. B. (1945), 18, 25-27, 94, 140-152, 157
  evacuación del Leningrado sitiado, 97, 134
  fotografía de Mandelshtam, 110
  hogar en Leningrado, 102 n
  influencia de Annenski, 105
  logros, 59
  opinión sobre otros escritores, 126, 138-139, 148-150
  poemas bélicos, 64-65, 122
  poesía autobiográfica, 160
  popularidad, 65-66, 121-122
  premio recibido en Italia, 152
  rehabilitación, 205
  salud, 155-156
  traducción, 150
  y la defensa de Mandelshtam por parte de Pasternak, 132 n
Cinque, 27 n, 151
«El rey de los ojos grises», 149
«Poema sin héroe», 18, 146-147, 150, 155
«Réquiem», 120, 146-147
«Visita al poeta», 149

Aksákov, Serguéi Timoféyevich, Iván Serguéyevich y Konstantín Serguéyevich, 129
Aldington, Richard, 101
Aldridge (Harold Edward), James, 69, 102
Aleksándrov, Gueorgui Fiódorovich, 66, 181
Alekséyev, Mijaíl Pávlovich, 120, 204-205
Aleksis Shimanski, patriarca, 97, 97 n
Alemania
  actitud de la Unión Soviética hacia, 70, 86, 254
  «bolchevismo cultural», 226
  historicismo, 220
  invasión de la Unión Soviética, 121
  Partido Comunista, 176, 179
  véase también Pacto entre nazis y soviéticos
Andrea (escritor), 116
Andronikova, Salomé, 144
Ánnenkov, Pável Vasílievich, 266
Annenski, Innokenti Fiódorovich, 105, 112, 129, 150, 153, 156
Anrep, Borís Vasílievich von, 144, 138
Aragon, Louis, 124, 138
Arjípenko, Oleksandr Porfírovich, 119
Armstrong, Hamilton Fish, 34-35, 37-38, 40, 43 n, 44-46
Arquíloco, 16
arquitectura, 84
artes, letras, artistas y escritores
bajo el comunismo, 130-131
  movimientos revolucionarios, 119
  preocupación por cuestiones sociales y morales, 56
  y gusto popular ruso, 251
Ascoli, Max, 35-36, 38
Aséyev, Nikolái Nikoláyevich, 59, 128, 154
Asunto de Leningrado (1949-1950), 96
Auden, Wystan Hugh, 106, 124, 127
  Los oradores, 114
Averbaj, Leopold Leonídovich
  elocuencia revolucionaria, 230
  fanatismo, 57
  represión, 62

Bábel, Isaac Emmanuílovich, 59, 62, 124
Bagritski, Eduard (seud. de Eduard Geórguievich Dziubin), 59, 154
Bakunin, Mijaíl Aleksándrovich, 238
Balfour, John (Jock), 26
ballet, 77-78, 92
Bálmont, Konstantín Dmítrievich, 61
Balzac, Honoré de, 251
Baratinski, Yevgueni Abrámovich, 129, 155

Barmine, Alexander Gregory, 176
bashkirios (minoría étnica), historiadores de los, 69
Baudelaire, Charles, 99, 154
Beethoven, Ludwig van, 117
Begicheva, Anna, 182 n
Beli, Andréi (seud. de Borís Nikoláyevich Bugáyev), 61, 114, 125, 128, 154, 161
Petersburgo, 118
Belinski, Vissarión Grigórievich, 157, 161, 266
Bell, Clive, 144
Bellow, Saul
Herzog, 116
Benson, Frank, 77
Berg, Alban
Wozzeck, 116-117
Berggolts, Olga Fiódorovna, 65
Beria, Lavrenti Pávlovich, 97
Berkovski, Naúm Yákovlevich, 48, 115
Berlin, Aline (esposa de I. B.)
visita a la Unión Soviética (1956), 43
Berlin, Isaiah
origen y carrera profesional, 17-18
personalidad e ideología, 13-16
pseudónimos, 19 n, 37-40, 45-46
«Un recuerdo americano», conferencia homenaje (enero de 1998), 27
visitas a la Unión Soviética (1945), 25-26
(1956), 43, 203-215
Impresiones personales, 28, 49
«Ideas políticas en el siglo XX», 35
The Proper Study of Mankind, 28, 50
«La persecución del ideal», 15
véase Utis (John), O.
Berra, Lawrence Peter («Yogi»), 20
Bevin, Ernest, 173
Bliumkin, Yákov Grigórievich, 109
Blok, Aleksandr Aleksándrovich
don poético, 106
muerte, 110
según Ajmátova, 149, 154
según Pasternak, 125, 128, 130
sentimentalismo, 55
«Kant», 125-126
bolcheviques
escisión de los mencheviques, 245
terror y comunismo de guerra, 187 n
bolchevismo
diferencias con el marxismo occidental, 228
«bolchevismo cultural», 226
Bonald, Louis-Gabriel-Ambroise, 233
Bonnard, Pierre, 130
Bowra, Maurice, 139-140
Braque, Georges, 130
Breve historia del Partido Comunista, 64

Britanski soyúznik, 103
Briúsov, Valeri Yákovlevich, 65, 128
Brodsky, Joseph, 153
Brown, Clarence
explicación y traducción de Mandelshtam, 49, 107-108, 108 n, 109 n, 110-115
Browning, Robert, 163
Búbnov, Andréi Serguéyevich, 57
Büchner, Georg
Woyzeck, 116
Bujarin, Nikolái Ivánovich, 60, 86, 132, 225, 230
Bulgákov, Mijaíl Afanásievich, 59-60
Bunin, Iván Alekséyevich, 59, 126, 129, 159
burguesía
y cultura, 225-226
Byron, George Gordon, sexto lord Byron, 106
Don Juan, 144

Camus, Albert, 126
capitalismo
condena marxista, 242
Carlisle, Olga, 109 n
censura, 56, 66
Cézanne, Paul, 252
Chaadáyev, Piotr Yákovlevich, 155
Chagall, Marc, 119
Chaikovski, Piotr Ilich, 83, 123
ballets, 92
y Mandelshtam, 117
Checoslovaquia
intervención soviética en (1968), 20
Chéjov, Antón Pávlovich, 30, 55, 77, 130, 139, 148, 151, 161, 217
Chukóvskaya, Lidia, 120
Chukovski, Kornéi Ivánovich (seud. de Nikolái Vasílievich Korneichukov), 26, 59, 71
Churchill, Randolph
en Leningrado, 92, 95, 97, 142
Churchill, Winston, 97, 142, 167
Ciliga, Ante, 176
cine, 84
clase social
en la Unión Soviética, 213-215
Comité Antifascista Judío, 182-183
Comité Central del Partido Comunista, 59, 66-67, 225, 228, 259
Comte, Auguste, 222, 254
Comuna de París, 237
comunismo
como fuerza unificadora en la Unión Soviética, 257
Congreso Antifascista de París (1935), 123
Cronin, Archibald Joseph, 101
cultura proletaria, 226

D'Annunzio, Gabriele, 106
Deborin, Abram Moiséyevich (seud. de Abram Moiséyevich Yoffe), 60

decembristas, 110, 188
Derzhavin, Gavrila Románovich, 129
Destutt de Tracy, Antoine-Louis-Claude, 233
dialéctica artificial, 18, 185-187, 236-238, 240
dialéctica, 185-186, 234, 236
véase también dialéctica artificial
Dickens, Charles, 33, 98, 128, 251
Djilas, Milovan
La nueva clase: análisis del régimen comunista, 243 n
Dos Passos, John, 101
Dostoyevski, Fiódor Mijáilovich
en la lucha por la libertad, 264
ensimismamiento, 217
reputación, 68
según Ajmátova, 139, 148
según Pasternak, 128, 130
según Tolstói, 139
sentimentalismo, 55
sermoneador, 161, 217
y el Gran Inquisidor, 200-201
y las víctimas humildes, 116
El doble, 111
Dreiser, Theodore, 124
Dublin Review, 102, 141
Dudin, Mijaíl Aleksándrovich, 94
Dudínskaya, Natalia Mijáilovna, 78
Dúdintsev, Vladímir Dmítrievich
No sólo de pan vive el hombre, 256
Duhamel, Georges, 138
Dulles, John Foster, 46-47

Eichenbaum, Borís Mijáilovich, 59
Anna Ajmátova: ópit análiza, 147 n
Eisenstein, Serguéi Mijáilovich
cine, 84
encuentro con I. B., 119-120
producciones teatrales, 58
Eliot, Thomas Stearns, 106, 108, 127, 130, 148, 154, 163
escritores
control, 67-68
en la Segunda Guerra Mundial, 187
en Leningrado, 99-100
ensimismamiento, 217-218
estatus en la Unión Soviética, 244
y la ortodoxia soviética, 255-256
véase también inteliguéntsia
Engels, Friedrich
origen alemán, 69
y el dominio del Partido, 186
y la inevitabilidad histórica, 228
Erenburg (Ehrenburg), Iliá Grigórievich, 65, 159
eslavófilos, 55, 129, 182 n
eslavos
desprecio de Hegel, 220-221

Estado
y la explotación económica, 242
Estados Unidos
recelo soviético de, 208
estudiantes
y la ortodoxia soviética, 252

Fadéyev, Aleksandr Aleksándrovich, 67, 72
fascismo
hostilidad soviética al, 70
Fedin, Konstantín Aleksándrovich, 72
Feltrinelli (editor italiano), 32, 137
Fet, Afanasi Afanásievich, 128-129
Fichte, Johann Gottlieb, 220
filosofía
como temática, 252-253
Fischer, Ruth (seud. de Elfriede Eisler), 176
Flaubert, Gustave, 139, 251
Floud, Jean, 15 n
Foreign Affairs (publicación), 19 n, 34-35, 44, 50
Forster, Edward Morgan, 102, 124
Fourier, François Charles Marie, 220
Francia
actitud soviética hacia, 70, 180
exilio político de escritores rusos en, 61
futurismo, 59, 106, 225-226

Gabo, Naúm (seud. de Nejamía Berkóvich Pevsner, 119
Garbo, Greta, 144
Gatchina, 91
Gauguin, Paul, 252
georgianos
descontento, 212
Guippius (Hippius), Zinaída Nikoláyevna, 61
Gladkov, Fiódor Vasílievich, 72
Glier (Gliĕre), Reingold Móritsevich, 83
Glinka, Mijaíl Ivánovich
Iván Susanin (*Larga vida al zar*; ópera), 92
Goethe, Johan Wolfgang von, 125, 128, 150, 155
Gógol, Nikolái Vasílievich
protagonistas atormentados, 116
reputación, 56
sentimentalismo, 55
sermoneador, 161
«El abrigo», 111
«La nariz», 111
Goldoni, Carlo, 78
Gorki, Maksim (seud. de Alekséi Maksímovich Péshkov
aceptación de la ortodoxia literaria soviética, 57
aceptación de la Revolución, 159
desprotección de Gumiliov, 144
discurso de Stalin en casa de, 224 n

dramaturgia, 77
emigración y retorno, 59, 63
influencia, 113
muerte, 60
según Pasternak, 130
Gran Bretaña
actitud soviética hacia, 70, 166-173
Gran Terror, 61, 120, 146
véase también purgas
Greenwood, Walter, 69, 102
Greet, Ben, 77
Griboyédov, Aleksandr Serguéyevich, 55, 80
Grossman, Leonid Petróvich, 59
Guéhenno, Jean, 138
guerra de Corea, 193
Gumiliov, Lev Nikoláyevich (hijo de Ajmátova), 146, 151
Gumiliov, Nikolái Stepánovich (esposo de Ajmátova), 105, 130, 144-145, 150

Haig, Harry, 34
Halban, Peter, 14, 21
Harriman, Averell, 25
Hayter, William, 43
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich
desacreditación por parte de las autoridades soviéticas, 69, 71
desprecio por los eslavos, 220-221
dialéctica, 236-237
influencia en la cultura rusa, 220-221
materialismo histórico, 186, 197, 220, 237
metáfora del topo, 177
y el conflicto perpetuo, 185
Heine, Heinrich, 136, 136 n
Hemingway, Ernest, 101, 126
Hervé (seud. de Florimond Ronger), 79
Herzen, Aleksandr (Aleksandr Ivánovich Guertsen), 55, 117, 157, 161, 228, 228 n
Hess, Rudolf, 167
historia
desde la perspectiva de I. B., 21
en la teoría marxista, 177, 192, 193 n, 235, 237
fuerzas económicas, 243-244
historicismo, 220
Hitler, Adolf, 17, 178, 182 n, 201 n
Hoffmann, Ernst Theodor Amadeus, 116-117
Hungría
revuelta (1956), 256
Huxley, Aldous, 138, 244 n

Ibsen, Henrik, 139
Iglesia ortodoxa, 219
Ignatieff, Michael, 15 n, 26, 26 n
Ilf, Iliá, y Yevgeni Petrov (seud. de Iliá Arnóldovich Fainzilberg y Yevgeni Petróvich Katáyev), 59
impresionistas, 251
Ínber, Vera Mijáilovna

y la restauración de los palacios de Pavlovsk, 91
Púlkovski meridián, 65
Indonesia, 171
inevitabilidad histórica
rechazo por parte de I. B., 18, 187
Inglaterra, *véase* Gran Bretaña
inteliguéntsia (intelectualidad)
composición, 264
control del grupo dominante, 213-215, 243, 259
descripción de Stalin: «ingenieros de almas humanas», 223-224
inquietudes temáticas, 217-220
papel en la Unión Soviética, 233-235, 241, 244
supervivencia en la Unión Soviética, 82-85, 263-267
vida, 120
y la jerarquía superior del Partido, 258-259
Israel, 212
Italia, 168
Iván IV el Terrible, zar, 66, 76, 171, 198 n
Ivánov, Gueorgui Vladímirovich, 156
Ivánov, Viacheslav Ivánovich, 61, 144, 154
Ivinskaya, Olga Vsévolodovna, 29, 112 n, 135, 154
Izvestia (publicación), 80, 182

Jachaturián, Aram Ilich, 78
Gayane (ballet), 78, 92
jacobinismo, 224, 231
Japón, 246
Jlébnikov, Víktor Vladimírovich (Velimir Jlébnikov), 114, 155
Jodasévich, Vladislav Felitsiánovich, 59, 126
Josipovici, Gabriel, 34 n
Joyce, James, 100, 125-128, 130, 148
Ulises, 128
judíos y judaísmo
crítica en la Unión Soviética, 182
descontento en la Unión Soviética, 212
en la obra de Mandelshtam, 116-117
según Pasternak, 129

Kabalevski, Dmitri Borísovich, 84
Kafka, Franz, 148
El castillo, 118
Kaganóvich, Lázar Moiséyevich, 212
Kandinski, Vasili (Vasili Vasílievich Kandinski), 119, 130
Kant, Immanuel, 125-126
Kaplan, Dora, 62, 62 n
Katáyev, Valentín Petróvich, 59-60, 72
Kaverin, Veniamín Aleksándrovich (seud. de Veniamín Aleksándrovich Zílber), 108
kazakos (minoría étnica), historiadores de los, 69

Kemal, Mustafá, 198 n
Kennan, George, 17, 19, 36
«The Sources of Soviet Conduct», 19 n
Kipling, Rudyard, 126
Kírov, Serguéi Mirónovich (Serguéi Mirónovich Kóstrikov), 231
Klee, Paul, 130
Kliúyev, Nikolái Alekséyevich, 128
Kliún, Iván Vasílievich, 119
Kochubéi, familia, 129
Koestler, Arthur, 177
Komintern, 227
Kommunist (publicación), 207
Kon, Ígor Semiónovich, 48, 192 n, 193 n
Kuprín, Aleksandr Ivánovich, 61, 159
Kutúzov, Mijaíl Illariónovich Golenishchev, príncipe de Smolensk, 76

La bella durmiente (ballet), 92
Lawrence, John, 94 n
Lecocq (Alexandre), Charles, 79
LEF («Levi front iskusstva» o «Frente Izquierdista del Arte»), asociación, 58, 58 n
Lehmann, Rosamond, 124
Lenin (seud. de Vladímir Ilich Uliánov)
citado por doctorandos, 252
discípulo de Plejánov, 60
hostilidad hacia la modernidad, 226
idealización de Hegel, 69
marxismo, 232, 245-246
muerte y sucesión, 197
preparación del golpe de Estado (1917), 179
régimen autocrático, 228
teorías, 177, 258
tiroteado y herido, 62
y la idea de la sociedad como fábrica o taller, 224
y la *inteliguéntsia*, 235
El Estado y la Revolución, 224
Leningrado (Petrogrado; San Petersburgo)
aislamiento del mundo exterior, 103
asedio, 95-96
escena literaria, 98
estatus de los intelectuales, 97
leninismo-estalinismo, 69, 86
sistema educativo, 99-100
situación en la posguerra, 90-92
visitas de I. B. (1945), 26, 89, 139-140
(1956), 203
Leónov, Leonid Maksímovich, 72
Leopardi, Giacomo, 107, 154
Lepeshínskaya, Olga Vasílievna, 78
Lérmontov, Mijaíl Yúrievich, 32, 56, 110, 129, 155
Lérner, Nikolái Ósipovich, 59
Leskov, Nikolái Semiónovich, 69
Lewis, (Henry) Sinclair, 126

Lewis, Wyndham, 108
Librería de Escritores, Leningrado, 93, 140
Lipchitz, Jacques (Jaim Yákovlevich Lípshits), 119
Literary Gazette (publicación moscovita), 98
literatura
actitud soviética hacia la, 67-72
en Leningrado, 99-100
estudio académico de la, 205
popularidad de la, 81
y gusto soviético, 251
y ortodoxia, 74-75
Literatúrnaya Moskvá (almanaque literario), 256 n
Litvínov, Maksim Maksímovich (Meir Wallach o Vállaj), 63
London, Jack (seud. de John Griffith Chaney), 69, 251
Lopokova, Lidia (Lidia Vasílievna Lopujova), 144
Lowell, Robert
traductor de Mandelshtam, 109 n, 114-115
Lunacharski, Anatoli Vasílievich, 57, 60, 82, 226, 230
Lurié (Lourié), Artur Serguéyevich, 143

Maeterlinck, Maurice, 126
Mayakovski, Vladímir Vladímirovich
fundación de la asociación LEF, 58
influencia en jóvenes poetas, 153
popularidad, 65
reputación, 114
según Ajmátova, 153
según Pasternak, 129, 161
suicidio, 63, 110
La nube en pantalones, 129
Makárov, Stepán Ósipovich, 76
Malévich, Kazimir Severínovich, 119, 130
Malory, Thomas, 163
Malraux, André, 124, 138
Mandelshtam, Nadezhda Yákovlevna
elogio del comportamiento de Ajmátova, 156-157
entrega fotografías de su esposo a Clarence Brown, 110
memorias, 120
y la defensa de Ósip Mandelshtam por parte de Pasternak, 132 n
Mandelshtam, Ósip Emílievich
cualidades y compromiso poético, 105-108, 115-116
epigrama sobre Stalin, 109, 112-113, 131-132
estatus, 136
estilo en prosa, 112, 114-116
logros, 59
motivos y temática, 116
persecución y muerte, 61, 109-113, 132, 146, 149
personalidad y aspecto, 109-112

poema dedicado a Andronikova, 144
reseña de sus libros por parte de I. B., 27-28
y la actitud de Pasternak, 128, 154
y la cultura universal, 149-150
El rumor del tiempo, 113-114, 117
El sello egipcio, 113-114, 116-118
La piedra (colección de poemas), 108
Teodosia, 113-114
Tristia (colección de poemas), 109
Marr, Nikolái Yákovlevich, 183
Marx, Karl
crítica de Aleksandrov, 66, 181-182
dominio del Partido, 228
materialismo histórico, 186
origen alemán, 69
teorías, 177, 237
y Stalin, 17, 232
marxismo
como metafísica, 229
concepción del arte, 161
condena de la explotación capitalista, 242, 245
creencia soviética/rusa en el, 167-168, 209, 223
crítica literaria y las diferencias culturales, 68, 227
doctrinas, 222-223
en Occidente, 228
escisión de bolcheviques y mencheviques, 245-246
fe de Lenin, 245
ortodoxia, 69, 191
polémicas ideológicas, 86, 229
profecías, 231
recelo de la política imperialista británica, 166
refutaciones, 229
unidad de teoría y práctica, 234
y la actitud soviética popular, 255-256
y línea del Partido soviético, 176
y revolución, 185
Mason, Alfred Edward Woodley, 102
materialismo dialéctico, 60
Matisse, Henri, 130
mencheviques, 245
Merezhkovski, Dmitri Serguéyevich, 61
Metternich, príncipe Clemens Lothar Wenzel, 57
Meyerhold, Vsévolod Emílievich, 58, 62, 62 n, 79, 119
Miaskovski, Nikolái Yákolevich, 83
Mickiewicz, Adam Bernard, 149
Milton, John, 106
Mirbach, conde Wilhelm von, 109
Mirski, príncipe Dmitri Petróvich Sviatopolk, 62
modernidad, 83, 226

Modigliani, Amedeo, 141, 144
Mólotov, Viacheslav Mijáilovich (Viacheslav Mijáilovich Skriabin), 97, 225
Mondrian, Piet, 130
Monet, Claude, 251
Monismo, 16-18
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de, 247
Muro de Berlín, caída del (1989), 20
música, 83
Mussolini, Benito, 233

Nabokov, Nicholas, 36-37
Nabokov, Vladímir, 59
nacionalidades
  cultura, 85, 99
nacionalismo, 188-189
Naiman, Anatoly, 93 n, 102 n
Najímov, Pável Stepánovich, 76
Namier, Lewis Bernstein, 263, 263 n
Napoleón I (Bonaparte), emperador de Francia, 97, 231, 233
Napoleón III, emperador de Francia, 264
Nekrásov, Nikolái Alekséyevich, 55, 130, 156
Neuhaus, Heinrich (Guénrij Gustávovich Neigauz), 129, 135-136
Nijinski, Vátslav Fomich, 127
Novalis (seud. del barón Friedrich Leopold von Hardenberg), 114
Nueva Política Económica, 187 n, 281

obras teatrales, 71, 77-78
  véase también teatro
Odóyevski, príncipe Vladímir Fiódorovich, 155
Offenbach, Jacques (n. Isaac Juda Eberst), 78-79
ópera, 78-80
Oposición de los Trabajadores, 225
Oranienbaum, 91
Orlov, Vladímir Nikoláyevich, 94, 97
Ostrovski, Aleksandr Nikoláyevich, 77

Pacto de Múnich, 172
París, Comuna, *véase* Comuna
Partido Comunista
  actitud hacia los escritores, 64-65
  avance, 179-180
  dominio, 64, 228
  «línea general» (política ideológica), 176, 181, 194, 196, 199
  menosprecio de Pasternak, 133
  programa cultural, 225-227
  y patriotismo durante la Segunda Guerra Mundial, 187-188
Pasternak, Borís Leonídovich
  aceptación de la Revolución de Octubre, 159
  amistad con Ajmátova, 134, 149-150, 154

amor a Rusia, 130
aprecio de otros escritores, 127-128, 153-154
asistencia al Congreso Antifascista (París, 1935), 123
aspecto y modales, 123, 126, 130-131, 162
concepción de la vida en Rusia, 133-134
cualidades poéticas, 106, 127, 160-164
desprecio de Blok, 149-151
encuentro con I. B., 25, 31, 122-124, 127, 130, 133-137, 157
juventud en Moscú, 118
logros, 59-60
llamada telefónica de Stalin relativa a Mandelshtam, 112-113, 131-132
muerte, 110
opinión política, 106
origen judío, 129
personalidad, 160
poemas bélicos, 64-65, 121-122, 134
popularidad, 65-66, 70, 122
promoción de los poetas georgianos, 114, 125
querido en Leningrado, 101
rechazo del premio Nobel, 29
rehabilitación, 205
relaciones con el Partido Comunista, 133-134
reputación y estatus, 114, 130, 135, 159-160, 163
según Ajmátova, 154
voluntad de conversar con Stalin, 156
Doctor Zhivago, 29-33, 116, 125, 130, 135, 137, 154, 159, 162
En trenes de la mañana (colección de poemas), 134
La infancia de Liuvers, 125
El salvoconducto, 162
Pasternak, Leonid Ósipovich, 123
Pasternak, Zinaída Nikoláyevna (esposa de Borís), 123, 129, 137, 154
Pavlovsk, 91
Payne, Robert, 112
Peacock, Thomas Love, 244 n
Pedro I (el Grande), zar, 76, 147, 171, 198 n
Peredélkino, 31, 123, 129, 134-135
Peterhof, 91, 203
Petrogrado, *véase* Leningrado
Petrov, Yevgeni Vladímirovich *véase* Iliá Arnóldovich Fainzilberg y Yevgeni Petróvich Katáyev, 59
Pevsner, Antoine (Natán Berkóvich Pevsner), 119
Picasso, Pablo, 130, 252
Pilniak, Borís (seud. de Borís Andréyevich Vogau), 59, 62, 132
pintura, 83
Planes Quinquenales, 75, 118, 120, 173
Platón, 113, 224
Plejánov, Gueorgui Valentínovich, 60

pluralismo, 14-16, 18
poesía, 64-65, 70, 122
Pogodin, Nikolái (seud. de Nikoláy Fiódorovich Stukálov), 72
Politburó (actual Presidium)
  composición, 259
  y política ideológica soviética, 177
Polonia, 255
Popkov, Piotr Serguéyevich, 96, 96 n
Pound, Ezra, 108
Pravda (publicación), 80, 182 n, 252
Preobrazhenski, Vladímir Alekséyevich, 78
Presidium, *véase* Politburó
Priestley, John Boynton, 69, 98-99, 102
Primavera de Praga (1968), 20
Prishvin, Mijaíl Mijáilovich, 59, 71
Prokófiev, Serguéi Serguéyevich, 62, 83
Proletkult, 59
Proust, Marcel, 100, 126, 128, 155
Pudovkin, Vsévolod Illariónovich, 119
Punín, Nikolái, 102 n
purgas, 61, 64, 73, 82-83, 120, 189, 238-239
  véase también Gran Terror
Pushkin, Aleksandr Serguéyevich
  citas de Pasternak, 137
  elogio de Pasternak, 128-129
  estilo literario, 106
  influencia en Annenski, 105
  muerte, 110
  poema de Chaadáyev, 155
  recitado por Ajmátova, 155
  reputación, 56
  sentimentalismo, 55
  visita el Palacio de la Fuente, 102
  El jinete de bronce, 111
  Eugenio Oneguin, 111
  Noches egipcias, 149

Radek, Karl Berngárdovich (n. Sobelsohn), 230
Rajlin, Guennadi Moiséyevich, 93, 93 n, 94-97
RAPP (Asociación Rusa de Escritores Proletarios), 57
Rappaport, Helen, 22, 48-49, 51
Read, Herbert Edward, 125
realismo socialista, 72 n, 76, 106
Reavey, George, 94, 94 n
regímenes revolucionarios
  amenazas, 183-185
  consecuencias, 236-238, 248
Renoir, Auguste, 251
Revolución (bolchevique) de Octubre
  aceptación de Pasternak, 159
  aceptación de Stalin, 232
  aislamiento de Rusia, 55
  repercusión en Mandelshtam, 109
  y totalitarismo, 224-225
Revolución de Febrero (1917), 264-265

Revolución francesa (1789), 185-186, 231, 233, 237
revoluciones de 1848, 263
Riazánov, David Borísovich (seud. de David Borísovich Goldendaj), 60
Riléyev, Kondrati Fiódorovich, 110
Rilke, Rainer Maria, 128, 155
Roberts, Frank, 25, 27
Roerich, Nikolái Konstantínovich, 130
Rolland, Romain, 150
romanticismo, 219
Roosevelt, Franklin Delano, 172
Rossetti, Christina, 141
Rossi, Angelo (también conocido como Tasca), 176
Rousseau, Jean-Jacques, 293
Royal Institute of International Affairs (Chatham House), Londres, 34
Rubens, Pedro Pablo, 150
Rusia, *véase* Unión Soviética
Russell, Bertrand Arthur William, 127, 144

Sadkó (figura mítica), 129
Saint-Simon, Claude Henri de Rouvroy, conde de, 220, 222
Sájarov, Andréi Dmítrievich, 265-266
Saltikov, Mijaíl Yevgráfovich (Saltikov-Shchedrín), 266
Samarin, Yuri Fiódorovich, 129
San Petersburgo, *véase* Leningrado
Sartre, Jean-Paul, 126, 138
Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph von, 220
Schiller, Johann Christoph Friedrich von, 220, 251
Schlegel, Friedrich, 150
Schlemihl, Peter, 116
Schoenberg, Arnold, 130
Scribe, Auguste Eugène, 78
Segunda Guerra Mundial patriotismo, 121-122, 187
Seifúllina, Lidia Nikoláyevna, 126
Selvinski, Iliá Lvóvich, 59, 76, 128
Semiónova, Marina Timoféyevna, 78
Serge, Victor, 177
Serguéyev, Konstantín Mijáilovich, 78
Serguéyev-Tsenski, Serguéi Nikoláyevich, 72
Shakespeare, William, 33, 68, 80-81, 128, 155
Hamlet, 178
Shaw, George Bernard, 139
Shcherbákov, Aleksandr Serguéyevich, 124
Shebalín, Vissarión Yákovlevich, 84
Shelley, Percy Bysshe, 154
Sheridan, Richard Brinsley, 78
Shklovski, Víktor Borísovich, 59
Shólojov, Mijaíl Aleksándrovich
El Don apacible, 75

Shostakóvich, Dmitri Dmítrievich, 62, 83
Silvers, Robert, 27
Símonov, Konstantín Mijáilovich, 74, 101
Sinclair, Upton Beall, 69, 126
Sindicato de Escritores, 59, 64, 67, 101, 102 n, 124
Skriabin, Aleksandr Nikoláyevich, 117, 129-130
Slater, Humphrey, 177
socialismo, 245
socialismo en un país (doctrina), 181, 195
Sofrónov, Anatoli Vladimírovich, 182 n
Sologub, Fiódor (seud. de Fiódor Kuzmich Tetérnikov), 65
Soutine, Chaïm (Jaim Sutín), 119
Stalin, Iósif Visariónovich Dzhugashvili
  Ajmátova niega que el Yevgraf de Pasternak se base en su persona, 154
  anuncio del Plan Quinquenal (1945), 173
  caída en desgracia, 211-212
  citado por doctorandos, 252
  comparación con Napoleón, 231
  concepción del idioma, los dialectos y las estructuras sociales, 183, 191
  condena de *Iván el Terrible* de Eisenstein, 120
  control y persecución del arte y la literatura, 159, 240-241
  conversación con Pasternak, 156
  convicciones, 225
  definición de los intelectuales como «ingenieros de almas humanas», 223-224
  discípulo de Lenin, 228, 233
  fastidio por el encuentro de I. B. con Ajmátova, 151
  habilidades gubernamentales, 197
  llamada telefónica a Pasternak relativa a Mandelshtam, 112-113, 131
  moderación de políticas extremas, 63, 121
  muerte, 231, 250-251
  orden de asesinar a Popkov, 96 n
  período de pacificación y estabilización, 57, 60
  personalidad y trasfondo cultural, 230, 234-235
  principios ideológicos, 191, 230-232
  represión y política del terror, 238-241
  sucesión, 197, 212, 240
  teorías y la «dialéctica artificial», 18, 177, 195, 236-237
  y el epigrama de Mandelshtam, 109, 113, 131
  y el monismo, 17

y la fortuna económica, 178-179
y la inevitabilidad histórica, 186
y la orden de evacuar a Ajmátova de Leningrado, 97
Stendhal (seud. de Henri Beyle), 251
Strauss, Richard, 117
Stravinski, Ígor, 130
Stravinski, Vera, 144
Stróganov, familia, 129
Súslov, Mijaíl Andréyevich, 66-67
Suvórov, Aleksandr Vasílievich, 76

Tabidze, Nina, 138
Tabidze, Titsián Yustínovich, 62, 125, 138
Taírov, Aleksandr Yákovlevich, 119
Talbott, Strobe, 22, 24, 50-51
Taller de Poetas, 105
Talleyrand, Charles-Maurice de, 15
Tarle, Yevgeni Víktorovich, 60
tártaros (minoría étnica), historiadores de los, 69
Tatlin, Vladímir Yevgráfovich, 119
Taylor, Alan John Percivale, 40, 40 n
teatro, 56, 77-79
Teatro Bolshói, Moscú, 79
Teatro de las Artes de Moscú, 79
Teatro del Transporte, 77
Teatro Maly, 77
Teatro Mariinski, Leningrado, 17, 92
Terror, Gran, *véase* Gran Terror
Thatcher, Margaret, 20
The New York Review of Books, 27, 29, 49, 109 n
Tiflis (Tbilisi), 212
Tíjonov, Nikolái Semiónovich, 67, 101
Tiniánov, Yuri Nikoláyevich, 59-60
Tito, Josip Broz, 177
Tiútchev, Fiódor Ivánovich, 128-130
Tolstói, Alekséi Nikoláyevich
ambiciones literarias, 77
discusión con Mandelshtam, 113, 146-147
exiliado político, 159
ídolo de Pasternak, 128-130
logros, 59
moralizador, 217
regreso de París, 59
sentimentalismo, 55
Camino al Gólgota, 66
Tolstói, Lev Nikoláyevich, 160
Anna Karenina, 33, 148
Guerra y paz, 32-33, 148
La sonata a Kreutzer, 148
Tomashevski, Borís Víktorovich, 59
totalitarismo, 225
traducciones (literarias), 71-72
Treniov, Konstantín Andréyevich, 72
Trieste, 168

Trotski, León (seud. de Lev Davídovich Bronstein)
arrogancia intelectual, 234-235
caída (1928), 58
como pensador, 230
defensa de la dictadura del proletariado, 245
influencia moderada, 60
personalidad, 225
política del terror, 237
respaldo a la vida intelectual, 82
revolución permanente, 195, 225-226, 231
teorías, 177, 181
Tsárskoye Seló, 91, 105
Tsvetáieva, Marina Ivánovna
amor de Pasternak, 128
descripción de Pasternak, 123
estatus como escritora, 130
exiliada política, 59
popularidad, 65
suicidio, 62, 110, 132, 149
Tujachevski, Mijaíl Nikoláyevich, 132
Turquía, 168, 198 n

Ulánova, Galina Serguéyevna, 78
Unión Soviética (y Rusia)
aislamiento y desconfianza del mundo, 165-174, 190-191, 195
ambiciones de poder mundial, 230-231
ausencia de opinión pública, 194
como tema artístico y literario, 217-218
condiciones en la era postestalinista, 203-215
escena literaria, 55-60, 68-74
explotación económica, 242-243
gobernadores y gobernados, 212-215, 242, 249-261
hostilidad de clases, 213-215
invasión alemana, 121
libertades civiles, 171
visitas de I. B. (1945), 25 (1956), 43, 203-215
política ideológica, 177, 180-183, 190-201, 209-210, 225-226, 230, 233
práctica marxista, 246-247
progreso material, 87
propaganda, 254-255
represión y terror, 61, 64, 74, 82-83, 120-121, 146, 189, 238
Utis (John), O. (seud. de Isaiah Berlin), 36, 38-42, 44-46, 236, 236 n, 239-240

Vajtángov, Yevgeni Bagratiónovich, 58, 119
Valéry (Ambroise), Paul (Toussaint Jules), 106, 154
Varga, Yevgeni Samuílovich (Jenö Varga), 180
Verhaeren, Émile, 99, 128
Vigny, Alfred-Victor, conde de, 106
VOKS («Vsesoyúznoye

óbshchestvo kulturnoi sviazi s zagranitsei» o Sociedad de la Unión Soviética para las Relaciones Culturales con Países Extranjeros), 98-99, 101, 206
Vorovski, Vátslav Vátslavovich, 230
Vrúbel, Mijaíl Aleksándrovich, 130

Wells, Herbert George, 126
Wendell, Vladímir, 117
Wincklemann, Johann Joachim, 125
Woolf, Virginia, 102, 127, 138, 144
Las olas, 114

Yashvili, Pavle (Paolo) Dzhibraelóvich, 62, 125
Yeats, William Butler, 106, 127
Yermoláyev, Alekséi Nikoláyevich, 78
Yermólova, María Nikoláyevna, 77
Yésenin, Serguéi Aleksándrovich, 63, 110, 113, 128
Yézhov, Nikolái Ivánovich, 61, 63, 193
Yugoslavia, 168, 255

Zadkine, Ossip, 119
Zhdánov, Andréi Aleksándrovich, 96, 147, 148 n, 205
Zhirmunski, Víktor Maksímovich, 59
Zhukovski, Vasili Andréyevich, 129
Zinóviev, Grigori Yevséyevich (seud. de Ovsei-Gershen Aarónovich Apfelbaum), 225, 228
Zola, Émile, 251
Zóschenko, Mijáil Mijáilovich, 59-60, 94, 97, 140

Creative Commons

Título de la edición original: *The Soviet Mind*
Traducción del inglés: Gemma Deza Guil
Diseño: Winfried Bährle

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/
Galaxia Gutenberg
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es
www.galaxiagutenberg.com
1 3 5 7 9 9 0 0 6 8 6 4 2

http://berlin.wolf.ox.ac.uk/

Copyright Isaiah Berlin, 1949, 1952, 1956
© Isaiah Berlin, 1957, 1980, 1989
© The Isaiah Berlin Literary Trust, 1997, 2000, 2004
© de la edición: Henry Hardy, 2004
© del prólogo: Strobe Talbott, 2004
© del glosario: Helen Rappaport, 2004
© de la traducción: Gemma Deza Guil, 2009
© de la fotografía de la página 8: James Abbe, 1932
© de las fotografías de los documentos:
The Isaiah Berlin Literary Trust, 2004
© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2009

Depósito legal: B. 8666-2009
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts
Barcelona, 2009. Impreso en España
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-3537-1
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-815-0
N.º 39016

Es difícil comprender la historia del siglo xx sin la obra de Isaiah Berlin, uno de los pensadores más influyentes y de mayor agudeza intelectual que ha dado Europa. Jamás antes recopilados, sus ensayos sobre la Unión Soviética recogen su famoso memorándum para la Oficina de Asuntos Exteriores de 1945 en torno a la situación del arte y las letras bajo Stalin, y una disquisición sobre «la dialéctica artificial» del dictador; sus retratos de Mandelshtam y Pasternak, así como su relación con Anna Ajmátova; y el análisis de la cultura en Rusia, escrito tras la visita que realizó en 1956. A modo de brillante colofón, este volumen incluye un epílogo estimulado por los acontecimientos de 1989 en el que, al tiempo que aclamaba a los rusos por su papel en la revolución que vivía Europa –«son un gran pueblo, con una capacidad creativa inmensa, y una vez sean libres, nadie sabe qué aportarán al mundo»–, Berlin concluía, con la precaución de quien cree que la historia se halla en progreso constante: «Siempre es posible una nueva barbarie, pero en el presente no parece que se perfile ninguna en el horizonte. Al fin y al cabo, que los males pueden superarse y que el fin de la esclavitud está en camino son cosas de las que el ser humano puede sentirse razonablemente orgulloso».

Creative Commons

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

ISBN 978-84-8109-815-0